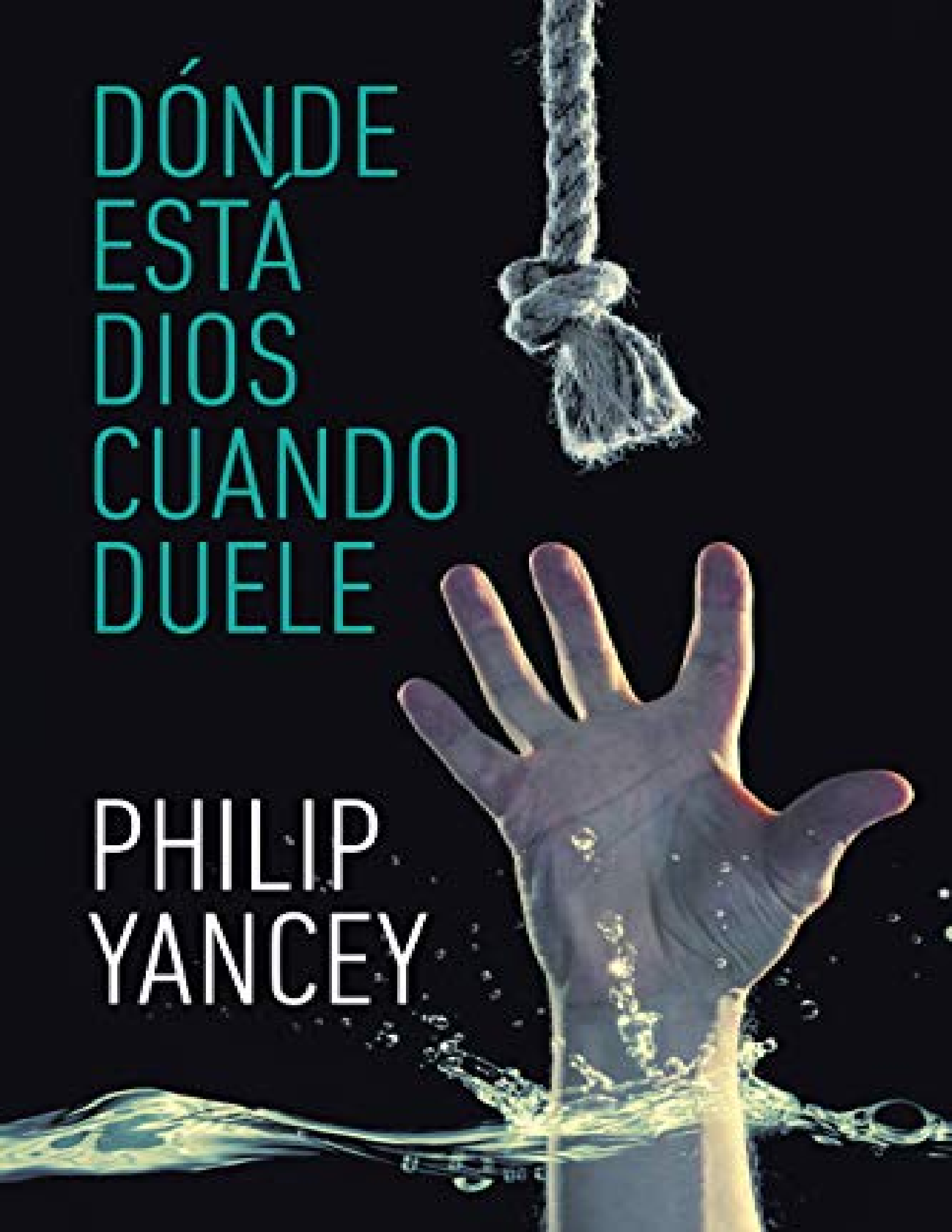


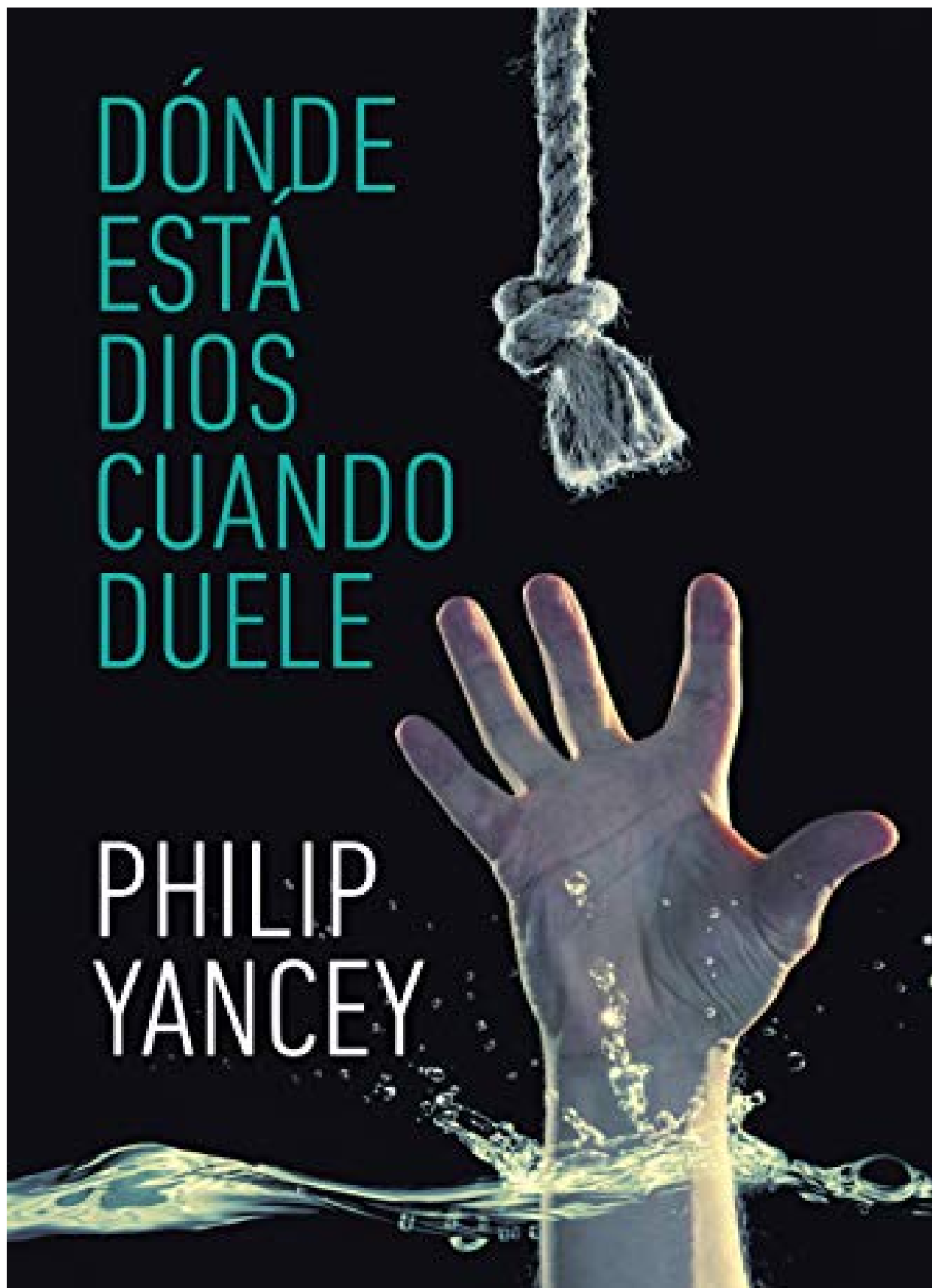
DÓNDE
ESTA
DIOS
CUANDO
DUELE

PHILIP
YANCEY



DÓNDE
ESTÁ
DIOS
CUANDO
DUELE

PHILIP
YANCEY



CONTENIDO

Portada

Pagina del titulo

Derechos de autor

Prefacio

1. Un problema que no desaparece

PARTE 1

¿POR QUÉ EXISTE EL DOLOR?

2. El don que nadie quiere

3. Infierno sin dolor

4. Agonía y gozo

PARTE 2

¿EL DOLOR ES UN MENSAJE DE DIOS?

5. El planeta que gime

6. ¿Qué es lo que trata de decirnos Dios?

7. ¿Porqué estamos acá?

8. Brazos muy cortos para boxear con Dios

PARTE 3

CÓMO RESPONDEN LAS PERSONAS AL SUFRIMIENTO

9. Después de la caída

10. Bailando con mis pies

11. Otros testigos

12. Casos extremos

PARTE 4

¿CÓMO PODEMOS AFRONTAR EL DOLOR?

13. Fronteras de recuperación

14. Temor

15. Impotencia

16. Significado

17. Esperanza

PARTE 5

¿CÓMO AYUDA LA FE?

18. Ver por sí mismo

19. El resto del cuerpo

20. Todo un mundo nuevo allá afuera

Guía de discusión

Fuentes

Sobre el editor

Comparte tus pensamientos

¿Qué han dicho los lectores acerca de *¿Dónde está Dios cuando duele?*

Sé de primera mano que el dolor y la parálisis a veces parecen alejar la presencia de Dios. Preguntar *¿Dónde está Dios cuando duele?* es honesto, incluso razonable. Y gracias al Señor, Philip pone nuestras preguntas en perspectiva, ayudándonos a descubrir exactamente dónde está realmente Dios cuando sufrimos.

~JONI EARECKSON TADA

Empecé a leerlo pensando que iba a leer un librito ameno y fácil de leer sobre el tema del dolor; Terminé sintiéndome como si hubiera leído un clásico. Explora aspectos del dolor que CS Lewis nunca toca y se basa en las vidas de los santos que sufren, desde John Donne hasta Joni Eareckson Tada. Pero lo que más me impresionó fue la honestidad y disposición de Philip para admitir la inadecuación de las palabras para desentrañar los problemas que se remontan al patriarca Job.

~WILLIAM J.PETERSEN

He leído todo lo que he tenido a mano sobre los problemas del dolor y el mal, y este libro es lo más claro y práctico que he leído.

~KEITH MILLER

Si esperaba encontrar en su interior un tratado teórico superficial e indigno de una pregunta tan profunda, no fue eso lo que encontré. . . para cuando llegas al final de estos capítulos, tu corazón clama: “¡Gracias, Dios, por el dolor!”.

~PAUL HARVEY

Uno de los tratamientos más útiles del problema del mal que he leído. . . en un nivel que realmente le habla a la gente. Si estuviera buscando algo para dar a las personas que están pasando por dolores de parto o dificultades, este es el libro que recomendaría.

~TERRENOS DEL DR.VERNON

Que libro Una obra maestra. Completa, conmovedora sin encerrar sentimental. No es el tipo de libro que esperarías no poder dejar, pero solo eso.

~JERRY JENKINS, *MENSUAL DE MOODY*

Recursos de Philip Yancey

El Jesús que nunca conocí
¿Qué tiene de asombroso Grace?

La Biblia que leyó Jesús
Alcanzando al Dios Invisible
¿Dónde está Dios cuando duele?

Decepción con Dios

La Biblia del estudiante, edición general (con Tim Stafford)

Conoce la Biblia (con Brenda Quinn)

Iglesia: ¿Por qué molestarse?

Encontrar a Dios en lugares inesperados

Solo me preguntaba

Espíritu de superviviente

Rumores de otro mundo

Oración

Libros de Philip Yancey y el Dr. Paul Brand

Hecho aterradora y maravillosamente
en su imagen

El regalo del dolor

**DÓNDE
ESTÁ
DIOS
CUANDO
DUELE**

PHILIP YANCEY

ZONDERVAN

¿DONDE ESTA DIOS CUANDO DUELE?

Copyright © 1990, 1977 por Philip Yancey

Todos los derechos reservados bajo las Convenciones Internacional y Panamericana de Derechos de Autor. Mediante el pago de las tarifas requeridas, se le ha otorgado el derecho no exclusivo e intransferible de acceder y leer el texto de este libro electrónico en pantalla. Ninguna parte de este texto puede reproducirse, transmitirse, descargarse, descompilarse, someterse a ingeniería inversa o almacenarse o introducirse en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, ahora conocido o inventado en el futuro. sin el permiso expreso por escrito de Zondervan.

Edición ePub Junio de 2009 ISBN: 0-310-86471-2

Las solicitudes de información deben dirigirse a:

Zondervan, *Grand Rapids, Michigan 49530*

Datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso

Yancey, Felipe.

¿Dónde está Dios cuando duele? / Philip Yancey.—Rev. y ampliado.

pags. cm.

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN-13: 978-0-310-24572-8

1. Sufrimiento—Aspectos religiosos—Cristianismo. I. Título.

T732.7.Y36 1990

248.8'6—dc20

90-34624

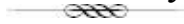
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo del propietario de los derechos de autor.

Material de “A Luckless City Buries Its Dead,” © 1976, reimpresso con permiso de Time, Inc.

Material del Capítulo 3 de *Philosophy of Religion*, © 1963, reimpresso con permiso de Prentice-Hall, Inc.

Material de *Children of Crisis*, vol. 2: *Migrants, Mountaineers, and Sharecroppers*, © 1971, reimpreso con permiso de Little, Brown, and Co., en asociación con Atlantic Monthly Press.

Al Dr. Paul Brand, quien de forma
desinteresada compartió conmigo
toda una vida de
sabiduría médica y espiritual



PREFACIO

Hay una regla cardinal en la publicación de libros que se aplica por igual a la cirugía cerebral y la mecánica automotriz: "Si no está roto, no lo arregles". Dado que la gente sigue comprando el original *¿Dónde está Dios cuando duele?* Puedo estar rompiendo esa regla al intentar una revisión importante.

Escribí *¿Dónde está Dios cuando duele?* a mediados de la década de 1970, cuando tenía veinticinco años. En los años que han pasado desde entonces, nunca he dejado de pensar en el tema. Como un perro en un rastro fresco, sigo dando vueltas alrededor del problema del dolor, en busca de pistas. En ese tiempo también escuché de cientos de lectores, muchos de los cuales escribieron cartas desgarradoras describiendo sus propias odiseas con dolor. Por estas razones sentí la necesidad de volver a un trabajo que había terminado hace mucho tiempo y actualizarlo.

Muchos eruditos bíblicos fechan el libro de Job como el más antiguo de la Biblia, y me sorprende que las preguntas que Job expresó con tanta elocuencia no se hayan desvanecido. Se han vuelto aún más fuertes y estridentes a lo largo de los siglos. Una novela reciente, *El único problema*, obtiene su título de una frase de una conversación sobre cómo un Dios bueno puede permitir el sufrimiento. "Es el único problema, de hecho, que vale la pena discutir", concluye el personaje principal.

Otra cosa me sorprende. Los libros sobre el problema del dolor se dividen claramente en dos grupos. Los más antiguos, de personas como Santo Tomás de Aquino, Bunyan, Donne, Lutero, Calvino y Agustín, aceptan sin reparos el dolor y el sufrimiento como agentes útiles de Dios. Estos autores no cuestionan las acciones de Dios. Simplemente tratan de "justificar los caminos de Dios al hombre". Los autores escribieron con confianza, como si la pura fuerza de su razonamiento pudiera calmar las respuestas emocionales al sufrimiento.

Los libros modernos sobre el dolor hacen un marcado contraste. Sus autores asumen que la cantidad de maldad y sufrimiento en el mundo no puede compararse con la visión tradicional de un Dios bueno y amoroso. Dios es así desplazado de una posición de "amigo de la corte" a la casilla

reservada para el acusado. “¿Cómo puedes justificarte a ti mismo, Dios?” estos enojados modernos parecen decir. Muchos de ellos ajustan su noción de Dios, ya sea redefiniendo su amor o cuestionando su poder para controlar el mal.

Cuando lees las dos categorías de libros una al lado de la otra, el cambio de tono es bastante llamativo. Es como si en los tiempos modernos pensáramos que tenemos una esquina en el mercado que sufre. ¿Olvidamos que Lutero y Calvino vivían en un mundo sin éter ni penicilina, cuando la expectativa de vida promediaba los treinta años, y que Bunyan y Donne escribieron sus mejores obras, respectivamente, en una cárcel y en una sala de cuarentena por plagas? Irónicamente, los autores modernos, que viven en una comodidad principesca, trabajan en oficinas con clima controlado y acumulan elixires en sus botiquines, son los que arden de rabia.

Después de leer varios estantes llenos de tales libros, me pregunté: "¿Realmente el mundo necesita otro libro sobre el problema del dolor?" Sin embargo, como pasé tiempo entre personas que sufrían, tuve que concluir que sí. Aprendí que muchos libros sobre el dolor parecen extrañamente irrelevantes para las personas que sufren. Para ellos el problema del dolor no es un problema teórico, un juego teológico de alinear todos los silogismos apropiados. Es un problema de relación. Muchas personas que sufren quieren amar a Dios, pero no pueden ver más allá de sus lágrimas. Se sienten heridos y traicionados. Lamentablemente, la iglesia a menudo responde con más confusión que consuelo.

Hace quince años, a una edad en la que no tenía derecho a abordar el abrumador problema del dolor, escribí *¿Dónde está Dios cuando duele?* para esas personas. En parte porque he escuchado de tantos de ellos, ahora he revisado y ampliado ese libro. En cierto sentido, esta nueva edición representa un diálogo con mis lectores, el próximo paso en mi propio peregrinaje.

He ampliado especialmente la sección “¿Cómo podemos afrontar el dolor?” porque creo que Dios le ha dado a la iglesia el mandato de representar su amor a un mundo que sufre. Usualmente pensamos en el problema del dolor como una pregunta que le hacemos a Dios, pero también es una pregunta que él nos hace a nosotros. ¿Cómo respondemos a las personas que sufren?

En esta revisión, me he basado en varios de mis artículos publicados en El cristianismo hoy, así como en el folleto Ayudar a los que sufren, publicado por Multnomah Press. Les agradezco el permiso para incorporar ese material.

*Piensa también
en todos los que sufren
como si
compartieras
su dolor.*
HEBREOS 13:3
(JB PHILLIPS)

**¿DONDE ESTA DIOS
CUANDO
DUELE?**

CAPÍTULO 1

UN PROBLEMA QUE NO DESAPARECE

Mientras tanto, ¿dónde está Dios? Este es uno de los síntomas más inquietantes . Cuando estés feliz, tan feliz que no sientas necesidad de Él, si te diriges a Él con alabanza, serás recibido con los brazos abiertos. Pero acude a Él cuando tu necesidad sea desesperada, cuando toda otra ayuda sea vana y ¿qué encontrarás? Una puerta se cerró de golpe en tu cara, y un sonido de cerrojo y doble cerrojo en el interior. Después de eso, silencio.

También puedes darte la vuelta.

CS LEWIS

Un dolor observado

Me siento impotente alrededor de personas que sufren mucho. Indefenso, y también culpable. Me paro junto a ellos, observo cómo se contraen los rasgos faciales y escucho los suspiros y gemidos, profundamente consciente del enorme abismo que nos separa. No puedo penetrar su sufrimiento, solo puedo observar. Cualquier cosa que intento decir parece débil y rígida, como si hubiera memorizado las líneas de una obra de teatro escolar.

Un día recibí una súplica desesperada de ayuda de mis amigos cercanos John y Claudia Claxton. Recién casados con poco más de veinte años, recién comenzaban una vida juntos en el Medio Oeste. Había visto con asombro cómo la experiencia del amor romántico transformaba por completo a John Claxton. Dos años de noviazgo con Claudia habían derretido su cinismo y suavizado sus asperezas. Se volvió optimista, y ahora sus cartas para mí estaban burbujeantes de entusiasmo por su joven matrimonio.

Pero una carta de John me alarmó tan pronto como la abrí. Los errores y los rasguños estropearon su letra generalmente prolija. Él explicó: “Disculpe mi escritura. . . Supongo que muestra cómo estoy buscando a tientas las palabras. No sé qué decir. El joven matrimonio de los Claxton se había topado con un obstáculo mucho mayor que el de ambos. A Claudia le habían diagnosticado la enfermedad de Hodgkin, cáncer de los ganglios

linfáticos, y solo le habían dado un cincuenta por ciento de posibilidades de vivir.

En una semana, los cirujanos la cortaron desde la axila hasta el vientre, eliminando todo rastro visible de la enfermedad. La dejaron aturrida y débil, acostada en una cama de hospital.

En ese momento, irónicamente, John trabajaba como asistente de capellán en un hospital local. Su compasión por otros pacientes se hundió peligrosamente. “De alguna manera”, me dijo, “pude entender mejor lo que estaban pasando otros pacientes. Pero ya no me importaba. Solo me importaba Claudia. Quería gritarles: ‘¡Dejen de lloriquear, idiotas! Crees que tienes problemas, ¡mi esposa puede estar muriendo en este momento!’”.

Aunque tanto John como Claudia eran cristianos fuertes, surgió una ira inesperada contra Dios: ira contra un compañero amado que los había traicionado. “Dios, ¿por qué nosotros?” ellos lloraron. “¿Has repartido en broma un año feliz de matrimonio para prepararnos para esto?”

Los tratamientos con cobalto hicieron mella en el cuerpo de Claudia. La belleza huyó de ella casi de la noche a la mañana. Se sentía y parecía cansada, su piel se oscurecía, su cabello se caía. Tenía la garganta en carne viva y regurgitaba casi todo lo que comía. Los médicos tuvieron que suspender el tratamiento por un tiempo cuando su garganta hinchada ya no podía tragar.

Cuando se reanudaron los tratamientos de radiación, periódicamente la acostaban sobre una mesa, desnuda. No podía hacer nada más que quedarse quieta y escuchar el zumbido y el clic de la maquinaria mientras la bombardeaba con partículas invisibles, cada dosis envejeciendo su cuerpo por meses. Mientras yacía en esa fría habitación de acero, Claudia pensaba en Dios y en su sufrimiento.

Visitantes de Claudia

Claudia esperaba que los visitantes cristianos la consolaran al brindarle una perspectiva de lo que estaba pasando. Pero sus voces resultaron confusas, no consoladoras.

Un diácono de su iglesia le aconsejó solemnemente que reflexionara sobre lo que Dios estaba tratando de enseñarle. “Seguramente algo en tu vida debe desagradar a Dios”, dijo. “En algún lugar, debes haber salido de su testamento. Estas cosas no *suceden simplemente*. Dios usa las circunstancias para advertirnos y castigarnos. ¿Qué te está diciendo?”

Unos días después, Claudia se sorprendió al ver a una mujer de la iglesia a quien apenas conocía. Evidentemente, esta viuda regordeta y atolondrada había adoptado el papel de animadora profesional de los enfermos. Llevó flores, cantó himnos y se quedó el tiempo suficiente para leer algunos salmos alegres sobre arroyos corriendo y montañas aplaudiendo. Cada vez que Claudia intentaba hablar sobre su enfermedad o pronóstico, la mujer cambiaba rápidamente de tema, tratando de combatir el sufrimiento con alegría y buena voluntad. Pero solo la visitó una vez, y después de un tiempo las flores se marchitaron, los himnos parecieron disonantes y Claudia se enfrentó a un nuevo día de dolor.

Pasó otra mujer, fiel seguidora de los curanderos de la televisión. Irradiando confianza, le aseguró a Claudia que la curación era su único escape. Cuando Claudia le contó sobre el consejo del diácono, esta mujer casi explota. “¡La enfermedad nunca es la voluntad de Dios!” Ella exclamo. “¿No has leído la Biblia? El Diablo nos acecha como un león rugiente, pero Dios te librará si puedes reunir suficiente fe para creer que serás sanado. Recuerda, Claudia, la fe puede mover montañas, y eso incluye la enfermedad de Hodgkin. Simplemente mencione su promesa, con fe, y luego reclame la victoria”.

Las mañanas siguientes, mientras Claudia yacía en la sala estéril de tratamiento con cobalto, trató de “reunirse” en la fe. Se preguntó si incluso entendía el procedimiento. Ella no cuestionó el poder sobrenatural de Dios, pero ¿cómo convencer a Dios de su sinceridad? La fe no era como un músculo que podía agrandarse mediante ejercicios de rehabilitación. Era resbaladizo, intangible, imposible de agarrar. Toda la idea de reunir la fe parecía terriblemente agotadora, y ella nunca podía decidir lo que realmente significaba.

Quizás la mujer más “espiritual” de la iglesia de Claudia trajo algunos libros sobre alabar a Dios por todo lo que sucede. “Claudia, necesitas llegar al lugar donde puedas decir, 'Dios, te *amo* por hacerme sufrir así. Es tu voluntad, y tú sabes lo que es mejor para mí. Y te alabo por amarme lo suficiente como para permitirme experimentar esto. En todo, incluso en esto, doy gracias”.

Mientras Claudia reflexionaba sobre las palabras, su mente se llenó de imágenes bastante grotescas de Dios. Imaginó una figura con la forma de un troll, grande como el universo, que se deleitaba estrujando a humanos

indefensos entre sus uñas, pulverizándolos con los puños, estrellándolos contra piedras afiladas. La figura torturaría a estos humanos hasta que gritaran: "¡Dios, te amo por hacerme esto!" La idea le repugnaba a Claudia, y decidió que no podía adorar ni amar a un Dios así.

Otro visitante más, el pastor de Claudia, le hizo sentir que estaba en una misión selecta. Él dijo: "Claudia, has sido designada para sufrir por Cristo, y él te recompensará. Dios te escogió por tu gran fortaleza e integridad, así como escogió a Job, y te está usando como ejemplo para los demás. Su fe puede aumentar debido a tu respuesta. Debes sentirte privilegiado, no amargado. Lo que vemos como adversidad, Dios lo ve como oportunidad". Le dijo que pensara en sí misma como una estrella del atletismo y que viera la adversidad como la serie de obstáculos que tendría que superar para llegar al círculo de la victoria.

A veces, la idea de ser una mártir privilegiada le atraía a Claudia, de una manera un poco autocompasiva. Otras veces, cuando el dolor aumentaba, cuando vomitaba comida, cuando sus rasgos faciales envejecían, Claudia gritaba: "Dios, ¿por qué yo? Hay millones de cristianos más fuertes y más honorables que yo, ¿no podrías elegir a uno de ellos en su lugar? No se sentía como una estrella del atletismo en absoluto, y se preguntaba por qué Dios pondría deliberadamente obstáculos en el camino de alguien a quien amaba.

Yo también visité a Claudia y la encontré desesperadamente confundida por todas estas palabras contradictorias. Me repitió los consejos que le dieron los cristianos bien intencionados, y escuché su respuesta desconcertada. ¿Cuál de estas lecciones se suponía que estaba aprendiendo? ¿Cómo podría tener más fe? ¿A quién debería escuchar? En medio de tanta confusión, Claudia tenía una certeza: su mundo feliz con John se estaba desintegrando. Sobre todo, ella no quería que eso terminara.

Ese día tuve pocos consejos para Claudia. De hecho, salí con aún más preguntas. ¿Por qué estaba acostada en una cama de hospital mientras yo estaba a su lado, saludable? Algo dentro de mí retrocedió cuando la escuché repetir los comentarios cliché de sus visitantes. ¿Se supone que el cristianismo debe hacer que el que sufre se sienta aún peor?

Cuando visité a Claudia, trabajaba para la revista *Campus Life* y también trabajaba como periodista independiente. En poco tiempo escribí seis historias de "Drama en la vida real" para *Reader's Digest*. Entrevisté a una

joven pareja canadiense que había sido mutilada por un oso pardo. Aunque ambos sobrevivieron, el joven perdió un ojo y ninguna cirugía plástica pudo ocultar las cicatrices en su rostro. En otra ciudad, dos adultos jóvenes me contaron la historia de un viaje de campamento de la infancia que hicieron con su padre al Monte Rainier. Atrapados en una ventisca, cavaron frenéticamente una cueva de nieve. Su padre, que yacía de forma protectora sobre la cara de la cueva, murió congelado durante la noche.

Todas estas personas repitieron sus propias versiones de la cacofonía de voces de los “consoladores” cristianos. Un amputado me dijo: “Mis amigos religiosos fueron la parte más deprimente e irritante de toda la experiencia”. Ese patrón me perturbó mucho. Algo estaba mal. Una fe fundada en el Gran Médico debe traer paz, no confusión, en tiempos de crisis.

¿Por qué la gente tiene que sufrir tanto? ¿Qué dice realmente la Biblia? Debido a las preguntas que surgieron de mis contactos con Claudia* y otros como ella, comencé una búsqueda que culminó en este libro. He buscado un mensaje que los cristianos podamos dar a las personas que sufren. Al mismo tiempo, he buscado un mensaje que pueda fortalecer mi propia fe cuando sufro. ¿Dónde está Dios cuando duele? ¿Está tratando de decirnos algo a través de nuestro dolor?

Un enfoque personal

Después de una extensa gira por los Estados Unidos, se le preguntó al conocido pastor y teólogo alemán Helmut Thielicke cuál había observado como la mayor deficiencia entre los cristianos estadounidenses. Él respondió: “Tienen una visión inadecuada del sufrimiento”. He llegado a estar de acuerdo con él.

Esa deficiencia se destaca como una gran mancha en el mundo no cristiano. He preguntado a estudiantes universitarios qué tienen en contra del cristianismo, y la mayoría se hacen eco de variaciones sobre el tema del sufrimiento: “No puedo creer en un Dios que permitiría Auschwitz y Camboya”; “Mi hermana adolescente murió de leucemia a pesar de todas las oraciones de los cristianos”; “Un tercio del mundo se acostó con hambre anoche. ¿Cómo puedes reconciliar eso con el amor cristiano?”

Ninguna otra experiencia humana provoca una respuesta tan urgente. Nadie se sienta en cafés llenos de humo hasta altas horas de la noche debatiendo las implicaciones cósmicas del sentido del olfato o del gusto. *¡Oler! ¿Por qué esta extraña sensación? ¿Qué pretendía Dios? ¿Por qué se*

distribuyó el aroma de manera tan caprichosa, prodigándose en las rosas pero no en el oxígeno? ¿Y por qué la humanidad debe arreglárselas con una octava parte de la capacidad sensorial del perro? Curiosamente, no escucho a nadie debatir “el problema del placer”; ¿Por qué damos por sentadas las sensaciones de placer pero reaccionamos tan violentamente contra el dolor?

Mientras investigaba en la biblioteca sobre el problema del dolor, descubrí que muchos grandes filósofos, por lo demás simpatizantes de los principios y la ética cristianos, han tropezado con este problema del dolor y el sufrimiento, y finalmente han rechazado el cristianismo por ello. CEM Joad escribió: “¿Cuáles son, entonces, los argumentos que para mí han dicho tan fuertemente en contra de la visión religiosa del universo? . . . Primero, estaba la dificultad presentada por los hechos del dolor y el mal.”¹ Otros filósofos, como Bertrand Russell y Voltaire, comparten la queja de Joad.

El complicado problema del dolor y el sufrimiento sigue apareciendo a pesar de los intentos eruditos de explicarlo. El gran escritor británico CS Lewis ofreció quizás el tratamiento más elocuente del tema en este siglo con *El problema del dolor*, escrito en el apogeo de sus poderes intelectuales. Pero años más tarde, después de que su propia esposa muriera de cáncer de huesos, Lewis escribió otro libro, *Un regalo observado*, que publicó bajo un seudónimo. Trata el mismo tema, pero de una manera muy diferente. Como revela la cita al comienzo de este capítulo, la confianza de Lewis se había hecho añicos, sus emociones se estiraron hasta el punto de ruptura, se extendieron más allá del punto de ruptura. “Nunca sabes cuánto crees realmente en algo hasta que su verdad o falsedad se convierte en una cuestión de vida o muerte para ti”, dijo.

Como en la batalla de Hércules contra la Hidra, todos nuestros intentos de cortar los argumentos agnósticos se encuentran con nuevos ejemplos de sufrimiento. El novelista Peter De Vries ha llamado al problema del dolor “el signo de interrogación girado como un anzuelo en el corazón humano”. Y con demasiada frecuencia, la defensa cristiana suena como una disculpa con la cara roja, el movimiento de los pies y la cabeza gacha.

“El problema del dolor” representa un enigma profundo, y el enfoque de los filósofos sobre el tema a veces toma la forma de un razonamiento

abstracto, como el que se puede encontrar en un libro de texto sobre matemáticas puras. No intentaré dirigirme a los filósofos con este libro; otros con mucho más entrenamiento lo han hecho. Más bien, he tratado de mantener ante mí la escena de mi amiga Claudia Claxton acostada en una cama de hospital. La mayoría de nuestros problemas con el dolor no son ejercicios de gimnasia mental. Son problemas como los de Claudia: la pérdida de la juventud, la garganta ulcerosa, la perspectiva de un nuevo matrimonio labrado por la muerte, el miedo paralizante a lo desconocido. Claudia escuchó muchos consejos contradictorios sobre estos problemas de parte de otros cristianos. ¿Qué podemos creer con confianza?

Para prepararme para este libro, hablé con cristianos que sufren a un nivel mucho peor que el que experimentaremos la mayoría de nosotros. Para algunos de ellos, el dolor casi define la vida. Es la primera sensación que les da la bienvenida por la mañana y la última que sienten antes de quedarse dormidos, si tienen la suerte de conciliar el sueño a pesar de ello. Irónicamente, también pasé tiempo entre personas con lepra, que no sienten dolor fisiológico pero que desearían desesperadamente sentirlo. Con tales personas como mis guías, he entrado en el mundo de los que sufren para descubrir qué diferencia hace ser cristiano allí.

Primero, examinaré el dolor biológicamente, a través del microscopio, se podría decir, para ver qué papel juega en la vida. Luego, retrocediendo, miraré a nuestro planeta como un todo y me preguntaré qué está tramando Dios. ¿Es el sufrimiento el gran error de Dios? Y, por último, preguntaré qué respuesta podemos dar cuando nos golpea el sufrimiento y cómo podemos tender la mano a los demás.

Tal vez la próxima vez que me enferme, cuando me pegue la gripe y me dé vueltas en la cama, combatiendo las oleadas de náuseas, tal vez mis conclusiones sobre el dolor no me ofrezcan consuelo. Pero como cristiano que trata de comprender lo que Dios está haciendo en este mundo, he aprendido mucho. Y a medida que llegué a comprender mejor el sufrimiento de este mundo, mi actitud hacia Dios cambió drásticamente.

*El dilema de Claudia finalmente se resolvió cuando los tratamientos con cobalto destruyeron efectivamente las células cancerosas. No ha tenido recurrencia de la enfermedad.

PARTE 1

¿POR QUÉ EXISTE EL DOLOR?



CAPITULO 2

EL DON QUE NADIE QUIERE

Los síntomas y la enfermedad no son lo mismo. La enfermedad existe mucho antes que los síntomas. Más que ser la enfermedad, los síntomas son el comienzo de sus curas. El hecho de que no sean deseados los convierte en un fenómeno de gracia , un regalo de Dios, un mensaje del inconsciente, por así decirlo, para iniciar el autoexamen y la reparación.

M. SCOTT PECK

El camino menos transitado

Estoy sentado en el ornamentado Orchestra Hall de Chicago. Me he regocijado con las obras de Beethoven y Mozart, pero el largo y complejo concierto de Prokofiev es otra cosa. A medida que la sangre que da energía se desvía de mi cerebro hacia mi estómago para ayudar a digerir el almuerzo del domingo, me resulta cada vez más difícil mantenerme despierto.

La sala de conciertos es cálida y sofocante. Gradualmente, los sonidos de varios instrumentos comienzan a fusionarse en un tono apagado. Mis párpados se hunden. Me doy cuenta, miro a mi alrededor y veo decenas de asistentes al concierto bien vestidos que ya han sucumbido. Así que apoyo la barbilla en la mano derecha y apoyo el codo en el reposabrazos de madera. La música se desvanece. . . .

GRACIAS!! Mis miembros están extendidos en todas direcciones. Las personas en los asientos circundantes me miran, sus cuellos estirados en mi dirección. Mi abrigo está en el suelo. Sorprendido y avergonzado, recupero el abrigo, me enderezo en mi asiento y trato de nuevo de prestar atención a la música. La sangre ahora está latiendo en mi cabeza.

¿Qué sucedió? Incluso mientras me adentraba en la tierra de los sueños, mi cuerpo trabajaba lealmente para protegerme. Aunque mi cerebro consciente ya se había apagado, mi sistema de reflejos no. Cuando mi cabeza asintió hacia adelante, dos pequeños sacos en mi oído interno, llenos de líquido y revestidos de pelos ultrasensibles, detectaron un cambio

alarmante en mi equilibrio. Justo en el último momento, cuando mi cabeza estaba a punto de estrellarse contra el reposabrazos, el oído interno emitió una alerta general. De repente, mis brazos se sacudieron, mi cabeza se disparó hacia arriba y todo mi torso se contrajo en un espasmo. El acto dramático, una vergüenza para mí, fue simplemente el esfuerzo de emergencia de mi cuerpo para evitar lesiones. Y todas estas maniobras complejas tuvieron lugar mientras me estaba quedando dormido.

El mecanismo del dolor en el cuerpo humano funciona de manera muy similar al sistema de advertencia que experimenté en el Orchestra Hall. Los sensores de dolor alertan en voz alta a mi cuerpo del peligro . *¡Duele!* —y obligarme a concentrarme en el área del problema.

A veces, la reacción se produce a un nivel involuntario. Por ejemplo, cuando voy al médico para un chequeo y me golpea la rodilla con un martillo de goma, mi pierna se endereza violentamente. ¿Por qué? El golpecito del médico da la impresión de que la rodilla se está doblando: su martillo golpea los mismos nervios que se verían afectados si mi rodilla se doblara repentinamente al caminar. Mi cuerpo se apresura a compensar, para que no tropiece y experimente un dolor mayor. La reacción es demasiado espontánea y rápida como un rayo para permitir que el cerebro razone que estoy sentado en una mesa, no de pie, y que no existe peligro real de caída.

Marcas de un diseñador

Sin embargo, a pesar del valor protector obvio de estos millones de sensores de advertencia, la red del dolor es fácilmente el sistema corporal menos apreciado. Atrae sobre todo abuso y malos sentimientos. Jamás he leído un poema que exalte las virtudes del dolor, ni he visto erigir una estatua en su honor, ni he oído un himno dedicado a él. El dolor generalmente se define como "desagrado".

Los cristianos, que creen en un Creador amoroso, no saben muy bien cómo interpretar el dolor. Si estuvieran clavados contra la pared en un momento oscuro y secreto, muchos cristianos confesarían que el dolor fue el único error de Dios. Realmente, debería haber trabajado un poco más para idear una mejor manera de hacer frente al peligro. Solía sentirme así exactamente.

Ahora, sin embargo, estoy convencido de que el dolor tiene mala prensa. Tal vez deberíamos ver poemas, estatuas e himnos al dolor. ¿Por qué ha

cambiado mi actitud? Porque de cerca, bajo un microscopio, la red de dolor se ve bajo una luz completamente diferente. Mi discusión sobre el dolor, entonces, debe comenzar con una mirada al cuerpo humano. ¿Por qué necesito dolor? Cuando me duele, ¿qué me dice mi cuerpo?

Comienzo aquí, con la vista de cerca, porque esa perspectiva es la que más a menudo pasan por alto las personas que se preguntan a tientas: "¿Dónde está Dios cuando duele?" He leído decenas de libros filosóficos y teológicos sobre "el problema del dolor", pero en el mejor de los casos estos dan un reconocimiento simbólico al hecho de que el dolor puede tener algún propósito biológico útil. La red del dolor merece mucho más que un reconocimiento simbólico. Lleva la marca del genio creativo.

Considere un solo órgano del cuerpo humano: la piel, un órgano flexible pero resistente que se extiende sobre la estructura del cuerpo como una protección avanzada contra los peligros del mundo exterior. Millones de sensores de dolor salpican la superficie de la piel, dispersos no al azar, sino de acuerdo con las necesidades específicas del cuerpo. En realidad, el cuerpo no parece tener "células de dolor" dedicadas, ya que la sensación de dolor se vincula con una elaborada red de sensores que también informan sobre la presión, el tacto, el calor y el frío.

Los científicos vendan los ojos a sus sujetos de investigación (normalmente estudiantes de medicina desafortunados) y miden la sensibilidad de su piel. Por ejemplo, ¿cuánta presión debe aplicarse antes de que una persona con los ojos vendados se dé cuenta de que un objeto toca su piel? La escala, llamada umbral *absoluto del tacto*, se mide en gramos (por milímetro cuadrado de superficie de la piel), y esto es lo que los investigadores han descubierto:

Punta de la lengua	sensible a 2 gramos de presión
Dedos	sensible a 3 gramos de presión
Parte de atrás de la mano	sensible a 12 gramos de presión
Parte posterior del antebrazo	sensible a 33 gramos de presión
Planta del pie	sensible a 250 gramos de presión

Por lo tanto, la piel, un solo órgano, muestra una gama muy amplia de sensibilidad a la presión. Usamos la lengua para actos tan complejos como formar palabras y sacar partículas de comida de entre los dientes. Usamos

los dedos para tocar la guitarra, escribir con un rotulador, y las caricias del amor. Estas zonas de la piel requieren una sensibilidad afinada.¹

Pero las áreas menos críticas difícilmente necesitan tal sensibilidad: nos cansaríamos muy rápidamente si nuestros cerebros tuvieran que escuchar informes de presión tan delicados del pie, que se enfrenta a un rigor diario de pisotear, apretar y soportar peso. Por lo tanto, mientras que los dedos y la lengua puede detectar un toque de pluma, otras partes del cuerpo necesitan una buena bofetada antes de informar actividad inusual al cerebro.

Estas medidas de umbral apenas arañan la superficie de las maravillas de la red del dolor. Por ejemplo, la sensibilidad a la presión varía según el contexto. Puedo distinguir una carta que pesa 1-1/4 onzas de una que pesa 1-1/2 onzas con solo sostenerla en la mano. Pero si estoy sosteniendo un paquete de diez libras, no podría discernir esa diferencia; Necesitaría un cambio de al menos tres onzas antes de darme cuenta.

Otra prueba evalúa el *umbral absoluto del dolor*. En esta prueba, el científico mide cuánta presión debe aplicarse a una aguja muy afilada antes de que el sujeto comience a sentir dolor.

Córnea	0,2 gramos produce sensación dolorosa
Antebrazo	20 gramos produce sensación dolorosa
Parte de atrás de la mano	100 gramos produce sensación dolorosa
Planta del pie	200 gramos produce sensación dolorosa
Punta del dedo	300 gramos produce sensación dolorosa

Observe cómo estas cifras contrastan con los umbrales de presión.² La yema del dedo, por ejemplo, muestra una diferencia asombrosa: puede detectar apenas 3 gramos de presión, ¡pero no sentiré dolor allí hasta que esa presión exceda los 300 gramos! ¿Por qué? Piensa en las actividades de los dedos. El violinista de concierto debe sentir una asombrosa variedad de presiones para producir un sonido y un volumen perfectos. Un panadero habilidoso, moviendo sus manos a través de lotes de masa, puede notar tan solo un dos por ciento de variación en la "pegajosidad" o consistencia. Los palpadores de tela en las industrias textiles comparan las cualidades de la tela al tacto. Las yemas de los dedos deben ser increíblemente sensibles a las más mínimas diferencias en el tacto.

Pero la sensibilidad al tacto no es suficiente. Las yemas de los dedos también deben ser *resistentes* para soportar una actividad rigurosa. Siente la mano callosa y escamosa de un carpintero o de un tenista profesional. La vida sería verdaderamente miserable si la yema del dedo enviara un mensaje de dolor al cerebro cada vez que una persona apretara una raqueta de tenis o golpeará un martillo. Así que el diseño del cuerpo incluye una yema del dedo extraordinariamente sensible a la presión, pero relativamente insensible al dolor. Las manos y las yemas de los dedos son las partes más utilizadas de nuestro cuerpo.* ³

La córnea del ojo, sin embargo, vive una existencia diferente. Debido a su transparencia, esencial para admitir los rayos de luz, tiene un riego sanguíneo limitado y, por lo tanto, es muy frágil. Una pequeña herida puede causar ceguera, y cualquier intrusión en el ojo, una astilla de madera o una mota de tierra, representa una seria amenaza. Por lo tanto, los sensores de dolor de la córnea tienen una línea directa electrónica con el cerebro.

He visto un juego de béisbol de la Serie Mundial retrasado por la simple razón de que al lanzador se le metió una pestaña en el ojo. Los jugadores de cuadro y los árbitros se reunieron alrededor mientras él se miraba en un espejo y lo sacaba. No podía seguir lanzando hasta que eliminara la fuente del dolor. Tal pestaña sobre su nariz, brazo o cualquier otra parte del cuerpo pasaría desapercibida.

Cólicos, cálculos renales y dolores de cabeza por helado

En el interior, el cuerpo presenta aún más evidencia del diseño inteligente de la red del dolor. Los pinchazos y las quemaduras por calor, las técnicas favoritas de los científicos para medir el dolor en la superficie de la piel, resultan inútiles en los órganos internos, que simplemente no responden a esos estímulos. ¿Por qué deberían? Dado que el cuerpo ha designado a la piel para que evalúe las alarmas de cortes, quemaduras y presiones, los órganos internos pueden funcionar sin sistemas de advertencia tan elaborados.

Pasa las defensas de la piel con la ayuda de un anestésico local y podrías quemar el estómago con una cerilla, insertar una aguja en el pulmón, cortar el cerebro con un cuchillo, aplastar el riñón con un tornillo de banco o perforar el hueso, todo sin causar molestias al paciente. Tales señales de

dolor interno serían redundantes: la piel y el esqueleto ya protegen los órganos internos de tales peligros.

En cambio, los órganos protegidos del cuerpo poseen conjuntos únicos de receptores del dolor específicos para los peligros que enfrentan. Si un médico inserta un globo dentro de mi estómago y lo llena con aire para distenderlo un poco, mensajes urgentes de dolor se disparan a mi cerebro: dolor de cólico o gases. La red de dolor del estómago está diseñada a medida para protegerlo de peligros específicos. Del mismo modo, el riñón envía señales de dolor insoportables cuando hay un cálculo renal del tamaño de BB. Los revestimientos de las articulaciones, que son insensibles a una aguja o cuchillo, son muy sensibles a ciertos químicos.⁴

En raras ocasiones, un órgano interno debe informar al cerebro de una emergencia que sus sensores de dolor no están equipados para manejar. ¿Cómo puede alertar al cerebro sobre el daño que detecta? En este caso, el órgano utiliza el notable fenómeno del *dolor referido*, reclutando sensores de dolor cercanos para hacer sonar la alarma. Por ejemplo, las víctimas de un ataque cardíaco pueden notar una sensación de ardor o constricción en el cuello, el pecho, la mandíbula o el brazo izquierdo. Allí, las células de la piel, aunque perfectamente sanas, envían amablemente mensajes de alarma al cerebro como si *estuvieran* dañadas, cuando en realidad el problema reside en su vecino, el corazón. De esta manera, la piel “presta” sus sensores de dolor al corazón como una estación de advertencia de retransmisión.

Cualquiera que haya comido helado casero demasiado rápido en un caluroso día de verano puede experimentar un fenómeno relacionado. De repente, un dolor de cabeza golpea, justo detrás de los ojos. Obviamente, el helado no entra en la frente. Más bien, el nervio vago del estómago envía fuertes señales de frío al cerebro; en la unión con el nervio trigémino de la cara, la frente y la mandíbula, el dolor salta de un nervio al otro y el escalofrío en el estómago se siente como dolor en la cabeza.

El misterio del dolor referido puede generar algunos diagnósticos médicos desafiantes. Las lesiones del bazo a veces se sienten en la punta del hombro izquierdo. Un apéndice dañado puede tomar prestados sensores de dolor en una variedad de lugares, a ambos lados del abdomen. Una lesión en el cuello puede causar dolor en el brazo. Cada uno de estos demuestra

cómo los sistemas de respaldo del cuerpo cooperan para advertir sobre posibles lesiones.

Las bibliotecas médicas contienen volúmenes masivos llenos de hechos asombrosos sobre el funcionamiento de la red del dolor del cuerpo, y he mencionado una mera muestra. Hechos como estos (la distribución exacta de las células de dolor necesarias, los umbrales personalizados de presión/dolor y el sistema de respaldo del dolor referido) me convencen de que, sea lo que sea, la red del dolor no es un accidente.

El dolor no es una ocurrencia tardía, o la gran tontería de Dios. Más bien, revela un diseño maravilloso que sirve bien a nuestros cuerpos. El dolor es tan esencial para una vida normal, se podría argumentar, como la vista o incluso la buena circulación. Sin dolor, como veremos, nuestras vidas estarían llenas de peligros y desprovistas de muchos placeres básicos.

¿Pero debe doler?

Mi aprecio por los aspectos de ingeniería de la red del dolor se remonta al comienzo de mi amistad con el Dr. Paul Brand. Me encontré con su nombre en 1975, cuando estaba investigando por primera vez el tema del dolor. Ya había leído muchos libros sobre el tema. Pero un día mi esposa, que estaba hurgando en un armario en una tienda de suministros médicos, se encontró con un folleto con el título inusual, “El regalo del dolor”. Su autor fue el Dr. Brand. Poco tiempo después, nos reunimos en los terrenos de la leprosería de Carville, Luisiana, y desde entonces hemos colaborado en dos libros (*Temerosamente y maravillosamente hechos* y *A su imagen*).

El Dr. Brand ha recibido un amplio reconocimiento por su trabajo médico, incluidos premios de la Fundación Albert Lasker, el Servicio de Salud Pública de EE. UU. y también de la Reina Isabel II, quien lo nombró Comandante del Imperio Británico. Sin embargo, curiosamente, obtuvo la mayor parte de su reconocimiento como un cruzado a favor del dolor. Sin dudarlo, el Dr. Brand declara: “¡Gracias a Dios por inventar el dolor! No creo que pudiera haber hecho un mejor trabajo. Es bonito.” Como uno de los principales expertos mundiales en lepra, una enfermedad del sistema nervioso, está bien calificado para emitir tal juicio.

Una vez, de hecho, el Dr. Brand recibió una subvención de varios millones de dólares con el propósito expreso de diseñar un sistema artificial para el dolor. Sabía que las personas con enfermedades como la lepra y la diabetes corrían un grave peligro de perder los dedos de las manos y los

pies e incluso extremidades enteras simplemente porque su sistema de advertencia de dolor había sido silenciado. Literalmente se estaban destruyendo a sí mismos sin darse cuenta. Tal vez podría diseñar un sustituto simple que los alertara de los peores peligros.

En este proyecto, el Dr. Brand tuvo que pensar como el Creador, anticipándose a las necesidades del cuerpo. Para obtener asistencia, contrató a tres profesores de ingeniería electrónica, un bioingeniero y varios bioquímicos investigadores. El equipo decidió concentrarse en las yemas de los dedos, la parte del cuerpo que se usa con más frecuencia y, por lo tanto, más vulnerable al abuso. Desarrollaron una especie de nervio artificial, un transductor sensible a la presión que se podía llevar en el dedo como un guante. Cuando se somete a presión, el nervio electrónico activa una corriente eléctrica que a su vez activa una señal de advertencia.

El Dr. Brand y sus asistentes enfrentaron enormes problemas técnicos. Cuanto más estudiaban los nervios, más compleja parecía su tarea. ¿A qué nivel de presión debe emitir el sensor una advertencia? ¿Cómo podría un sensor mecánico distinguir entre la presión aceptable de, por ejemplo, agarrarse a una barandilla y la presión inaceptable de agarrarse a un espino? ¿Cómo podría ajustarse para permitir actividades rigurosas como jugar al tenis?

Brand también reconoció que las células nerviosas cambian su percepción del dolor para satisfacer las necesidades del cuerpo. Debido a la presión de la inflamación, un dedo infectado puede volverse diez veces más sensible al dolor. Es por eso que un dedo hinchado por un padrastro se siente incómodo y estorba: tu cuerpo te está diciendo que le des tiempo para sanar. Las células nerviosas “suben el volumen”, amplificando golpes y raspaduras que normalmente no se reportarían. De ninguna manera estos científicos bien financiados podrían duplicar esa hazaña con la tecnología actual.

Los sensores artificiales cuestan alrededor de \$ 450 cada uno, y se necesitaron muchos de ellos para proteger una sola mano o un pie, pero cada nuevo diseño se deterioraría por la fatiga o la corrosión del metal después de unos pocos cientos de usos. Cada mes, el Dr. Brand y sus colegas apreciaron más la notable ingeniería de la red del dolor del cuerpo, que incluye varios cientos de millones de sensores que funcionan sin mantenimiento durante la vida de una persona sana.

Al principio, el Dr. Brand buscó una manera de hacer que su sistema de dolor artificial funcionara sin lastimar al paciente. Había leído las quejas de varios filósofos contra el mundo creado. ¿Por qué Dios no había diseñado un sistema nervioso que nos proteja, pero sin los aspectos desagradables del dolor? Aquí estaba su oportunidad de mejorar el diseño original con un sistema de protección que no dolía.

Primero, su equipo intentó enviar una señal audible a través de un audífono, una señal que zumbaba cuando los tejidos recibían presiones normales y zumbaba con fuerza cuando realmente estaban en peligro. Pero la señal resultó demasiado fácil de ignorar. Si un paciente con una mano dañada estaba girando un destornillador con demasiada fuerza y la señal de advertencia fuerte se disparaba, simplemente la anulaba y giraba el destornillador de todos modos. Esto sucedió no una vez, sino muchas veces. No se pudo persuadir a las personas que no sintieron dolor para que confiaran en los sensores artificiales.

A continuación, el equipo de Brand intentó con luces parpadeantes, pero pronto las eliminó por la misma razón. Finalmente tuvieron que recurrir a descargas eléctricas, pegando electrodos a una parte del cuerpo aún sensible, como la axila. Había que *obligar a la gente* a responder; ser alertado del peligro no era suficiente. El estímulo tenía que ser desagradable, así como el dolor es desagradable.

“También descubrimos que la señal tenía que estar fuera del alcance del paciente”, dice Brand. “Incluso para las personas inteligentes, si deseaban hacer algo que temían activaría la descarga, apagarían la señal, harían lo que tenían en mente y luego la encenderían de nuevo cuando no hubiera peligro de recibir una descarga. señal desagradable. Recuerdo haber pensado cuán sabio había sido Dios al poner el dolor fuera de nuestro alcance”.

Después de cinco años de trabajo, miles de horas-hombre y varios millones de dólares, Brand y sus asociados abandonaron todo el proyecto. Un sistema de alerta adecuado para una sola mano era exorbitantemente caro, sujeto a frecuentes averías mecánicas y totalmente inadecuado para interpretar las señales. profusión de sensaciones. Un sistema a veces llamado “el gran error de Dios” era demasiado complejo para que incluso la tecnología más sofisticada lo imitara.

Es por eso que Paul Brand dice con total sinceridad: "¡Gracias a Dios por el dolor!" Por definición, el dolor es desagradable, lo suficiente como para obligarnos a retirar los dedos de una estufa. Sin embargo, esa misma cualidad nos salva de la destrucción. A menos que la señal de advertencia exija una respuesta, es posible que no la prestemos atención.

Escucha tu dolor

La típica respuesta estadounidense al dolor es tomar una aspirina al menor dolor y silenciar el dolor. Ese enfoque solo se ocupa del síntoma del problema. No nos atrevemos a apagar el sistema de advertencia sin escuchar primero la advertencia.

Un ejemplo trágico de alguien que no prestó atención a la advertencia ocurrió en un partido de baloncesto de la NBA en el que un jugador estrella, Bob Gross, quería jugar a pesar de tener un tobillo gravemente lesionado. Sabiendo que se necesitaba a Gross para el importante partido, el médico del equipo inyectó Marcaine, un fuerte analgésico, en tres lugares diferentes de su pie. Gross comenzó el juego, pero después de unos minutos, mientras luchaba por un rebote, ¡un fuerte *chasquido!* se podía escuchar en toda la arena. Gross, inconsciente, corrió de un lado a otro de la cancha dos veces y luego se derrumbó en el suelo. Aunque no sintió dolor, un hueso se le había roto en el tobillo. Al anular el sistema de advertencia del dolor con el anestésico, el médico provocó un daño permanente en el pie de Gross y puso fin a su carrera en el baloncesto.

El dolor no es el gran error de Dios. La sensación de dolor es un regalo, el regalo que nadie quiere. Más que nada, el dolor debe ser visto como una red de comunicación. Así como el sistema de advertencia de mi equilibrio me salvó en el vergonzoso episodio en el Orchestra Hall, una notable red de sensores de dolor hace guardia con el único propósito de evitar que me lesione.

No digo que todo dolor sea bueno. A veces estalla y hace la vida miserable. Para alguien con artritis paralizante o cáncer terminal, el dolor domina tanto que cualquier alivio, especialmente un mundo sin dolor, parecería el cielo mismo. Pero para la mayoría de nosotros, la red del dolor realiza un servicio de protección diario. Está efectivamente diseñado para sobrevivir a la vida en este planeta a veces hostil.

En palabras del Dr. Brand, "La única queja legítima que puede presentar contra el dolor es que no se puede apagar. Puede salirse de control, como

con un paciente de cáncer terminal, aunque su advertencia haya sido escuchada y no se pueda hacer nada más para tratar la causa del dolor. Pero como médico, estoy seguro de que menos del uno por ciento del dolor está en esta categoría que podríamos llamar fuera de control. El noventa y nueve por ciento de todos los dolores que sufren las personas son dolores a corto plazo: situaciones corregibles que requieren medicación, reposo o un cambio en el estilo de vida de una persona”.

Es cierto que la sorprendente idea del "don del dolor" no responde a muchos de los problemas relacionados con el sufrimiento. Pero es un punto de partida de una perspectiva realista sobre el dolor y el sufrimiento. Con demasiada frecuencia, el trauma emocional del dolor intenso nos impide ver su valor inherente.

Cuando me rompo un brazo y trago frascos de aspirinas para aliviar el dolor, la gratitud por el dolor no es el primer pensamiento que me viene a la mente. Sin embargo, en ese mismo momento, el dolor alerta a mi cuerpo del peligro, moviliza las defensas antiinfecciosas alrededor de la herida y me obliga a abstenerme de actividades que podrían agravar aún más la lesión. El dolor exige la atención que es crucial para mi recuperación.

*Tenemos exactamente tantos sensores de dolor como necesitamos. Los científicos miden otro fenómeno del sistema nervioso llamado *umbral de dos puntos*. Presionan dos cerdas rígidas contra la piel de una persona con los ojos vendados para determinar qué tan juntas deben estar antes de que esa persona sienta un pinchazo en lugar de dos. En otras palabras, demuestra cuán cerca están los sensores de dolor individuales. En la pierna, ya no puedo distinguir dos pinchazos cuando los clavos se introducen a una distancia de 68 mm. Pero puedo distinguir dos pinchazos en el dorso de la mano a una distancia de 32 mm, y en la yema del dedo a solo 2 mm. La punta de la lengua, en cambio, tiene sensores cada 1 mm. Esto explica el fenómeno común que siento cuando la comida queda atrapada entre mis dientes. Con mi lengua puedo buscarla y determinar rápidamente en qué grieta está atrapada la comida. Pero con la yema del dedo, la comida es más difícil de localizar. Los espacios entre los dientes se “sienten más pequeños” con el dedo que con la lengua.

CAPÍTULO 3

INFIERNO SIN DOLOR

Bromea sobre las cicatrices que nunca sintieron una herida.

WILLIAM SHAKESPEARE

Romeo y Julieta

Casi por definición, si tenemos dolor no lo queremos. ¿Por qué el Dr. Brand y sus asociados gastarían tanto tiempo y energía tratando de crear dolor incluso cuando la mayoría de los otros profesionales médicos estaban trabajando diligentemente para silenciarlo?

Había aprendido muchos datos sobre el diseño de la red del dolor. Incluso había llegado a verlo como un "regalo". Pero el conocimiento por sí solo no fue suficiente para vencer mi instintiva resistencia al dolor. Tenía fuertes dudas hasta que pasé una semana en Luisiana con el Dr. Brand, el cruzado del dolor.

El Dr. Brand llegó a apreciar el dolor al vivir entre personas con lepra. Fue él quien descubrió que los pacientes de lepra sufren por la sencilla razón de que tienen un sistema de dolor defectuoso.

La palabra lepra evoca imágenes exageradas: dedos rechonchos, heridas ulcerosas, piernas faltantes, rasgos faciales distorsionados. La literatura y películas como *Ben Hur* y *Papillon* (frecuentemente inexactas) nos han condicionado a ver la lepra como una aflicción insoportablemente cruel. Es la enfermedad más antigua registrada y una de las más temidas. Durante siglos, las víctimas de la lepra tuvieron que gritar "¡Inmundo! ¡Inmundo!" cada vez que alguien se acercaba.

La lepra es ciertamente cruel, pero no como la mayoría de las enfermedades. Principalmente, funciona como un anestésico, atacando las células del dolor de las manos, los pies, la nariz, los oídos y los ojos para producir entumecimiento. No tan mal, en realidad, uno podría pensar. La mayoría de las enfermedades son temidas por su dolor; ¿Qué hace que una enfermedad indolora sea tan horrible?

Sin embargo, la cualidad adormecedora de la lepra es precisamente la razón de la legendaria destrucción del tejido. Durante miles de años, la gente pensó que la enfermedad en sí misma causaba las úlceras en las manos, los pies y la cara que con tanta frecuencia provocaban infecciones y, en última instancia, la pérdida de extremidades. La investigación pionera del Dr. Brand en la India estableció que, en prácticamente todos los casos, la lepra solo adormece las extremidades. El daño tisular se produce únicamente porque el sistema de advertencia del dolor se ha silenciado.

¿Cómo se produce el daño? El Dr. Brand se hizo esa pregunta miles de veces mientras trataba las manos infectadas de los aldeanos indios. Parecía una batalla perdida. Él curaba las heridas y las vendaba, solo para que los pacientes regresaran varios meses después con un daño mucho peor. Al igual que otros trabajadores de la lepra, asumió que la enfermedad funcionaba como un hongo, destruyendo tejido indiscriminadamente.

Pero Brand pronto aprendió a interrogar cuidadosamente a sus pacientes sobre cualquier actividad que pudiera haber contribuido a la lesión. Una vez vio horrorizado cómo una persona con lepra metió la mano directamente en un fuego de carbón para recuperar una papa que alguien había dejado caer. Brand sabía que pronto estaría tratando las llagas en la mano de ese paciente, llagas causadas por quemaduras del fuego, no por lepra. El aldeano, insensible al dolor, sin darse cuenta había expuesto su mano a terribles abusos.

Brand comenzó a seguir a los pacientes en el leprosario de la India. ¿De qué otra manera podrían estar dañándose a sí mismos? Vio a un hombre trabajando duro en el jardín, ajeno a la sangre que le corría por la mano; Brand examinó la pala y encontró un clavo que sobresalía justo en el lugar que su mano había estado agarrando. Otros pacientes de lepra se estiraban y extinguían una mecha encendida con sus propias manos, o caminaban descalzos sobre vidrios rotos. Observándolos, Brand comenzó a formular su teoría radical de que la lepra era principalmente un anestésico y solo indirectamente un destructor. Sin embargo, necesitaría mucha más evidencia para anular siglos de tradición médica.

Un día, en medio de este tiempo de investigación de campo, el Dr. Brand fue a buscar algunos suministros a un pequeño almacén detrás del hospital. Intentó abrir la puerta, pero un candado oxidado no cedía. Justo en ese momento, pasó uno de sus pacientes más jóvenes: un niño de diez años,

pequeño y desnutrido. A Brand le gustaba el chico por su espíritu agradable y cooperativo.

“Oh, sahib doctor, déjame intentarlo”, dijo el chico, y alcanzó la llave. Con un rápido movimiento de su mano, giró la llave en la cerradura. Brand se quedó estupefacto. ¿Cómo podría este joven débil, la mitad de su tamaño, ejercer tal fuerza?

Sus ojos captaron una pista reveladora. ¿Era una gota de sangre en el suelo? Al examinar el dedo índice del niño, Brand descubrió que el acto de girar la llave lo había abierto hasta el hueso; la piel, la grasa y las articulaciones estaban expuestas. ¡Sin embargo, el niño no lo sabía por completo! Para él, la sensación de cortarse el dedo hasta el hueso no era diferente a la de recoger una piedra o dar vuelta una moneda en su bolsillo.

Después de ese incidente, Brand redobló sus esfuerzos para probar su teoría acerca de que la lepra es una causa secundaria, no primaria, de lesiones. Comenzó a medir los dedos de sus pacientes todos los días y trató de dar cuenta de cada ampolla, úlcera y corte. Aprendió que sus pacientes vivían en gran peligro debido a su falta de dolor.

Las lesiones en los pies eran fáciles de explicar. Si un tobillo se torcía, desgarrando el tendón y el músculo, el paciente de lepra simplemente se ajustaba y caminaba torcido. Ningún sistema de advertencia de dolor anunciaba la necesidad de descansar el tobillo o buscar tratamiento, y la lesión provocaría un daño permanente. Sin embargo, las lesiones más desconcertantes ocurrieron durante la noche. ¿Cómo podían desaparecer pedazos de dedos de manos y pies mientras los pacientes dormían? Brand encontró la respuesta inquietante: las ratas entraban en las salas al aire libre y mordisqueaban a los pacientes desprevenidos. Sin sentir dolor, los pacientes seguían durmiendo y hasta la mañana siguiente no notaban la lesión y se la informaban al Dr. Brand. Ese descubrimiento condujo a una regla firme: cada paciente dado de alta del hospital tenía que llevar consigo un gato, para su protección nocturna.

Al escuchar al Dr. Brand contar estas historias de terror, pude entender fácilmente por qué podía decir con absoluta convicción: “¡Gracias a Dios por el dolor!” Para él, el dolor representa el gran regalo de Dios, que Brand desea desesperadamente compartir con quince millones de víctimas de la lepra.

Después de veinte años en la India, el Dr. Brand se mudó al centro de investigación y hospital de la enfermedad de Hansen* en Carville, Luisiana. Allí, bajo los auspicios del Servicio de Salud Pública de EE. UU., podría continuar su investigación y ayudar potencialmente a muchos más pacientes en todo el mundo.

Conocí al Dr. Brand por primera vez en el hospital de Carville, una visita que cambió para siempre mi forma de pensar sobre el dolor. Debido al estigma de la lepra, el hospital es un lugar remoto y de difícil acceso. Fue construido en la década de 1890 en el sitio pantanoso de una plantación a orillas del Mississippi. (La tierra se compró con el pretexto de iniciar una granja de avestruces para que los vecinos no sospecharan las verdaderas intenciones de los compradores).

El centro de lepra se extiende sobre 337 acres e incluye un campo de golf de nueve hoyos y un lago abastecido, además de modernas instalaciones médicas. El alambre de púas alrededor de Carville ha caído y los visitantes ahora son bienvenidos. Los recorridos se realizan tres veces al día.

Un entorno agradable, edificios diseñados para pacientes en silla de ruedas, la mejor atención médica, tratamiento gratuito con los últimos medicamentos: en la superficie, la vida en este entorno de plantación sombreada parece casi envidiable. La enfermedad está bajo control ahora y la mayoría de los casos pueden detenerse en las primeras etapas. Pero, como aprendí rápidamente, queda un aspecto horrible de la lepra: la pérdida de la sensación de dolor.

Visita a Carville

Estoy visitando una clínica de pacientes en Carville. Dos fisioterapeutas, una enfermera y el Dr. Brand están sentados en sillas dispuestas en semicírculo alrededor de un monitor de televisión. Juntos examinarán a tres pacientes con problemas de salud.

Entra el primero, un hawaiano de mediana edad llamado Lou (no es su nombre real). Me doy cuenta de que Lou tiene más deformidades visibles que la mayoría de los pacientes aquí. Llegó a Carville con un caso avanzado de lepra. Sus cejas y pestañas han desaparecido, lo que le da a su rostro una apariencia desnuda y desequilibrada. Debido a que sus párpados están paralizados, las lágrimas tienden a desbordarse y parece estar llorando perpetuamente.

El Dr. Brand ya me ha dicho que Lou está prácticamente ciego. Ciego por falta de dolor: las diminutas células de dolor en la superficie de su ojo dejaron de señalar la irritación y la incomodidad que requieren el parpadeo y, a medida que sus párpados opacos parpadeaban con menos frecuencia, los ojos de Lou se secaron gradualmente. Prevenir la ceguera es un verdadero desafío en Carville. Algunos pacientes se destrozaron los ojos por el simple hecho de lavarse la cara, sus manos no eran lo suficientemente sensibles para advertir sobre el agua hirviendo.

Además de la ceguera, Lou sufre muchos otros efectos secundarios de la lepra. Sus pies son muñones lisos, sin dedos: los diez dedos se perdieron debido a una lesión e infección inadvertidas. Sus manos están llenas de grietas profundas y cicatrices espesas. Pero el principal problema de Lou, el motivo por el que acudió a la clínica, es más psicológico que físico.

Lou siente que se ha cerrado una puerta entre él y el resto del mundo. No puede ver a la gente. Habiendo perdido tanta sensibilidad, no puede sentir un apretón de manos ni ninguna otra forma de contacto humano. El último sentido que le queda no afectado es el oído, y esa es la fuente de su miedo. Un nuevo fármaco experimental está provocando cierta pérdida de audición.

Con voz temblorosa, Lou le dice al grupo cuánto ama el Autoharp. Puede tocar las melodías hawaianas de su infancia y soñar con días de juventud. Un cristiano devoto, canta como una forma de alabanza a Dios y, a veces, se ofrece como voluntario para tocar himnos para su iglesia. Para poder tocar, Lou debe pegar la púa en el único parche de su pulgar que todavía tiene algo de sensibilidad. Con ese punto sensible, puede detectar suficiente variación en la presión para saber cómo rasguear los acordes correctamente.

Pero el pulgar de Lou no es lo suficientemente sensible para reconocer presiones peligrosas. Horas de practicar el Autoarpa le han dejado callos en el pulgar y ahora le ha brotado una úlcera. Ha tenido miedo de venir a la clínica hasta ahora. "¿Puedes encontrar alguna forma de que siga jugando sin dañarme la mano?" pregunta con un fuerte acento, casi suplicante.

El comité de médicos y fisioterapeutas ven la mano de Lou en el monitor de televisión. Están usando termografía, un proceso mediante el cual una máquina detecta diferentes bandas de temperatura y las proyecta visualmente como colores brillantes. Los satélites meteorológicos usan la misma tecnología.

En el termograma, la mano de Lou aparece como un patrón psicodélico de chartreuse, amarillo, escarlata y todos los tonos intermedios. Las porciones más frescas aparecen verdes o azules. El rojo brillante es una señal de peligro que indica una infección: la sangre se ha precipitado al sitio, elevando la temperatura. El amarillo muestra un peligro extremo. Es fácil ver el punto más útil en el pulgar de Lou, ya que el uso constante ha inflamado el área y ahora se destaca como un puntito amarillo de calor.

La termografía ha revolucionado el tratamiento en Carville porque por primera vez ofrece un sistema de alerta para personas sin dolor. Desafortunadamente, a diferencia de la red del dolor, esta tecnología detecta el peligro *después* del período de estrés, no durante el mismo. Una persona con un sistema de dolor saludable habría buscado tratamiento mucho antes. Su pulgar latía todo el día, exigiendo atención y descanso en voz alta. Pero Lou no tiene esa ventaja. Nunca sabe cuándo está dañando aún más la pequeña mancha de infección en su pulgar.

El comité diseña un guante que se ajuste a la mano de Lou, uno que aliviará un poco la presión del pico Autoharp. El Dr. Brand da un discurso severo sobre la necesidad de que Lou descanse su pulgar, use el guante en todo momento y se presente cada pocos días. Pero después de que Lou se va, el fisioterapeuta expresa pesimismo. “Lou odia los guantes. Llamen la atención sobre sus manos y, sin duda, perderá algo de control sobre la selección. Probablemente lo pruebe por un día y luego lo tire”.

Lou ya se está alejando de la gente, cortando el contacto a medida que sus sentidos de la vista, el oído y el tacto se desvanecen gradualmente. Ahora su último gran amor, su autoexpresión a través de la música, también está amenazado. Es posible que regrese a la clínica en unas pocas semanas con otra infección que le haya causado un daño permanente en el pulgar. Incluso puede perder el pulgar. Pero en Carville el tratamiento es voluntario. Sin su propia red de dolor que lo obligue a actuar, Lou tiene la opción arriesgada de ignorar la advertencia del termograma.

Una fregona y un zapato

Otro paciente, Héctor, entra en la habitación. Aunque su rostro no muestra ninguna de las deformidades de Lou, aún así debo contenerme para no jadear cuando lo veo. A estas alturas ya me he acostumbrado a ver los colores proyectados en un monitor de termograma, pero no en la cara de un hombre. ¡Héctor tiene la piel azul! El Dr. Brand, al notar mi reacción, me

susurra que Héctor ha mostrado resistencia a las sulfonas que se usan más comúnmente para el tratamiento y que el equipo ha estado experimentando con una nueva droga que resulta ser un tinte azul. Héctor ha renunciado gustosamente a los tonos de piel normales con la esperanza de detener la propagación de la lepra en su cuerpo.

Héctor, un paciente muy cooperativo, responde a todas las preguntas del comité cuidadosamente, hablando con un profundo acento tejano. No, no ha tenido problemas desde la última revisión. El termograma de Héctor, sin embargo, no está de acuerdo, revelando un punto de peligro de color rojo intenso en la membrana entre el pulgar y el índice derechos. Un callo ha ocultado cualquier signo externo de infección, pero debajo hay una infección enconada.

Interrogándolo como un equipo de investigación policial, el Dr. Brand y los demás le piden a Héctor que rastree sus actividades del día. ¿Cómo se afeita? ¿Poner sus zapatos? ¿Él tiene trabajo? ¿Juega al golf? ¿Disparar al billar? En algún momento de su día, Héctor ha estado agarrando algo con demasiada firmeza entre el pulgar y el índice. A menos que puedan encontrar la actividad defectuosa y hacer que se detenga, su mano se deteriorará aún más.

Por fin, en el transcurso del interrogatorio, Héctor identifica el problema. Después del trabajo suave de cada día como cajero de la cantina, ayuda con la limpieza, trapeando el piso para borrar los refrescos o dulces derramados. Ese movimiento de ida y vuelta, junto con la incapacidad de Héctor para sentir con qué firmeza está apretando el mango del trapeador, ha dañado el tejido dentro de su pulgar. El misterio está resuelto.

Héctor agradece efusivamente al grupo. Un fisioterapeuta toma nota para pedirle al supervisor del comedor que sustituya a Héctor por otra actividad.

Entra un paciente más: José. A diferencia de la mayoría de la gente en Carville, José viste lo último en moda. Sus pantalones tienen una raya pronunciada y su camisa de algodón está perfectamente ajustada para que le quede bien. Sus zapatos no se parecen en nada a los zapatos ortopédicos negros y aburridos que he visto en la mayoría de los pacientes. Tienen un diseño contemporáneo de puntera estrecha y están pulidos con un brillo marrón intenso.

Los zapatos de José son, de hecho, el problema. Se viste meticulosamente debido a su trabajo de tiempo completo como vendedor de

muebles en California. Los terapeutas de Carville han tratado de persuadir a José para que use zapatos menos elegantes y más seguros, pero él siempre se ha negado. Su trabajo y su imagen son más importantes para él que el estado de sus pies.

Cuando José se quita los zapatos y los calcetines, sus pies muestran la peor lesión que he visto. No puedo encontrar la más mínima protuberancia donde deberían estar los dedos de sus pies. Después de años de infección, su cuerpo ha absorbido el tejido óseo, y José ahora camina sobre muñones redondeados, como un amputado. Sin dedos para amortiguar el impacto cuando su talón se levanta, está desgastando sistemáticamente incluso los muñones. La termografía ilustra gráficamente el problema actual. El Dr. Brand llama la atención de José sobre los parches de color amarillo brillante que marcan la extensión de la infección.

Normalmente, una persona automáticamente cojearía, o cambiaría el estilo de caminar, para amoldarse a un nuevo par de zapatos, y si los pies le dolían demasiado, saldría un par más cómodo. Pero José no puede sentir las señales de peligro. Los miembros del comité se turnan para tratar de convencer a José de la gravedad del problema, pero él se muestra cortésmente inflexible. No usará zapatos hechos por Carville. Para él, se ven como zapatos de entrenamiento para lisiados, y avisarían a sus clientes de que algo anda mal. Sus rasgos faciales y manos son casi normales; no dejará que sus pies lo traicionen.

Finalmente, el Dr. Brand llama al zapatero y le pide que haga algunos ajustes menores en los zapatos de José que pueden aliviar parcialmente la presión.

Al final de la clínica, después de que el último paciente se ha ido, el Dr. Brand se vuelve hacia mí y dice: “El dolor, a menudo se ve como el gran inhibidor que nos impide la felicidad. Pero lo veo como un dador de libertad. Mira a estos hombres. Lou: estamos buscando desesperadamente una manera de permitirle la simple libertad de tocar un Autoharp. Héctor: ni siquiera puede trapear un piso sin lastimarse. Jose: no puede vestirse bien y caminar normalmente. Para eso, necesitaría el don del dolor.

Una indiferencia mortal

La lepra no es la única aflicción que amortigua las advertencias protectoras del dolor. La investigación en Carville también se ha aplicado a otras condiciones médicas de insensibilidad. En casos avanzados, los

diabéticos pierden la sensación de dolor y se enfrentan exactamente a los mismos peligros. Muchos han perdido dedos de manos y pies y extremidades enteras como resultado de lesiones prevenibles. Los alcohólicos y los drogadictos también pueden adormecer su sensibilidad: cada invierno, los alcohólicos mueren a causa de la exposición, con el cuerpo entumecido por el frío penetrante.

Sin embargo, algunas personas nacen con una red de dolor defectuosa y algunas de ellas también han buscado tratamiento en Carville. Las víctimas de la rara condición conocida informalmente como "indiferencia congénita al dolor" tienen una especie de sistema de advertencia, pero, al igual que las luces intermitentes y las señales audibles del Dr. Brand, el suyo no *duele*. Para ellos, pasar los dedos por una estufa caliente les da la misma sensación que pasar los dedos por un camino de asfalto. Se sienten ambos como sensaciones neutras.

La indiferencia congénita al dolor plantea problemas únicos en la crianza de los hijos. Una familia contó un incidente horrible que ocurrió cuando a su pequeña hija le salieron cuatro dientes. La madre, al oír a la pequeña riendo y arrullando en la habitación contigua, entró esperando encontrar algún juego nuevo que la niña hubiera descubierto. Ella gritó. Su hija se había mordido la punta del dedo y estaba jugando con la sangre, haciendo dibujos con las gotas.

¿Cómo explica el peligro de los fósforos, los cuchillos y las hojas de afeitar a esos niños? ¿Cómo los castigas? La pequeña, al ver el efecto de su "juego" en su madre, empezó a usarlo con picardía. Cada vez que su madre le prohibía hacer algo, la niña se metía el dedo en la boca y comenzaba a morderlo. Cuando cumplió dieciséis años, se había mordido todos los dedos.

En la literatura médica se han informado alrededor de cien casos de esta extraña aflicción. Una niña de siete años se hurgó la nariz hasta que se le ulceraron las fosas nasales. Una niña inglesa de ocho años, en un ataque de ira, se arrancó todos los dientes excepto nueve y se sacó ambos ojos de las órbitas. Los niños afligidos pueden impresionar a sus amigos con hazañas extrañas como pasar un alfiler entre sus dedos.

Pero la insensibilidad al dolor condena a esas personas a una vida de constante peligro. Pueden torcerse una muñeca o un tobillo sin saberlo, o morderse la lengua mientras mastican chicle. Las articulaciones se

deterioran porque no pueden cambiar el peso al dormir o estar de pie. Una mujer afligida perdió la vida porque no podía sentir un simple dolor de cabeza, el síntoma de advertencia de una enfermedad grave.¹

Estas personas pueden someterse a una cirugía sin anestesia, pero ¿cómo saben cuándo se requiere cirugía? Mientras que una persona sana sentiría síntomas antes de un ataque cardíaco o apendicitis, no siente nada. Mientras que la mayoría de las personas responderían de inmediato, estimuladas por el dolor, las personas con insensibilidad congénita deben atender conscientemente a las pistas más débiles y reflexionar sobre la respuesta adecuada. *Sensación de cosquilleo en el abdomen. . . ¿Eso significa que mi apéndice se ha reventado?*

Los libros de texto de medicina habían hecho mucho para convencerme del valor del dolor antes de visitar Carville. Ya estaba empezando a darme cuenta de que, incluso en el caso de Claudia Claxton, el dolor no era la raíz del problema, sino la enfermedad. El dolor era simplemente la forma leal de su cuerpo de informarle que las células cancerosas y los rayos de cobalto la estaban dañando. Aparte de estas advertencias, podría haber muerto, sin darse cuenta de la presencia de la enfermedad.

La semana en Carville me dejó recuerdos imborrables. Cada vez que tengo la tentación de maldecir a Dios por el dolor, recuerdo a Lou: sus ojos llorosos, su rostro lleno de cicatrices, ajeno al contacto humano, anhelando una manera de conservar su música, su último amor en la vida. El dolor nos permite, al menos a los afortunados, llevar una vida libre y activa. Si alguna vez lo dudas, visita una leprosería y observa por ti mismo un mundo sin dolor.

El dolor no es un disgusto que deba evitarse a toda costa. De mil maneras, grandes y pequeñas, el dolor nos sirve cada día, haciendo posible la vida normal en este planeta. Si estamos sanos, las células del dolor nos avisan cuándo ir al baño, cuándo cambiarnos de zapatos, cuándo aflojar el mango de un trapeador o un rastrillo, cuándo parpadear. peligros El único ambiente seguro para una persona sin dolor es permanecer en cama todo el día. . . pero incluso eso produce úlceras de decúbito.

*El nombre médico de la lepra.

CAPÍTULO 4

AGONÍA Y GOZO

¡Cuán singular es la cosa llamada placer y cuán curiosamente relacionada con el dolor, que podría pensarse que es lo opuesto a él! . . sin embargo, el que persigue una de las dos generalmente se ve obligado a tomar la otra; sus cuerpos son dos pero están unidos por la misma cabeza.

SÓCRATES

Cuando nos enfrentamos a los hechos, la mayoría de nosotros admitirá que el dolor, al menos algo de dolor, tiene un propósito bueno y útil. Además del sistema de alerta que proporciona, los peligros ocultos ensombrecerían nuestra existencia cotidiana. Aún más descuidada, sin embargo, es la conexión íntima que une el dolor y el placer. Las dos sensaciones trabajan tan juntas que a veces se vuelven casi indistinguibles.

El dolor es un componente esencial de nuestras experiencias más satisfactorias. ¿Suena extraño? Puede ser, porque la cultura moderna nos bombardea con mensajes opuestos. Se nos dice que el dolor es la antítesis del placer. Si siente un ligero dolor de cabeza, cámbielo de inmediato con el nuevo analgésico extra fuerte. Si su nariz gotea más de una gota, busque el último spray descongestionante de los senos paranasales. Ante el más leve calambre de estreñimiento, visite una farmacia y seleccione entre la deslumbrante exhibición de dulces, líquidos, píldoras y enemas.

Pienso en las críticas de Thielicke a la “visión inadecuada del sufrimiento” de los estadounidenses. No es de extrañar. Los modernos nos hemos aislado de la corriente de la historia humana, que siempre ha aceptado el dolor como parte integral de la vida. Hasta hace muy poco, cualquier visión equilibrada de la vida tenía que considerar el dolor como algo normal y rutinario. Ahora asoma como el gran intruso.

Permítanme agregar rápidamente que compro trozos de carne sin sangre y envueltos en plástico en las tiendas de comestibles, trabajo en una oficina con aire acondicionado y uso zapatos para proteger mis pies de las aceras de Chicago. Pero al hacerlo, me doy cuenta de que la abundancia de lujos y

comodidades como estas me dan una perspectiva del mundo y del dolor que no fue compartida por ningún otro siglo y que aún no se ha dado cuenta de dos tercios del mundo. Yo, junto con la mayoría de los estadounidenses, tiendo a ver el dolor como una sensación que puede y debe ser dominada por la tecnología. Ese punto de vista distorsionado ayuda a fomentar la noción de que el dolor y el placer son diametralmente opuestos: nuestro estilo de vida nos lo murmura todos los días.

El ganador del Premio Nobel George Wald reflexionó sobre este hecho: “Solo date cuenta, tengo 69 años y nunca he visto morir a una persona. Ni siquiera he estado en la misma casa mientras una persona moría. ¿Qué tal el nacimiento? Un obstetra me invitó a ver mi primer parto apenas el año pasado. Solo piense, estos son los eventos más grandes de la vida y han sido eliminados de nuestra experiencia. De alguna manera esperamos vivir vidas emocionales plenas cuando hemos borrado cuidadosamente las fuentes de las emociones humanas más profundas. Cuando no experimentas el dolor, es bastante difícil experimentar la alegría”.

Cerebros zumbados

En cierto modo, el cerebro humano se asemeja a un amplificador electrónico, que coordina la entrada de una desconcertante variedad de fuentes. En lugar de tocadiscos fonográficos, máquinas VCR, reproductores de discos compactos y reproductores de casetes, tenemos fuentes de entrada como el tacto, la vista, el oído, el gusto y el olfato. En un cuerpo sano, el dolor es solo una de las muchas fuentes de entrada asignadas para informar sobre el estado de las extremidades.

Cuando un órgano de los sentidos comienza a degenerar, el cerebro automáticamente sube el control de volumen. A veces, una persona con lepra no notará la pérdida de la sensación táctil hasta que desaparezca por completo; su cerebro ha compensado aumentando el volumen de los ligeros impulsos hasta que los sensores mueren y no emiten más impulsos.

La cultura moderna me entristece porque, mientras busca bajar el volumen del dolor, constantemente sube el volumen de todas las demás fuentes. Tenemos oídos: son bombardeados con decibeles hasta que los tonos sutiles se pierden para siempre. Escuche música de cualquier otro siglo, XII, XVI, incluso XIX, y compárela con lo que la mayoría de la gente escucha hoy. Tenemos ojos: el mundo los asalta con luces de neón y colores fosforescentes hasta que una puesta de sol o una mariposa palidecen en

comparación. Imagínese lo que hizo para los sentidos vislumbrar una mariposa cola de golondrina tigre en un pueblo de la Europa medieval, en comparación con la misma mariposa en el centro de Las Vegas hoy. y oler. Quite las latas de aerosol de nuestros armarios en el interior y las partículas contaminantes del aire exterior, y la mayoría de nosotros no tendría idea de cómo se supone que debe oler el mundo natural.

Usamos la palabra "drogado" para las personas tan bombardeadas con sensaciones, a menudo inducidas químicamente, que se adormecen casi sin sentido. Prefiero la palabra "zumbado", siguiendo la analogía cerebro/amplificador. En un entorno de tan alta tecnología, es fácil para los jóvenes, especialmente, confundir el placer indirecto con la verdadera satisfacción: la vida como un videojuego. No ven el placer como algo a lo que aspirar y alcanzar activamente después de la lucha. El placer es algo que se te hace a ti; simplemente abróchese el cinturón en el paseo del parque de diversiones.

Los problemas de las drogas en los Estados Unidos demuestran este patrón: al aumentar los poderes de percepción, los estimulantes químicos abren un nuevo mundo a una generación que nunca ha aprendido a apreciar plenamente el mundo que tenemos. No es suficiente caminar a lo largo de un pantano y escuchar las ranas y los grillos, observar a las tortugas hundirse como submarinos hinchados en el agua, buscar el leve aroma de las flores silvestres. No es suficiente, incluso, visitar los confines del desierto, donde la naturaleza está lejos de ser sutil. En cambio, con demasiada frecuencia experimentamos todas estas cosas indirectamente, desplomados frente a un televisor parpadeante con sus rayos de color Trinitron y radiación de baja frecuencia, recibiendo estimulación sensorial solo a través de nuestros ojos. Hemos estado en el Everest y regresamos, pensamos, cuando de hecho, algunos de nosotros nunca hemos escalado los Apalaches.

Sustituir las sensaciones vicarias y artificiales por las naturales tiene un costo en el cuerpo humano. Al igual que los músculos, nuestros sentidos pueden atrofiarse. Científicos franceses han demostrado esto en experimentos con cámaras de aislamiento oscuras en las que los voluntarios flotan en agua tibia. En ausencia de estímulos externos, los sentidos no tienen nada que informar y comienzan a fallar. Pronto los sujetos se vuelven inquietos y desorientados, y al poco tiempo comienzan a alucinar. Los

pilotos de jets de gran altitud y los centinelas militares en puestos avanzados aislados han experimentado alucinaciones similares. Cuando se le priva de los informes sensoriales del cuerpo, el cerebro parece fabricar los suyos propios.

Por otro lado, a través del uso regular, nuestras facultades sensoriales pueden desarrollar aún más capacidad de respuesta. Las terminaciones nerviosas en realidad “mejoran” con el uso. Algunos científicos teorizan que las yemas de los dedos desarrollan su increíble sensibilidad debido a nuestra constante dependencia de ellas desde la infancia en adelante. Del mismo modo, puede aumentar la sensibilidad de la piel cepillándose el brazo a diario con un cepillo de nailon. Eventualmente, la superficie de la piel detectará una gama mucho más amplia de sensaciones de placer y dolor.

Andar descalzo también ayuda a variar la sensación de la piel, sobre todo si se camina sobre la arena de una playa o sobre la hierba. Las sutiles variaciones en la forma y la textura de un césped alimentan al cerebro con la información sensorial necesaria, que es vital para el desarrollo saludable del cerebro.

Por esta razón, el Dr. Brand, medio en broma pero medio en serio, sugiere que los bebés deben criarse sobre esteras gruesas de coco en lugar de edredones y mantas de plumas. Rodear a los bebés de suavidad y sensaciones neutras sofoca su crecimiento nervioso y limita su rango de interpretación del mundo. Brand también confiesa que su esposa lo disuadió de colocar alambre de púas alrededor de los parques de sus hijos. ¿Cruel? Simplemente entrenaría a un niño para que acepte un mundo donde ciertas cosas (como objetos afilados y estufas calientes) están prohibidas y son dolorosas. Cuanto más mimas a los niños, dice, más los condicionas a una vida aislada y hambrienta de sensaciones. .

El Dr. Brand trata de seguir este principio a lo largo de su vida, incluso cuando se acerca a las últimas décadas de su vida. “En un momento, pensé en el dolor como lo opuesto a la felicidad. Habría ilustrado la vida dibujando un gráfico con un pico en cada extremo y un valle en el medio. El pico de la izquierda representaría la experiencia del dolor o la infelicidad aguda. El pico de la derecha representaría pura felicidad o éxtasis. En el medio está la vida tranquila y normal. Mi objetivo, pensé, era encarar con firmeza la felicidad y alejarme del dolor. Pero ahora veo las cosas de otra

manera. Si dibujara un gráfico de este tipo hoy, tendría un solo pico central con una llanura circundante. El pico sería la Vida con *L mayúscula*, el punto en el que se encuentran el dolor y el placer. La llanura circundante sería sueño, apatía o muerte”.

Dolor y placer

La naturaleza, siempre económica, utiliza los mismos sensores nerviosos y vías que transmiten mensajes de dolor para transmitir también mensajes de placer. A nivel celular, la sensación de picor por picadura de mosquito (desagradable) y la de cosquillas (agradable) son virtualmente idénticas, con la diferencia de que las cosquillas implican el movimiento de algo que actúa sobre ti: una pluma tirada sobre la piel, un dedo movió en un área sensible. Los mismos sensores nerviosos están involucrados, disparando respuestas idénticas al cerebro, pero interpretamos una acción como agradable y otra como desagradable.

El cuerpo no contiene sensores de "placer" dedicados. Los sensores en sus dedos que envían a su cerebro información sobre el calor, o la extensión de una descarga eléctrica leve, o el grado de aspereza de una superficie áspera, son los mismos sensores que le transmiten la sensación de terciopelo o satén. De hecho, incluso los sensores que producen sensaciones de placer sexual son los mismos que transmiten mensajes de alarma. La disección de las zonas erógenas produce una gran cantidad de células táctiles y de presión (lo que explica por qué esas áreas son tan sensibles al dolor), pero no células dedicadas al placer. La naturaleza nunca es tan lujosa.

Algunos dolores (el pinchazo agudo de una uña para detener la picazón de la picadura de un mosquito, o el sonido de un músculo adolorido que se estira después de un duro día de trabajo) se perciben como más placenteros que desagradables. Después de esquiar todo el día en las montañas, quiero el jacuzzi más caliente disponible. Espero unos minutos y luego sumerjo con cautela una mano o una pierna en el agua. ¡Ay! Un pinchazo de dolor. Me retiro, luego intento de nuevo. Hasta los tobillos ahora, y el dolor es mucho menor. Poco a poco sumerjo mi cuerpo en el agua. La misma agua que un momento antes me causaba dolor ahora se siente maravillosamente. Mis músculos adoloridos se sienten mejor de lo que se han sentido en todo el día. (Los linimentos como Ben Gay funcionan según el mismo principio: irritan levemente la piel, lo que provoca algo parecido a una sensación de

"ardor". La sangre corre hacia el sitio, lo que alivia los músculos sobrecargados).

Esta estrecha asociación entre el dolor y el placer es cierta no solo a nivel celular, sino también en muchas experiencias que involucran a todo el cuerpo trabajando en conjunto. A menudo, el placer más intenso viene después de una lucha prolongada.

Una vez fui a un campamento de estrés, diseñado después del programa Outward Bound, en los bosques del norte de Wisconsin. Dichos programas ofrecen una cura instantánea para cualquiera que se sienta aislado del mundo natural o del dolor. Despertarse a las 4:00 a. m., trepar por una pared de roca desnuda sin guantes, correr una carrera de maratón después de diez días en el bosque, invadir la sede mundial de las moscas negras y los "no-see-ums": esas delicias esperan al suave impermeable de la ciudad. Nunca me había sentido más cansada al final del día mientras forzaba a los músculos cansados a meterse en un saco de dormir todavía húmedo por el rocío de la noche anterior. Aun así, nunca he dormido menos, gracias principalmente a los "no-see-ums" nocturnos, más pequeños que cualquier abertura de mosquitera y más feroces que cualquier abeja asesina.

Sin embargo, lo que ahora recuerdo más de esa semana es cómo afectó mis sentidos. Parecían cobrar vida. Cuando inspiré, pude "saborear" el aire, y de una manera completamente diferente a como pruebo el aire alrededor de mi casa en Chicago. Noté cosas con mis ojos y oídos que normalmente pasaría por alto.

Una vez, después de una tarde de caminata en el polvo y el calor, mientras cargamos con mochilas de setenta libras, hicimos una breve pausa para descansar. Uno del grupo siguió a una abeja melífera hasta una pequeña parcela de fresas silvestres que crecían cerca. Ninguna tienda de comestibles que se precie habría aceptado estas fresas. Eran pequeños y flacuchos, y estaban cubiertos de polvo. No nos importaba; eran comida, y tal vez contenían algo de humedad. Escogí un puñado, me los metí en la boca e inmediatamente me abrumó el increíble sabor del dulce y delicioso jugo de fresa. ¡Estas pequeñas bayas disecadas eran las mejores que había comido! Pasé mi tiempo de descanso recogiendo más y metiéndolos en bolsas de plástico para un refrigerio por la tarde.

Al principio pensé que nos habíamos topado con una nueva especie, cuyo descubrimiento revolucionaría la industria frutícola. Poco a poco me di

cuenta de que el sabor tenía que ver con *mi* condición física, no con las fresas. El proceso de usar mi cuerpo y conectarme con todos mis sentidos había liberado un nivel completamente nuevo de conciencia del placer. El extraordinario y delicioso sabor de esas fresas nunca hubiera sido mío si no hubiera sentido primero el calor y el trabajo de caminar todo el día, así como las punzadas del hambre que agudizaban mis sentidos.

Los deportistas conocen bien esta extraña hermandad. Mira a un levantador de pesas olímpico. Se acerca a la barra de acero con sus ruedas abultadas de peso. Respira hondo, hace muecas, flexiona los músculos. Agachándose, da unos cuantos tirones preparatorios para calentarse. Luego se pone en cuclillas, aspira aire, tensa su cuerpo en un poderoso reflejo y comienza a izar. Oh, el dolor en la cara de un levantador de pesas. Cada milisegundo que tarda en cargar el peso sobre sus hombros y levantarlo por encima de su cabeza, graba líneas de agonía en su rostro. Sus músculos gritan por alivio.

Si lo consigue, deja caer la barra con una tremenda *tanga* al suelo y salta en el aire, con las manos entrelazadas por encima de la cabeza. En un milisegundo, el éxtasis absoluto reemplaza a la agonía absoluta. Uno no habría existido sin el otro. Pregúntele al levantador de pesas qué pensaba del dolor, y lo mirará desconcertado. Ya lo ha olvidado, pues se lo ha tragado el placer.

Lin Yutang describe una antigua filosofía china en su libro *Mi país y mi pueblo*: “Estar seco y sediento en una tierra calurosa y polvorienta, y sentir grandes gotas de lluvia sobre mi piel desnuda, ¡ah, esto no es felicidad! Tener una picazón en la parte íntima de mi cuerpo, y finalmente escapar de mis amigos y esconderme en un escondite donde puedo rascarme, ¡ah, esto no es felicidad!” En la larga lista de experiencias de felicidad de Yutang, prácticamente todas combinan el dolor con el placer.

Confesiones de Agustín contienen un pasaje notablemente similar. “¿Qué es, pues”, comienza, “lo que pasa dentro del alma, que se deleita más si se encuentran o se le devuelven las cosas que ama, que si las hubiera poseído siempre?” Agustín procede a mencionar un victorioso general que experimenta la mayor satisfacción cuando el peligro es mayor, un marino que se regocija en mares en calma después de una violenta tormenta, y un enfermo que al recuperarse camina con una alegría que nunca había conocido antes de su enfermedad.

“En todas partes, un mayor gozo es precedido por un mayor sufrimiento”, concluye Agustín.¹ Como otros padres de la iglesia, comprendió que privar de algunos sentidos, como por ejemplo mediante el ayuno, exaltaba otros. La experiencia espiritual se nutre mejor en el desierto.

Cuando sea viejo, espero no pasar mis días entre sábanas estériles, conectado a un respirador en un ambiente libre de gérmenes, protegido de los peligros del mundo exterior. Espero estar en una cancha de tenis, forzando mi corazón con un remate aéreo septuagenario. O tal vez en una caminata final, resoplando y resoplando a lo largo de un sendero hasta las cataratas de Lower Yosemite para sentir una vez más el rocío contra mi mejilla arrugada. En resumen, espero no aislarme tanto del dolor que ya no sienta placer.

Hacerse amigo de los enemigos

Tanto los atletas como los artistas aprenden que un largo período de lucha y esfuerzo precede a casi todos los logros humanos que valen la pena. Fueron necesarios años de trabajo duro y miseria para que Miguel Ángel creara los frescos de la Capilla Sixtina que desde entonces han dado placer a tantos otros. Y cualquiera que haya construido gabinetes en una cocina o cuidado un huerto sabe la misma verdad de una manera más mundana: el placer, que viene después del dolor, lo absorbe. Jesús usó el parto como una analogía: nueve meses de espera y preparación, trabajo intenso, luego el éxtasis del nacimiento (Juan 16:21).

Una vez entrevisté a Robin Graham, la persona más joven en navegar sola alrededor del mundo. (Su historia fue contada en el libro y la película *Dove*.) Robin zarpó como un joven inmaduro de dieciséis años, no tanto buscando su futuro como retrasándolo. En el transcurso del largo viaje, fue aplastado de costado por una violenta tormenta oceánica, una ola rebelde partió su mástil en dos y apenas se salvó de la aniquilación por una tromba marina. Pasó tal desesperación en Doldrums, una porción del océano sin viento ni corrientes cerca del ecuador, que vació una lata de queroseno en su bote, encendió una cerilla y saltó por la borda. (Una repentina ráfaga de viento pronto le hizo cambiar de opinión y volvió a saltar para extinguir las llamas y continuar el viaje).

Después de cinco años, Robin navegó hacia el puerto de Los Ángeles para ser recibido por botes, pancartas, multitudes, reporteros, bocinas de automóviles y explosiones de silbatos de vapor. La alegría de ese momento

estaba en un nivel diferente de cualquier otra experiencia que había conocido. Nunca podría haber sentido esas emociones regresando de una salida de placer frente a la costa de California. La agonía de su viaje alrededor del mundo había hecho posible el júbilo de su regreso triunfal. Dejó a un niño de dieciséis años y regresó a un hombre de veintiún años.

Impresionado por la sensación de salud que podía traer la realización personal, Robin inmediatamente compró una parcela agrícola en Kalispell, Montana, y construyó una cabaña con troncos cortados a mano. Los editores y los agentes cinematográficos intentaron seducirlo con viajes publicitarios por todo el país, compromisos en programas de entrevistas y grandes cuentas de gastos, pero Robin los rechazó todos.

Nosotros, los modernos, en nuestros ambientes controlados por la comodidad, tenemos una tendencia a culpar de nuestra infelicidad al dolor, al que identificamos como el gran enemigo. Si de alguna manera pudiéramos extirpar el dolor de la vida, ah, entonces seríamos felices. Pero, como muestran experiencias como la de Robin, la vida no cede ante una partición tan fácil. El dolor es parte del tejido sin costuras de las sensaciones y, a menudo, un prelude necesario para el placer y la satisfacción. La clave de la felicidad radica no tanto en evitar el dolor a toda costa como en comprender su función como sistema de advertencia de protección y aprovecharlo para que trabaje a tu favor, no en tu contra.

He aprendido que este mismo principio se aplica no solo al dolor, sino también a otros “enemigos”. Cuando me encuentro con un enemigo aparente, me pregunto: *¿Puedo encontrar también en esto un motivo de gratitud?* Para mi sorpresa, la respuesta casi siempre es sí.

¿Qué pasa con el miedo, por ejemplo? ¿Por qué estar agradecido por el miedo? Conozco la fisiología detrás del miedo, la forma en que el cuerpo usa pequeñas cantidades de adrenalina para acelerar el ritmo cardíaco, aumentar la fricción de la piel, aumentar el tiempo de reacción y proporcionar fuerza adicional, todo esto en una milésima de segundo de miedo. Trato de imaginar un deporte como el esquí alpino sin la respuesta protectora del miedo que me impide ser aún más temerario. El miedo, como el dolor, sirve como un sistema de advertencia, solo que con el beneficio adicional de funcionar antes del daño.

Alguien le preguntó al médico y autor suizo Paul Tournier cómo ayudaba a sus pacientes a deshacerse de sus miedos. Él respondió: “Yo no. Todo lo

que vale la pena en la vida da miedo. Elegir una escuela, elegir una carrera, casarse, tener hijos, todas esas cosas dan miedo. Si no da miedo, no vale la pena”.

Considere otro enemigo aparente: la culpa, una respuesta humana universal que muchas personas quieren eliminar de sus vidas. Pero trata de imaginar un mundo sin culpa, una sociedad sin restricciones en el comportamiento. El sistema judicial estadounidense define la cordura como la capacidad de discernir entre el bien y el mal, y un mundo sin culpa se inclinaría hacia la locura.

La culpa es un mensaje de dolor a la conciencia, informándole que algo anda mal y debe ser tratado. Son necesarios dos pasos. Primero, la persona debe localizar la causa de la culpa, tal como una persona debe localizar la causa de su dolor. Gran parte de la consejería moderna se ocupa de este proceso de eliminar las razones de la culpa falsa. Pero debe seguir un paso más, un camino para salir de la culpa.

La función *percibida* de la culpa, como el dolor, es un impulso para deshacerse de la sensación desagradable. Subyacente a eso, sin embargo, está el propósito más importante de tratar la causa raíz. A la larga, no le ayudará tratar de purgar los sentimientos de culpa auténticos a menos que primero permita que lo guíen hacia el perdón y la reconciliación. La culpa por sí sola no te lleva a ninguna parte, como tampoco lo hace el dolor: ambos son direccionales, síntomas de una condición que requiere tu atención urgente.

O pienso en un mundo sin otro dolor, el dolor de la soledad. ¿Existirían la amistad e incluso el amor aparte de nuestro sentido de necesidad incorporado, el estímulo que nos impide a todos ser ermitaños? ¿No necesitamos el poder de la soledad para sacarnos del aislamiento y empujarnos hacia los demás?

No pretendo pasar por alto o descartar el sufrimiento muy real en este mundo. Sin embargo, cuando sucede algo malo y sentimos que no tenemos control sobre la tragedia en sí, todavía tenemos cierto control sobre nuestras propias respuestas. Podemos arremeter con amargura e ira contra la injusticia de la vida que nos ha privado del placer y la alegría. O bien, podemos buscar el bien en fuentes inesperadas, incluso en nuestros aparentes enemigos.

Hace poco escuché sobre una encuesta de personas mayores en Londres. A la pregunta: "¿Cuál fue el período más feliz de su vida?" el sesenta por ciento respondió: "El bombardeo". Todas las noches, escuadrones de gordos bombarderos de la Luftwaffe arrojaban toneladas de explosivos sobre la ciudad, golpeando una orgullosa civilización hasta convertirla en escombros, ¡y ahora las víctimas recuerdan esa época con nostalgia! En esos días oscuros y aterradores, aprendieron a agruparse y luchar por un objetivo común. Aprendieron cualidades como el coraje, el compartir y la esperanza.

Cuando sucede algo malo (un desacuerdo con mi esposa, un malentendido doloroso con un amigo, un dolor de culpa por alguna responsabilidad que he dejado pasar), trato de ver ese hecho como vería un dolor físico. Lo acepto como una señal que me alerta para atender un asunto que necesita un cambio. Me esfuerzo por ser agradecido, no por el dolor en sí mismo, sino por la oportunidad de responder, de formar algo bueno a partir de lo que se ve mal.

Sorprendido por la felicidad

Jesús capturó sucintamente la naturaleza paradójica de la vida en su declaración más repetida en los Evangelios: "El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por causa de mí, la hallará". Tal afirmación va en contra de la búsqueda de la "realización personal" en la psicología avanzada, que resulta no ser lo suficientemente avanzada. El cristianismo ofrece una visión más profunda de que la verdadera realización no llega a través de la satisfacción del ego, sino a través del servicio a los demás. Y eso me lleva a la última ilustración del principio dolor/placer: el concepto cristiano de servicio.

En mi carrera como periodista he entrevistado a diversas personas. Mirando hacia atrás, puedo dividirlos aproximadamente en dos tipos: estrellas y sirvientes. Las estrellas incluyen a los grandes del fútbol americano de la NFL, actores de cine, artistas musicales, autores famosos, personalidades de la televisión y similares. Estas son las personas que dominan nuestras revistas y nuestros programas de televisión. Los adulamos, analizando minuciosamente las minucias de sus vidas: la ropa que usan, la comida que comen, las rutinas aeróbicas que siguen, las personas que aman, la pasta de dientes que usan. utilizar.

Sin embargo, debo decirles que, en mi limitada experiencia, estos "ídolos" son el grupo de personas más miserable que he conocido. La mayoría tiene matrimonios problemáticos o rotos. Casi todos dependen irremediabilmente de la psicoterapia. En una fuerte ironía, estos héroes más grandes que la vida parecen atormentados por una inseguridad incurable.

También he pasado tiempo con los sirvientes. Gente como el Dr. Paul Brand, que trabajó durante veinte años entre los más pobres de los pobres, pacientes de lepra en la India rural. O trabajadores de la salud que dejaron trabajos bien remunerados para servir en Mendenhall Ministries en un pueblo atrasado de Mississippi. O trabajadores humanitarios en Somalia, Sudán, Etiopía, Bangladesh u otros depósitos similares de sufrimiento humano de clase mundial. O los doctores esparcidos por las selvas de América del Sur traduciendo la Biblia a idiomas oscuros.

Estaba preparado para honrar y admirar a estos sirvientes, para presentarlos como ejemplos inspiradores. Sin embargo, no estaba preparado para envidiarlos. Pero ahora que reflexiono sobre los dos grupos uno al lado del otro, las estrellas y los sirvientes, los sirvientes emergen claramente como los favorecidos, los agraciados. Trabajan por un salario bajo, muchas horas y sin aplausos, "desperdiciando" sus talentos y habilidades. entre los pobres y sin educación. Pero de alguna manera, en el proceso de perder la vida, los han encontrado. Han recibido la "paz que no es de este mundo".

Cuando pienso en las grandes iglesias que he visitado, lo que me viene a la mente no es la imagen de una catedral en Europa. Estos son meros museos ahora. En cambio, pienso en la capilla de Carville, en una iglesia del centro de la ciudad de Newark con yeso desmoronado y un techo con goteras, en una iglesia misionera en Santiago de Chile, hecha de bloques de hormigón y hierro corrugado. En estos lugares, en medio de la miseria humana, he visto abundar el amor cristiano.

La leprosería de Carville, Luisiana, ofrece un maravilloso ejemplo de este principio en acción. Una agencia gubernamental compró la propiedad y prometió desarrollarla, pero no pudo encontrar a nadie para despejar los caminos, reparar las cabañas de esclavos de la plantación o drenar los pantanos. El estigma de la lepra mantuvo a todos alejados.

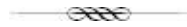
Finalmente, una orden de monjas, las Hermanas de la Caridad, se trasladaron a Carville para cuidar a los pacientes de lepra. Levantándose dos horas antes del amanecer, vistiendo uniformes blancos almidonados en

el calor del pantano, estas monjas vivían bajo una regla más disciplinada que cualquier campo de entrenamiento de la Marina. Pero solo ellos demostraron estar dispuestos a hacer el trabajo. Cavaron zanjas, pusieron los cimientos de los edificios e hicieron que Carville fuera habitable, mientras glorificaban a Dios y traían alegría a los pacientes. Aprendieron quizás el nivel más profundo de asociación dolor/placer en la vida, el del servicio sacrificial.

Si me paso la vida buscando la felicidad a través de las drogas, la comodidad y el lujo, se me escapará. “La felicidad se aleja de aquellos que la persiguen”. La felicidad me llegará inesperadamente como un subproducto, una bonificación sorprendente por algo en lo que me he invertido. Y, muy probablemente, esa inversión incluirá dolor. Es difícil imaginar el placer sin él.

PARTE 2

¿ES EL DOLOR UN MENSAJE DE DIOS?



CAPÍTULO 5

EL PLANETA QUE GIME

Imagine un conjunto de personas que viven en el mismo edificio. La mitad de ellos piensa que es un hotel, la otra mitad piensa que es una prisión. Aquellos que pensaron que era un hotel podrían considerarlo bastante intolerable, y aquellos que pensaron que era una prisión podrían decidir que era realmente sorprendentemente cómodo. Para que lo que parece la fea doctrina sea al final una que te consuele y te fortalezca. Las personas que intentan tener una visión optimista de este mundo se volverán pesimistas: las personas que tienen una visión bastante severa se volverán optimistas.

CS LEWIS

Dios en el muelle

Considere la tierra, nuestro hogar. Deje que sus ojos saboreen los tonos brillantes y los matices delicados de una puesta de sol de verano. Meta los dedos de los pies en la arena mojada, quédese quieto y sienta la espuma confiable y el rocío de una marea oceánica. Visite un jardín de mariposas y estudie los diseños abstractos: 10 000 variaciones, más imaginativas que las de cualquier pintor abstracto, todas comprimidas en pequeñas muestras de tela voladora. Creer en un Creador amoroso es fácil entre estas cosas buenas.

Sin embargo, el sol que prodiga el atardecer con color también puede convertir el suelo africano en un esmalte seco y agrietado, condenando a millones. El oleaje rítmico y fuerte puede, si es fomentado por una tormenta, estrellarse como un muro de muerte de veinte pies, destruyendo pueblos costeros. cadena de comida. La naturaleza es nuestra hermana caída, no nuestra madre. Y la tierra, aunque el lugar de exhibición de Dios, es una buena creación que ha sido torcida.

Sea testigo de la especie humana. La patria de Bach, Beethoven, Lutero y Goethe también nos dio a Hitler, Eichmann y Goering. Una nación educada en la Declaración de Derechos también nos trajo la esclavitud y la Guerra

Civil. Como especie y como individuos, en cada uno de nosotros la sabiduría, la creatividad y la compasión compiten con el engaño, el orgullo y el egoísmo.

Y así es con el dolor. De cerca, el dolor puede parecer un amigo digno de confianza. Desde la perspectiva miope de, digamos, un bioingeniero, la red del dolor seguramente aparece como una de las mejores obras de la creación. El sistema nervioso, que lleva el sello de la genialidad, merece admiración y asombro, como una exquisita pintura de Rembrandt.

Sin embargo, la mayoría de las veces el dolor nos llama la atención no a través del ocular de un microscopio, sino a través de muestras no deseadas de miseria personal. Si relaciona cada señal de advertencia con una causa específica, la red del dolor puede parecer racional y bien diseñada. Pero si das un paso atrás y ves a toda la humanidad, una progresión cancerosa, sangrante, hambrienta y retorciéndose de miles de millones de personas que marchan hacia la muerte, ahí surge un problema.

El “problema del dolor” abarca mucho más que las respuestas leales de las células nerviosas. ¿Qué pasa con los efectos secundarios del dolor cuando muele el alma hacia la desesperación y la desesperanza? ¿Por qué el capricho de algunas vidas dominadas por la artritis, el cáncer o defectos de nacimiento, mientras que otras escapan ilesas durante siete décadas? El poeta William Blake resumió la existencia humana de esta manera:

Mi madre gimíó, mi padre lloró,
salté al mundo peligroso. . .

A los filósofos les encantan las discusiones amplias sobre la suma total del sufrimiento humano, como si todo el dolor humano pudiera ser extruido en un gran caldero y presentado a Dios: “Aquí está el dolor y el sufrimiento del Planeta Tierra. ¿Cómo explicas toda esta miseria? Pero como señaló Ivan Karamazov en la gran novela de Dostoyevski, el dolor llega a una persona a la vez, y el sufrimiento inmerecido de un solo ser humano, un niño golpeándose el pecho con el puño, plantea el problema con la misma agudeza.

El dolor puede haber sido pensado como un sistema de advertencia de protección eficiente, pero algo en este planeta se ha vuelto loco y el dolor ahora está fuera de control. Necesitamos otra palabra para el problema: tal vez *dolor para referirse a la red protectora del cuerpo y sufrimiento*

miseria. Después de todo, un enfermo de lepra no siente dolor, sino mucho sufrimiento.

Aunque algunas personas permanecen misericordiosamente libres de dolor físico agudo, todos tienen una forma de sufrimiento que no desaparece: un defecto de personalidad, una relación rota, un recuerdo de la infancia sin sanar, una culpa sofocante. Para comprender el sufrimiento, debemos alejarnos del microscopio, con su variedad de células nerviosas que responden obedientemente a los estímulos, y mirar de frente a los seres humanos agonizantes. La pregunta "¿Dónde está Dios cuando duele?" se convierte en "¿Dónde está Dios cuando no deja de doler?" ¿Cómo puede Dios permitir un dolor tan intenso e injusto?

¿El mejor mundo posible?

Durante siglos, los filósofos han debatido la pregunta "¿Es la tierra el mejor de todos los mundos posibles?" El debate se deriva de la presunción de que un Dios omnisciente, todopoderoso y amoroso naturalmente habría creado un dominio maravilloso para sus criaturas. Pero observe algunas de las características de nuestro planeta: el virus del SIDA y el síndrome de Down, la espina bífida y la poliomielitis, los escorpiones y las moscas tsetsé, los terremotos y los tifones. ¿No podría Dios haber hecho un mejor trabajo? Como dijo Voltaire sarcásticamente en *Cándido*: "Si este es el mejor de los mundos posibles, ¿cómo son los demás?"

En épocas anteriores, teólogos cristianos como Agustín y Tomás de Aquino argumentaron que Dios en verdad había creado el mejor de los mundos posibles. Hoy en día, después de la exhibición de horrores naturales y provocados por el hombre del siglo XX, solo los pensadores más valientes harían tal afirmación.

Ciertamente no intentaría construir un caso de que la tierra representa el mejor de todos los mundos posibles. Pero una de las razones por las que he dedicado tanto tiempo a la biología del dolor es que creo que los filósofos modernos pueden fallar en apreciar las dificultades involucradas en el acto de creación. Suponen que todo lo que Dios tiene que hacer es agitar una varita mágica para eliminar la mayoría de los peligros de la vida en la tierra.

Para hacer su punto de manera convincente, los críticos de este planeta necesitan describir un universo superior, con un sistema completo de leyes naturales que resultarían en un sufrimiento humano significativamente menor. Imagina algunas posibilidades. ¿Por qué no simplemente acabar con

las bacterias? Eso sería un desastre: se han identificado 24.000 especies diferentes de bacterias, de las cuales solo unas pocas veintenas causan enfermedades. Elimina las bacterias y nunca seríamos capaces de digerir los alimentos. ¿Tifones? Bangladesh y la India han aprendido dolorosamente que el sistema climático de la tierra depende de perturbaciones tan importantes; en los años en que los tifones se mantienen alejados, las lluvias también se mantienen alejadas.

La creación implica una selección de alternativas. Si me rompo la pierna esquiando, podría desear tener huesos más fuertes. Tal vez el hueso podría haberse fortalecido (aunque los científicos no han podido encontrar una sustancia más fuerte y adecuada para el implante), pero entonces mis piernas serían más gruesas y pesadas, lo que probablemente me haría demasiado voluminoso e inerte para esquiar. Si mis dedos fueran más gruesos y duraderos, muchas actividades humanas, como tocar el piano, serían imposibles. Un creador tenía que tomar esas difíciles decisiones entre fuerza y movilidad y peso y volumen.

El Dr. Paul Brand probó opciones tan difíciles cuando estaba tratando de diseñar un sensor de dolor simple para proteger las manos de sus pacientes con lepra. Esto es lo que aprendió:

Cuanto más profundizo en las leyes naturales: el átomo, el universo, los elementos sólidos, las moléculas, el sol y, aún más, la interacción de todos los mecanismos necesarios para sustentar la vida, me quedo asombrado.

Toda la creación podría colapsar como una baraja de cartas si se eliminara solo uno de esos factores. Algunas personas realmente creen que todo el diseño y la precisión en la naturaleza surgieron por casualidad, que si millones de moléculas se bombardean entre sí durante el tiempo suficiente, una célula nerviosa y una terminación sensorial en exactamente el umbral correcto seguramente aparecerán. sugiero que traten de hacer uno, como hice yo, y vean a qué se enfrentan las posibilidades.

He pasado la mayor parte de mi vida en el campo de la cirugía de la mano. Podría llenar una habitación de buen tamaño con libros que explican varias técnicas para reparar las manos dañadas. Pero nunca he visto un procedimiento, ni uno solo, que sugiera una forma de mejorar una mano sana. El diseño es increíble y el dolor es, por supuesto, parte de ese diseño. Noventa y nueve de cada 100 manos son perfectamente normales. Pero las estadísticas se invierten exactamente para aquellas personas insensibles al

dolor: el 99 por ciento de ellas tienen algún tipo de malformación o disfunción, simplemente porque su red de dolor no ha estado funcionando correctamente.

Gran parte del sufrimiento en nuestro planeta se debe a dos principios que Dios incorporó a la creación: un mundo físico que funciona de acuerdo con leyes naturales consistentes y la libertad humana.

Al comprometerse con esos dos principios, ambos buenos principios en sí mismos, Dios permitió la posibilidad de su abuso. Por ejemplo, el agua resulta útil para nosotros y para toda la creación debido a su "suavidad", su estado líquido y su gravedad específica. Sin embargo, esas mismas propiedades abren su capacidad bastante desagradable para ahogarnos, o la posibilidad aún más alarmante de que podamos ahogarnos. ahogar a alguien más.

Tomemos otro ejemplo, de madera. Da el fruto de los árboles, sostiene las hojas para dar sombra y alberga pájaros y ardillas. Incluso cuando se toma del árbol, la madera es valiosa. La usamos como combustible para calentarnos y como material de construcción para construir casas y muebles. Las propiedades esenciales de la madera (dureza, inflexibilidad, inflamabilidad) hacen posibles estas útiles funciones.

Pero tan pronto como plantas un árbol con esas propiedades en un mundo poblado por seres humanos libres, introduces la posibilidad de abuso. Un hombre libre puede tomar un trozo de madera y aprovechar su firmeza golpeando la cabeza de otro hombre. Dios podría, supongo, extender la mano cada vez y transformar las propiedades de la madera en las de la esponja, de modo que el palo rebotara con ligereza. Pero eso no es lo que él hace en el mundo. Él ha puesto en marcha leyes fijas que pueden ser pervertidas al mal por nuestra libertad equivocada.

(Dios puede haber tenido algo como este argumento en mente en su discurso al final de Job. Después de escuchar las quejas de Job, el valor de treinta y cinco capítulos, finalmente hace una aparición personal, haciendo volar a Job con magníficas descripciones de la Dios señala con orgullo algunas de las características más notables de la creación, luego le da a Job la oportunidad de sugerir mejoras. ¿Le importaría proponer cómo manejar el mundo de manera diferente? ¿quién gana?)

¿Es Dios de alguna manera responsable por el sufrimiento de este mundo? De esta forma indirecta, sí. Pero darle a un niño un par de patines

de hielo, sabiendo que puede caerse, es una cuestión muy diferente a derribarlo en el hielo.

En un mundo que se rige por leyes fijas y está poblado por seres humanos libres, la red protectora del dolor, un don maravilloso, también está sujeta a abusos. ¿Pudo Dios haberlo hecho de otra manera? ¿Podría haber mantenido algunos de los beneficios de la red del dolor sin las desventajas? Hay algunas dudas sobre si cualquier sistema de advertencia que excluya el elemento del sufrimiento funcionaría de manera efectiva. Como muestran los experimentos del Dr. Brand y la experiencia de personas sin dolor, no es suficiente que estemos alertados cuando el dolor está presente. Debe *doler*, para exigir acción.

Uno puede discutir para siempre sobre si Dios podría haber diseñado nuestro mundo de manera diferente. ¿Un interruptor de corte para el dolor? ¿Tormentas tropicales pero no huracanes? ¿Un virus menos o tres bacterias menos? Ninguno de nosotros sabe la respuesta a esas preguntas, o incluso a la pregunta previa de cómo un virus específico ingresó al mundo. (¿Fue una actividad creativa directa de Dios? ¿Una consecuencia de la Caída? ¿Un acto de Satanás? ¿Una mutación genética?). ?” ¡Y esa respuesta es un *NO rotundo!*

El animal salvaje

La Biblia rastrea la entrada del sufrimiento y el mal en el mundo a la grandiosa pero terrible cualidad de la libertad humana. ¿Qué nos diferencia de las marsopas, las ratas almizcleras y los osos pardos? Solo, el *homo sapiens* se ha liberado del patrón inquebrantable del comportamiento instintivo. Tenemos una elección verdadera y autodeterminante.

Como resultado de nuestra libertad, los seres humanos introdujeron algo nuevo en el planeta: una rebelión contra el diseño original. Solo tenemos leves indicios de cómo debía ser la Tierra, pero sabemos que la humanidad se ha salido del molde. “Hablamos de animales salvajes”, dice GK Chesterton, “pero el hombre es el único animal salvaje. Es el hombre el que ha estallado. Todos los demás animales son animales mansos; siguiendo la robusta respetabilidad de la tribu o tipo.”¹

El hombre es salvaje porque solo él, en esta mota de roca fundida llamada tierra, se levanta, agita el puño y le dice a Dios: “Hago lo que quiero hacer porque quiero hacerlo”. golfo nos separa, y este planeta, de Dios. Lo más notable es que Dios nos permite la libertad de hacer lo que

queremos, desafiando todas las reglas del universo (al menos por un tiempo). Chesterton nuevamente: “Al hacer el mundo, Él lo liberó. Dios había escrito, no tanto un poema sino más bien una obra de teatro; una obra que Él había planeado como perfecta, pero que necesariamente se había dejado en manos de actores humanos y directores de escena, quienes desde entonces la han hecho un gran lío”.²

Los teólogos usan el término “la Caída” para resumir la interrupción masiva de la creación causada por la rebelión inicial cuando el mal entró por primera vez en el mundo. El relato abreviado de Génesis 3 da un bosquejo simple de las consecuencias de esa rebelión, pero lo suficiente para indicar que toda la creación, no solo la especie humana, fue interrumpida. Como dijo Milton en *Paradise Lost*, “La tierra sintió la herida, y la Naturaleza desde su asiento / Suspirando a través de todas sus obras dio señales de aflicción, / Que todo estaba perdido”.

El apóstol Pablo lo expresó de esta manera: “La creación aguarda ansiosa la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a frustración, no por su propia elección, sino por la voluntad del que la sujetó. . . .Sabemos que toda la creación gime como con dolores de parto hasta el día de hoy” (Romanos 8:19–20, 22).

De alguna manera, el dolor y el sufrimiento se multiplicaron en la tierra como consecuencia del abuso de la libertad humana. Cuando el hombre y la mujer eligieron en contra de Dios, su mundo libre fue arruinado para siempre. Tal como lo ve Paul, desde la Caída, el planeta y todos sus habitantes han estado emitiendo un flujo constante de señales de socorro de baja frecuencia. Ahora vivimos en un planeta “que gime”.

Por lo tanto, cualquier discusión sobre la injusticia del sufrimiento debe comenzar con el hecho de que Dios tampoco está complacido con la condición del planeta. La historia de la Biblia, desde Génesis hasta Apocalipsis, es la historia del plan de Dios para restaurar su creación a su estado original de perfección. La Biblia comienza y termina con la misma escena: Paraíso, un río, la gloria luminosa de Dios y el Árbol de la Vida. Toda la historia humana tiene lugar en algún lugar entre la primera parte de Génesis y la última parte de Apocalipsis, y todo en el medio comprende la lucha por recuperar lo que se perdió.

Juzgar a Dios únicamente por el mundo presente sería un trágico error. En algún momento, puede haber sido “el mejor de los mundos posibles”, pero seguramente no lo es ahora. La Biblia no comunica ningún mensaje con más certeza que el *descontento de Dios* con el estado de la creación y el estado de la humanidad.

Imagine este escenario: vándalos irrumpen en un museo que exhibe obras del Período Azul de Picasso. Motivados por pura destructividad, salpican pintura roja sobre las pinturas y las cortan con cuchillos. Sería el colmo de la injusticia mostrar estas obras, una mera muestra del genio creativo de Picasso, y además estropeadas, como representativas del artista. Lo mismo se aplica a la creación de Dios. Dios ya ha colgado un cartel de "Condenado" sobre la tierra, y ha prometido juicio y restauración. Que este mundo arruinado por el mal y el sufrimiento aún exista es un ejemplo de la misericordia de Dios, no de su crueldad.

El megáfono

¿Qué puede usar Dios para llamar nuestra atención? ¿Qué convencerá a los seres humanos, a nosotros que comenzamos la rebelión, de que la creación no está funcionando de la manera que Dios quería?

CS Lewis introdujo la frase “dolor, el megáfono de Dios”. “Dios nos susurra en nuestros placeres, habla en nuestra conciencia, pero grita en nuestros dolores”, dijo; “es Su megáfono para despertar a un mundo sordo.”³ La palabra *megáfono* es apropiada, porque por su naturaleza el dolor grita. Cuando me golpeo un dedo del pie o me tuerzo un tobillo, el dolor le anuncia a mi cerebro en voz alta que algo anda mal. De manera similar, la existencia del sufrimiento en esta tierra es, creo, un grito para todos nosotros de que algo anda mal. Nos detiene en seco y nos obliga a considerar otros valores.

La fábula animal *Watership Down* habla de una colonia de conejos salvajes arrancados de sus hogares por un proyecto de construcción. Mientras deambulan, se encuentran con una nueva raza de conejos enormes y hermosos, con un pelo liso y brillante y garras y dientes perfectos. ¿Cómo vives tan bien? preguntan los conejos salvajes. ¿No buscas comida? Los conejos domesticados explican que se les proporciona comida, en forma de zanahorias, manzanas, maíz y col rizada. La vida es grandiosa y maravillosa.

Sin embargo, después de unos días, los conejos salvajes notan que uno de los conejos domesticados más gordos y elegantes ha desaparecido. Oh, eso sucede de vez en cuando, explican los conejos domesticados. Pero no dejamos que interfiera con nuestras vidas. Hay demasiado bueno para disfrutar. Eventualmente, los conejos salvajes descubren que la tierra está salpicada de trampas y la muerte "se cierne como una niebla" sobre sus cabezas. Los conejos domesticados, a cambio de sus lujosas y cómodas vidas, voluntariamente habían cerrado los ojos a un hecho: el peligro inminente de muerte.

Nave de agua abajo es una fábula con un punto moral. Al igual que los conejos gordos y elegantes, podríamos creer (algunas personas creen) que el único propósito de la vida es estar cómodo. Atiborrarse, construir una buena casa, disfrutar de una buena comida, tener sexo, vivir la buena vida. Eso es todo lo que hay. Pero la presencia del sufrimiento complica enormemente ese estilo de vida, a menos que decidamos usar anteojeras, como los conejos domesticados.

Es difícil creer que el mundo está aquí solo para que yo pueda festejar, cuando un tercio de su gente se va a la cama muriendo de hambre cada noche. Es difícil creer que el propósito de la vida es sentirse bien, cuando veo adolescentes aplastados en la autopista. Si trato de escapar hacia el hedonismo, el sufrimiento y la muerte acechan cerca, persiguiéndome, recordándome cuán hueca sería la vida si este mundo fuera todo lo que conocería.

A veces murmurando, a veces gritando, el sufrimiento es un "rumor de trascendencia" de que toda la condición humana está fuera de control. Algo anda mal con una vida de guerra, violencia y tragedia humana. El que quiera estar satisfecho con este mundo, el que quiera creer que el único propósito de la vida es el disfrute, debe andar con algodón en los oídos, porque el megáfono del dolor es ruidoso.

Hace tres siglos, el matemático francés Blaise Pascal se preocupó por algunos de sus amigos que le parecían estar evitando los temas más importantes de la vida. Así es como los caracterizó, casi en una parodia:

No sé quién me puso en el mundo, ni qué es el mundo, ni qué soy yo mismo. Estoy en una terrible ignorancia de todo. . . .

Todo lo que sé es que debo morir pronto, pero lo que menos sé es esta misma muerte de la que no puedo escapar.

Como no sé de dónde vengo, tampoco sé adónde voy. Sólo sé que, al dejar este mundo, caigo para siempre en la aniquilación o en las manos de un Dios enojado, sin saber a cuál de estos dos estados seré asignado para siempre. Tal es mi estado, lleno de debilidad e incertidumbre. Y de todo esto concluyo que debo pasar todos los días de mi vida sin preocuparme de inquirir lo que me ha de suceder. Quizá pueda encontrar alguna solución a mis dudas, pero no me tomaré la molestia, ni daré un paso para buscarla.

Pascal sacudió la cabeza con perplejidad por las personas que se preocupan por nimiedades o incluso por asuntos importantes, mientras ignoran el asunto más importante de todos. “Es un encantamiento incomprensible y un sueño sobrenatural”, dijo.⁴

Algunas otras religiones intentan negar todo dolor o superarlo. El cristianismo comienza, más bien, con la afirmación de que el sufrimiento existe y existe como prueba de nuestro estado caído. Uno puede descartar la explicación cristiana del origen del sufrimiento, que fue *introducido* en el mundo como consecuencia de la libertad abortada del hombre, por ser insatisfactoria. Pero al menos el concepto de un mundo grandioso pero caído coincide con lo que sabemos de la realidad. Se ajusta a la naturaleza dual de este mundo y de nosotros.

Somos como los supervivientes de un naufragio, como Crusoe arrojado a tierra con reliquias de otra tierra. Es este aspecto del cristianismo lo que hizo que Chesterton dijera: “El filósofo moderno me había dicho una y otra vez que estaba en el lugar correcto, y todavía me sentía deprimido incluso en la aquiescencia. Pero había oído que estaba en el lugar equivocado, y mi alma cantaba de alegría, como un pájaro en primavera”. Los optimistas le habían dicho que el mundo era el mejor de todos los mundos posibles, pero él nunca podría aceptarlo. El cristianismo tenía más sentido para él porque admitía libremente que estaba abandonado en un planeta amotinado.

“Lo importante era esto”, concluyó Chesterton, “que invirtió por completo la razón del optimismo. Y en el instante en que se hizo la inversión, se sintió como la facilidad abrupta cuando se vuelve a colocar un hueso en la cavidad. A menudo me había llamado optimista, para evitar la blasfemia demasiado evidente del pesimismo. Pero todo el optimismo de la época había sido falso y desalentador por eso, que siempre había estado tratando de demostrar que encajamos en el mundo. El optimismo cristiano se basa en el hecho de que *no* encajamos en el mundo.”⁵

El megáfono del dolor a veces, por supuesto, produce el efecto contrario: puedo volverme contra Dios por permitir tanta miseria. Por otro lado, el dolor puede, como sucedió con Chesterton, llevarme a Dios. Puedo creerle a Dios cuando dice que este mundo no es todo lo que existe, y arriesgarme a que está haciendo un lugar perfecto para aquellos que lo siguen en la tierra atormentada por el dolor.

Es difícil ser una criatura. Creemos que somos lo suficientemente grandes para dirigir nuestro propio mundo sin asuntos tan complicados como el dolor y el sufrimiento que nos recuerdan nuestra dependencia. Creemos que somos lo suficientemente sabios para tomar nuestras propias decisiones sobre la moralidad, para vivir correctamente sin el megáfono del dolor retumbando en nuestros oídos. Estamos equivocados, como prueba la historia del Jardín del Edén. El hombre y la mujer, en un mundo sin sufrimiento, eligieron contra Dios.

Y así nosotros, que hemos venido después de Adán y Eva, tenemos una opción. Podemos confiar en Dios. O podemos culparlo a él, no a nosotros mismos, por el mundo.

Escuchando los ecos

Si dudas del valor megáfono del sufrimiento, te recomiendo que visites la sala de cuidados intensivos de un hospital. Allí encontrará todo tipo de personas paseando por el vestíbulo: una mezcla de ricos, pobres, hermosos, simples, negros, blancos, inteligentes, aburridos, espirituales, ateos, de cuello blanco, de cuello azul. Pero la sala de cuidados intensivos es el único lugar del mundo donde ninguna de esas divisiones marca la diferencia.

En una sala de cuidados intensivos, todos los visitantes están unidos por un hilo único y terrible: la preocupación por un pariente o amigo moribundo. Las diferencias económicas, incluso las diferencias religiosas, se desvanecen. No verá chispas de tensión racial allí. A veces, los extraños se consolarán unos a otros o llorarán juntos en silencio y sin vergüenza. Todos se enfrentan a la vida en su forma más esencial. Muchos llaman por primera vez a un párroco o sacerdote. Solo el megáfono del sufrimiento es lo suficientemente fuerte como para hacer que estas personas se arrodillen para reflexionar sobre cuestiones fundamentales de la vida, la muerte y el significado. Como ha observado irónicamente Helmut Thielicke, hay una capellanía de hospital pero no una capellanía de cóctel.

Ese, creo, es el valor megáfono del sufrimiento. Este planeta emite un “gemido” constante, un grito de redención y restauración, pero muy a menudo ignoramos el mensaje hasta que el sufrimiento o la muerte nos obligan a atender. No digo que Dios permita el sufrimiento *por* su valor de megáfono. (Tampoco creo que lleve un mensaje específico: “Estás sufriendo como consecuencia de esta acción”, como se aclarará en el próximo capítulo.) Pero el megáfono del dolor sí anuncia un mensaje general de angustia para toda la humanidad.

John Donne, un poeta del siglo XVII, se encontró escuchando el megáfono del dolor. Un suegro enojado hizo que lo despidieran de su trabajo y lo excluyeran de la carrera de derecho. Donne se dirigió desesperado a la iglesia, tomando órdenes como sacerdote anglicano. Pero el año después de que tomó su primer trabajo parroquial, su esposa Anne murió, dejándole siete hijos. Y unos años más tarde, en 1623, aparecieron manchas en el propio cuerpo de Donne. Se le diagnosticó la peste bubónica.

La enfermedad se prolongó, minando sus fuerzas casi hasta el punto de la muerte. (La enfermedad de Donne resultó ser una forma de tifus, no de peste). En medio de esta enfermedad, Donne escribió una serie de devociones sobre el sufrimiento que figuran entre las meditaciones más conmovedoras jamás escritas sobre el tema. Compuso el libro en la cama, sin el beneficio de las notas, convencido de que se estaba muriendo.

En *Devotions*, John Donne llama a Dios a la tarea. Cuando mira hacia atrás en la vida, no tiene sentido. Después de pasar toda una vida vagando confundido, finalmente ha llegado a un lugar donde puede servir a Dios, y ahora, en ese preciso momento, es golpeado por una enfermedad mortal. Nada aparece en el horizonte sino fiebre, dolor y muerte. ¿Qué hacer con eso?

¿Cuál es el significado de la enfermedad? El libro de John Donne sugiere la posibilidad de una respuesta. Los primeros estremecimientos le llegaron a través de la ventana abierta de su dormitorio, en forma de campanas de iglesia que tañían una lúgubre declaración de muerte. Por un instante, Donne se preguntó si sus amigos, sabiendo que su estado era más grave de lo que habían revelado, habrían ordenado tocar la campana por su propia muerte. Pero rápidamente se dio cuenta de que las campanas marcaban la muerte de un vecino a causa de la peste.

Donne escribió Meditación XVII sobre el significado de las campanas de las iglesias, uno de los pasajes más célebres de la literatura inglesa (“Ningún hombre es una isla. . . . Nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti”). Se dio cuenta de que aunque las campanas habían sonado en honor a la muerte de otro, servían como un claro recordatorio de lo que todo ser humano pasa toda su vida tratando de olvidar: Todos moriremos.

Cuando muere un hombre, no se arranca un capítulo del libro, sino que se traduce a un idioma mejor; y cada capítulo debe ser así traducido; Dios emplea varios traductores; algunas piezas se traducen por edad, algunas por enfermedad, algunas por guerra, algunas por justicia; pero la mano de Dios está en cada traducción, y su mano encuadernará todas nuestras hojas esparcidas nuevamente para esa biblioteca donde cada libro estará abierto el uno para el otro. . . . Entonces esta campana nos llama a todos; pero cuánto más yo, que estoy tan cerca de la puerta por esta enfermedad.⁶

Tres siglos antes que CS Lewis, Donne usó una frase diferente a “dolor, el megáfono de Dios” para expresar el mismo concepto: la singular capacidad del dolor para atravesar las defensas normales y las rutinas cotidianas. “Necesito tu trueno, oh mi Dios; tu música no te servirá”, dijo.⁷ El tañido de la campana se convirtió, para él, en un eco anticipado de su propia muerte. Para el muerto, era un período, el final de una vida; para Donne, aferrado a la vida, era un signo de interrogación penetrante. ¿Estaba listo para encontrarse con Dios?

El tañido de esa campana produjo un giro curioso en la progresión del pensamiento de Donne. El megáfono, o trueno, del dolor hizo que Donne reexaminara su vida, y lo que vio fue como una revelación. “Soy el hombre que ha visto la aflicción”, le había dicho una vez a su congregación, en un estado de ánimo de autocompasión. Pero ahora parecía claro que los períodos de mayor sufrimiento habían sido las ocasiones mismas de crecimiento espiritual. Las pruebas habían purgado el pecado y desarrollado el carácter; la pobreza le había enseñado a depender de Dios y lo había limpiado de la codicia; el fracaso y la desgracia pública habían ayudado a curar la ambición mundana. Surgió un patrón claro: el dolor podía transformarse, incluso redimirse.

La revisión mental de Donne luego lo llevó a reflexionar sobre las circunstancias actuales. ¿Podría incluso *este* dolor ser redimido? La enfermedad le impidió muchas buenas obras, por supuesto, pero su debilidad física seguramente no frenó todo crecimiento espiritual. Tenía mucho tiempo para la oración: la campana le había recordado a su vecino menos afortunado y a los muchos otros que sufrían en Londres. Podía aprender la humildad, la confianza, la gratitud y la fe. Donne hizo una especie de juego: imaginó su alma fortaleciéndose, levantándose de la cama y caminando por la habitación mientras su cuerpo yacía plano.

En resumen, Donne se dio cuenta de que su vida, incluso en su estado postrado en cama, no carecía de sentido. Dirigió su energía hacia disciplinas espirituales: oración, confesión de pecados, llevar un diario (que se convirtió en *Devociones*). Dejó de pensar en sí mismo y en los demás.

Devociones registra un cambio sísmico en la actitud de Donne hacia el dolor. Comenzó con oraciones para que se quitara el dolor; termina con oraciones para que el dolor sea redimido, para que sea “catequizado por la aflicción”. Tal redención podría tomar la forma de una cura milagrosa, él todavía lo esperaba, pero incluso si no fuera así, Dios podría tomar un lingote fundido y, a través del fuego refinador del sufrimiento, convertirlo en oro puro.

CAPÍTULO 6

¿QUÉ ES LO QUE TRATA DE DECIRNOS DIOS?

Puedo leer mi aflicción como una corrección, o como una misericordia, y confieso que no sé leerla. ¿Cómo debo entender esta enfermedad? No puedo concluir, aunque la muerte me concluya. Si en verdad es una corrección, permítanme traducirla y leerla como una misericordia; porque aunque parezca una corrección, no puedo tener mayor prueba de tu misericordia que morir en ti y por esa muerte unirme al que murió por mí.

JOHN DONNE

Oraciones

Un informe de la revista *Time* desde Yuba City, California:

Flanqueada por parientes llorosos, una pareja hispanoamericana estaba sentada en el calor resplandeciente del cementerio Sutter, tomados de la mano y mirando fijamente el ataúd de bronce que contenía los restos de su hijo Bobby, de 17 años. Seis de los compañeros de clase de Bobby colocaron sus ramos de clavel blanco sobre el ataúd. La joven sobrina de Bobby se arrojó sobre el ataúd y sollozó entrecortadamente. Varios en la gran multitud también lloraron. El padre de Bobby sacudió la cabeza en silencio un par de veces, como si lo hubieran golpeado, y luego se movió torpemente con su esposa hacia la limusina verde que encabezaba el largo cortejo.

En el mismo cementerio, la señora Harry Rosebrough observó con los ojos secos cómo enterraban a su hijo. Había muerto en su cumpleaños número 16. Pamela Engstrom, que vestía un vestido de guinga azul y blanco, un regalo de su madre, había muerto el día después de cumplir 18 años. Las víctimas también incluyeron a las gemelas Carlene y Sharlene Engle, de 18 años, a quienes les encantaba cantar canciones compuestas por su madre, "Despierta y sonríe en el Sol" y "Toma el orgullo en América". Después del funeral, la polvorienta camioneta Ford de Sharlene estaba estacionada al otro lado de la calle de su casa. En la ventana había un cartel de SE VENDE.

Así fue como 15.000 ciudadanos lloraron a sus muertos. Un autobús que transportaba a 53 miembros del coro de la escuela secundaria local y la chaperona Christina Estabrook había atravesado 72 pies de barandilla cuando giraba hacia una rampa de salida. El autobús cayó 21-1/2 pies al suelo. Aterrizó sobre su parte superior, las ruedas aún giraban y el techo aplastado hasta los asientos.

La sangre goteaba sobre partituras dispersas de música coral. “Escuché a alguien gritar 'Oh, Dios mío' desde el frente del autobús”, sollozó Kim Kenyon, un joven de 16 años cuya novia murió en el asiento junto a él. Agregó Perry Martin, de 18 años, el tenor principal del coro: “Todo era una maraña de llantos y gemidos y de brazos y piernas esparcidos”. El saldo final: 29 muertos y 25 heridos.

Los niños y las niñas habían ido juntos a la escuela secundaria. Todos habían actuado juntos en Acero en el tejado a principios de este año. A solo tres semanas de la graduación, muchos de ellos habían ido a su fiesta de graduación el sábado anterior. Ahora sus amigos se arrastraban aturridos por la escuela secundaria de Yuba City, deteniéndose desconsoladamente de vez en cuando en la ventana del director para leer el aviso diario que enumeraba el estado de los heridos. Dijo Karen Hess, de 18 años, presidenta del cuerpo estudiantil: “Esta es la primera vez que la mayoría de nosotros hemos tenido amigos cercanos que mueren”.¹

¿Por qué Yuba City?

¿Por qué no Salina, Kansas? . . . o Clarkston, Georgia. . . o Ridge-wood, Nueva Jersey?

¿Por qué el coro de la escuela secundaria? ¿Por qué no la banda, o el equipo de debate, o el equipo de fútbol?

Fue un accidente de tránsito normal y cotidiano: más muertes que la mayoría, quizás, pero nada como la devastación de un terremoto en California, una inundación en Pakistán o un accidente de ferry en Manila. Sin embargo, una tragedia ordinaria como el accidente de autobús de Yuba City trae preguntas que gruñen a la superficie.

¿Por qué esos veintinueve niños merecían una espeluznante muerte masiva en la carretera? ¿Estaba Dios tratando de decirles algo? ¿O estaba enviando una advertencia a sus padres y amigos? Si fueras un adolescente en la escuela secundaria de Yuba City, no podrías evitar esas preguntas. Y si

sobrevivió al accidente de autobús como pasajero, el resto de su vida se preguntará por qué ha vivido cuando murieron tantos amigos.

¿Dios se agacha, gira levemente las ruedas de los autobuses escolares y los ve correr a través de las barandillas? ¿Dibuja una línea de lápiz rojo a través de un mapa de Indiana para trazar la ruta exacta de un tornado? *Allí, golpea esa casa, mata a ese niño de seis años, pero salta la próxima casa.* ¿Programa Dios la tierra como un videojuego, experimentando constantemente con maremotos, temblores sísmicos y huracanes? ¿Es así como nos recompensa y castiga a nosotros, sus víctimas indefensas?

Plantear las preguntas tan descaradamente puede sonar sacrílego. Pero me han perseguido durante mucho tiempo, y en diversas formas me han sido lanzadas como lanzas por amigos agnósticos. Preguntarse acerca de Dios es una parte casi universal de la experiencia del sufrimiento. Tengo un libro en mi estantería, *Teorías de la enfermedad*, que analiza 139 grupos tribales de todo el mundo; todos menos cuatro perciben la enfermedad como un signo de desaprobación de Dios (o de los dioses).

El dolor tiene valor en la protección de los cuerpos físicos, casi todo el mundo lo reconoce. El sufrimiento tiene algún valor moral al exponer nuestro estado de necesidad como criaturas mortales en un planeta que gime; la mayoría de los cristianos, al menos, dan ese paso más allá, aceptando que Dios le habla a la raza humana en general a través del megáfono del dolor. Pero el dolor nunca nos llega *en general*. Viene en específico: en una tormenta de fuego sináptica de nervios y médula espinal, o en una nube emocional de tristeza y dolor.

Una vez vi una entrevista de televisión con una famosa actriz de Hollywood cuyo amante se había ahogado en un puerto cerca de Los Ángeles. La investigación policial reveló que había rodado desde un yate en un estado de estupor ebrio. La actriz miró a la cámara, con sus hermosos rasgos contraídos por el dolor, y preguntó extrañamente: "¿Cómo pudo un Dios amoroso permitir que esto sucediera?".

Esa actriz probablemente no había pensado en Dios durante meses o años. Pero de repente, ante el sufrimiento, arremetió con ira contra Dios. Para ella y para casi todos, la duda sigue al dolor de forma rápida y segura, como un acto reflejo. El sufrimiento pone en tela de juicio nuestras creencias más básicas acerca de Dios. Cuando ataca, no puedo evitar preguntarme: ¿qué está tratando de decirme Dios con esta faringitis

estreptocócica? ¿Por la muerte de mi amigo? ¿Tiene un mensaje específico para mí?

En un banquete, un invitado a mi mesa se refirió a un terremoto reciente en América del Sur. “¿Sabías que un porcentaje mucho más bajo de cristianos que de no cristianos murió en el terremoto?” preguntó con absoluta sinceridad. Me preguntaba acerca de los cristianos que no sobrevivieron: ¿qué habían hecho para merecer ser arrojados con los paganos vulnerables? Y me pregunté sobre el toque de presunción en su comentario, como las antiguas partituras del Coliseo: cristianos 4, gladiadores 3.

También pensé en tragedias ocasionales que parecen tener como objetivo a los cristianos: las masacres armenias, un accidente de autobús que involucró al coro de una iglesia, una inundación repentina que devastó un campamento de Campus Crusade en Estes Park, Colorado, la ruptura de una presa en Toccoa Falls Bible College. La fe en Dios no ofrece ningún seguro contra la tragedia.

Tampoco ofrece un seguro contra los sentimientos de duda y traición. En todo caso, ser cristiano complica el asunto. Si crees en un mundo de pura casualidad, ¿qué diferencia hay si choca un autobús de Yuba City o uno de Salina? Pero si crees en un mundo gobernado por un Dios poderoso que te ama con ternura, entonces la diferencia es terrible.

Lo que dice la Biblia

Gran parte de la confusión mental sobre el dolor y el sufrimiento depende, creo, del importante tema de la *causa*. Si Dios está realmente a cargo, de alguna manera conectado con todo el sufrimiento del mundo, ¿por qué es tan caprichoso e injusto? ¿Es el sádico cósmico que se deleita en vernos retorcernos, que aplasta a los seres humanos como colillas de cigarrillos?

Si recorres la Biblia en busca de una respuesta a la pregunta, "¿Quién lo hizo?" obtendrá respuestas mixtas. Para ilustrar esto, a veces he repartido Biblias a individuos dentro de un grupo, pidiéndoles que lean un pasaje y comenten qué respuesta da a la pregunta de la *causa*.

Génesis 38:7. Claramente, se presenta a Dios como la causa directa del sufrimiento de Er. Él “era malo a los ojos del Señor; por eso el Señor le dio muerte.”

Lucas 13:10–16. Satanás, o al menos “un espíritu”, fue la causa directa de la enfermedad de esta mujer, una condición que la había lisiado durante dieciocho años. El apóstol Pablo también llamó a su aflicción, el aguijón en su carne, “un mensajero de Satanás”.

Job 2:4–7. Job ofrece una combinación de las dos causas: Satanás inflige el dolor, pero solo después de obtener el permiso de Dios.

Proverbios 26:27. Este versículo, típico de Proverbios, enfatiza las consecuencias naturales de las acciones de una persona: sigue un patrón malvado y un día sufrirás a causa de él.

Como expliqué en el primer capítulo, este libro surgió debido a mi amistad con Claudia Claxton y mi preocupación por los consejos confusos que ella recibía de sus hermanos cristianos. En vista de estos pasajes de la Biblia, ¿es de extrañar que la gente tenga palabras de consejo tan confusas? Podría enumerar docenas de pasajes que ofrecen varias explicaciones sobre la causa de un sufrimiento específico, pero todavía tengo que encontrar en la Biblia una gran teoría unificadora de la causalidad.

El Antiguo Testamento, en particular, presenta muchas situaciones —las diez plagas de Egipto, por ejemplo— en las que Dios intervino sobrenaturalmente en la historia humana para castigar el mal. He estudiado cada uno de estos casos en detalle, y aunque no puedo proponer una gran teoría unificadora, puedo ofrecer dos observaciones generales.

(1) Muchos pasajes del Antiguo Testamento advierten contra las consecuencias dolorosas que seguirán a acciones específicas. El erudito bíblico alemán Klaus Kloch muestra de manera persuasiva que los Salmos, los Proverbios y la mayoría de los demás libros del Antiguo Testamento presentan esta noción de que “las decisiones equivocadas conducen a consecuencias dolorosas”. 2 Proverbios está lleno de tales consejos: “La pereza produce sueño profundo, y el holgazán pasa hambre” (19:15). Como lo vieron esos autores, Dios creó a los seres humanos y a la sociedad humana para operar de acuerdo con principios fijos. La honestidad, la veracidad y la compasión dan buenos resultados; el engaño, la mentira y la codicia producen todo lo contrario.

(2) Algunos pasajes del Antiguo Testamento muestran a Dios causando sufrimiento humano como castigo por el mal comportamiento. Los libros proféticos están llenos de terribles advertencias del juicio venidero. Pero mira más de cerca. Sus predicciones de fatalidad por lo general siguen una

advertencia larga y explícita. Amós, Jeremías, Isaías, Habacuc, Oseas y Ezequiel explican en detalle impresionantes listas de pecados y maldades que provocarán el castigo.

En casi todos los casos, los profetas también tienen la esperanza de que Dios se refrenará si Israel se arrepiente y se vuelve a Dios. Si continúa en rebelión, será aplastada. Por lo tanto, el juicio proviene claramente de Dios, pero de ninguna manera es caprichoso o injusto. El castigo del Antiguo Testamento era consistente con el “pacto” o contrato de Dios con Israel, y venía después de muchas advertencias.

Estoy de acuerdo en que el Antiguo Testamento está repleto de pensamientos de tipo recompensa/castigo, y presenta la vida en términos de este principio: “Haz el bien, sé recompensado; hacer el mal, ser castigado.” Sin embargo, no creo que el principio se aplique precisamente de la misma manera hoy. En el libro *Desilusión con Dios*, argumento que las “reglas” que rigen la relación contractual de Dios con los israelitas expresan una relación única que no podemos, ni debemos esperar, emular.

Considere los principios del Antiguo Testamento a la luz del tipo de preguntas que plantea la gente hoy. “¿Por qué yo?” preguntamos casi instintivamente cuando ocurre una tragedia. Claudia Claxton hizo esa pregunta, al igual que los amigos y familiares en duelo en Yuba City, e incluso la actriz que perdió a su amante. *Dos mil autos circulaban bajo la lluvia por la autopista. ¿Por qué el mío patinó contra un puente? Las líneas de elevación estuvieron llenas de esquiadores todo el día. ¿Por qué fui yo quien se rompió una pierna y arruinó mis vacaciones? Un tipo raro de cáncer afecta solo a una de cada cien personas . ¿Por qué mi padre tenía que estar entre las víctimas?*

Las personas que sufren se atormentan con tales preguntas, y los ejemplos bíblicos ofrecen alguna guía. En cuanto a la primera observación general, que ciertas acciones pueden tener consecuencias dolorosas, ese principio se aplica con toda su fuerza hoy en día. Una persona que esquía más allá de un límite, hacia un terreno de avalanchas y pendientes sin asfaltar, pone su vida en peligro. Una persona que acelera en carreteras resbaladizas por la lluvia corre el peligro de hidroplanear. Una persona que come todos los alimentos fritos y Twinkies expone su cuerpo a ciertos riesgos para la salud.

El libro de Proverbios va más allá de estos simples ejemplos, dejando en claro que nuestras acciones tienen una dimensión moral que afectará nuestra salud y comodidad en la tierra. Nuestras versiones modernas (fumar, sexo promiscuo, consumir drogas, abusar del medio ambiente, glotonería) tienen consecuencias directas y dolorosas. Los científicos reconocen las conexiones y las anuncian ampliamente. Los principios, contruidos en la creación, se aplican a cristianos y no cristianos por igual. Las tablas actuariales demuestran este hecho sin lugar a dudas: Utah, hogar de mormones conscientes de la salud, tiene una de las tasas más bajas de enfermedades cardíacas, mientras que su vecino Nevada, hogar de una vida relajada, tiene una de las más altas.

¿Qué pasa con el segundo principio, que Dios a veces interviene directamente para castigar a las personas por su mala conducta? Me ha asombrado la forma común e irreflexiva en que los cristianos aplican ese principio en la actualidad. Visitan la habitación del hospital con regalos de culpa ("Debes haber hecho algo para merecer esto") y acusación ("No debes estar orando lo suficiente").

Pero hay una gran diferencia entre el sufrimiento al que nos enfrentamos la mayoría de nosotros (una lesión al esquiar, una forma rara de cáncer, el accidente de autobús) y el sufrimiento como castigo descrito en el Antiguo Testamento. Allí, el castigo sigue a las repetidas advertencias contra un comportamiento específico. De hecho, para ser efectivo, el castigo *requiere* un vínculo claro con el comportamiento. Piense en un padre que castiga a un niño pequeño. De poco serviría que ese padre se acercara sigilosamente en momentos extraños durante el día y golpeará al niño sin explicación. Tales tácticas producirían un niño neurótico, no obediente.

El pueblo de Israel sabía por qué estaba siendo castigado; los profetas les habían advertido con detalles insoportables. El faraón de Egipto sabía exactamente por qué se desataron las diez plagas contra su tierra: Dios las había predicho, le dijo por qué y describió qué cambio de corazón podría prevenirlas. Los ejemplos bíblicos del sufrimiento como castigo, entonces, tienden a ajustarse a un patrón. El dolor llega después de muchas advertencias, y nadie se sienta después a preguntar: "¿Por qué?" Ellos saben muy bien por qué están sufriendo.

¿Se parece ese patrón a lo que nos sucede a la mayoría de nosotros hoy? ¿Recibimos una revelación directa de Dios advirtiéndonos de una catástrofe

venidera? ¿El sufrimiento personal viene empaquetado con una clara explicación de Dios? Si no es así, debo preguntarme si los dolores que la mayoría de nosotros sentimos (cáncer, un accidente de tráfico) son realmente castigos de Dios. Si el sufrimiento llega como castigo, en verdad estamos recibiendo mensajes confusos, ya que la aparición de enfermedades y dolores parece aleatoria, sin relación con ningún patrón de virtud o vicio.

Francamente, creo que a menos que Dios claramente revele lo contrario, haríamos mejor en buscar otros modelos bíblicos. Y la Biblia contiene algunas historias de personas que sufrieron pero definitivamente no estaban siendo castigadas por Dios.

Lo que dice Jesús

Los cristianos creen que con la venida de Jesús, Dios entró de lleno en la historia humana. Ya no estaba "ahí afuera", a veces sumergiéndose en la historia para cambiar las cosas. Ahora residía en el cuerpo de un ser humano en la tierra, haciéndose sujeto a las leyes y limitaciones físicas de este planeta. Por lo tanto, la mejor pista que tenemos sobre cómo se siente Dios acerca del dolor humano es mirar la respuesta de Jesús.

Jesús nunca le dio a una persona pobre o sufriente un discurso sobre "aceptar tu suerte en la vida" o "tomar la medicina que Dios te ha dado". Parecía inusualmente sensible a los gemidos de las personas que sufrían, y se dispuso a remediarlo. Y usó sus poderes sobrenaturales para curar, nunca para castigar.

Los milagros de sanidad agradaban mucho a la multitud, por supuesto, pero aun así Jesús se negó a convertirlos en la pieza central de su ministerio. Más que nada, usó las curaciones físicas como "señales" de una verdad más profunda. A veces, Jesús parecía casi reacio a intervenir y les decía a sus seguidores que realizaba las señales solo porque las necesitaban. A menudo silenciaba los rumores que se difundían sobre sus milagros. En ciertas ocasiones, Jesús eligió deliberadamente no intervenir en el orden natural de las cosas, por ejemplo, al no llamar a los ángeles para que lo librasen de su hora más dolorosa.

¿Jesús nos estaba diciendo que no es bueno que Dios intervenga en nuestro mundo día a día? Lo importante, el reino de los cielos, ¿no es un reino del espíritu que debe ser obrado dentro de los corazones y las mentes, no por una exhibición externa y espectacular del poder de Dios? Por lo menos, Jesús se negó a hacer cambios radicales en las leyes naturales que

rigen el planeta. En lugar de, por ejemplo, volver a cablear el sistema nervioso para hacer alguna mejora en el diseño, él mismo se enfrentó a la red del dolor con todas sus características indeseables. Y cuando se enfrentó personalmente al sufrimiento, reaccionó como nosotros: con miedo y pavor.

¿Cómo respondió Jesús a la pregunta “¿Quién es responsable del sufrimiento?” La percepción más clara de esa pregunta aparece en Lucas 13. Nuevamente, al igual que en el Antiguo Testamento, hay varias respuestas. Por ejemplo, en el versículo 16 Jesús declara que Satanás causó el dolor de una mujer atada por una enfermedad durante dieciocho años. Y al final del capítulo, Jesús se aflige por el futuro de Jerusalén: al igual que los profetas del Antiguo Testamento, pudo ver que sus acciones de obstinada rebelión traerían mucho sufrimiento.

Pero al principio de ese mismo capítulo, se le pregunta a Jesús acerca de dos "acontecimientos actuales" que evidentemente habían provocado mucha discusión local. Uno fue un acto de opresión política, en el que los soldados romanos masacraron a miembros de una minoría religiosa; el otro, un accidente de construcción que mató a dieciocho personas. Mientras estudio la Biblia, no puedo encontrar otra situación más parecida a los tipos de sufrimiento que nos molestan a la mayoría de nosotros. Esos judíos del primer siglo preguntaban acerca de sus equivalentes al accidente de autobús de Yuba City, o el colapso del techo de un estadio.

La respuesta de Jesús es a la vez enigmática y brillante. No responde completamente la pregunta que más les preocupa, la cuestión de la causa. Jesús nunca explica: “He aquí por qué ocurrieron esas dos tragedias”. Pero deja una cosa en claro: no ocurrieron como resultado de una mala acción específica: “¿Piensas que estos galileos eran peores pecadores que todos los otros galileos porque sufrieron de esta manera? ¡Te digo que no! . . . O aquellos dieciocho que murieron cuando la torre de Siloé cayó sobre ellos, ¿piensas que fueron más culpables que todos los demás que vivían en Jerusalén? ¡Te digo que no!”.

Ningún pariente afligido necesita quedarse preguntándose qué provocó la calamidad; Jesús aclara que las víctimas no habían hecho nada inusual para merecer su destino. Eran iguales a otras personas. Él no lo dice, pero tal vez la torre simplemente se cayó porque estaba mal construida. Creo que Jesús habría respondido de manera similar a la tragedia de Yuba City: "¿Crees

que eran peores pecadores que otros adolescentes?" Quizás el autobús se estrelló debido a un error del conductor o a una falla mecánica.

Pero Jesús no se detiene allí. Utiliza ambas tragedias para señalar verdades eternas relevantes para todos ("Si no os arrepentís, todos pereceréis") y continúa con una parábola sobre la misericordia restringente de Dios. Da a entender que nosotros, los "espectadores" de la catástrofe, tenemos tanto que aprender del evento como las víctimas. Una tragedia debe alertarnos para prepararnos en caso de que seamos la próxima víctima de una torre que se derrumba o de un acto de terrorismo político. La catástrofe une así a víctima y espectador en un llamado al arrepentimiento, al recordarnos abruptamente la brevedad de la vida.

¿Es Dios la Causa?

Una vez asistí al funeral de una adolescente que murió en un accidente automovilístico. Su madre se lamentó: "El Señor la llevó a casa. Debe haber tenido algún propósito. . . . Gracias Señor." He estado con cristianos enfermos que agonizan con la pregunta: "¿Qué está tratando de enseñarme Dios?" O pueden suplicar: "¿Cómo puedo encontrar suficiente fe para deshacerme de esta enfermedad? ¿Cómo puedo hacer que Dios me rescate?"

Tal vez esas personas lo tienen todo mal. Tal vez Dios *no está tratando de decirnos algo específico* cada vez que sufrimos. El dolor y el sufrimiento son parte integral de nuestro planeta, y los cristianos no están exentos. La mitad de las veces sabemos por qué nos enfermamos: muy poco ejercicio, una dieta deficiente, contacto con un germen. ¿Realmente esperamos que Dios ande protegiéndonos cada vez que nos encontramos con algo peligroso?

Según tengo entendido, el enfoque de Jesús corresponde exactamente a lo que he sugerido sobre "el dolor, el megáfono de Dios". El sufrimiento ofrece un mensaje *general* de advertencia a toda la humanidad de que algo está mal en este planeta y que necesitamos una intervención exterior radical ("A menos que te arrepientas..."). Pero no se puede argumentar hacia atrás y vincular el dolor *específico* de alguien con un acto directo de Dios.

Otra historia similar de los Evangelios puede aclarar aún más este enfoque. En Juan 9, Jesús refuta la explicación tradicional del sufrimiento. Sus seguidores señalan a un ciego de nacimiento. Riendo con lástima, preguntan: "¿Quién pecó, este hombre o sus padres?" En otras palabras, ¿por qué merecía la ceguera? Jesús responde sin rodeos: "Ni éste pecó ni

sus padres, sino que esto sucedió para que la obra de Dios se manifieste en su vida”.

Los discípulos querían mirar hacia atrás, para averiguar "¿Por qué?" Jesús redirigió su atención. Consistentemente, apunta hacia adelante, respondiendo a una pregunta diferente: "¿Con qué fin?" Y eso, creo, ofrece un claro resumen del enfoque de la Biblia al problema del dolor. A las preguntas retrospectivas de la causa, al "¿Por qué?" preguntas, no da una respuesta definitiva. Pero ofrece esperanza para el futuro, que incluso el sufrimiento puede ser transformado o “redimido”. Una tragedia humana, como la ceguera, puede usarse para mostrar la obra de Dios.

A veces, como en el caso del ciego de nacimiento, la obra de Dios se manifiesta a través de milagros dramáticos. A veces no lo es. Pero en todos los casos, el sufrimiento nos ofrece la oportunidad de mostrar la obra de Dios.

CAPÍTULO 7

¿PORQUÉ ESTAMOS ACÁ?

Fue solo cuando yacía allí sobre la paja podrida de la prisión que sentí dentro de mí los primeros indicios del bien. Gradualmente, se me fue revelando que la línea que separa el bien y el mal no pasa a través de estados, ni entre clases, ni tampoco entre partidos políticos, sino a través de cada corazón humano, y a través de todos los corazones humanos. . . Allí alimenté mi alma, y digo sin vacilar: Bendita seas, prisión, por haber estado en mi vida.

ALEXANDER SOLZHENITSYN

Archipiélago Gulag

Puede parecer que la Biblia da señales contradictorias sobre la cuestión de la causa. Pero su tratamiento más exhaustivo del tema del sufrimiento tiene un mensaje inequívoco. Aparece en el libro de Job, justo en medio del Antiguo Testamento.

Job, una de las historias más antiguas de la Biblia, sin embargo se lee como la más moderna, ya que enfrenta de frente el problema del dolor que tanto atormenta a nuestro siglo. En tiempos recientes, autores como Robert Frost, Archibald MacLeish y Muriel Spark han intentado volver a contar la historia de Job.

Job, el hombre más recto y espiritual de su época, ama a Dios con todo su corazón. De hecho, Dios lo elige personalmente para demostrarle a Satanás cuán fieles pueden ser algunos humanos. Si alguien no merece sufrir por sus acciones, ese es Job.

Pero, ¿qué sucede? Increíblemente, una serie de terribles calamidades descienden sobre Job, cualquiera de las cuales sería suficiente para aplastar a la mayoría de las personas. Asaltantes, fuego, bandidos y un gran viento asolan su rancho y destruyen todas sus posesiones. De la numerosa familia de Job, sólo sobrevive su esposa, y ella es un escaso consuelo. Luego, en una segunda fase de pruebas, a Job le salen ampollas ulcerosas.

Así, en cuestión de horas, todos los terrores del infierno se derraman sobre el pobre Job, revirtiendo por completo su fortuna y su salud. Se rasca las llagas y gime. El dolor que de alguna manera puede soportar. Lo que más le molesta es la sensación de traición. Hasta ahora siempre ha creído en un Dios amoroso y justo. Pero los hechos simplemente no cuadran. Hace preguntas angustiosas, las mismas preguntas que hacen casi todos los que sufren mucho. *¿Por qué yo? ¿Qué hice mal? ¿Qué está tratando de decirme Dios?*

En ese escenario, Job y sus amigos discuten el misterio del sufrimiento. Los amigos, hombres devotos y reverentes, llenan el aire de erudición. Resumidos, sus argumentos son virtualmente idénticos. *Job, Dios está tratando de decirte algo. Nadie sufre sin causa. El sentido común y toda la razón nos dicen que un Dios justo tratará a las personas con equidad. A los que obedecen y se mantienen fieles, él los recompensa. A los que pecan, él los castiga. Por lo tanto, confiesa tu pecado, y Dios aliviará tu miseria.*

La esposa de Job sugiere una alternativa más: maldecir a Dios y morir. Sin embargo, Job tampoco puede aceptar esa elección. Aunque lo que le ha sucedido no corresponde a la justicia, simplemente no se atreve a negar a Dios. ¿Dónde está la respuesta para Job? Desesperado, incluso juega con la noción de Dios como un sádico que “se burla de la desesperación de los inocentes” (9:23).

Ante los ataques verbales de sus amigos, Job vacila, se contradice y, a veces, incluso está de acuerdo con ellos. Pero a medida que reflexiona sobre la vida, también reconoce otros signos de injusticia. Los ladrones engordan y prosperan, mientras que algunos hombres santos viven en la pobreza y el dolor. Evidentemente, el mal y el bien no siempre son castigados y recompensados en esta vida.

Los arrebatos descontrolados del propio Job contrastan con la razón serena de sus amigos. Pero mientras reflexiona sobre su caso particular, concluye que están equivocados. Contra toda evidencia, se aferra a dos creencias aparentemente contradictorias: él, Job, no merece su tragedia, pero aun así Dios merece su lealtad. Job se mantiene firme frente a críticas como “¿Eres más justo que Dios?”

Quizás el aspecto más inquietante del libro es que los argumentos de los amigos de Job suenan sospechosamente parecidos a los que ofrecen los cristianos de hoy. Hay que buscar mucho una defensa del sufrimiento, en

este libro o en cualquier otro, que no aparezca en alguna parte de sus discursos. Y, sin embargo, en un giro irónico maravilloso al final del libro, Dios descarta todas sus teorías altisonantes con el ceño fruncido. “Estoy enojado contigo y tus dos amigos”, dijo Dios a uno, “porque no has hablado de mí lo correcto, como lo ha hecho mi siervo Job” (42:7).

Así, incluso en el Antiguo Testamento, donde el sufrimiento se identifica con tanta frecuencia con el castigo de Dios, el ejemplo de Job brilla intensamente. El libro de Job debería clavar una tapa de ataúd sobre la idea de que cada vez que sufrimos es porque Dios nos está castigando o tratando de decirnos algo. Aunque la Biblia apoya el principio general de que “el hombre siega lo que siembra” incluso en esta vida (ver Salmos 1:3; 37:25), el libro de Job demuestra que otras personas no tienen derecho a aplicar ese principio general a una persona. persona particular. Nadie merecía sufrir menos que Job y, sin embargo, pocos han sufrido más.

Un mundo perfectamente justo

Superficialmente, el libro de Job se centra en el problema del sufrimiento, el mismo problema que he estado discutiendo en este libro. Debajo, está en juego un tema diferente: la doctrina de la libertad humana. Job tuvo que soportar un sufrimiento inmerecido para demostrar que Dios está finalmente interesado en el amor gratuito.

Es una dura verdad, una en la que grandes mentes han tropezado. CG Jung, por ejemplo, llegó a extraños extremos para explicar el comportamiento de Dios en el libro de Job. Enseñó que Dios decidió la Encarnación y la muerte de Jesús como una respuesta de culpa por la forma en que había tratado a Job. Dios entró en el mundo en Jesús para que pudiera crecer en conciencia moral.¹

Jung puede estar subestimando la prima que Dios otorga al amor gratuito. Las pruebas de Job surgieron de un debate en el cielo sobre la pregunta: “¿Son los seres humanos verdaderamente libres?” En los dos primeros capítulos de Job, Satanás se revela como el primer gran conductista. Afirmó que la fe es simplemente un producto del entorno y las circunstancias. Job fue *condicionado* a amar a Dios. Quitó las recompensas positivas, desafió a Satanás, y observa cómo se desmorona la fe de Job. El pobre Job, inconsciente, fue seleccionado para el concurso cósmico para determinar este asunto crucial de la libertad humana.

La contienda planteada entre Satanás y Dios no fue un ejercicio trivial. La acusación de Satanás de que Job amaba a Dios sólo porque “le has puesto un cerco” es un ataque al carácter de Dios. Implica que Dios no es digno de amor en sí mismo; las personas fieles como Job lo siguen solo porque están “sobornadas” para hacerlo. La respuesta de Job cuando se quitaron todos los apoyos de la fe probaría o desaprobaba el desafío de Satanás.

Para comprender este tema de la libertad humana, me ayuda imaginar un mundo en el que todos realmente obtengan lo que se merecen. ¿Cómo sería un mundo de justicia perfecta?

En un mundo perfectamente justo, la moralidad operaría de acuerdo con leyes fijas, al igual que las leyes de la naturaleza. El castigo por las malas acciones funcionaría como el dolor físico. Si toca una llama, es “castigado” instantáneamente con una advertencia de dolor; un mundo justo castigaría el pecado así de rápido y seguro. Extienda su mano para robar en una tienda y recibirá una descarga eléctrica. Del mismo modo, un mundo justo recompensaría el buen comportamiento: complete un formulario del IRS con honestidad y obtendrá una sensación de placer, como una foca adiestrada que recibe un pez.

Ese mundo imaginario tiene cierto atractivo. Sería justo y consistente, y todos sabrían claramente lo que Dios esperaba. La justicia reinaría. Sin embargo, hay un gran problema con un mundo tan ordenado: no es en absoluto lo que Dios quiere lograr en la tierra. Él quiere de nosotros amor, amor gratuito, y no nos atrevemos a subestimar la prima que Dios le da a ese amor. El amor gratuito es tan importante para Dios que permite que nuestro planeta sea un cáncer del mal en su universo, por un tiempo.

Si este mundo funcionara de acuerdo con reglas fijas y perfectamente justas, no existiría la verdadera libertad. Actuaríamos correctamente debido a nuestra propia ganancia inmediata, y los motivos egoístas mancharían cada acto de bondad. Amaríamos a Dios por un hambre innata y programada, no por una elección deliberada frente a alternativas atractivas. Sería un BF Skinner, mundo autómatas de acción/respuesta, acción/respuesta. En contraste, las virtudes cristianas descritas en la Biblia se desarrollan cuando elegimos a Dios y sus caminos a pesar de la tentación o los impulsos de hacer lo contrario.

A lo largo de la Biblia, sigue apareciendo una analogía que ilustra la relación entre Dios y su pueblo. Se representa a Dios, el esposo, cortejando a la novia para sí mismo. Él quiere su amor. Si el mundo estuviera construido de modo que cada pecado mereciera un castigo y cada buena acción una recompensa, el paralelo no se mantendría. El análogo más cercano a esa relación sería una mujer mantenida, que es mimada y sobornada y encerrada en una habitación para que el amante pueda estar seguro de su fidelidad. Dios no “guarda” a su pueblo. Él nos ama, se entrega a nosotros y espera ansiosamente nuestra respuesta gratuita.

Dios quiere que elijamos amarlo libremente, incluso cuando esa elección implique dolor, porque estamos comprometidos con él, no con nuestros propios buenos sentimientos y recompensas. Quiere que nos aferremos a él, como lo hizo Job, aun cuando tengamos todas las razones para negarlo acaloradamente. Creo que ese es el mensaje central de Job. Satanás se había burlado de Dios con la acusación de que los humanos no son verdaderamente libres. ¿Estaba Job siendo fiel simplemente porque Dios le había permitido una vida próspera? Las pruebas de fuego de Job demostraron la respuesta más allá de toda duda. Job se aferró a la justicia de Dios cuando era el mejor ejemplo en la historia de la aparente injusticia de Dios. No buscó al Dador a causa de sus dones; cuando todos los regalos fueron retirados, todavía buscó al Dador.

Valle de creación de almas

Si un mundo de perfecta justicia no produjera lo que Dios quiere de nosotros, nuestro amor gratuito, tampoco produciría lo que Dios quiere *para* nosotros. En los primeros capítulos utilicé el ejemplo de la lepra para demostrar que el dolor es valioso, incluso esencial, para la vida en este planeta. De manera relacionada, el sufrimiento puede convertirse en un instrumento valioso para lograr las metas de Dios para los seres humanos.

He dicho que el megáfono del dolor hace difícil aceptar que hemos sido colocados en este planeta “que gime” para perseguir el placer hedonista. Pero si nuestra felicidad no es la meta de Dios, entonces, ¿qué pretende Dios para este mundo? ¿Por qué molestarse con nosotros en absoluto?

Para ayudar a entender, piense en una ilustración de una familia humana. Un padre decidido a excluir todo dolor de la vida de su amada hija jamás le permitiría dar un paso. ¡Ella podría caerse! En cambio, la levanta y la lleva a donde quiera que vaya o la empuja en un carruaje. Con el tiempo, una

niña tan mimada se convertirá en una inválida, incapaz de dar un paso, totalmente dependiente de su padre.

Tal padre, sin importar cuán amoroso sea, terminaría fallando en su tarea más importante: criar a una persona independiente hasta la edad adulta. Sería mucho mejor *para la hija misma* si su padre retrocediera y la dejara caminar, incluso si eso significa permitirle tropezar. Aplique la analogía directamente a Job quien, al mantenerse solo en medio del sufrimiento, sin el beneficio de respuestas tranquilizadoras, ganó una nueva y poderosa fuerza. Como dijo el rabino Abraham Heschel: “La fe como la de Job no se puede quebrantar porque es el resultado de haber sido quebrantada”.

CS Lewis amplía esta idea en *El problema del dolor*, donde dice en parte: No queremos tanto un padre en el cielo como un abuelo en el cielo, cuyo plan para el universo fue tal que al final de cada día se pudiera decir: “Todos se divirtieron”.

Me gustaría mucho vivir en un universo que se rigiera de esa manera, pero como está muy claro que no, y como tengo razones para creer, sin embargo, que Dios es amor, concluyo que mi concepción del amor necesita corrección. . . .

Es posible que un artista no se tome muchas molestias con un boceto hecho ociosamente para divertir a un niño: puede contentarse con dejarlo pasar aunque no sea exactamente como él quería que fuera. Pero sobre el gran cuadro de su vida —el trabajo que ama, aunque de una manera diferente, tan intensamente como un hombre ama a una mujer o a una madre a un hijo— tendrá interminables problemas y, sin duda, causará interminables problemas. a la imagen si fuera sensible. Uno puede imaginarse una imagen sensible, después de haber sido frotada y raspada y recomenzada por décima vez, deseando que fuera solo un esbozo de miniaturas cuya realización hubiera terminado en un minuto. Del mismo modo, es natural que deseemos que Dios nos hubiera diseñado un destino menos glorioso y menos arduo; pero entonces no deseamos más amor sino menos.²

Una vez más, estos problemas se remontan a las cuestiones más básicas de la existencia humana. ¿Por qué estamos aquí? La presencia del sufrimiento desconcierta o incluso enfurece a aquellas personas que asumen que los seres humanos son criaturas plenamente formadas que necesitan un

hogar adecuado. Sin embargo, desde el punto de vista cristiano, como lo ha resumido el profesor John Hick en el libro *Filosofía de la religión*, Dios está tratando con criaturas incompletas. Por lo tanto, el medio ambiente de la tierra debe nutrir principalmente el proceso de "creación del alma".

Ya hemos visto algunas ventajas de un mundo de leyes fijas y libertad humana, aunque los humanos pueden abusar de la libertad y dañarse unos a otros. John Hick explora otra alternativa, visualizando un mundo utópico diseñado para protegernos de todo dolor y mal, y concluye que un mundo libre de errores en realidad abortaría el propósito de Dios para nosotros.

Supongamos, contrariamente a los hechos, que este mundo fuera un paraíso del que se excluyera toda posibilidad de dolor y sufrimiento. Las consecuencias serían de muy largo alcance. Por ejemplo, nadie podría herir a nadie: el cuchillo del asesino se convertiría en papel o sus balas en aire; la caja fuerte del banco, despojada de un millón de dólares, se llenaría milagrosamente con otro millón de dólares (sin que este dispositivo, por grande que sea, resulte inflacionario); el fraude, el engaño, la conspiración y la traición de alguna manera siempre dejarían intacto el tejido de la sociedad. Una vez más, nadie resultaría herido por accidente: el escalador de montañas, el saltador de campanarios o el niño que juega y cae desde una altura flotaría ileso hasta el suelo; el conductor imprudente nunca se encontraría con el desastre. No habría necesidad de trabajar; no habría llamado a preocuparse por los demás en tiempos de necesidad o peligro, porque en un mundo así no podría haber necesidades o peligros reales.

Para hacer posible esta serie continua de ajustes individuales, la naturaleza tendría que obrar "providencias especiales" en lugar de funcionar según leyes generales que los hombres deben aprender a respetar bajo pena de pena y muerte. Las leyes de la naturaleza tendrían que ser extremadamente flexibles: a veces un objeto sería duro y sólido, a veces blando. . . .

Uno puede al menos comenzar a imaginar un mundo así. Es evidente que nuestros conceptos éticos actuales no tendrían ningún significado en ello. Si, por ejemplo, la noción de dañar a alguien es un elemento esencial en el concepto de acción incorrecta, en nuestro paraíso hedonista no podría haber acciones incorrectas, ni acciones correctas que se distingan de las incorrectas. El coraje y la fortaleza no tendrían sentido en un entorno en el que, por definición, no hay peligro ni dificultad. La generosidad, la bondad,

el aspecto *ágape* del amor, la prudencia, el desinterés y todas las demás nociones éticas que presuponen la vida en un ambiente estable, ni siquiera pudieron formarse. En consecuencia, tal mundo, por muy bien que promueva el placer, estaría muy mal adaptado para el desarrollo de las cualidades morales de la personalidad humana. En relación con este propósito sería el peor de los mundos posibles.

Parecería, pues, que un ambiente destinado a hacer posible el crecimiento en seres libres de las mejores características de la vida personal, debe tener mucho en común con nuestro mundo actual. Debe operar de acuerdo con leyes generales y confiables; y debe involucrar peligros reales, dificultades, problemas, obstáculos y posibilidades de dolor, fracaso, tristeza, frustración y derrota. Si no contuviera las pruebas y los peligros particulares que, sustrayendo la muy considerable contribución del hombre, contiene nuestro mundo, tendría que contener otros en su lugar.

Darse cuenta de esto es. . . comprender que este mundo, con todos sus “dolores de corazón y las mil conmociones naturales de las que es heredera la carne”, un entorno tan manifiestamente no diseñado para la maximización del placer humano y la minimización del dolor humano, puede estar bastante bien adaptado al bastante propósito diferente de “crear almas”. 3

De alguna manera, sería más fácil para Dios intervenir, tener fe por nosotros, ayudarnos de maneras extraordinarias. Pero, en cambio, ha elegido pararse frente a nosotros, con los brazos extendidos, mientras *nos* pide que caminemos, que participemos en nuestra propia creación de alma. Ese proceso siempre implica lucha y, a menudo, implica sufrimiento.

¿A que final?

La noción de la tierra como un “valle de creación de almas” (frase del poeta John Keats) arroja luz sobre algunos de los pasajes más difíciles de la Biblia. Aunque la Biblia sigue siendo vaga sobre la causa de sufrimientos específicos, da muchos ejemplos, como en este versículo de Amós, de Dios usando el dolor con un propósito: “Os di estómagos vacíos en cada ciudad y falta de pan en cada pueblo. , pero no os habéis vuelto a mí”, dice el Señor” (Amós 4:6). En casi todas las páginas, los profetas hebreos advirtieron a los israelitas que se enfrentarían a calamidades si continuaban desobedeciendo las leyes de Dios.

La mayoría de nosotros operamos en una escala de valores diferente a la de Dios. Clasificaríamos la vida como el mayor valor (y, por lo tanto, el asesinato como el mayor crimen). “La vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad” es la forma en que los padres fundadores de los Estados Unidos definieron los valores más altos que un gobierno debe esforzarse por proteger. Pero claramente Dios opera desde una perspectiva diferente. De hecho, valora la vida humana, tanto que la declaró "sagrada", es decir, solo él, y ningún ser humano, tiene derecho a quitar la vida. Pero en los días de Noé, por ejemplo, Dios no dudó en ejercer ese derecho; numerosas veces en el Antiguo Testamento tomó la vida humana para detener la propagación del mal.

De manera similar, muchos pasajes de la Biblia muestran que algunas cosas son más terribles para Dios que el dolor de sus hijos. Considere los sufrimientos de Job, Jeremías u Oseas. Dios ni siquiera se eximió a sí mismo del sufrimiento: considere el dolor terrible que implica hacerse hombre y morir en una cruz. ¿Estos muestran la falta de compasión de Dios? ¿O más bien demuestran que algunas cosas son más importantes para Dios que una vida libre de sufrimiento incluso para sus seguidores más leales?

Como he dicho, la Biblia cambia consistentemente las preguntas que traemos al problema del dolor. Rara vez, o de manera ambigua, responde a la pregunta retrospectiva "¿Por qué?" En cambio, plantea una pregunta muy diferente y con visión de futuro: “¿Con qué fin?”. No somos puestos en la tierra simplemente para satisfacer nuestros deseos, para buscar la vida, la libertad y la felicidad. más como Dios para prepararnos para una vida con él. Y ese proceso puede ser favorecido por el patrón misterioso de toda la creación: el placer a veces surge sobre un fondo de dolor, el mal puede transformarse en bien y el sufrimiento puede producir algo de valor.

¿Dios nos está hablando a través de nuestros sufrimientos? Es peligroso y tal vez incluso antibíblico torturarnos a nosotros mismos buscando su mensaje en un latido de dolor específico, una instancia específica de sufrimiento. El mensaje puede ser simplemente que vivimos en un mundo con leyes fijas, como todo el mundo. Pero desde una perspectiva más amplia, desde la perspectiva de toda la historia, sí, Dios nos habla a través del sufrimiento, o quizás a pesar del sufrimiento. La sinfonía que está componiendo incluye acordes menores, disonancias y pasajes fugaces

fastidiosos. Pero aquellos de nosotros que seguimos su dirección a través de los primeros movimientos, con fuerzas renovadas, algún día estallaremos en la canción.

Dos grandes errores

Las discusiones sobre el problema del dolor tienden a derivar hacia lo abstracto y filosófico. Frases como “el mejor de todos los mundos posibles”, “las ventajas de la libertad humana” y “el valor de la formación del alma” se deslizan y pueden desviar la atención de los problemas reales de las personas que sufren. Sin embargo, he sentido la necesidad de explorar algunos de estos temas porque creo que tienen un efecto directo y práctico en nuestra respuesta al sufrimiento.

De hecho, creo que los cristianos caminan mentalmente sobre la cuerda floja y están en constante peligro de caer en una de dos direcciones. En este tema, los errores de pensamiento pueden tener resultados trágicos.

El primer error viene cuando atribuimos todo sufrimiento a Dios, viéndolo como su castigo por los errores humanos; el segundo error hace exactamente lo contrario, asumiendo que la vida con Dios nunca incluirá sufrimiento.

Ya he mencionado una desafortunada consecuencia del primer error. He entrevistado a muchos cristianos con enfermedades que amenazan la vida, y todos, sin excepción, me han dicho lo dañino que puede ser que un visitante plante el pensamiento: "Debes haber hecho algo para merecer este castigo". En el momento en que más necesitan esperanza y fuerza para luchar contra la enfermedad, reciben una helada dosis de culpa y dudas. Me alegro de que el autor de Job haya tenido tanto cuidado de registrar las incoherentes conversaciones de los amigos de Job: ese libro me sirve como un recordatorio permanente de que no tengo derecho a pararme junto a una persona que sufre y pronunciar: "Esta es la voluntad de Dios". ", no importa cómo cubra ese sentimiento con frases piadosas.

El error de atribuir todo el sufrimiento al castigo de Dios tiene consecuencias de largo alcance, como lo ha demostrado dolorosamente la historia de la iglesia. Durante la Baja Edad Media, las mujeres eran quemadas en la hoguera por el acto herético de tomar medicamentos para aliviar el dolor durante el parto. “Con dolor darás a luz a los hijos”, advirtieron los sacerdotes mientras condenaban a muerte a las mujeres.⁴ Y después de que Edward Jenner perfeccionó la vacuna contra la viruela,

enfrentó la oposición más fuerte del clero, que se oponía a cualquier interferencia con la voluntad de Dios. Incluso hoy en día, algunas sectas religiosas rechazan el tratamiento médico moderno.

Los escritores seculares se han aprovechado de esta debilidad. En su novela *La peste*, Albert Camus retrata a un sacerdote católico, el padre Paneloux, desgarrado por un dilema. ¿Debería dedicar su energía a combatir la peste o a enseñar a sus feligreses a aceptarla como de Dios? Él aborda este tema en un sermón: “Paneloux aseguró a los presentes que no era fácil decir lo que estaba a punto de decir, ya que era la voluntad de Dios, nosotros también debemos quererla. Así y sólo así el cristiano podía afrontar el problema de frente. . . . Los sufrimientos de los niños fueron nuestro pan de aflicción, pero sin este pan nuestras almas morirían de hambre espiritual”. El padre Paneloux predica esto, pero no puede creerlo del todo: más adelante en la novela abandona su fe después de ver a un niño pequeño morir horriblemente a causa de la peste.⁵

Si la Biblia no fuera tan pronunciada al negar que todo sufrimiento resulta de pecados específicos, si no pintara la situación de Job en términos tan radicales, si no mostrara al Hijo de Dios pasando sus días en la tierra curando enfermedades y no infligiéndolas, entonces el dilema que planteó Camus sería irresoluble. Porque, si aceptamos que el sufrimiento viene de Dios como una lección para nosotros (como lo hace, por ejemplo, el Islam), el siguiente paso lógico sería un fatalismo resignado. La poliomielitis, el SIDA, la malaria, la peste bubónica, el cáncer, la fiebre amarilla: ¿por qué una persona debería luchar contra cualquiera de estos si son agentes de Dios enviados para enseñarnos una lección?

Cuando la peste negra golpeó a Inglaterra en el siglo XVII, algunos profetas callejeros se deleitaron en pronunciar la plaga como un juicio de Dios. Pero otros creyentes, entre ellos médicos y clérigos, optaron por quedarse en Londres para combatir la enfermedad. Un párroco sacrificado reunió a los 350 aldeanos de Eyam a su alrededor y logró que aceptaran una cuarentena autoimpuesta como medida de salud para detener la plaga. Entre ellos se propagó a los pueblos de los alrededores. En total, 259 aldeanos murieron, pero en el proceso se ayudaron unos a otros en su enfermedad y evitaron una mayor contaminación.

En su *Diario del año de la peste*, Daniel Defoe contrastó la respuesta de los cristianos con la de los mahometanos. Cuando la peste golpeó el Medio Oriente, los fatalistas religiosos no alteraron su comportamiento en lo más mínimo, sino que continuaron saliendo en público a voluntad. Murió un porcentaje mucho mayor entre ellos que entre los londinenses que tomaron precauciones.⁶

En los tiempos modernos, algunos cristianos todavía se inclinan peligrosamente hacia un fatalismo que conviene más al islam o al hinduismo que al cristianismo. Hace varios años, los investigadores estudiaron por qué los sureños en los EE. UU. tendían a sufrir una mayor frecuencia de muertes relacionadas con tornados que los del Medio Oeste. Después de tener en cuenta factores como las diferencias en los materiales de construcción, los investigadores concluyeron que algunos sureños, al ser más religiosos, habían desarrollado una actitud fatalista hacia el desastre: "Si golpea, golpea, y no hay nada que pueda hacer para detenerlo". Por el contrario, era más probable que los habitantes del medio oeste escucharan los informes meteorológicos, aseguraran el equipo suelto y se refugiaran.⁷

Si las conclusiones de los investigadores son precisas, tomo esa tendencia como una peligrosa perversión del dogma cristiano. Los sureños deben escuchar el servicio meteorológico y tomar precauciones. El padre Paneloux debería haber estado en primera línea, del brazo de los médicos, luchando contra la peste. Jesús mismo pasó su vida en la tierra luchando contra la enfermedad y la desesperación. Ni una sola vez insinuó el fatalismo o una aceptación resignada del sufrimiento.

Los habitantes de este planeta "que gime" tenemos el derecho, incluso la obligación, de luchar contra el sufrimiento humano. Cualquiera que piense lo contrario debería releer la parábola del Buen Samaritano en Lucas 10, y la parábola de las ovejas y las cabras en Mateo 25.

Teología de la Salud y la Riqueza

En tiempos recientes, algunas partes de la iglesia se han inclinado en una dirección muy diferente, hacia el segundo gran error. Enseñan que la vida con Dios nunca incluirá sufrimiento. Tal "teología de la salud y la riqueza" solo podría surgir en tiempos de opulencia, en una sociedad bien provista de ayudas para aliviar el dolor.

Los cristianos en Irán, digamos, o Camboya difícilmente podrían llegar a una teología tan sonriente. Como observó un cristiano de Europa del Este: “Ustedes, los cristianos occidentales, a menudo parecen considerar que la prosperidad material es la única señal de la bendición de Dios. Por otro lado, a menudo parecen percibir la pobreza, la incomodidad y el sufrimiento como signos de la desaprobación de Dios. En cierto modo, en Oriente entendemos el sufrimiento desde la perspectiva opuesta. Creemos que el sufrimiento puede ser un signo del favor de Dios y de la confianza en los cristianos a quienes se les permite llegar a la prueba”.⁸

Hoy en día reservamos nuestras insignias de mérito más brillantes para aquellos que han sido curados milagrosamente, mostrándolos en artículos de revistas y especiales de televisión, ofreciendo la promesa sin reservas de que la curación está disponible para todos si tan solo la reclaman.

De ninguna manera pretendo descartar la maravilla de la curación física. Pero, obviamente, los milagros no ofrecen una solución permanente para el problema del sufrimiento porque la tasa de mortalidad final es exactamente la misma para cristianos y no cristianos por igual: 100 por ciento. Todos tenemos ojos sujetos a la necesidad de lentes correctivos, huesos sujetos a rotura, y tejidos blandos sujetos a destrucción por accidentes automovilísticos y bombas terroristas. Los cristianos también tienen cáncer; comparten plenamente el dolor de este mundo.

El énfasis moderno en la curación milagrosa tiene el efecto secundario frecuente de hacer que los que no han sido sanados sientan que Dios los ha pasado por alto. Recientemente vi un programa de sanación televisado. El mayor aplauso se produjo cuando una persona que llamó informó que su pierna había sanado solo una semana antes de la fecha programada para la amputación. La audiencia gritó y el maestro de ceremonias balbuceó: “¡Este es el mejor milagro que hemos tenido esta noche!” No pude evitar preguntarme cuántos amputados estaban mirando, preguntándome con tristeza dónde había fallado su fe.

A diferencia de muchos evangelistas de la televisión, el apóstol Pablo parecía esperar de la vida cristiana no salud y riqueza, sino una medida de sufrimiento. Le dijo a Timoteo: “De hecho, todo el que quiera vivir piadosamente en Cristo Jesús, será perseguido” (2 Timoteo 3:12). Una persona enferma no carece de espiritualidad. Y la fe cristiana no nos equipa

mágicamente con un traje espacial herméticamente sellado y libre de gérmenes para protegernos contra los peligros de la tierra. Eso nos aislaría de la identificación completa con el mundo, un lujo que Dios no permitió a su propio Hijo.

Ofrecer el incentivo de que convertirse en cristiano le garantizará salud y prosperidad, bueno, ese es el mismo argumento presentado por Satanás en el libro de Job, y refutado de manera decisiva.

Para restablecer el equilibrio en este tema, haríamos bien en volver a aprender las lecciones sobre la fe que se enseñan en el capítulo más grande de la Biblia sobre el tema, Hebreos 11. El autor recopila una lista de personas fieles a lo largo de los siglos. La mayoría de los santos enumerados en la primera parte del capítulo recibieron una liberación milagrosa: Isaac, José, Moisés, Rahab, Gedeón, David. Pero la última parte del capítulo menciona a otros que fueron torturados y encadenados, apedreados y aserrados en dos.

Hebreos 11 da detalles vívidos sobre el segundo grupo: andaban vestidos con pieles de ovejas y de cabras, eran indigentes, vagaban por desiertos y montañas, y vivían en agujeros en la tierra. El capítulo ofrece la evaluación contundente: "Todos estos fueron elogiados por su fe, pero ninguno de ellos recibió lo que se había prometido". Agrega, sin embargo, la propia evaluación de Dios de estos peregrinos en la tierra que pusieron sus esperanzas en un mejor país celestial: "Por tanto, Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad".

Recientemente pensé en esta lista de "los favoritos de Dios" mientras leía *Fear No Evil*, el último libro escrito por David Watson, un conocido predicador y escritor inglés. Aquejado de cáncer de colon en el apogeo de su carrera, Watson reunió a sus amigos cristianos a su alrededor y comenzó un desesperado viaje de fe. Había ganado protagonismo en el movimiento carismático, y Watson y la mayoría de sus amigos estaban convencidos de que Dios resolvería el cáncer a través de una curación milagrosa.

Con el tiempo, a medida que Watson se enfermó y se debilitó, tuvo que buscar otro tipo de fe, el tipo cultivado por los santos mencionados en la última parte de Hebreos 11. Necesitaba la fe que sostuvo a Job, apenas, en sus días más oscuros. y su libro cuenta cómo alcanzó esa fe.

David Watson escribió las últimas palabras de su libro en enero y murió en febrero. Mucha gente recibió su libro con un toque de decepción; habían

esperado más bien un relato de curación sobrenatural. Pero JI Packer, quien escribió el prólogo después de la muerte de Watson, lo vio como una recuperación de una antigua tradición de libros cristianos sobre el “arte de morir”. Hasta hace poco tiempo, una buena muerte era vista como el logro supremo de un hombre piadoso, el clímax de su buena vida.

Packer da esta evaluación:

El hecho de que David, hasta la última página, espera una sanidad sobrenatural que nunca llega no es importante. En la providencia de Dios, que no siempre muestra a sus siervos el verdadero objetivo de los libros que les incita a escribir, el tema de No teman al mal, es la conquista de la muerte, no apartando la mirada de ella, ni protegiéndose de ella, sino enfrentándolo de frente y descendiendo a él sabiendo que para un creyente es el vestíbulo de la gloria.

La teología de David lo llevó a creer, hasta el final, que Dios quería sanar su cuerpo. La mía me lleva más bien a decir que Dios evidentemente quería a David en casa, y sanó toda su persona llevándolo a la gloria de la manera en que un día nos sanará a todos. La salud y la vida, diría yo, en el sentido completo y final de esas palabras, no son aquello *de lo que morimos*, sino aquello en lo que morimos .⁹

CAPÍTULO 8

BRAZOS MUY CORTOS PARA BOXEAR CON DIOS

Algunos dicen que para los dioses somos como moscas que los niños aplastan ociosamente en un día de verano. Otros dicen que ni una pluma de un gorrión cae a tierra sin la voluntad del Padre Celestial.

THORNTON WILDER

El Puente de San Luis Rey

Está acostado en una cama de hospital, mantenido con vida artificialmente por tubos de plástico que se derraman de su brazo y nariz. Un tornado asesino ha destruido todo lo que posees. Todo por lo que has trabajado —tu casa, tu auto, tu cuenta de ahorros— ha desaparecido para siempre. Tu familia está diezmada, no tienes visitas excepto algunos vecinos malhumorados. Apenas te aferras a la vida.

Pasas por las etapas habituales del duelo, tus oraciones y preguntas teñidas de amargura. *Ojalá Dios me visitara personalmente y me diera algunas respuestas*, te dices a ti mismo. *Quiero creerle, pero ¿cómo puedo hacerlo? Lo que ha sucedido contradice todo lo que sé acerca de un Dios amoroso. Si tan solo pudiera verlo una vez y escucharlo explicar por qué debo pasar por este momento difícil, entonces podría resistir.*

Una persona en apuros muy similares a estos obtuvo su deseo. Job, prototipo del sufrimiento inocente, recibió la visita personal del mismo Dios, quien le respondió desde un torbellino. La respuesta de Dios a Job comprende uno de sus discursos individuales más largos en la Biblia, y debido a que aparece al final del tratado más completo de la Biblia sobre el sufrimiento, merece una mirada de cerca. Quizás Dios ya ha registrado lo que nos diría directamente.

Primero, recuerde la configuración. ¿Qué podría decirle Dios a Job? Pudo haber puesto una mano gentil sobre la cabeza de Job y decirle cuánto crecería como persona durante el tiempo de la prueba. Podría haber expresado un poco de orgullo por Job, quien acababa de ganar para él una victoria decisiva: “Job, sé que has sido tratado injustamente, pero saliste

adelante. No sabes lo que esto significa para mí e incluso para el universo”. Dios podría haber dado un sermón sobre la necesidad de preservar la libertad humana, o sobre los trágicos resultados de la Caída. (¡Incluso podría haber ilustrado a Job sobre el valor del dolor, explicando cuánto peor sería su vida con la lepra!)

Unas pocas frases amables, una sonrisa de compasión, una breve explicación de lo que sucedió, cualquiera de estos habría ayudado a Job. Dios no hizo nada por el estilo. Al contrario, le dio la vuelta a Job, precipitándose agresivamente,

¿Quién es éste que oscurece mi consejo
con palabras sin conocimiento?

Prepárate como un hombre;
te voy a interrogar,
y me responderás. (38:2–3)

A partir de ahí, Dios procedió a enloquecer a Job con una serie de preguntas, no respuestas, que virtualmente ignoran treinta y cinco capítulos de debates sobre el problema del dolor.

Una lección de naturaleza

Mucho se ha dicho sobre el magnífico discurso de Dios en Job 38–41. En un pasaje que podría estar dirigido al Sierra Club o a la Sociedad Audubon, Dios llevó a Job a un recorrido verbal por todas las maravillas de la naturaleza. Yo también me maravillo ante las espléndidas imágenes, pero junto con mi asombro viene una persistente sensación de desconcierto. ¿Por qué este discurso, en este momento?

Los lectores que citan con admiración el discurso de Dios, o que bordan su hermosa poesía en eslóganes para placas de pared, pueden haber perdido de vista el contexto en el que Job escuchó esas majestuosas palabras: estaba sin hogar, sin amigos, desnudo, ulcerado, desesperado. tiempo para un curso de apreciación de la naturaleza! ¿Por qué eludió Dios las mismas preguntas que habían estado atormentando al pobre Job?

Ante una audiencia completamente abatida, Dios cantó con repiques de júbilo divino. Llamó a la mente:

amanecer. “¿Alguna vez has dado órdenes a la mañana, o le has mostrado al amanecer su lugar . . . ?”

lluvia y nieve. “¿Has entrado en los depósitos de la nieve o has visto los depósitos del granizo? . . . ¿De qué vientre viene el hielo? . . . ¿Quién

puede volcar las tinajas de agua de los cielos cuando el polvo se endurece y los terrones de la tierra se pegan?

tormentas eléctricas “¿Quién abre un canal para los torrentes de lluvia y un camino para la tormenta? . . . ¿Envías los relámpagos en su camino? ¿Te informan, 'Aquí estamos'?

leones “¿Cazas la presa de la leona y sacias el hambre de los leones cuando se agazapan en sus guaridas o acechan en un matorral?”

cabras de montaña. “¿Sabes cuándo dan a luz las cabras montesas? ¿Observáis cuando la cierva da a luz a su cría?

burros salvajes “¿Quién dejó en libertad al asno montés? ¿Quién desató sus cuerdas? Le di el páramo como su hogar, las salinas como su hábitat. Se ríe de la conmoción en el pueblo; no escucha el grito de un conductor”.

el avestruz. “Las alas del avestruz se agitan con alegría, pero no se pueden comparar con las alas y las plumas de la cigüeña. . . . Dios no la dotó de sabiduría ni le dio una parte de buen sentido. Sin embargo, cuando extiende sus plumas para correr, se ríe del caballo y del jinete”.

el caballo. “¿Le das al caballo su fuerza o vistes su cuello con una crin flotante? ¿Lo haces saltar como una langosta, infundiendo terror con su resoplido orgulloso?

aves de presa. “¿El halcón toma vuelo por tu sabiduría y extiende sus alas hacia el sur? ¿Se remonta el águila a tus órdenes y construye su nido en lo alto? (de Job 38–39)

Leonas al acecho, águilas volando, relámpagos, cocodrilos, bueyes salvajes: Dios convocó estas y otras imágenes para Job con la satisfacción y el deleite de un artista orgulloso. Después de cada descripción, decía o implicaba: “Job, ¿eres lo suficientemente poderoso como para duplicar estas hazañas? ¿Eres lo suficientemente sabio como para dirigir el mundo? . . . ¿Tienes un brazo como el de Dios, y tu voz puede retumbar como la suya? Dios incluso empleó el sarcasmo en 38:21: “¡Ciertamente lo sabes, porque ya naciste! ¡Has vivido tantos años!”

Las palabras de Dios golpearon a Job con un poder devastador, provocando una rendición abrumada y arrepentida. “Sé que todo lo puedes hacer; ningún plan tuyo puede ser frustrado. . . . Ciertamente hablé de cosas que no entendía, cosas demasiado maravillosas para que yo las supiera” (42:2–3).

¿Respondió Dios a las preguntas de Job sobre el sufrimiento y la injusticia? Realmente no. Parecía evitar deliberadamente una explicación lógica, punto por punto. (Me parece irónico que tantas personas hayan escrito libros intentando defender la reputación de Dios en lo que respecta a este complicado problema del dolor cuando Dios mismo no vio la necesidad de defenderse). ¿Por qué, entonces, el tono combativo? ¿Qué quería Dios de Job?

Dios quería, simplemente, una admisión de confianza. El mensaje que se cierne detrás de la espléndida poesía se reduce a esto: *hasta que sepas un poco más sobre cómo manejar el universo físico, Job, no me digas cómo manejar el universo moral.*

Si nosotros, como Job, somos tan ignorantes acerca de las maravillas del mundo en que vivimos, un mundo que podemos ver y tocar, ¿quiénes somos nosotros para juzgar el gobierno moral de Dios del universo? Hasta que seamos lo suficientemente sabios como para orquestar una tormenta de nieve, o incluso fabricar un solo copo de nieve perfecto, no tenemos motivos para demandar a Dios. El que va a acusar a Dios, considere la grandeza del Dios acusado.

Un Dios lo suficientemente sabio para gobernar el universo es lo suficientemente sabio para cuidar a su hijo Job, independientemente de cómo parezcan las cosas en los momentos más sombríos. Un Dios lo suficientemente sabio para crearme y el mundo en el que vivo es lo suficientemente sabio para cuidarme.

La supervisión de un éxito de ventas

El discurso de Dios al final de Job es una de las razones centrales por las que no puedo estar de acuerdo con las conclusiones de un libro popular bien escrito sobre el problema del dolor, *Cuando a la gente buena le pasan cosas malas*. El rabino Harold Kushner lo escribió después de ver a su hijo luchar contra la cruel enfermedad de la progeria, que extrañamente acelera el proceso de envejecimiento de modo que el niño se volvió calvo, arrugado y débil, y finalmente murió.

En el libro, que se convirtió en un éxito de ventas sorpresa, Kushner explica que aprendió a aceptar el amor de Dios pero a cuestionar el poder de Dios. Llegó a creer que Dios es bueno y odia vernos sufrir, pero que simplemente no es lo suficientemente poderoso para solucionar los problemas de este mundo, problemas como los niños con progeria. El

sufrimiento existe en este planeta porque “incluso a Dios le cuesta controlar el caos”, y Dios es “un Dios de justicia y no de poder”.¹ En otras palabras, Dios está tan indignado por el sufrimiento en este planeta como cualquiera, pero sus manos están atadas.

El libro de Kushner se convirtió en un éxito de ventas porque la gente lo encontró reconfortante. El rabino les había expresado lo que siempre habían querido creer: que Dios desea ayudar, pero no puede. Cuando lo invocamos para que resuelva nuestros problemas, simplemente estamos esperando demasiado de Dios. Las ideas de Kushner suenan como algo que tal vez queramos que sea verdad. ¿Pero son verdad?

Si Kushner ha descubierto verdades ocultas acerca de Dios, ¿por qué Dios no reveló estas mismas verdades en su discurso a Job? Ese libro bíblico podría titularse convenientemente “Cuando le sucedieron las peores cosas a una de las mejores personas”. La escena culminante final le ofreció a Dios una plataforma perfecta desde la cual discutir su falta de poder, si ese era realmente el problema. Seguramente Job hubiera acogido con agrado estas palabras de Dios: “Job, lamento lo que está pasando. Espero que te des cuenta de que no tuve nada que ver con la forma en que resultaron las cosas. Desearía poder ayudar, Job, pero realmente no puedo”.

En cambio, Job 38–41 contiene una descripción del poder de Dios tan impresionante como la que encontrará en cualquier parte de la Biblia. Dios nunca se disculpó con Job por su falta de poder; más bien sus fugas verbales sobre avestruces, bueyes salvajes, tormentas de nieve y constelaciones sirvieron para subrayarlo.

Si Dios es menos que poderoso, ¿por qué eligió la peor situación posible, cuando su poder estaba más cuestionado, para jactarse de su poder? Elie Wiesel podría haber tenido el comentario más perspicaz sobre el Dios retratado por el rabino Kushner: Si Dios es así, creo que debería renunciar y dejar que alguien más competente tome su lugar.

Respuesta, no causa

Aunque el discurso de Dios resolvió las preguntas de Job, puede que no resuelva las nuestras. (Mirando hacia atrás, es posible que tengamos problemas para entender por qué Job se sintió tan satisfecho con una respuesta aparentemente evasiva, pero tampoco escuchamos a Dios hablar desde un torbellino). Al final, fue la presencia de Dios la que llenó el vacío.

. Pero, ¿qué lecciones se aplican al resto de nosotros, aquellos de nosotros que no tuvimos el privilegio de escuchar el discurso de Dios en persona?

En mi opinión, el libro de Job refuerza el patrón seguido por Jesús en Lucas 13 y Juan 9. El sufrimiento implica dos cuestiones principales: (1) *causa* : ¿Por qué sufro? ¿Quién lo hizo?—y (2) *respuesta*. Por instinto, la mayoría de nosotros queremos descubrir la causa de nuestro dolor antes de decidir cómo responder. Pero Dios no le permite a Job esa opción. Desvía la atención del tema de la causa al tema de la respuesta de Job.

Es como si Dios hubiera amurallado dos áreas de responsabilidad. Él acepta plenamente la responsabilidad de dirigir el universo, con todos los problemas que esto conlleva. Para alguien como Job, que se enfoca en esos problemas, Dios tiene un consejo: “Deja de lloriquear. No tienes idea de lo que estás hablando. O, como dice Frederick Buechner, “Dios no explica. Él explota. De todos modos, le pregunta a Job quién se cree que es. Dice que tratar de explicar el tipo de cosas que Job quiere que se le expliquen sería como tratar de explicarle a Einstein a una almeja de cuello pequeño. . . . Dios no revela su gran diseño. Él se revela a sí mismo”.²

En cuanto a Job, solo tenía una cosa de qué preocuparse: su respuesta. Dios nunca explicó el origen del sufrimiento de Job, sino que movió el enfoque hacia el futuro. Una vez que haya ocurrido la tragedia, ¿ahora qué harás? Buscar culpas no lo llevaría a ninguna parte; necesitaba ejercer la responsabilidad en su respuesta, el área sobre la que él, y no Dios, tenía control.

Este patrón bíblico es tan consistente que debo concluir que el tema importante que enfrentan los cristianos que sufren no es “¿Es Dios responsable?” sino “¿Cómo debo reaccionar ahora que ha sucedido esta cosa terrible?” Por esa misma razón, cambiaré mi enfoque principal en este libro lejos de las preguntas teóricas sobre el sufrimiento. En su lugar, dirigiré la atención a ejemplos personales de personas reales que responden al dolor.

En la Biblia, al menos, el problema del dolor es menos un enigma filosófico que una prueba de la respuesta y la fidelidad humanas. Como lo expresó el pastor de Florida Stephen Brown, en una declaración que no debe tomarse demasiado literalmente, cada vez que un no cristiano se

cáncer, Dios permite que un cristiano también tenga cáncer, para que el mundo pueda ver la diferencia.

¿Qué diferencia? ¿Qué respuesta es mejor? La Biblia responde a menudo, con una respuesta inquebrantable pero inquietante:

por puro *gozo* cada vez que os halléis en diversas pruebas, porque sabéis que la prueba de vuestra fe produce perseverancia. La perseverancia debe terminar su obra para que seáis maduros y completos, sin que os falte nada. (Santiago 1:2–4)

Queridos amigos, no se sorprendan de la dolorosa prueba que están pasando, como si algo extraño les sucediera. Antes bien, *gozaos* de que sois partícipes de los sufrimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria os gocéis sobremanera. (1 Pedro 4:12–13)

En esto os *regocijáis mucho*, aunque ahora, por un poco de tiempo, tal vez hayais tenido que sufrir aflicción en toda clase de pruebas. (1 Pedro 1:6–7)

Una de las mejores expresiones de la actitud ideal de la Biblia hacia el sufrimiento surge de la ruptura entre Pablo y los cristianos de Corinto. En un ataque de resentimiento, Paul había enviado una carta redactada enérgicamente. Reflexionando sobre ello más tarde, escribe: “Ya no me arrepiento de haberte enviado esa carta, aunque lo lamenté mucho por un tiempo, al darme cuenta de lo doloroso que sería para ti. Pero te lastimó solo por un rato. Ahora me alegro de haberlo enviado, no porque te doliera, sino porque el dolor te volvió a Dios. Fue un buen tipo de dolor lo que sentiste, el tipo de dolor que Dios quiere que su pueblo tenga. . . .” (2 Corintios 7:8–9 LB).

“El dolor os volvió a Dios”: la breve frase de Pablo sirve como un resumen preciso del papel del sufrimiento. Subraya el énfasis de la Biblia en la respuesta, no en la causa. También encaja con la lección que Jesús aplicó de las dos tragedias de su día (Lucas 13): “¿No se dan cuenta de que ustedes también perecerán si no dejan sus malos caminos y *se vuelven a Dios* ?”

Algo producido

"¡Alegrarse!" "¡Estar contento!" ¿En qué se diferencian estas sugerencias del insensible visitante del hospital que trae una sonrisa y un "¡Mira el lado positivo!" ¿charla? Lea más en cada pasaje bíblico, ya que cada amonestación lleva a una discusión de resultados productivos. El sufrimiento *produce* algo. Tiene valor; nos cambia.

Al usar palabras como “¡Alégrate!” los apóstoles no estaban defendiendo un espíritu de sonreír y aguantar o actuar con rudeza como si nada hubiera pasado. No se puede encontrar ningún rastro de esas actitudes en la respuesta de Cristo al sufrimiento, o en la de Pablo. Si esas actitudes fueran deseables, la autosuficiencia sería la meta, no la confianza infantil en Dios.

Tampoco hay ningún indicio masoquista de disfrutar del dolor. “Regocijarse en el sufrimiento” no significa que los cristianos deben actuar felices por la tragedia y el dolor cuando tienen ganas de llorar. Más bien, la Biblia pone el foco de atención en el resultado final, el uso productivo que Dios puede hacer del sufrimiento en nuestras vidas. Sin embargo, para lograr ese resultado, primero necesita nuestro compromiso de confianza, y el proceso de darle ese compromiso puede describirse como regocijo.

Romanos 5:3–5 divide el proceso en etapas: “También nosotros nos gloriamos en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce paciencia; perseverancia, carácter; y carácter, esperanza. Y la esperanza no defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado”. Sencillamente, una cualidad como la perseverancia *solo se* desarrollará en medio de circunstancias difíciles. Piénselo: una persona que siempre obtiene lo que quiere no tiene oportunidad de aprender la perseverancia o la paciencia. El sufrimiento puede ser una de las herramientas para ayudar a moldear esas buenas cualidades.

Visto bajo esta luz, el mandato de los apóstoles de “¡Alégrense!” tiene sentido. Santiago no dice, “Regocijaos *en las pruebas* que estáis enfrentando,” sino más bien, “Tened por puro gozo cuando enfrentéis pruebas. . . .” La diferencia en la redacción es significativa. Uno celebra el hecho del dolor; el otro celebra la oportunidad de crecimiento que presenta el dolor. No nos regocijamos por el hecho de que estamos sufriendo, sino por nuestra confianza en que el dolor puede transformarse. El valor no radica en el dolor en sí, sino en lo que podemos hacer con él. El dolor no tiene por qué carecer de significado y, por lo tanto, nos regocijamos en el objeto de nuestra fe, un Dios que puede efectuar esa transformación.

Unos pocos capítulos después de su análisis paso a paso en Romanos 5, Pablo hace una declaración grandiosa y contundente: “Y sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman. . . .” Esa declaración a veces se tuerce y se hace para implicar que “solo cosas buenas

les sucederán a los que aman a Dios". Pablo quiso decir todo lo contrario. El resto del capítulo 8 define qué tipo de "cosas" tenía en mente: problemas, penalidades, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada, todas páginas de la autobiografía de Pablo. Sin embargo, como bien lo ilustra la vida del apóstol, Dios usó incluso esas cosas para hacer avanzar su voluntad en Pablo ya través de él. Sería más exacto decir que Dios estaba obrando *en Pablo* a través de circunstancias difíciles que decir que estaba obrando en las circunstancias mismas.

¿Introduce Dios el sufrimiento en nuestra vida para que se produzcan estos buenos resultados? Recuerde el patrón establecido al final de Job. Las preguntas sobre la causa se encuentran dentro del dominio de Dios; no podemos esperar entender esas respuestas. No tenemos derecho a especular: "Algunos parientes vinieron a Cristo en el funeral; debe ser por eso que Dios se lo llevó a casa". En cambio, la *respuesta* es nuestra tarea. Pablo y otros autores del Nuevo Testamento insisten en que si respondemos con confianza, Dios, sin duda, obrará en nosotros para bien. Como el mismo Job dijo tan proféticamente, "... a los que sufren los libera en su sufrimiento; les habla en su aflicción" (36:15).

La noción del sufrimiento como algo productivo aporta una nueva dimensión a nuestra experiencia del dolor. Los seres humanos soportan el sufrimiento dirigido a un fin de buena gana, como pueden atestiguar los atletas y las mujeres embarazadas. Según la Biblia, una respuesta cristiana adecuada al sufrimiento da una esperanza similar a la persona en la cama del hospital. A medida que confiamos en Dios y confiamos en su Espíritu para que nos moldee a su imagen, la verdadera esperanza toma forma dentro de nosotros, "una esperanza que no defrauda". Literalmente podemos convertirnos en mejores personas a causa del sufrimiento. El dolor, por insignificante que parezca en ese momento, puede transformarse.

¿Dónde está Dios cuando duele? Él está en *nosotros*, no en las cosas que duelen, ayudando a transformar el mal en bien. Podemos decir con seguridad que Dios puede sacar el bien del mal; no podemos decir que Dios provoca el mal con la esperanza de producir el bien.

El viaje de María

Una vez, el Dr. Paul Brand y yo hablábamos de cristianos individuales que habían pasado por un gran sufrimiento. Después de que me contó varias historias personales, le pregunté si el dolor había vuelto a esas personas

hacia Dios o las había alejado de Dios. Pensó largamente y concluyó que no había una respuesta común. Algunos se acercaron más a Dios, otros se alejaron amargamente. La principal diferencia parecía residir en su foco de atención. Aquellos obsesionados con preguntas sobre la causa ("¿Qué hice para merecer esto? ¿Qué está tratando de decirme Dios? ¿Estoy siendo castigado?") a menudo se vuelven contra Dios. Por el contrario, los que sufrieron triunfantes asumieron la responsabilidad individual de sus propias respuestas y confiaron en Dios a pesar de la incomodidad.

Luego, el Dr. Brand me habló de una de sus pacientes más famosas, Mary Verghese.*

Mary no era una enferma de lepra. Más bien, trabajó como médica residente en el hospital de lepra de Brand en India. Un día se fue de picnic en una camioneta conducida por un joven estudiante para demostrar su valentía. Después de seguir a un pequeño autobús escolar durante varias millas, el conductor, completamente exasperado, puso el auto en el carril de adelantamiento y pisó el acelerador a fondo. Cuando vio que otro automóvil venía de frente, instintivamente pisó el pedal del freno, pero en su lugar pisó el acelerador. La camioneta viró sobre un puente y cayó por un terraplén empinado.

Mary Verghese, una joven y prometedora médica, yacía inmóvil en el fondo del banco. Su rostro estaba cortado en un corte profundo desde el pómulo hasta la barbilla. Sus miembros inferiores colgaban inútilmente, como dos palos de madera.

Los siguientes meses de Mary fueron casi insoportables. Cuando las temperaturas de verano alcanzaron los 110 grados en el exterior, Mary yacía en su sofocante habitación de hospital, en tracción, envuelta en una chaqueta de metacrilato y un aparato ortopédico de plástico. Se enfrentó a agonizantes horas de terapia. Cada semana, las enfermeras le hacían pruebas de sensibilidad, y cada semana fallaba, sin sentir nunca los pinchazos en las piernas.

Después de observar su espiral descendente de desesperación, la Dra. Brand pasó por su habitación para una visita. "Mary", comenzó, "creo que es hora de que empieces a pensar en tu futuro profesional como médico". Al principio, ella pensó que estaba bromeando, pero luego sugirió que ella podría aportar a otros pacientes cualidades únicas de simpatía y comprensión. Ella meditó su sugerencia durante mucho tiempo, dudando si

alguna vez recuperaría el uso suficiente de sus extremidades para funcionar como médico.

Gradualmente, Mary comenzó a trabajar con los pacientes de lepra. El personal del hospital notó que la autocompasión, la desesperanza y el mal humor de los pacientes parecían desvanecerse cuando Mary Verghese estaba presente. Los enfermos de lepra susurraban entre ellos sobre el médico en silla de ruedas (el primero en la India) que estaba más discapacitado que ellos, cuyo rostro, como el de ellos, tenía cicatrices. Al poco tiempo, Mary Verghese comenzó a ayudar en cirugía, un trabajo tedioso y agotador para ella cuando estaba sentada.

Un día, el Dr. Brand se encontró con Mary rodando su silla de ruedas entre los edificios del hospital y le preguntó cómo estaba. “Al principio los hilos parecían tan enredados y rotos”, respondió ella, “pero estoy empezando a pensar que la vida puede tener un patrón después de todo”.

La recuperación de Mary iba a involucrar muchas horas insoportables de terapia, así como una cirugía mayor en su columna. Permaneció incontinente de por vida y luchó constantemente contra las úlceras por presión. Pero ahora tenía un rayo de esperanza. Empezó a comprender que la discapacidad no era un castigo enviado por Dios para atraparla en una vida de miseria. Más bien, podría transformarse en su mayor activo como médico. En su silla de ruedas, con su sonrisa torcida, tuvo una relación inmediata con los pacientes discapacitados.

Finalmente, Mary aprendió a caminar con aparatos ortopédicos. Trabajó con una beca en el Instituto de Medicina Física y Rehabilitación de Nueva York y finalmente dirigió un nuevo departamento en la Escuela de Fisioterapia en Vellore, India.

Mary se erige como un ejemplo destacado de una persona que no llegó a ninguna parte preguntando *por qué* ocurrió una tragedia. Pero cuando se volvió hacia Dios y preguntó *con qué fin*, aprendió a confiar en él para tejer un nuevo diseño para su vida. Al hacerlo, Mary Verghese probablemente haya logrado mucho más de lo que habría logrado si no hubiera ocurrido el accidente.

Mary Verghese ofrece un gran contraste con las personas que conozco que se han alejado de Dios debido a su sufrimiento. Hablan de su enfermedad, a menudo de manera hipocondríaca, como si fuera la única

parte de sus vidas. Dan rienda suelta a la autocompasión que arde debajo de la superficie en cada uno de nosotros.

La persona que sufre enfrenta elecciones. Puede retroceder con ira y desesperación contra Dios. O puede aceptar la prueba como una oportunidad para la alegría. No quiero dar a entender que Dios ama a un tipo de sufriente y rechaza al otro, o incluso que uno es más "espiritual" que el otro. Creo que Dios comprende a las personas que patean, luchan y gritan, así como a las que aprenden que el sufrimiento puede ser un medio de gracia, de transformación. (Recuerde, Dios tenía mucha más simpatía por los delirios honestos de Job que por las piedades de sus amigos).

Dios no necesita nuestras buenas respuestas para sí mismo, para satisfacer algún hambre paternal celosa. Dirige la atención de la causa a la respuesta por nuestro bien, no por el suyo. De hecho, el camino de la aceptación gozosa es la autocuración: una actitud de alegría y gratitud reducirá el estrés, calmará los nervios, disipará los miedos y ayudará a movilizar las defensas corporales.

¿Realmente nos ayudaría saber exactamente por qué Dios permite una instancia específica de sufrimiento? Tal conciencia puede engendrar aún más amargura. Pero ayuda a nuestra condición real cuando nos volvemos a él con confianza. Puede acabar con la autosuficiencia y crear en nosotros un nuevo y profundo nivel de fe en Dios. Puede transformar nuestro sufrimiento en cualidades de valor duradero, incluso eterno.

No os pido ni salud ni enfermedad, ni vida ni muerte; sino que dispongas de mi salud y de mi enfermedad, de mi vida y de mi muerte, para tu gloria. . . . Sólo tú sabes lo que me conviene; eres el amo soberano; haz conmigo según tu voluntad. Dame, o quita de mí, sólo conforme mi voluntad a la tuya. Sólo una cosa sé, Señor, que es bueno seguirte, y malo ofenderte. Aparte de eso, no sé qué hay de bueno o de malo en nada. No sé qué me conviene más, si la salud o la enfermedad, la riqueza o la pobreza, ni ninguna otra cosa en el mundo. Ese discernimiento está más allá del poder de los hombres o los ángeles, y está escondido entre los secretos de tu Providencia, que adoro, pero no busco sondear.

UNA ORACIÓN DE BLAISE PASCAL ³

*La historia de Mary se cuenta en Toma mis manos por Dorothy Clarke Wilson.


PARTE 3

CÓMO RESPONDEN LAS PERSONAS AL SUFRIMIENTO



CAPÍTULO 9

DESPUES DE LA CAÍDA


*El dolor que no puede olvidar
cae gota a gota
sobre el corazón
hasta que en nuestra desesperación
llega la sabiduría
por la terrible gracia de Dios.*

ESQUILO

Las nociones sobre el valor productivo del sufrimiento y el papel crucial de la respuesta de una persona pueden sonar bien en teoría, pero pocas personas se preocupan por el sufrimiento teórico. La pregunta importante es: ¿Funcionan estos principios en situaciones reales de la vida?

Para aprender más, visité a dos cristianos que luchan diariamente contra el dolor, físico y psicológico, que a veces se descontrola. Ambos fueron cortados en la flor de la vida; en muchos sentidos, sus identidades desde entonces han sido definidas por la desgracia que encontraron. Sin embargo, los dos, Brian Sternberg y Joni Eareckson Tada, han dado respuestas humanas contrastantes. Su experiencia con el sufrimiento ha sido tan absorbente que cada uno merece un capítulo completo.

El 2 de julio de 1963, Brian Sternberg cayó diez pies, y esa caída de un segundo cambió por completo su vida y la de su familia. En la escuela secundaria, Brian se había dedicado al deporte poco común del salto con pértiga. Le gustó la experiencia de modelar un solo evento elegante a partir de muchas partes diferentes: la carrera loca por la pista, el empuje discordante de la planta del poste, el salto de la fuerza retraída como la de un puma, la propulsión con los pies por delante, la leve vacilación de la ingravidez. en la parte superior de la barra, el descenso rápido y aterrador como una zambullida en cojines de aire.

Para Brian no fue suficiente sobresalir en la técnica de salto. Conociendo la ligera ventaja que un refinamiento adicional podría darle a su cuerpo,

también se dedicó a la gimnasia. Un ballet de fuerza, la gimnasia es quizás el mayor reclamo de arte del deporte. Casi todos los días, después de las clases de la escuela secundaria, Brian se dirigía al gimnasio para practicar sus aproximaciones, saltos y caídas en el trampolín. Aprendió a girar, girar y dar vueltas en el aire, regocijándose en el puro placer de su dominio corporal. El volteo requería un control y una disciplina rigurosos; la gimnasia lo liberó.

Como estudiante de primer año en la Universidad de Washington, Brian estableció una marca de estudiante de primer año universitario nacional de 15 º8 . Al año siguiente, las revistas de atletismo lo clasificaron como el saltador de pértiga número uno del mundo. Corría el año 1963. John Kennedy era presidente y vencer a los rusos era un pasatiempo nacional. Parecía que EE. UU. tenía un ganador en Brian Sternberg, y la atención mundial se centró en el joven de diecinueve años.

En 1963, Brian apareció en los titulares deportivos casi todas las semanas. Invicto en la competencia al aire libre, estableció un récord estadounidense en la competencia bajo techo. Luego estableció su primera marca mundial con un salto de 16 ' 5 " . En rápida sucesión, Brian acumuló nuevos récords de 16 ' 7 " y 16 ' 8 " , capturando los títulos de la NCAA y la AAU. Otros saltadores de élite llegaron a una meseta; Brian siguió subiendo.

Esos fueron días felices para los Sternberg. Todos sabían que la gloria era fugaz, porque las estrellas de la pista se desvanecen rápidamente. Pero fue divertido para toda la familia meterse en el auto y conducir para ver a Brian sin ayuda de nadie llenar una casa de campo y hacer que la multitud se pusiera de pie.

Todo cambió el 2 de julio, tres semanas después del último récord mundial de Brian. Ahora, varias décadas después, Brian Sternberg sigue compitiendo, pero en una competencia mucho más solitaria y desesperada. No ha habido más bóvedas.

El accidente

La terrible experiencia comenzó cuando agarró su suéter y gritó: "Voy a hacer ejercicio en el pabellón, mamá". Condujo al otro lado del río hasta la Universidad de Washington y comenzó un calentamiento de gimnasia. El equipo de atletismo de EE. UU. se estaba preparando para una gira por la

Unión Soviética y los entrenamientos de Brian ahora eran indispensables. Así es como Brian describió lo que sucedió a continuación:

Si alguna vez hay un momento aterrador en el trampolín, es justo cuando dejas la cama del trampolín, en tu camino hacia arriba. En ese momento, incluso el gimnasta más experimentado a veces tiene una sensación de pánico, sin ninguna razón, que no desaparece hasta que está de nuevo a salvo en la cama. Me golpeó cuando despegué. Me perdí en el aire y pensé que iba a caer sobre mis manos y mis pies, como había hecho varias veces antes cuando llegó el pánico. En cambio, aterricé sobre mi cabeza.

Escuché un crujido en mi cuello, luego todo desapareció. Mis brazos y piernas saltaban frente a mis ojos, pero no podía sentirlos moverse. Incluso antes de que cesaran los rebotes, estaba gritando: "Estoy paralizado", con la voz tan alta como pude, que era bastante débil porque prácticamente no tenía fuerza pulmonar. La parálisis estaba afectando mi respiración.

No había nada que pudiera hacer. No podía moverme. Me asustó al principio, pero luego, por alguna razón, el pánico desapareció. Les dije a las personas que me miraban: "No me muevan, especialmente no muevan mi cuello". En un momento, cuando comencé a perder la capacidad de respirar y podía sentir que me desmayaba, recuerdo haberle dicho a un amigo sobre la reanimación boca a boca: "Haz todo, pero no inclines la cabeza hacia atrás".

La verdadera angustia me golpeó un par de veces mientras esperábamos al médico. No era dolor físico: simplemente rompí al pensar en lo que me había pasado. Pero en ese momento solo pensaba en el futuro cercano. No había empezado a pensar en la posibilidad de no volver a caminar nunca más.¹

Los médicos saben poco sobre el sistema de la médula espinal porque no pueden estudiarlo fácilmente sin dañar al paciente. Durante las primeras cuarenta y ocho horas no supieron si Brian sobreviviría. Cuando lo hizo, solo pudieron adivinar qué rango de movimiento podría recuperar.

Durante las siguientes ocho semanas, Brian yació atado a un marco Foster, un dispositivo de acero y lona apodado "el sándwich de lona". Con bisagras en ambos extremos, permitía que una enfermera volteara a Brian boca abajo cada pocas horas para evitar úlceras por decúbito y otras complicaciones.

Una vez fuera del marco de Foster, podía mover la cabeza, aunque durante mucho tiempo no lo hizo, por el terrible recuerdo de ese chasquido en el cuello. También podría contraer algunos músculos de los hombros. El excelente desarrollo de los hombros siempre lo había marcado como saltador; ahora esos músculos también comenzaron a atrofiarse. Para retrasar el deterioro, los técnicos colocarían electrodos en sus músculos y, al enviar voltaje a través de ellos, harían que se contrajeran. Brian encontró muy extraño ver sus propios músculos contraerse mientras no sentía nada.

Durante un tiempo no tuvo dolor. Las sensaciones de su sistema nervioso, de hecho, no ofrecían ninguna prueba de que tuviera piernas, brazos o torso. Se sentía suspendido, como si flotara por la habitación. Ni siquiera podía sentir el colchón debajo de él.

Acostado en la cama, una "cabeza" y nada más, Brian comenzó a experimentar alucinaciones táctiles. Desarrolló un par imaginario de piernas y brazos que podía controlar a voluntad. Se concentraba mucho en, digamos, "baloncesto", y de alguna manera su subconsciente traía a su centro neurálgico el recuerdo exacto de una pelota de baloncesto. La sensación se sentía exactamente como si estuviera sosteniendo uno entre sus manos. Los juegos fueron divertidos al principio, lo que le dio la esperanza de que algún día sus percepciones táctiles se reconecten con la realidad.

Pero al poco tiempo los juegos comenzaron a volverse en su contra. La pelota de baloncesto se pegaría a sus dedos imaginarios y no podría soltarla. O en lugar de una pelota de baloncesto, sentiría una hoja de afeitar. Sus bordes afilados se deslizaban por sus manos, con un efecto insoportable, imaginario, por supuesto, pero bastante real para la red de dolor de Brian. Durante un tiempo no pudo escapar de la ilusión de tener una tuerca de metal apretada con fuerza en cada punta de los dedos.

Por la noche llegaron las pesadillas: pesadillas lascivas y atormentadas de sí mismo pisoteando las paredes y el techo de su habitación, como una mosca. Otros tenían poca forma o trama, solo una sensación de terror sin forma y sin cuerpo. Y siempre después de las pesadillas llegaba la mañana; eso era mucho peor, porque no podía despertar de la pesadilla de la realidad.

Los ataques de depresión emocional, incluso más severos que las alucinaciones, lo alcanzarían sin previo aviso. Podía ver el cuerpo de su atleta marchitándose, adaptándose a la inactividad. Durante horas, Brian

miraba las mismas paredes y con las mismas embestidas mentales desesperadas intentaba que sus músculos obedecieran las órdenes del cerebro. Y cada vez que trabajaba duro y fallaba, se hundió más profundamente en un pozo emocional. Gritaría a los médicos: “Ya lo tuve. No sé lo que voy a hacer. Nada esta pasando; No soporto yacer atada así. Estoy agotado. He intentado moverme durante mucho tiempo y simplemente no puedo. . . .”² Las lágrimas y los sollozos ahogarían sus discursos.

Cuando la depresión golpeó en oleadas, como náuseas, Brian tuvo algunas fuentes de consuelo a las que aferrarse. Su novia y su familia lo apoyaron, y escuchó de miles de simpatizantes, en lugares tan lejanos como Japón y Finlandia. Durante una hora más o menos todos los días, sus padres leían las cartas y las tarjetas en voz alta, hasta que las emociones se espesaban demasiado y no podían continuar. Un hombre de setenta y nueve años escribió: "Mi cuerpo no está bien, pero mi columna vertebral el cable esta bien. Ojalá pudiera dártelo.

El apoyo también llegó de la comunidad atlética mundial. La Unión Soviética acuñó una medalla especial sin precedentes para honrar a Brian. Los Kansas City Chiefs de fútbol jugaron un partido benéfico para ayudar a aliviar sus gastos médicos.

Sin embargo, después de algunas semanas, nada parecía aliviar la depresión. Los médicos podían dar pocas esperanzas: nadie con la lesión de Brian había vuelto a caminar. Lo que lo sacó de ese pozo fue una conexión telefónica con los delegados en una conferencia de la Fraternidad de Atletas Cristianos en Ashland, Oregón. Durante más de una hora, Brian habló con los atletas y conversó con entrenadores y deportistas. A cambio, los atletas cristianos, al expresar su fe en la recuperación de Brian, despertaron su propia búsqueda de fe.

Tres meses después del accidente es cuando Brian fecha su despertar como cristiano. Se dio cuenta de que, aparte de un milagro, nunca volvería a caminar. Ninguna cantidad de esfuerzo podía mover sus extremidades. La fibra nerviosa muerta en su médula espinal tendría que ser reconstruida, y la medicina no podía hacer eso. Sin embargo, también reconoció que la fe en Dios no era una transacción: “Tú me sanas, Dios, y creeré”. Tenía que creer porque Dios era digno de su fe. Brian tomó ese riesgo.

Luego comenzó una oración que no ha terminado. Decenas, cientos, miles de veces le ha presentado a Dios la misma petición. Todo en su vida le recuerda que la oración no ha sido respondida. Ha orado con amargura, con súplica, con desesperación, con ferviente anhelo. Otros también han orado: iglesias, estudiantes universitarios, pequeños grupos de atletas. Siempre la misma oración, nunca la respuesta que Brian desea y en la que cree.

Menos de un año después del accidente, Brian le dijo a un reportero de la revista *Look* : “Tener fe es un paso necesario hacia una de dos cosas. Ser sanado es uno de ellos. La tranquilidad, si no llega la sanación, es el otro. Cualquiera de los dos será suficiente. Pero Brian tiene una visión diferente ahora. Para él solo hay una opción: la curación completa.

El mundo de Brian

Para reunirme con Brian, tuve que volar a Seattle, dejar un mensaje y esperar hasta que se sintiera lo suficientemente bien como para recibir visitas. El dolor, dice, “oscila de ridículamente alto a insoportable”.

¿Qué podría templar una fe para sobrevivir años de sufrimiento y oraciones sin respuesta? Con el tiempo, algunos de los que primero buscaron la curación física de Brian han cambiado sus oraciones. Pero no los Sternberg. ¿Son sobrehumanos o simplemente tercos? Me pregunté mientras conducía a su casa en Seattle la primera vez. Otros me habían advertido: “Es extraño, simplemente no aceptan la condición de Brian”.

La casa Sternberg se alza sobre una colina sobre la Universidad Seattle Pacific. Da a una calle empinada por la que los coches se deslizan sin poder hacer nada en caso de fuertes lluvias o tormentas de hielo. La calle estaba seca, y lo hice bien. La Sra. Helen Sternberg, la madre rubia y esbelta de Brian, me recibió en la puerta. En el techo, un amigo de Brian estaba ajustando una antena de radio giratoria. Dentro de la casa, la vista de Seattle era espectacular a través de las ventanas de cuerpo entero. Observé la calle y el tráfico de agua durante veinte minutos mientras un ordenanza preparaba a Brian.

Lo primero que sorprende a un visitante es cuán totalmente Brian debe depender de otras personas. Si lo dejaban solo durante cuarenta y ocho horas, moriría. Los camilleros de las escuelas secundarias y Seattle Pacific lo bañan, le dan medicamentos, lo alimentan, le sirven vasos de agua. Brian

siempre se ha resistido a esta dependencia, pero ¿qué opción tiene? Su cuerpo yace exactamente donde lo colocó el último ordenanza.

La cabeza de Brian tiene un tamaño normal, pero el resto de su cuerpo se ha encogido debido a la atrofia muscular. Ha aprendido a controlar los músculos de los hombros para poder hacer algunos movimientos con todo el brazo. Puede presionar interruptores, girar perillas (con dificultad) e incluso escribir con el uso de un artilugio especial que restringe todos los dedos menos uno.

La habitación de Brian, no más grande que un dormitorio promedio, se interpone en su vida. No tiene bicicleta de diez velocidades ni esquís ni patines de hielo en un garaje. Con la mirada me señaló los diversos objetos que lo rodeaban. Una manta deportiva Adidas cuelga sobre su cama, un recuerdo de los Juegos Olímpicos de Tokio de 1964 a los que Brian nunca asistió. En una pared hay una carta de John F. Kennedy, fechada el 15 de agosto de 1963. “Quiero que sepa que ha estado muy presente en nuestros pensamientos durante las últimas semanas y que esperamos una mejora continua en los días venideros”. La carta se leyó en el juego benéfico de fútbol profesional y Brian lloró cuando escuchó esas palabras.

Sin embargo, mostró el mayor entusiasmo cuando hizo una demostración de una compleja variedad de equipos de radioaficionados que rodeaban su cama. Ha desarrollado un gran interés en la radioafición como una forma de formar conexiones con el mundo exterior.

Brian habló lenta y cuidadosamente sobre una variedad de temas. Le encanta hablar de electrónica. Y le encanta contar historias de su papel como representante de área de la Fraternidad de Atletas Cristianos. Hablando desde su silla de ruedas, a menudo se ha dirigido a atletas en gimnasios, aulas y vestuarios.

Me resultó difícil salir de la habitación de Brian. Aunque gran parte de lo que decía me fascinaba, parecía carecer del sentido del equilibrio y la proporción que rigen las conversaciones. Después de un par de horas, mientras me acercaba a la puerta, empezó a hablar más alto, con más urgencia. Me pidió que le hiciera ciertos favores. Mucho después de que le dijera que me tenía que ir, siguió trayendo nuevos temas de conversación.

Cuando finalmente me separé, un asistente me explicó que Brian a menudo actuaba de esta manera con los visitantes. Tal vez tuvo algo que ver

con la parálisis, sugirió. Incapaz de controlar su propio cuerpo, Brian buscaba inconscientemente el control de los demás.

El milagro que no llegará

Un hecho quedó claro en mi visita a Brian: ahora más que nunca, se niega a aceptar su condición. Él tiene una esperanza y una oración: la sanidad total. Él le dice eso a cada visitante. Médicamente, necesita un milagro; el tiempo ha hecho poco y sus posibilidades de recuperación natural han disminuido constantemente.

La peor parte es el dolor. Brian vive en un constante estado de rebelión corporal. Con un origen muy profundo, el dolor se extiende por todo su cuerpo, como la máquina del dolor en 1984 de Orwell *que se conecta directamente con el sistema nervioso central*. Tomado de una sola sacudida, el dolor es suficiente para derribar a un hombre fuerte aullando por el suelo. Para Brian, es una rutina diaria incesante.

La familia de Brian ha compartido de cerca el largo dolor y la frustración. En la sala de estar, sus padres me contaron su lucha. Afuera, las luces de la ciudad parpadearon mientras miles de viajeros serpenteaban por las calles y puentes de la ciudad. Esa vista, combinada con el fuego que ardía en la chimenea, hacía que el escenario pareciera idílico. La Sra. Sternberg se inclinó hacia adelante para hablar del dilema de Brian.

Durante los primeros seis meses después del accidente, los Sternberg se vieron inundados con expresiones genuinas de esperanza y apoyo. Muchos cristianos creían que Brian se recuperaría. Debe ser la voluntad de Dios, dijeron, que un atleta tan joven y talentoso vuelva a caminar. Brian se reunió con cristianos famosos conocidos por su ministerio de sanación. En un momento, líderes de siete denominaciones diferentes se reunieron en su habitación para orar y ungirlo con aceite. Todos se sintieron conmovidos, todos creyeron, pero nada cambió.

En busca de consuelo y guía, los Sternberg recurrieron a la Biblia. Hablaron con pastores y teólogos, y leyeron montones de libros sobre por qué Dios permite el sufrimiento. Mientras leían la Biblia, se convencieron aún más de que Brian sería sanado.

“Lo que encontramos”, me dijo la Sra. Sternberg, “fue que Dios ama. No, es más que eso. Dios *es* amor. A nuestro alrededor, la gente nos decía que aceptáramos esta tragedia como lo que Dios debe querer para nosotros. Pero

el Jesús que vimos en la Biblia vino a traer sanidad. Donde hubo dolor, tocó y sanó. Nunca maldijo a nadie ni trajo aflicción.

“Jesús fue el lenguaje de Dios para el hombre. Lo que Dios es, Jesús lo vivió. ¿Ha cambiado el lenguaje de Dios? ¿La condición de nuestro hijo contradice lo que Dios reveló como él mismo? Nunca leí que Jesús le dijera a un hombre ciego: 'Lo siento, amigo, me gustaría poder ayudarte, pero Dios está tratando de enseñarte algo, así que acostúmbrate'. Cuando Jesús vio a un ciego, lo sanó. Y nos enseñó a orar para que la voluntad de Dios 'sea hecha en la tierra como en el cielo'.

“Para decirlo sin rodeos, no creo que Dios esté muy complacido con la condición de Brian. La Biblia presenta la voluntad de Dios como una vida plena y abundante. Representa integridad y salud, no el cuerpo marchito en el que está atrapado Brian. No debemos usar la 'voluntad de Dios' como un punto piadoso para cada signo de interrogación. No podemos dejar de buscar y volvernos fatalistas, diciendo: 'Sé que la voluntad de Dios ha sido cumplida. hecho.'”

Ella hizo una pausa. Las palabras eran fuertes y emergían sobre un fondo de dolor que pocos habían sentido. Otros cristianos, como Mary Verghese, han encontrado consuelo en aceptar primero su condición. Los Sternberg no están satisfechos con la aceptación.

Ella juntó sus manos y continuó: “En esta vida, no sabemos las respuestas completas a todas las preguntas. Confiamos mucho en la fe. Mi esposo, Brian y yo nos aferramos más fuertemente al amor de Dios. Si algo, como el accidente, no concuerda con el amor de Dios, buscamos en otra parte. Sabemos que no es de él. Donde hay malestar entre yo y Dios, entre yo y yo mismo, o entre yo y un prójimo, esto es enfermedad, y requiere curación.

“No sé por qué Brian no se ha puesto de pie todavía. Creo que Dios es todopoderoso, pero también creo que se limita a sí mismo. El mal es fuerte. Y creo que a Satanás le conviene mucho incapacitarnos. Cualquier cosa que nos impida estar completos. Se aprovechará de nuestra debilidad, como un boxeador golpeando una y otra vez una mandíbula adolorida o un ojo ensangrentado. Él no se da por vencido”.

Mientras ella hablaba de la batalla entre el bien y el mal, mi mente cambió a la vida de Cristo en la tierra y los ataques dirigidos contra él: una masacre de bebés, tentaciones, traición y finalmente la muerte. Sin

embargo, Dios transformó la aparente derrota, incluso lo inimaginable. muerte de su propio Hijo, en victoria. En formas más pequeñas y sutiles, también ha utilizado la tragedia de Brian Stern-berg. Sin embargo, ¿se abrirá paso con un cambio rotundo, dominando la tragedia familiar con una curación física como había vencido a la muerte con una resurrección? Los Sternberg apostaban todo por esta esperanza.

La Sra. Sternberg continuó: “Nadie en la condición de Brian ha caminado jamás. Nadie. Sin embargo, todavía tenemos fe. No tengo idea de cuándo Dios sanará a Brian. Es concebible que esta batalla en particular no se gane aquí en la tierra. Algunas personas por las que rezas son sanadas y otras no, en este mundo. Pero ese asunto del tiempo no cambia el deseo de Dios de nuestra integridad en cuerpo, mente y espíritu. No nos daremos por vencidos. Somos como doctores buscando una cura; no dejaremos de investigar. Creemos que le agrada a Dios que perseveremos”.

Era tarde y nuestra conversación tenía que terminar. Sin embargo, antes de irme de la casa de los Sternberg, pedí ver los recuerdos deportivos de Brian. Pasamos a una habitación separada repleta de trofeos, placas y certificados. Uno lo nombró el atleta destacado del continente para 1963.

Una foto en una pared me llamó la atención. Mostraba a Brian rompiendo su último récord mundial en Compton, California. Navegaba contra el cielo, casi horizontalmente, con los hombros echados hacia atrás y los brazos extendidos, las caderas apenas superando la barra. Cada músculo de su cuerpo estaba ondulando y tenso. La acción fue congelada por flash electrónico, y en cierto modo ha estado congelada desde entonces.

Sentí una oleada de tristeza: el cuerpo de la persona con la que me había encontrado y con quien había conversado era una lamentable cáscara de este soberbio cuerpo. Brian ha crecido, por supuesto, emocionalmente, espiritualmente. Pero también se ha encogido. El dolor aplasta. No podía sacar las dos imágenes de mi mente mientras salía del calor hacia el viento frío de Seattle. El Brian de la foto. Y Brian hoy: un cuerpo retorcido e indefenso en la cama donde yacerá mañana, al día siguiente. . . quien sabe cuanto tiempo

¿Podría creer si ese fuera yo? ¿Racionalizaría el sufrimiento, aprendería a aceptarlo o me rebelaría contra él? ¿Sobreviviría mi fe en la curación años, décadas? ¿Tuvieron razón los Sternberg al apostar todo a un milagro que no se ha producido a pesar de miles de oraciones? ¿Estaban dictando

condiciones injustamente a Dios? ¿Deberían “alabar al Señor de todos modos” como algunos sugieren?

No tenía respuestas. Lo que se destacó principalmente fue la cualidad feroz y luchadora de su fe. Mientras me alejaba, no sentí lástima por los Sternberg. La piedad implica debilidad, y yo había encontrado una gran fuerza. Fuerza que perduraría, incluso si los detalles nunca coincidieran. “Cada treinta minutos se produce una lesión en la médula espinal en este país”, me había dicho la señora Sternberg. “Medio millón de personas están en sillas de ruedas. Muchos de ellos se han dado por vencidos. Sentimos que no podemos. Tenemos la intención de seguir esperando”.

Una segunda visita

Visité a los Sternberg por primera vez en 1972, todavía en la primera década después del accidente de Brian. La persistencia de su fe me impresionó entonces, y me pregunté qué encontraría cuando los visitara nuevamente en 1987, quince años después. Brian era ahora un hombre de mediana edad. La curación física que había anhelado, y anhela aún, no ha llegado. Ahora lleva más años paralizado que con movimiento.

Seattle estaba en pleno apogeo del verano, y mientras conducía por la empinada colina hacia su casa, encontré a toda la familia sentada en sillas de jardín al aire libre. Los padres de Brian habían envejecido con gracia y se veían un poco diferentes. Brian, sin embargo, había ganado la barriga de la mediana edad y su cabello estaba abundantemente veteado de gris.

Durante el café, los Sternberg me pusieron al día. Habían visto una ligera mejora física a lo largo de los años. La línea de parálisis en el pecho de Brian se había deslizado hacia abajo varias pulgadas, permitiendo que sus brazos tuvieran más rango de movimiento. El dolor estaba mucho más controlado. Y la sensación había regresado a la mayor parte de su cuerpo: aunque no podía mover las piernas, al menos ahora era consciente de ellas. Como resultado, la mayoría de las alucinaciones táctiles habían cesado.

Los Sternberg se esforzaron por señalar todas las cosas buenas que habían sucedido. “Un verdadero milagro”, dijo el Sr. Sternberg, “es que ni Helen ni yo nos hemos enfermado. En casi veinticinco años de cuidar a Brian, hemos logrado mantener nuestra salud”.

Durante varios años, los Sternberg oraron por un ministerio de sanidad que abarcara su definición ampliada de enfermedad. Finalmente nació uno: un servicio de oración mensual los domingos por la noche en una iglesia de

Seattle. Las personas con heridas y necesidades están invitadas a pasar al frente y pasar unos minutos en silencio con el pastor, mientras que el resto dirige sus oraciones a las necesidades de una persona. La experiencia compartida unió notablemente a la iglesia y la práctica se extendió mucho más allá de Seattle.

En 1976 Brian casi muere. La neumonía atacó sus frágiles pulmones y en el hospital desarrolló una infección por estafilococos. Estuvo en coma durante dos semanas y sufrió dos paros cardíacos. Los médicos le colocaron un marcapasos, pero estuvo cerca de la muerte durante más de dos meses. Perdió la voz durante mucho tiempo y perdió parte de la memoria a corto plazo.

Esta vez, las oraciones de sanación fueron respondidas. Brian finalmente recuperó todas sus facultades, excepto las que había perdido a causa de la lesión de la médula espinal. Algo más me pareció claro mientras nos sentábamos y hablábamos: la personalidad de Brian también había cambiado. Estaba más apacible y sereno, y no mostraba ninguno de los síntomas de desequilibrio de personalidad que se habían destacado antes.

Amablemente, les pregunté a los Sternberg si su creencia sobre la curación física había cambiado a lo largo de los años. Ellos dijeron no. “A algunas personas les gusta señalar lo bueno que ha ocurrido e interpretarlo como la razón del accidente de Brian. Nosotros no lo creemos. Creemos en un Dios amoroso, y todavía creemos que Dios quiere a Brian completo. Nuestro tiempo puede estar fuera de lugar. Parece cada vez menos probable que Brian tenga un cuerpo completo en esta vida. Sabes, en el libro de Daniel hay una historia sobre un ángel enviado para responder a la oración de Daniel. Le toma tres semanas comunicarse con Daniel, pero cuando llega, le asegura a Daniel que Dios escuchó la oración en el momento en que la hizo”.

Mientras hablábamos, viendo el sol de la tarde deslizarse detrás de las colinas, no pude evitar comparar mis dos visitas. Mientras escuchaba a los Sternberg, se me ocurrió que se estaba produciendo un milagro lento y gradual, uno que podrían haber pasado por alto. Un accidente lo suficientemente traumático como para separar a la mayoría de las familias había unido a las suyas. Se habían resistido al camino más fácil de enviar a Brian a un hogar de ancianos o a un hospital de rehabilitación. Durante más de dos décadas habían estado infundiendo amor desinteresado en su hijo, y

me parecía evidente, mientras miraba a Brian ahora, que su amor había dado sus frutos. Contra su voluntad, los Sternberg, todos ellos, habían aceptado el sufrimiento.

Me vino a la mente una analogía utilizada por Paul Tournier cuando comencé el descenso brusco y frenado de su calle. Dijo que la vida cristiana se asemeja a un acto de trapecio. Puedes balancearte en la barra, hacer ejercicio y desarrollar músculos todo lo que quieras. Pero si quieres mejorar y sobresalir, tienes que correr riesgos. Tienes que dejarte llevar, sabiendo que no hay nada por debajo de ti, y llegar a la siguiente barra del trapecio.

A Brian le habría gustado esa analogía, pensé. Hace mucho tiempo, los Sternberg juntos soltaron los accesorios y anunciaron al mundo que creerían en Dios, a pesar de. . . cualquier cosa. Brian ve eso como su vocación personal. No hay tantos espectadores parados mirando ahora, pero los Sternberg todavía creen. Me alejé, inspirado de nuevo por su tenaz creencia.

CAPÍTULO 10

BAILANDO CON MIS PIES

Sólo puede ser revelado al niño; perfectamente, sólo al niño puro . Toda la disciplina del mundo es para hacer hijos a los hombres, para que Dios se les manifieste.

GEORGE MACDONALD

Esencial para la vida

No mucho después de mi primera visita a Brian Sternberg, viajé a Baltimore, Maryland, para entrevistar a una notable adolescente llamada Joni Eareckson. Por supuesto, Joni ahora se ha convertido en un nombre familiar debido a su trabajo como pintora, autora y oradora cristiana popular. Pero cuando la conocí, aún no se había publicado nada, y solo había escuchado fragmentos de su historia.

La historia de Joni tenía un paralelismo cercano con la de Brian: ambos eran atletas adolescentes reducidos en su mejor momento y obligados a adaptarse a la vida como tetraplégicos. De camino a la entrevista, anticipé un estado de ánimo similar al que había encontrado en los Sternberg, el de una lucha incómoda mezclada con una fe dura e imperecedera. Pero cuando llegué a la casa de Joni, la amplitud de un continente alejado de la de Brian, encontré una atmósfera muy diferente.

Llegué a la casa de Joni Eareckson siguiendo uno de los tranquilos arroyos al oeste de Baltimore. En curvas cerradas y giros en S, el camino se deslizaba entre colinas abruptas y abultadas. Un grupo de bosques de frondosas bordeaba ambos lados del camino hasta que el camino ascendía a la cima de la colina más alta, donde de repente apareció un paisaje panorámico. La casa de Joni estaba en esa colina. Era una casa de campo construida con grandes rocas y madera tallada a mano, cuidadosamente ensamblada por el padre de Joni.

Las paredes de cristal de cuerpo entero del estudio de arte de Joni sobresalían por encima de la colina. Un semental pardo estaba pastando en el valle, agitando la cola contra las moscas. Un gran danés saltaba por el

césped. Muchos artistas aspiran a trabajar en un entorno tan rústico, pero la vida profesional de Joni fue diferente a la de la mayoría. Solo puede entrar a su estudio si alguien la empuja, y dibuja con un bolígrafo o un pincel entre los dientes.

Cuando era adolescente, Joni solía montar su semental a través de los senderos del bosque a una velocidad vertiginosa, chapotear en el arroyo con el gran danés y golpear pelotas de baloncesto contra un tablero junto a la cabaña. A veces incluso se unía a una cacería de zorros en la propiedad.

Pero ahora su ejercicio diario consiste en movimientos mucho más sutiles. Con la ayuda de un aparato ortopédico para bíceps y hombro, puede mover el brazo lo suficiente como para pasar las páginas de un libro. Y el acto de dibujar requiere una larga sucesión de movimientos de cabeza laboriosos y meticulosos. Lentamente, una escena reconocible toma forma.

Un error de dos segundos cambió por completo la vida de Joni, pero su optimista optimismo no fue una de las cosas que cambió. Cuando me la presentaron, lo que más me llamó la atención fue la vivacidad de su expresión facial y el brillo de sus ojos. Su espíritu era tan efervescente que recordaba vagamente todos esos “¡Piensa en positivo, ámame a ti mismo!” cursos impartidos por la ex Miss Américas. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de ellos, el espíritu de Joni fue formado por la tragedia.

Una inmersión fatídica

El verano de 1967 fue inusualmente caluroso y húmedo. Julio fue sofocante. Por la mañana practiqué con los caballos, sudando tanto que sólo un chapuzón en la bahía de Chesapeake podría calmar. Mi hermana Kathy y yo cabalgamos hasta la playa y nos sumergimos en el agua turbia.

Nunca me conformé con nadar en una piscina o chapotear en la parte poco profunda de la bahía. Prefería la natación libre, en aguas abiertas. Una balsa que flotaba a cincuenta o sesenta metros de la costa era una meta perfecta, y Kathy y yo corrimos hacia ella. Ambos éramos atléticos y, a veces, imprudentes.

Cuando llegué a la balsa, me subí a ella y rápidamente me tiré por la borda, casi sin pensar. Primero sentí el arrastre familiar del agua, y luego una sacudida asombrosa: mi cabeza se había estrellado contra una roca en el fondo. Mis extremidades se extendieron. Sentí un fuerte zumbido, como una descarga eléctrica acompañada de una intensa vibración. Sin embargo, no había dolor.

¡No podía moverme! Presioné con fuerza la cara contra la arena triturada del fondo, pero no pude apartarme. Mi cerebro estaba dirigiendo a mis músculos para que hicieran movimientos de natación, pero ninguno de ellos respondió. Contuve la respiración, recé y esperé, suspendida boca abajo en el agua.

Después de tal vez un minuto, escuché que Kathy me llamaba, una voz débil y apagada sobre la superficie del agua. Su voz se hizo más cercana y clara, y luego vi su sombra justo encima de mí. “¿Te sumergiste aquí? Es tan poco profundo —la oí decir a través del agua—.

Kathy se inclinó, trató de levantarme, luego tropezó. *Oh Dios. Cuánto tiempo más*, pensé. Todo se estaba volviendo negro.

Justo cuando estaba a punto de desmayarme, mi cabeza salió a la superficie y me atraganté con una gran bocanada de aire. Traté de aferrarme a Kathy, pero nuevamente mis músculos no respondían. Me echó sobre sus hombros y empezó a remar hacia la orilla.

Sintiéndome seguro de que mis manos y mis piernas estaban atadas juntas alrededor de mi pecho, me di cuenta con un súbito sobresalto de terror de que, en cambio, estaban colgando inmóviles sobre la espalda de Kathy. *Había perdido el contacto con mi cuerpo*.

Una ambulancia llevó a Joni de la soledad de la bahía a un torbellino de actividad en el hospital de la ciudad de Baltimore. Yacía en una pequeña habitación bloqueada por cortinas de privacidad. Una enfermera preguntó sobre su historial médico. Otro cortó su traje de baño nuevo, dejándola expuesta e indefensa. Un médico con un largo alfiler de metal seguía preguntando “¿Sientes esto?” mientras lo presionaba contra sus pies, sus pantorrillas, sus dedos y sus brazos. Concentrándose en los estímulos con todas sus fuerzas, Joni pudo responder honestamente “Sí” solo cuando él le puso a prueba los hombros.

Después de una consulta apresurada de médicos, uno llamado Dr. Sherrill cortó el cabello rubio y suelto de Joni con maquinillas eléctricas y una enfermera le afeitó la cabeza. Cuando empezó a perder la conciencia, le pareció oír el agudo zumbido de un taladro eléctrico. Su último recuerdo era el de alguien que le sujetaba la cabeza mientras el médico le perforaba dos agujeros limpios, uno a cada lado del cráneo.

El espejo

Cuando Joni se despertó, se encontró atada a un marco Stryker (similar al marco Foster de Brian Sternberg). Unas tenazas de metal, insertadas en los agujeros de su cráneo, estaban unidas a un dispositivo parecido a un resorte que separaba su cabeza de su cuerpo. Su rostro asomó por una pequeña abertura en la sábana de lona a la que estaba atada. Cada pocas horas, una enfermera volteaba el marco. Todo el día alternó las vistas: el suelo, el techo.

A pesar de su falta de movilidad y la atmósfera deprimente de la unidad de cuidados intensivos, Joni sobrevivió las primeras semanas con buen ánimo. El dolor era leve y los médicos tenían la esperanza de que algunos de los nervios pudieran repararse solos. En aquellos primeros días, su habitación estaba llena de visitas, flores y regalos. Sus hermanas extendían Diecisiete revistas en el suelo para que ella las leyera boca abajo.

Después de cuatro semanas, una vez que Joni pasó la etapa crítica, el Dr. Sherrill realizó un procedimiento de fusión en su columna. Joni estaba jubilosa, esperando que la cirugía resolviera sus problemas y la pusiera de pie nuevamente. De hecho, la cirugía fue exitosa, pero ese mismo día el Dr. Sherrill se sinceró con ella. “Joni”, dijo, “lo siento, pero la lesión es permanente. La cirugía de fusión no cambió eso. Nunca volverás a caminar y tus brazos tendrán un uso limitado”.

Por primera vez desde el accidente, comprendió ese duro hecho. Esperaba unos meses más de tratamiento, luego rehabilitación y luego recuperación. De repente vio que toda su vida cambiaría. No más autos deportivos, espectáculos ecuestres, partidos de lacrosse. Tal vez no más citas. Siempre.

“Estaba devastada”, recuerda. “Mi vida había sido tan completa. Participé en tantas actividades escolares como pude. Y de repente me encontré solo, solo un cuerpo desnudo e inmóvil entre dos sábanas. Mis pasatiempos y posesiones no tenían sentido para mí. Esos hermosos caballos en el establo que solía montar en trucos, parados sobre sus hombros, nunca los volvería a montar. Ni siquiera podía alimentarme. podía dormir y respirar; todo lo demás alguien lo hizo por mí”.

Atada a la lona boca abajo, Joni vio cómo lágrimas calientes y saladas caían de su rostro y goteaban diseños en el suelo. Le moqueaba la nariz y tuvo que llamar a una enfermera. Incluso necesitaba ayuda para llorar.

El ánimo de Joni cayó más profundamente unos días después, cuando dos amigas de la escuela la visitaron por primera vez. Su imagen de Joni era la de un atleta enérgico y vivaz, y nada los había preparado para la transformación. Cuando llegaron junto a la cama de Joni, se quedaron boquiabiertos. “Oh, Dios mío”, susurró una de las chicas. Se quedaron unos segundos en un silencio incómodo y luego salieron corriendo. Joni podía escuchar a una niña vomitando y a una niña sollozando afuera de la puerta del hospital. Se preguntó qué podría ser tan horrible para causar tal reacción.

Unos días después, ella se enteró. Joni le pidió a un visitante llamado Jackie que le trajera un espejo. Cuando Jackie se estancó, Joni insistió. Aprensiva, Jackie obedeció, encontró un espejo y lo sostuvo frente a ella con nerviosismo. Joni se miró en el espejo y gritó: “¡Oh, Dios, cómo puedes hacerme esto!”

La persona en el espejo tenía los ojos inyectados en sangre y hundidos en cavidades oscuras muy atrás en su cráneo. El color de su piel se había desvanecido a un amarillo opaco y los dientes estaban negros por la medicación. Su cabeza aún estaba afeitada, con abrazaderas de metal a cada lado. Y su peso se había reducido de 125 a 80 libras.

Joni sollozó desconsoladamente. Finalmente se lamentó: “Oh, Jackie, necesito tu ayuda. Por favor, haz una cosa por mí. No puedo enfrentarlo por más tiempo”.

¿Qué es eso, Joni? Haré cualquier cosa por ti.”

“Ayúdame a morir. Tráeme unas pastillas, o incluso una hoja de afeitar. No puedo vivir dentro de un cuerpo grotesco como este. Ayúdame a morir, Jackie.

Jackie no se atrevía a obedecer esa petición, independientemente del estado de Joni. Entonces Joni se enteró de otro hecho cruel: estaba demasiado indefensa incluso para morir sola.

Plenitud

Millones de personas han conocido a Joni desde ese terrible día en el City Hospital. Habla en conferencias en todo el mundo, aparece en programas de televisión nacionales, graba una transmisión de radio diaria, ha interpretado el papel de su vida en una película de Worldwide Pictures y ha sido objeto de artículos en numerosas revistas como *People* y *Saturday Evening Post* . . . Además de la historia de su vida, *Joni*, ha escrito numerosos libros y ha

realizado grabaciones superventas de su canto. Su obra de arte adorna una línea de tarjetas, carteles y papelería.

Casi todos los que conocen a Joni Eareckson Tada hoy (ella también se casó en el camino) salen sintiéndose más felices, más esperanzados. Ella está a millas de distancia de la niña arrugada y lamentable en el espejo. ¿Cómo lo ha hecho?

“Una vez, durante esos días deprimentes en el hospital, cuando mi día consistía en voltear panqueques para aliviar las úlceras de decúbito, un visitante trató de animarme”, recuerda Joni. “Me citó un versículo de la Biblia, una promesa que Jesús dejó a sus seguidores: 'He venido para daros vida en toda su plenitud'.

“Estaba tan amargado y cínico entonces que el pensamiento me pareció casi una burla. ¿La vida en toda su plenitud? Si luchaba por el resto de mi vida, lo máximo que podía prever sería una vida media lamentable e inferior. No más tenis, no hacer el amor o casarse, no hay contribución real al mundo.

“Pero con los años, mi perspectiva ha cambiado. Me despierto todos los días agradecido por lo que Dios me ha dado. De alguna manera, y me llevó tres años incluso creer que podría ser posible, Dios me ha demostrado que yo también puedo tener una vida plena”.

La primera lección de Joni fue superar la barrera a la que se enfrenta cualquier persona discapacitada aceptando su condición y sus limitaciones. Era inútil desperdiciar energías quejándose de su terrible estado físico. Desear no cambiaría la cara en el espejo. Tuvo que aceptarse a sí misma como tetrapléjica y buscar nuevas formas de afrontarlo.

El proceso fue doloroso. Cuando su novio la abrazaba y la apretaba, ella no sentía nada. En esos momentos y en otros seguía luchando contra la tentación de cerrar los ojos y fantasear, imaginando cómo sería si estuviera bien de nuevo. Un prometido, un automóvil deportivo, largas caminatas por el bosque, un lugar en un equipo universitario de lacrosse: las posibilidades eran infinitas. Pero tampoco valían nada, y Joni se dio cuenta de que insistir en ellos no aliviaba su sufrimiento y solo retrasaba el proceso de autoaceptación.

Joni pronto aprendió que las personas "normales" a menudo se sienten incómodas con los discapacitados. Al conversar con ella, algunas personas se inclinaban sobre su silla de ruedas y hablaban en voz alta, usando

palabras sencillas, como si tuviera una deficiencia mental. A veces, mientras la empujaban por la acera, los peatones dejaban un espacio de metro y medio y se bajaban del bordillo para dejar pasar la silla de ruedas, aunque la acera era lo suficientemente ancha. Joni se dio cuenta de por qué algunas personas discapacitadas en hospitales y hogares de ancianos no muestran ningún deseo de irse al mundo exterior. Adentro *son* los normales, y viven entre profesionales capacitados para entender.

Los amigos ayudaron. El recuerdo más emocionante de Joni de esos primeros días es de un momento loco, aproximadamente un año después de su lesión, cuando un amigo corrió su silla de ruedas por una playa de arena y la empujó hacia las fuertes olas del Atlántico. Joni chilló de alegría. Es posible que nunca pueda volver a hacer body-surf en las olas, pero al menos podía dejar que las olas le acariciaran las piernas y que el rocío salino le rozara las mejillas. Le encantaba que la gente la tratara con ese espíritu despreocupado en lugar de ser siempre amable y cautelosa con ella.

Pero incluso aprender a sentarse en la silla de ruedas requirió una terapia angustiosa. Después de yacer horizontal durante meses, el cuerpo de Joni tuvo que ser engatusado gradualmente para que se sentara. La primera vez que una enfermera la levantó en un ángulo de cuarenta y cinco grados, estuvo a punto de colapsar por las náuseas y los mareos mientras su corazón intentaba adaptarse a las nuevas demandas.

Las feas úlceras de decúbito seguían desarrollándose. Alrededor del coxis y las caderas, los bordes afilados del hueso sobresaldrían a través de la piel. Para aliviar las presiones, los médicos abrieron más la piel (con Joni plenamente consciente, no sintió dolor y no necesitó anestesia) y limaron los huesos afilados de las caderas y el coxis. Siguieron más semanas en la cama, luego una repetición de los agotadores ejercicios antes de que pudiera sentarse de nuevo.

En estos tiempos difíciles, Joni se apoyaba mucho en sus amigos para obtener apoyo emocional. Un grupo de estudiantes cristianos la visitaba fielmente. Una vez la sorprendieron introduciendo un cachorro de contrabando en su habitación del hospital. Joni soltó una risita cuando el cachorro le lamió la cara con la lengua.

Retraso de cuarenta años

Al principio, a Joni le resultó imposible reconciliar su condición con su creencia en un Dios amoroso. Parecía que todos los dones de Dios, las cosas

buenas que había disfrutado como una adolescente activa, le habían sido robadas. ¿Por qué razón? ¿Qué le quedó a ella? El volverse a Dios fue muy gradual. Un derretimiento en su actitud de la amargura a la confianza que se prolongó durante tres años de lágrimas y cuestionamientos violentos.

Una noche en especial, Joni se convenció de que Dios entendía. El dolor le atravesaba la espalda, causando el tipo de tormento que es exclusivo de las personas con parálisis. Las personas sanas pueden rascarse una picazón, masajear un músculo dolorido o flexionar un pie acalambrado. Los paralíticos deben permanecer quietos, como víctimas sin defensa contra el dolor.

Cindy, una de las amigas más cercanas de Joni, estaba junto a su cama, buscando desesperadamente alguna forma de animarla. Finalmente, soltó torpemente: “Joni, no eres la única. Jesús sabe cómo te sientes, bueno, él también estaba paralizado”.

Joni la miró fijamente. "¿Qué? ¿De qué estás hablando?"

Cindy continuó, “Es verdad. Recuerde, fue clavado en una cruz. Su espalda estaba en carne viva por los golpes, y debe haber anhelado una forma de moverse para cambiar de posición o cambiar su peso. Pero no pudo. Estaba paralizado por los clavos”.

La idea intrigó a Joni y, por un momento, distrajo su mente de su propio dolor. Nunca se le había ocurrido que Dios podría haber sentido las mismas sensaciones penetrantes que ahora atormentaban su cuerpo. La realización fue profundamente reconfortante.

Dios se volvió increíblemente cercano a mí. Me sentí transformado por el amor persistente de mis amigos y familiares. Y finalmente comencé a comprender que sí, Dios también me amaba.

Pocos de nosotros tenemos el lujo (me tomó una eternidad pensar en eso) de llegar a la zona cero con Dios. Antes del accidente, mis preguntas siempre habían sido: “¿Cómo encajará Dios en esta situación? ¿Cómo afectará él mi vida amorosa? ¿Mis planes de carrera? ¿Las cosas que disfruto? Muchas de esas opciones ya no estaban. Sólo tenía un cuerpo indefenso, y Dios. Tal vez ese es el tipo de estado por el que se esfuerzan los místicos; Obtuve el mío de mala gana.

No tenía otra identidad que Dios, y poco a poco se convirtió en suficiente. Me sentí abrumado por la posibilidad fenomenal de un Dios

personal, el mismo Dios que creó el universo, viviendo en mi vida. Tal vez podría hacerme atractivo y valioso. Sabía que no podía hacerlo sin él.

Los primeros meses, incluso años, estuve obsesionado con la pregunta de lo que Dios estaba tratando de enseñarme. En secreto, probablemente esperaba que al descifrar las ideas de Dios, podría aprender mi lección y luego él me sanaría.

Supongo que todo cristiano con una experiencia similar vuelve al libro de Job en busca de respuestas. Aquí estaba un hombre justo que sufrió más de lo que yo podía imaginar. Pero, extrañamente, no pude encontrar respuestas al "¿Por qué?" de tragedias en cualquier parte del libro de Job. Lo que encontré fue que Job se aferró a Dios a pesar de todo, y Dios lo recompensó.

"¿Es eso lo que Dios quiere?" Me preguntaba. Mi enfoque cambió de exigir una explicación de Dios a depender humildemente de él. Está bien, estoy paralizado. Es terrible. no me gusta Pero, ¿puede Dios seguir usándome, paralizado? ¿Puedo, paralizado, todavía adorar a Dios y amarlo? Empezó a enseñarme que yo podía.

Tal vez el regalo de Dios para mí es la dependencia. Nunca llegaré a un lugar de autosuficiencia que desplace a Dios. Soy consciente de su gracia en todo momento. Mi necesidad de ayuda es obvia todos los días cuando me despierto, boca arriba, esperando que alguien venga a vestirme. ¡Ni siquiera puedo peinarme o sonarme la nariz sola!

Pero tengo amigos que se preocupan. Tengo la belleza de los paisajes que pinto. Incluso puedo mantenerme económicamente, el sueño de toda persona discapacitada. La paz es interior, y Dios me ha colmado de esa paz.

Hay una cosa mas. Tengo esperanza para el futuro ahora. La Biblia habla de nuestros cuerpos siendo "glorificados" en el cielo. En la escuela secundaria eso siempre me pareció un concepto confuso y extraño. Pero ahora me doy cuenta de que seré sanado. No me han engañado de ser una persona completa, solo estoy pasando por un retraso de cuarenta o cincuenta años, y Dios se queda conmigo incluso a través de eso.

Ahora sé el significado de ser "glorificado". Es el momento, después de mi muerte aquí, cuando estaré de pie bailando.

Pasará un tiempo antes de que Joni pueda volver a bailar, pero después de dos años de rehabilitación, aprendió a maniobrar una silla de ruedas motorizada lo suficientemente bien como para arrastrarse por los pasillos

del hospital. Años más tarde aprendió a conducir y ahora tiene su propia camioneta. con controles personalizados.

Eventualmente se convirtió en una oradora pública muy solicitada, y por una buena razón. Joni cautiva a una audiencia. Está inmaculadamente vestida, con todos los cabellos rubios bien arreglados. Mientras habla, a menudo vuelve sobre los hechos del accidente y su larga recuperación. Sus palabras fluyen articuladamente. El público aprecia más el entusiasmo por la vida de Joni y su entusiasmo. Sus miembros permanecen inmóviles, pero sus ojos y rostro brillan con expresión.

Joni se mudó a California hace algunos años y ha agregado el paisaje espectacular del oeste americano a su repertorio de pinturas. “Aunque ya no puedo chapotear en un arroyo ni montar a caballo”, dice, “puedo sentarme afuera y mis sentidos se inundan con olores, texturas y hermosas vistas”. Ella reproduce esas escenas, a veces ante una audiencia, con su notable habilidad con la boca.

En sus charlas, Joni a veces se refiere al enorme granero que se encontraba justo afuera de su estudio en Maryland. Era el edificio favorito de Joni en la granja, ya que albergaba sus mejores recuerdos: el olor dulce del heno, los susurros de los caballos inquietos y los rincones oscuros que exploraba de niña.

Joni describe su encanto, su belleza y el orgullo de su padre por su mano de obra. Pero luego describe el recuerdo de pesadilla de un incendio provocado por vándalos que destruyó por completo el granero. Esa escena aterradora está grabada en su mente: los gritos salvajes de sus caballos domésticos, el olor a carne quemada, los esfuerzos frenéticos de su familia y vecinos para contener el fuego.

La historia no termina ahí, sin embargo. Su padre, encorvado y torcido por la artritis, emprendió de nuevo la ardua tarea de reconstruir a mano el granero. Los cimientos permanecieron, y encima de ellos colocó nuevas piedras, nuevas vigas y nuevas tablas. El segundo granero, el recreado, era aún más grandioso que el primero.

“Soy como ese granero”, dice Joni. “Pensé que mi vida había sido aplastada sin posibilidad de reparación. Pero, con la ayuda de Dios y de mis amigos, se ha reconstruido. ¿Ahora puedes entender por qué estoy tan feliz? He recuperado lo que pensé que siempre me eludiría: la vida en toda su plenitud”.

Dos que sufren

Joni Eareckson Tada y Brian Sternberg representan a esos desafortunados para quienes el dolor parece rebelarse. Los cuadripléjicos, las víctimas del cáncer, los padres de niños con defectos de nacimiento: estas personas de sufrimiento poco común bien pueden encogerse ante un concepto como “el don del dolor”. Para ellos, la frase debe sonar hueca y sádica; el dolor ha salido de su ciclo natural y se ha convertido en un Frankenstein.

Uno ganó fama por su sufrimiento, el otro perdió fama por el de él. Después de varias décadas, ambos siguen incapacitados físicamente. Sin embargo, en sus formas individuales, tanto Brian como Joni han encontrado la fuerza para continuar, e incluso para crecer, y su confianza en Dios es una parte integral de ese proceso de curación de espíritus heridos.

Brian se enfrenta directamente a la cuestión de la causalidad. ¿Es Dios el responsable? Él y sus padres están convencidos de que su condición es tan abominable para Dios como lo es para ellos. Sus conclusiones van en contra de algunos temas de este libro, ya que rechaza pensamientos como el valor transformador del sufrimiento. Aunque reconoce que Dios ha usado providencialmente su dolor para traer el bien, rechaza la noción de que Dios podría permitir que tal condición continúe por el resto de su vida. Ha apostado su fe, y casi su teología, a la esperanza de la curación.

Sin embargo, incluso esa posición, que parece cada vez más insostenible para los amigos de los Sternberg, significa un volverse hacia Dios. Brian se ha aferrado a la confianza y la creencia en un Dios digno y amoroso a pesar de un nivel de tormento que pocos experimentarán alguna vez. En el cielo, Brian seguramente caminará con el paso confiado de un Job o un Habacuc o un Jeremías, que vieron el mundo en su peor momento y todavía creyeron.

El dolor de Joni Eareckson Tada, excepto por breves destellos, ha sido principalmente psicológico, el dolor de la pérdida. Sin embargo, su vida ha estado marcada por una nota de gracia dominante de triunfo y alegría. Luchó con Dios, sí, pero no se apartó de él. Emergió con una profundidad y madurez espiritual que ha inspirado a millones. No quiero decir que cada persona afligida pueda duplicar la historia de éxito de Joni Eareckson Tada. Ellos no pueden; Joni tiene dones y talentos únicos y múltiples. Pero en la forma en que los ha utilizado ha logrado algo más: ha “dignificado” el sufrimiento.

Al principio, Joni recibió una avalancha de cartas instándola a orar por sanidad o reprendiéndola por su falta de fe. Ella oró por sanidad, por supuesto. En el verano de 1972, después de un servicio íntimo de curación con unas quince personas presentes, se convenció de que en las próximas semanas su médula espinal se regeneraría milagrosamente. Incluso llamó a sus amigos y les advirtió: “Espérenme pronto en el umbral de su puerta; Voy a ser sanado”.

No resultó así. Y en sus libros, Joni explica por qué se vio obligada a llegar a la difícil conclusión de que no recibiría sanidad física. Joni ahora llama a su accidente un "intruso glorioso" y afirma que fue lo mejor que le pasó. Dios lo usó para llamar su atención y dirigir sus pensamientos hacia él. Aparte del accidente, dice, probablemente habría vivido una vida típica de clase media: sin rumbo, cómoda, con dos divorcios en su haber ahora.

La lesión cambió todo eso. Con el tiempo, la gracia de Dios en la vida de Joni se hizo tan evidente que ahora se erige como un emblema lo suficientemente fuerte como para silenciar los argumentos pueriles sobre la fe. *¿La falta de sanidad significa falta de fe? Pero, ¿qué pasa con Joni Eareckson Tada?* Más aún, Joni se convirtió en una sorprendente demostración de sufrimiento transformado o “redimido”. Después de tener un éxito admirable como autora, actriz, cantante y artista, decidió dedicarse a su área de mayor especialización: su discapacidad. Hoy, Joni dirige un ministerio llamado “Joni and Friends” que patrocina conferencias y seminarios, y financia proyectos valiosos para discapacitados.

El sueño de Joni es despertar a la iglesia a las necesidades de los discapacitados y equipar a los cristianos para que desempeñen un papel sanador en toda la sociedad. Las multitudes son más pequeñas ahora. Muchas menos personas acuden a escuchar un seminario sobre cómo ayudar a los discapacitados que a escuchar un testimonio personal. Pero, paso a paso, Joni está trayendo esperanza a los discapacitados e iluminación a los que no lo están.

Gracias a Dios, muy pocos de nosotros soportaremos las pruebas de Joni o Brian. Pero de diferentes maneras, cada uno ha vivido la verdad de Juan 9: “Ni éste pecó ni sus padres, sino que esto sucedió para que la obra de Dios se manifieste en su vida”. Siguiendo el modelo del hombre ciego de la época de Jesús, dos tetraplégicos de la actualidad, uno de Seattle y otro de Baltimore, han mostrado brillantemente la obra de Dios.

CAPÍTULO 11

OTROS TESTIGOS

Es por aquellos que han sufrido que el mundo ha avanzado.

LEO TOLSTOY

En su libro *Sufrimiento creativo*, el médico y consejero suizo Paul Tournier recuerda su sorpresa al leer un artículo titulado “Los huérfanos lideran el mundo”. El artículo, que apareció en una revista médica respetada, examinó las vidas de 300 líderes que habían tenido un gran impacto en la historia mundial. Después de buscar algún hilo común, el autor descubrió que todos estos líderes habían crecido como huérfanos, ya sea en realidad, a través de la muerte o separación de los padres, o emocionalmente, como resultado de una severa privación infantil. Su lista incluía nombres como Alejandro Magno, Julio César, Robespierre, George Washington, Napoleón, la reina Victoria, Golda Meir, Hitler, Lenin, Stalin y Castro.

“Así que ahí estamos”, escribe Tournier, “dando conferencias sobre lo importante que es para el desarrollo de un niño tener un padre y una madre que desempeñen juntos en armonía sus respectivos roles hacia él. ¡Y de repente nos damos cuenta de que esto es exactamente lo que no han tenido aquellos que han sido más influyentes en la historia mundial!”¹

El propio Tournier era huérfano, y reflexionó sobre el fenómeno de los huérfanos poco después de la muerte de su esposa, cuando se sintió huérfano una vez más en la vejez. Anteriormente, había juzgado cada acontecimiento importante de la vida, éxito o tragedia, como bueno o malo. Pero ahora comenzó a percibir que las circunstancias, sean afortunadas o desafortunadas, son moralmente neutrales. Simplemente son lo que son; lo que importa es cómo respondemos a ellos. El bien y el mal, en sentido moral, no residen en las cosas, sino siempre en las personas.

Esta idea cambió la forma en que Tournier abordaba la medicina y condujo a su teoría de la persona en su totalidad. “Solo en raras ocasiones somos los maestros de los eventos”, dice, “pero (junto con aquellos que nos ayudan) somos responsables de nuestras reacciones. . . . el sufrimiento

nunca es beneficioso en sí mismo, y siempre debe ser combatido. Lo que cuenta es la forma en que una persona reacciona ante el sufrimiento. Esa es la verdadera prueba de la persona: ¿Cuál es nuestra actitud personal ante la vida y sus cambios y oportunidades? He aquí un hombre, enfermo o presa de alguna tragedia, que me confía: ¿Qué va a hacer con el doloroso golpe que le ha asestado? ¿Cuál será su reacción personal? ¿Una reacción positiva, activa, creativa, que desarrolle su persona, o una negativa, que la atrofe? . . . La ayuda adecuada proporcionada en el momento adecuado puede determinar el curso de su vida”.²

En su práctica médica, Tournier vio personas heridas todos los días, y se apresuró a admitir que el sufrimiento puede empujar a una persona hacia el quebrantamiento y no hacia el crecimiento personal. Esa, de hecho, fue la razón por la que se alejó del patrón tradicional de diagnóstico y tratamiento y comenzó a abordar también las necesidades emocionales y espirituales de sus pacientes. Sintió la obligación de ayudarlos a canalizar el sufrimiento como agente transformador.

Tournier usó la analogía de un cascanueces. Las calamidades imprevistas aplican una fuerza que puede atravesar la dura capa exterior de la seguridad personal. El acto de romper causará dolor, por supuesto, pero no tiene por qué destruir. Por el contrario, en el entorno adecuado, el desorden puede conducir al crecimiento creativo: cuando las viejas rutinas y patrones de comportamiento ya no funcionan, el paciente, expuesto y vulnerable, debe buscar otros nuevos.

El papel del médico, la enfermera, el trabajador social, el ministro o el amigo amoroso es simplemente este: evitar que el cascanueces de las circunstancias destruya y ayudar al que sufre a ver que incluso las peores dificultades abren el potencial para el crecimiento y el desarrollo.

Un movimiento de sufrimiento creativo

“Lo que no me destruye me hace más fuerte”, solía decir Martin Luther King, Jr. En nuestro calamitoso siglo King, Gandhi, Sol zhenitsyn, Sajarov, Tutu, Mandela y muchos otros han ofrecido demostraciones vivientes de la teoría del sufrimiento creativo de Tournier. De circunstancias que simplemente deberían haber destruido, estos valientes surgieron con una fuerza que confundió a naciones enteras.

Martin Luther King, Jr., por ejemplo, buscó deliberadamente a los sheriffs sureños más malvados para sus escenas de confrontación. Aceptó palizas, encarcelamientos y otras brutalidades porque creía que una nación complaciente se uniría a su causa solo cuando vieran la maldad del racismo en su peor extremo. “El cristianismo”, dijo, “siempre ha insistido en que la cruz que llevamos precede a la corona que llevamos. Para ser cristiano hay que tomar su cruz, con todas sus dificultades y contenido agonizante y lleno de tensión, y llevarla hasta que esa misma cruz deje su marca en nosotros y nos redima a ese camino más excelente que sólo viene a través del sufrimiento.”³

Al final, ese principio fue lo que trajo al movimiento de derechos civiles la victoria buscada durante tanto tiempo. Fue la vista de los manifestantes por los derechos civiles siendo brutalizados por policías y alguaciles lo que finalmente despertó a una nación. Apenas una semana después del asalto policial al puente de Selma, el Congreso aprobó la Ley de Derecho al Voto de 1965. Con cada confrontación sangrienta, King se había vuelto más fuerte, no más débil.

El principio que opera a gran escala en alguien como Martin Luther King, Jr., pertenece también a la “gente pequeña” que lo siguió en las marchas por la libertad y la justicia. Pienso en un héroe improbable en la zona rural de Mississippi, un hombre cuya foto nunca apareció en las revistas de noticias. Entrevisté al Sr. Buckley a principios de la década de 1970, una época en la que gran parte del sur aún se resistía activamente al movimiento por los derechos civiles. Cuando salí de la casa del Sr. Buckley, sentí que había dejado la presencia de un santo.

La casa del Sr. Buckley fue la casa negra más agradable que visité en el condado de Simpson, Mississippi. Era de ladrillo por fuera y revestida de madera por dentro, e incluía cuatro o cinco habitaciones grandes. Sin embargo, a la edad de noventa años, el Sr. Buckley parecía ajeno a su entorno. Pasaba la mayor parte del tiempo sentado en una mecedora de madera junto a la chimenea de la cocina, de la misma manera que solía sentarse alrededor de las estufas Home Comfort en las chozas de una habitación de Misipí rural. Ahí fue donde lo encontré: meciéndose, recordando, rascándose el pelo canoso muy corto y riendo entre dientes

sobre cómo solía ser la vida. Tenía los ojos legañosos, la piel gruesa y correosa, quemada así por nueve décadas de sol de Mississippi.

En una entrevista, el Sr. Buckley decidió recordar todos sus recuerdos de la infancia. Después de hablar durante tres horas y media en una grabadora, hizo una pausa y pidió un vaso de agua. Tomó un buen sorbo, lo agitó en la boca y anunció: "Bueno, eso nos lleva a 1901".

Nació una generación después de la esclavitud y creció durante los amargos días de la Reconstrucción. Vivió el reinado lleno de miedo del Ku Klux Klan, escuchando sus amenazas, viendo arder cruces, escuchando informes de linchamientos e incendios. Y después de setenta y cinco años de estar prohibido en restaurantes blancos, moteles blancos, baños blancos y cabinas electorales blancas, el Sr. Buckley se unió al movimiento de derechos civiles a mediados de la década de 1960. Creyendo que Dios podía usarlo, comenzó a trabajar para el reverendo John Perkins en una campaña de registro de votantes. En un condado con más de 5000 adultos negros, solo 50 estaban registrados para votar.

Los alguaciles federales establecieron líneas de registro alrededor de los muelles de carga traseros de la oficina de correos, y el Sr. Buckley ayudó a organizar una caravana de autobuses y camionetas. Cada nombre agregado a las listas de votantes fue tallado con miedo. A veces aparecía una multitud hostil de blancos que gritaban insultos y amenazas. Algunos negros que se registraron perdieron sus trabajos. Pero aun así vinieron. Hombres negros fuertes, encorvados por llevar sacos de algodón a la espalda, formaron una valiente fila por el centro de Mendenhall para pedir su voto. Finalmente se registraron 2.300.

Durante sus años como líder en la comunidad negra cerca de Mendenhall, el Sr. Buckley caminó con Dios, y las heridas que sufrió por ello lo convirtieron en una persona más profunda y más fuerte. Me demostró cómo los pobres y los oprimidos podían, como dijo Jesús, ser bienaventurados. La fe en Dios era todo lo que tenía cuando los días eran oscuros y las noches estaban llenas de miedo insomne. Y al final Dios residió en él con evidente facilidad y familiaridad.

La fe del Sr. Buckley fue probada más severamente una noche justo después de que él y su esposa se mudaran a su nuevo hogar. Por fin, a los ochenta años, los Buckley tenían una casa cómoda para vivir, una que todavía olía a pintura fresca y se veía limpia y ordenada. Pero el Sr.

Buckley se despertó de repente a las dos de la mañana, oliendo a humo. Saltó de la cama justo a tiempo: el pasillo de su casa estaba en llamas y las llamas se arrastraban por el zócalo hasta su dormitorio. Él y su esposa apenas escaparon, pero perdieron todas sus posesiones. El fuego había sido provocado por sus vecinos.

El Sr. Buckley me dijo: “Bueno, creo que hemos pasado por mucho. Perdí a dos de mis tres hijos, y perdí a mi primera esposa, y casi nos matan esa noche, seguro. Pero el Señor dice que no pondrá sobre nosotros más de lo que podamos soportar. Si no podemos soportarlo, él estará justo a nuestro lado dándonos la fuerza que no sabíamos que teníamos”.

El Sr. Buckley murió en 1986, a la edad de noventa y siete años. Pasó sus últimos años ayudando a fundar una nueva iglesia en Mendenhall. Él dijo: “Quiero una iglesia donde todos sean bienvenidos, sin importar su color, una iglesia donde la gente ore y espere respuestas a sus oraciones. Quiero una iglesia donde las personas sean conocidas por su amor mutuo”. Por su ejemplo, el Sr. Buckley mostró qué tipo de iglesia quería.

La gran inversión

“Lo que no me destruye me hace más fuerte”, había dicho Martin Luther King, Jr. El rostro apacible y arrugado del señor Buckley parecía probarlo. Como un roble viejo y resistente que ha resistido tormentas eléctricas, ventiscas e incendios forestales, el Sr. Buckley exudaba una cualidad de fuerza que la mayoría de nosotros, los estadounidenses protegidos, nunca experimentaremos. Hay algo único en tener solo a Dios en quien apoyarse en tiempos de prueba.

Después de las horas que pasé con el Sr. Buckley, finalmente entendí las extrañas y paradójicas palabras de Jesús en las Bienaventuranzas. Me di cuenta de que siempre había visto las palabras “Bienaventurados los pobres. . . los que lloran. . . el manso . . . los perseguidos” como una especie de soborno que Jesús lanzaba a los desdichados. *Bueno, como no eres rico, y tu salud es mala, y tu rostro está mojado por las lágrimas, te lanzaré algunas frases bonitas y una promesa de recompensas futuras. Tal vez te sientas mejor.* Pero algunas de las promesas están expresadas en tiempo presente: “de ellos es el reino”, y mis reuniones con negros pobres en Mississippi me mostraron cómo los pobres y los oprimidos pueden ser bendecidos. El Sr. Buckley demostró una calidad de vida que había encontrado en pocas personas. Su fe era sólida, envejecida y desgastada.

El apóstol Pablo usa una frase extraña: “Su fuerza [la de Dios] se perfecciona en la debilidad”. Es una frase mal entendida ya veces ridiculizada por quienes denuncian a Dios por permitir el dolor y el sufrimiento en este mundo. Pero en representantes como Paul y como el Sr. Buckley, la frase suena a verdad. Incluso de Jesús se dijo: “Por lo que padeció, aprendió la obediencia” (Hebreos 5:8).

Los que estamos al lado, observando a las personas que sufren, esperamos encontrar ira y amargura. Esperamos que se vuelvan contra Dios y lo arremetan por las injusticias de la vida. Sorprendentemente, a menudo encuentran en él un consuelo que nos avergüenza. No es casualidad que algunas de las historias de fe más inspiradoras provengan de aquellos que el resto del mundo suele considerar “perdedores”.

Vacilante, CS Lewis concluye: “No estoy convencido de que el sufrimiento . . . tiene alguna tendencia natural a producir tales males [ira y cinismo]. No encontré las trincheras de primera línea de la CCS más llenas de odio, egoísmo, rebelión y deshonestidad que cualquier otro lugar. He visto una gran belleza de espíritu en algunos que sufrían mucho. He visto a hombres, en su mayor parte, mejorar, no empeorar, con el paso de los años, y he visto que la última enfermedad produce tesoros de fortaleza y mansedumbre de los sujetos más poco prometedores. . . Si el mundo es de hecho un 'valle de formación de almas', en general parece estar haciendo su trabajo”.⁴

¿Qué hay en la naturaleza del sufrimiento para causar esta inversión por la cual el dolor puede fortalecer en lugar de destruir? Jesús enseñó claramente que el mundo visto desde el punto de vista de Dios está inclinado a favor de los pobres y los oprimidos. Esta enseñanza, a veces llamada la “teología de la inversión”, emerge en el Sermón de la Montaña y en otras declaraciones de Jesús: los primeros serán los últimos (Mateo 19:30; Marcos 10:31; Lucas 13:30); el que se humilla será enaltecido (Lc 14,11; 18,14); el mayor entre vosotros debe ser como el más joven, y el que gobierna como el que sirve (Lucas 22:26). Las parábolas del buen samaritano, del hombre rico y de Lázaro también apuntan a esta inversión del orden del mundo.

¿Pero por qué? ¿Por qué Dios seleccionaría a los pobres y oprimidos para recibir una atención especial sobre cualquier otro grupo? ¿Qué hace que los

débiles merezcan tanto la atención de Dios?

Me encontré con una lista de "ventajas" de ser pobre propuesta por una monja católica llamada Monica Hellwig que me hizo reflexionar. He adaptado su lista, ampliándola para incluir a todos los que sufren.⁵

1. El sufrimiento, el gran igualador, nos lleva a un punto en el que podemos darnos cuenta de nuestra urgente necesidad de redención.
2. Los que sufren conocen no sólo su dependencia de Dios y de las personas sanas, sino también la interdependencia de unos con otros.
3. Los que sufren depositan su seguridad no en las cosas, que a menudo no se pueden disfrutar y pronto se les pueden quitar, sino en las personas.
4. Quienes sufren no tienen un sentido exagerado de su propia importancia ni una necesidad exagerada de privacidad. El sufrimiento humilla al orgulloso.
5. Los que sufren esperan poco de la competencia y mucho de la cooperación.
6. El sufrimiento nos ayuda a distinguir entre necesidades y lujos.
7. El sufrimiento enseña paciencia, a menudo una especie de paciencia obstinada nacida de la dependencia reconocida.
8. El sufrimiento enseña la diferencia entre los miedos válidos y los miedos exagerados.
9. Para las personas que sufren, el evangelio suena como una buena noticia y no como una amenaza o un regaño. Ofrece esperanza y consuelo.
10. Los que sufren pueden responder a la llamada del evangelio con cierto abandono y una totalidad sin complicaciones porque tienen muy poco que perder y están dispuestos a todo.

Al leer esta lista, comencé a darme cuenta de por qué tantos santos cristianos han soportado tanto sufrimiento. Dependencia, humildad, sencillez, cooperación, abandono: estas son cualidades muy apreciadas en la vida espiritual, pero extremadamente esquivas para las personas que viven cómodamente.

Mi comprensión de las Bienaventuranzas ha sufrido un cambio radical. Ya no los veo como un bocado lanzado por Jesús a los desdichados del mundo. No los veo como eslóganes condescendientes, sino como profundas intuiciones en el misterio de la existencia humana. Los pobres, los hambrientos, los dolientes y los que sufren son verdaderamente bendecidos.

No por sus estados miserables, por supuesto—Jesús pasó gran parte de su vida tratando de remediar esas miserias. Más bien, son bendecidos por una ventaja innata que tienen sobre las personas más cómodas y autosuficientes.

La autosuficiencia, que asomó por primera vez su cabeza en el Jardín del Edén, es el pecado más fatal porque nos aleja como un imán de Dios. Los que sufren y los pobres tienen la ventaja de que su *falta* de autosuficiencia es evidente. a ellos todos los días. Deben buscar fuerza en alguna parte y, a veces, recurren a Dios. Las personas ricas, exitosas y hermosas pueden pasar por la vida confiando en sus dones naturales. Pero existe la posibilidad, solo la posibilidad, de que las personas que carecen de tales ventajas naturales puedan clamar a Dios en su momento de necesidad.

En resumen, por voluntad propia —quizá deseen urgentemente lo contrario— el pueblo sufriente y oprimido se encuentra en una postura que corresponde a la gracia de Dios. Son necesitados, dependientes e insatisfechos con la vida; por eso pueden acoger el don gratuito del amor de Dios.

La pobreza y el sufrimiento pueden servir como instrumentos para enseñarnos el valor de la dependencia y, a menos que aprendamos la dependencia, nunca experimentaremos la gracia. El apóstol Pablo les dio a los corintios un ejemplo autobiográfico de este mismo principio. Luchó contra una “espinas en la carne”, una dolencia no identificada para la que se han propuesto muchas posibilidades: epilepsia, enfermedad de los ojos, depresión crónica, malaria, tentación sexual. Me alegro de que Pablo haya dejado vaga la dolencia, porque el proceso que describe en 2 Corintios 12 se aplica a todos nosotros con todas nuestras diversas espinas en la carne.

Al principio, Pablo no pudo ver ningún beneficio en su aguijón en la carne. Dificilmente capaz de "tenerlo por sumo gozo", en cambio, se resintió por la aflicción atormentadora. Interfería con su apretada agenda de ministerio y lo llevó a cuestionar a Dios. Tres veces suplicó por un milagro de curación. Tres veces su solicitud fue denegada. Finalmente, recibió la lección que Dios quería que aprendiera a través de la aflicción: “Te basta mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad”.

De hecho, la debilidad física estaba siendo utilizada para el propio beneficio de Paul. Los pecados del orgullo espiritual, la arrogancia y la presunción representaban peligros mucho mayores, y esta persistente debilidad física lo mantuvo confiando en Dios, y no en sí mismo, para su

fortaleza. Cuando finalmente vio eso, la actitud de Pablo pasó de una actitud de resistencia a una de aceptación transformadora: en lugar de rogar a Dios que le quitara la espina, oró para que el dolor fuera redimido o transformado en su beneficio.

Una vez que Pablo aprendió esta lección, de manera típica comenzó a gritarla al mundo, “jactándose” de sus debilidades. Ante los corintios, una audiencia sofisticada impresionada por el poder y la apariencia física, se jactó del patrón de Dios de elegir a las personas humildes y despreciadas del mundo para confundir a los sabios, y a los débiles para confundir a los fuertes. Pablo había aprendido la lección de las Bienaventuranzas: la pobreza, la aflicción, el dolor y la debilidad pueden ser medios de gracia si nos volvemos a Dios con un espíritu humilde y dependiente. “Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”, concluyó Pablo. Cuanto más débiles nos sentimos, más podemos inclinarnos.

CAPÍTULO 12

CASOS EXTREMOS

A veces llegué a agradecer al destino el privilegio de tal soledad [en Siberia], porque sólo en la soledad podría haber escudriñado mi pasado con tanta detenimiento, o examinado tan de cerca mi vida interior y exterior . ¡Qué nuevos y fuertes y extraños gérmenes de esperanza nacieron en mi alma en aquellas horas memorables! Sopesé y resolví todo tipo de cuestiones, hice un pacto conmigo mismo para evitar los errores de años anteriores y las rocas en las que había naufragado.

Fiódor Dostoievski

La casa de la muerte

A lo largo de los años, he leído decenas de relatos de supervivientes de los campos de concentración. Tienen cierta fascinación para mí, quizás porque presentan los problemas de la vida en su forma más extrema. En los campos se borran todas las marcas de individualidad. A los presos se les da ropa idéntica y cortes de pelo idénticos. Se les llama por número y no por nombre. Comen la misma comida y mantienen los mismos horarios. No hay diferencias de clase. El alambre de púas encierra a la humanidad en su forma más básica y atávica.

En manos de administradores hábiles —o sádicos—, los campos de concentración pueden convertirse en un laboratorio de sufrimiento. Como ha señalado Terrence Des Pres, el objetivo de los campos era “reducir a los reclusos a criaturas sin mente cuyo comportamiento podía predecirse y controlarse absolutamente”. . Hasta ahora, los campamentos han sido lo más parecido en la tierra a una caja [BF] Skinner perfecta. Eran un entorno cerrado, completamente regulado, un mundo 'total' en sentido estricto. El dolor y la muerte eran los 'reforzadores negativos', la comida y la vida los 'reforzadores positivos', y todas estas fuerzas tiraban y empujaban las veinticuatro horas del día en el estrato más profundo de la necesidad humana”.¹

Sin embargo, si los relatos de Bettelheim, Frankl, Wiesel, Levi, Wieselthal, Solzhenitsyn, Sharansky y similares prueban algo, prueban que el gran experimento conductista fracasó. Despojados de toda dignidad aparente, estos sobrevivientes, sin embargo, lograron emerger con su humanidad intacta mientras aún poseían una conciencia moral muy afilada. Para tomar solo un ejemplo, un Solzhenitsyn “rehabilitado” gritó tan fuerte que fue expulsado de su tierra natal, pero no antes de haber desmantelado casi sin ayuda el mito del estalinismo.

De manera similar, si asistes a una reunión de sobrevivientes judíos del Holocausto hoy, no encontrarás seres humanos derrotados e inútiles que caminan como zombis. Encontrará políticos, médicos, abogados, prácticamente una muestra representativa de la sociedad en general. Niños criados bajo un régimen que se acercaba al mal absoluto pero que maduraron hasta convertirse en hombres y mujeres que personifican el coraje y la compasión.

En conjunto, los sobrevivientes demuestran que incluso el sufrimiento en su extremo más diabólico puede transformarse en la vida de los seres humanos individuales. Bruno Bettelheim resumió la lección de los campos: “Nuestra experiencia no nos enseñó que la vida no tiene sentido, que el mundo de los vivos no es más que un burdel, que uno debe vivir según las crudas exigencias del cuerpo, sin tener en cuenta las compulsiones de la cultura. Nos enseñó que, por miserable que sea el mundo en que vivimos, la diferencia entre él y el mundo de los campos de concentración es tan grande como la que existe entre la noche y el día, el infierno y la salvación, la muerte y la vida. Nos enseñó que la vida tiene un significado, por difícil que sea entenderlo, un significado mucho más profundo de lo que habíamos creído posible antes de convertirnos en sobrevivientes”.²

George Mangakis, que fue torturado y condenado a dieciocho años de prisión por la junta militar en Grecia, terminó sintiendo lástima por su torturador, no por sí mismo.

He experimentado el destino de una víctima. He visto la cara del torturador de cerca. Estaba en peores condiciones que mi propia cara sangrando y lívida. El rostro del torturador estaba distorsionado por una especie de crispación que no tenía nada de humano. . . .

En esta situación, resulté ser el afortunado. Fui humillado. No humillé a los demás. Simplemente llevaba en mis entrañas adoloridas una humanidad profundamente infeliz. Mientras que los hombres que te humillan primero deben humillar la noción de humanidad dentro de ellos mismos. No importa si se pavonean con sus uniformes, hinchados con el conocimiento de que pueden controlar el sufrimiento, el insomnio, el hambre y la desesperación de sus semejantes, intoxicados con el poder en sus manos. Su embriaguez no es otra cosa que la degradación de la humanidad. La degradación máxima. Han tenido que pagar muy caro mis tormentos.

Yo no era el que estaba en la peor posición. Yo era simplemente un hombre que gemía porque tenía un gran dolor. Yo prefiero eso. En este momento estoy privado de la alegría de ver a los niños yendo a la escuela o jugando en los parques. Mientras que ellos tienen que mirar a sus propios hijos a la cara.³

El Dr. Viktor Frankl, un psiquiatra judío, aprendió a través de su propio encarcelamiento que la vida humana tiene sentido y que los individuos tienen una libertad inherente que no puede sofocarse ni siquiera en las condiciones inhumanas del campo. Su conclusión resume la experiencia de muchos reclusos:

Las experiencias de la vida en el campo muestran que el hombre tiene una opción de acción. Había bastantes ejemplos, a menudo de carácter heroico, que demostraban que la apatía podía ser superada y la irritabilidad suprimida. El hombre *puede* conservar un vestigio de libertad espiritual, de independencia mental, incluso en condiciones tan terribles de tensión psíquica y física. . . al hombre se le puede quitar todo menos una cosa: la última de las libertades humanas: elegir la actitud de uno en cualquier conjunto dado de circunstancias, elegir su propio camino. . . .

En última instancia, queda claro que el tipo de persona en que se convirtió el prisionero fue el resultado de una decisión interna, y no el resultado únicamente de las influencias del campo. Fundamentalmente, por lo tanto, cualquier hombre puede, incluso en tales circunstancias, decidir qué será de él, mental y espiritualmente.⁴

La última pregunta

Si respondieron ciertas preguntas básicas sobre la humanidad, los campos de concentración, y más notablemente el Holocausto de Hitler contra los

judíos, suscitaron preguntas desesperadas sobre Dios. La pregunta de este libro, "¿Dónde está Dios cuando duele?" casi definió la experiencia judía durante el Holocausto. ¿Cómo podía sentarse, en silencio, y contemplar la inmolación de seis millones de su pueblo elegido? ¿Cómo podía dejar que el mal gobernara con una soberanía tan aparente?

Durante la década de 1970, un hombre llamado Reeve Robert Brenner encuestó a mil sobrevivientes del Holocausto, indagando especialmente sobre su fe religiosa. ¿Cómo había afectado la experiencia del Holocausto sus creencias acerca de Dios? Sorprendentemente, casi la mitad afirmó que el Holocausto no tuvo ninguna influencia en sus creencias acerca de Dios. Pero la otra mitad contó una historia diferente. Del total de encuestados, el once por ciento dijo que había rechazado toda creencia en la existencia de Dios como resultado directo de su experiencia. Después de la guerra, nunca recuperaron la fe. Al analizar sus respuestas detalladas, Brenner notó que su ateísmo profesado parecía menos una cuestión de creencia teológica y más una reacción emocional, una expresión de profundo dolor e ira contra Dios por abandonarlos.

Sin embargo, Brenner también descubrió que un número más pequeño, alrededor del cinco por ciento de su muestra general, en realidad cambió de ateos a creyentes debido al Holocausto. Después de vivir tales abominaciones, simplemente no tenían a quién acudir.⁵

En un período de dos meses leí dos relatos conmovedores de sobrevivientes del Holocausto. Estos dos autores, Elie Wiesel y Corrie ten Boom, tipifican las respuestas de fe radicalmente diferentes bajo tales condiciones. Sus libros, ambos superventas, se encuentran entre las obras más legibles de la vasta literatura sobre el Holocausto.

Night, de Elie Wiesel, me afectó tanto como cualquier libro que haya leído. Con un estilo conciso, sus oraciones repletas de imágenes, Wiesel describe el mundo en el que pasó su adolescencia. Todos los judíos de su pueblo fueron primero reunidos en un gueto, luego despojados de sus posesiones y cargados en vagones de ganado. Casi un tercio de ellos murió en el camino a los campos de exterminio.

La primera noche que el tren de Wiesel se detuvo en Birkenbau, espirales de humo negro ominoso salían de un enorme horno y, por primera vez en su vida, Elie olió el olor a carne humana quemada: "Nunca olvidaré esa noche,

siete veces maldita y maldita". siete veces sellado. Nunca olvidaré ese humo. Nunca olvidaré las caritas de los niños, cuyos cuerpos vi convertidos en volutas de humo bajo un cielo azul silencioso. Jamás olvidaré aquel silencio nocturno que me privó, para toda la eternidad, de las ganas de vivir. Nunca olvidaré aquellos momentos que asesinaron a mi Dios y mi alma y convirtieron mis sueños en polvo. Nunca olvidaré estas cosas, aunque esté condenado a vivir tanto como Dios mismo. Nunca.”⁶

Wiesel vio a su madre, a una hermana menor y, finalmente, a toda su familia forzada a entrar en un horno de exterminio. Vio bebés ahorcados, niños ahorcados, prisioneros asesinados por sus compañeros de celda por un trozo de pan. El mismo Elie escapó de la muerte solo a causa de un error administrativo. Sus libros presentan diferentes variaciones sobre la misma historia de tragedia sin sentido y sin esperanza.

En el prólogo de *Night*, el también premio Nobel François Mauriac describe el encuentro con Wiesel cuando escuchó su historia por primera vez.

Fue entonces cuando entendí lo primero que me atrajo del joven israelí: esa mirada, como de un Lázaro resucitado de entre los muertos, pero aún prisionero dentro de los sombríos confines donde se había extraviado, tropezando entre los cadáveres vergonzosos. Para él, el grito de Nietzsche expresaba una realidad casi física: Dios ha muerto, el Dios del amor, de la dulzura, del consuelo, el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, se ha desvanecido para siempre, bajo la mirada de este niño, en el humo de un holocausto humano exigido por Race, el más voraz de todos los ídolos. ¡Y cuántos judíos piadosos han experimentado esta muerte! . . .

¿Hemos pensado alguna vez en la consecuencia de un horror que, aunque menos aparente, menos impactante que los otros ultrajes, es sin embargo el peor de todos para los que tenemos fe: la muerte de Dios en el alma de un niño que de repente descubre mal absoluto? ⁷

Un pozo profundo

A veces siento un doloroso deseo de permanecer con Wiesel, abrumado por la tragedia humana. Después de sufrir tal monstruosidad, ¿cómo puede alguien comenzar a vivir de nuevo? ¿Pueden palabras como esperanza, felicidad y alegría recuperar el significado? ¿Cómo puede alguien hablar del valor del sufrimiento para formar el carácter?

Después de leer *Night* y varios otros libros de Elie Wiesel, leí *El lugar escondido*, de Corrie ten Boom. El escenario era para entonces familiar. Aunque ella no era judía, Corrie fue arrestada en Holanda por albergar judíos y fue transportada a los campos de exterminio en Alemania. Ella también sintió el aguijón de un látigo, vio a los prisioneros desaparecer en los hornos y vio morir a su hermana. Ella también sintió la corrupción de toda virtud en un mundo de maldad soberana. Sus libros hacen las mismas preguntas que los de Wiesel y, a veces, su ira se enciende contra Dios.

Pero hay otro elemento en *El lugar escondido*, el elemento de esperanza y victoria. Entretejidos a lo largo de su historia están los hilos de pequeños milagros, junto con estudios bíblicos, cantos de himnos y numerosos actos de compasión y sacrificio. A lo largo de su terrible experiencia, las dos hermanas continuaron confiando en un Dios que las cuidaba con amor. Como dijo Corrie: “Por profundo que sea el pozo, el amor de Dios es aún más profundo”.

Debo confesar que, aunque mis simpatías están totalmente con la visión de la vida de Corrie y creo en su Dios de amor, tuve que luchar pensando que su libro era superficial en comparación con el de Wiesel. Algo oscuro y sonoro tiraba dentro de mí, alejándome de la esperanza, hacia la desesperación.

El mismo Wiesel expresó su duda como un acto de liberación. “Yo era el acusador, y Dios el acusado. Mis ojos estaban abiertos y estaba solo, terriblemente solo en un mundo sin Dios y sin hombre. Sin amor ni misericordia. Dejé de ser nada más que cenizas, pero me sentí más fuerte que el Todopoderoso, a quien mi vida había estado ligada durante tanto tiempo”. fuera de los grilletes de confinamiento de la creencia.

Una sola cosa me impide ser el acusador de Dios. Mi razón para seguir creyendo, irónicamente, se expresa mejor en una escena descrita por el propio Wiesel, un episodio que tuvo lugar mientras él, a los quince años, estaba preso en Buna.

Se había descubierto un alijo de armas en el campamento de Buna. Pertenecían a un holandés, que fue enviado inmediatamente a Auschwitz. Pero el holandés también tenía un *pipel*, un joven que le servía, y los guardias empezaron a torturar al joven. El *pipel* tenía un rostro refinado y hermoso que el campamento aún no había arruinado: el rostro, dijo Wiesel, "de un angelito triste".

Cuando el *pipel* se negó a cooperar con sus interrogadores, las SS lo condenaron a muerte, junto con otros dos prisioneros que habían sido capturados con armas.

Un día, cuando volvíamos del trabajo, vimos tres patíbulos encabritados en el lugar de la asamblea, tres cuervos negros. Pasar lista, SS a nuestro alrededor, ametralladoras apuntadas: la ceremonia tradicional. Tres víctimas encadenadas, y una de ellas el pequeño sirviente, el ángel de los ojos tristes.

Las SS parecían más preocupadas, más perturbadas que de costumbre. Colgar a un niño frente a miles de espectadores no era un asunto fácil.

El jefe del campamento leyó el veredicto. Todos los ojos estaban puestos en el niño. Estaba lívidamente pálido, casi tranquilo, mordiéndose los labios. La horca arrojó su sombra sobre él.

Esta vez el *Lagerkapo* se negó a actuar como verdugo. Tres SS lo reemplazaron.

Las tres víctimas se montaron juntas en las sillas.

Los tres cuellos se colocaron al mismo tiempo dentro de las sogas.

“¡Viva la libertad!” gritaron los dos adultos.

Pero el niño se quedó en silencio.

"¿Dónde está Dios? ¿Dónde está él?" preguntó alguien detrás de mí.

A una señal del jefe del campamento, las tres sillas se volcaron.

Silencio total en todo el campamento. En el horizonte, el sol se estaba poniendo.

“¡Desnudad vuestras cabezas!” gritó el jefe del campamento. Su voz era ronca. Estábamos llorando.

“¡Cúbranse la cabeza!”

Entonces comenzó la marcha pasada. Los dos adultos ya no estaban vivos. Sus lenguas colgaban hinchadas, teñidas de azul. Pero la tercera cuerda aún se movía; siendo tan ligero, el niño todavía estaba vivo. . . .

Durante más de media hora permaneció allí, debatiéndose entre la vida y la muerte, muriendo en lenta agonía ante nuestros ojos. Y teníamos que mirarlo de lleno a la cara. Todavía estaba vivo cuando pasé frente a él. Su lengua todavía estaba roja, sus ojos aún no estaban vidriosos.

Detrás de mí, escuché al mismo hombre preguntando: “¿Dónde está Dios ahora?”

Y oí una voz dentro de mí que le respondía: “¿Dónde está Él? Aquí está Él, Él está colgado aquí en esta horca. . . .”

Esa noche la sopa sabía a cadáveres.⁹

Wiesel perdió su fe en Dios en ese campo de concentración. Para él, Dios literalmente murió colgado en la horca, para nunca más resucitar. Pero, de hecho, la imagen que Wiesel evoca tan poderosamente contiene en sí misma la respuesta a su pregunta. ¿Dónde estaba Dios? La voz dentro de Elie Wiesel decía la verdad: en cierto modo, Dios colgaba al lado del joven *pipel*. Dios no se eximió ni siquiera a sí mismo del sufrimiento humano. Él también colgó de una horca, en el Calvario, y solo eso es lo que me mantiene creyendo en un Dios de amor.

Dios, en el entorno confortable del cielo, no hace oídos sordos a los sonidos del sufrimiento en este planeta que gime. Se unió a nosotros, eligiendo vivir entre un pueblo oprimido, la propia raza de Wiesel, en circunstancias de pobreza y gran aflicción. Él también fue una víctima inocente de una tortura cruel y sin sentido. En ese momento de negra desesperación, el Hijo de Dios clamó, al igual que los creyentes en los campamentos: “Dios, ¿por qué me has desamparado?”

Jesús, el Hijo de Dios en la tierra, encarnó todo lo que he estado tratando de decir sobre el dolor. Como Job, un sufridor inocente que le precedió, no recibió respuesta a las preguntas de *causa*: “¿Por qué? . . . ¿por qué?” gritó desde la cruz, y no escuchó nada más que el silencio de Dios. Aun así, respondió con fidelidad, poniendo su atención en el bien que su sufrimiento podía producir: “. . . por el gozo puesto delante de él [Cristo] soportó la cruz” (Hebreos 12:2). ¿Qué alegría? La transformación, o redención, de la humanidad.

Los escritores de los Evangelios enfatizan que el sufrimiento de Jesús no fue una cuestión de impotencia; podría haber llamado a una legión de ángeles. De alguna manera tuvo que pasar por eso para que la creación caída fuera redimida. Dios tomó el Gran Dolor de la muerte de su propio Hijo y lo usó para absorber en sí mismo todos los dolores menores de la tierra. El sufrimiento fue el costo para Dios del perdón.

El sufrimiento humano sigue siendo estéril y sin sentido a menos que tengamos alguna seguridad de que Dios simpatiza con nuestro dolor y que de alguna manera puede sanar ese dolor. En Jesús, tenemos esa seguridad.

Así, el mensaje cristiano abarca toda la gama de la ira, la desesperación y la oscuridad expresada tan elocuentemente en un libro como *Night*. Ofrece

una completa identificación con el mundo que sufre. Pero el cristianismo también da un paso más. Se llama la Resurrección, el momento de la victoria cuando el último enemigo, la misma muerte, es derrotado. Una aparente tragedia, la crucifixión de Jesús, hizo posible la curación definitiva del mundo.

¿Dios deseaba el Holocausto? Haz la pregunta de otra manera: ¿Dios deseó la muerte de su propio Hijo? Obviamente, debido a su carácter, no podría desear tales atrocidades. Y, sin embargo, ambos sucedieron, y la pregunta pasa del incontestable "¿Por qué?" a otra pregunta, "¿Con qué fin?"

En el instante del dolor, puede parecer imposible imaginar que de la tragedia pueda salir algo bueno. (Debe haberle parecido así a Cristo en Getsemaní.) Nunca sabemos de antemano exactamente cómo el sufrimiento puede transformarse en un motivo de celebración. Pero eso es lo que se nos pide que creamos. La fe significa creer de antemano lo que solo tendrá sentido al revés.

El Capellán de Dachau

No mucho después de leer los libros de Elie Wiesel y Corrie ten Boom, visité el sitio de uno de los campos de concentración nazis. En los terrenos del campo de Dachau, cerca de Munich, me reuní con un hombre que sobrevivió al Holocausto y que ha asumido la misión de anunciar al mundo que el amor de Dios es más profundo que los cenagales de la depravación humana. Me ayudó a comprender cómo la visión esperanzadora de la vida de Corrie ten Boom era posible en un lugar así.

El hombre, Christian Reger, pasó cuatro años como prisionero en Dachau. ¿Su crimen? Había pertenecido a la Iglesia Confesora, la rama de la iglesia estatal alemana que, bajo el liderazgo de Martin Niemöller y Dietrich Bonhoeffer, se opuso a Hitler. Reger, entregado a las autoridades por el organista de su iglesia, fue arrestado y enviado cientos de millas a Dachau.

Desde la liberación, Reger y otros miembros del Comité Internacional de Dachau han trabajado duro para restaurar el campo de concentración como un monumento duradero y una lección para toda la humanidad. "Nunca más" es su lema. No obstante, el campamento es difícil de encontrar, ya que los lugareños son comprensiblemente reacios a llamar la atención sobre él.

El día que visité Dachau estaba gris, frío y nublado. La niebla de la mañana colgaba baja, cerca del suelo, y mientras caminaba, gotas de humedad se juntaron en mi cara y manos. Treinta cuarteles alguna vez estuvieron en el sitio, y bloques de cimientos de concreto de un pie de alto marcan su ubicación. Uno ha sido restaurado, y los carteles señalan que a veces 1.600 personas fueron presionadas en este cuartel diseñado para 208 atestados. Los hornos de cremación son originales, dejados en pie por los libertadores aliados.

La niebla, el gris penetrante y los edificios fantasma sin terminar se sumaron a una escena espeluznante y solemne. Un niño bailaba sobre los cimientos del cuartel. Junto a las cercas de alambre de púas, florecían las lilas.

Encontré a Christian Reger en la Capilla protestante, que se encuentra cerca de un convento católico y un monumento judío. Deambula por los terrenos en busca de turistas con los que conversar en alemán, inglés o francés. Responde preguntas y recuerda libremente sus días allí como recluso.

Durante el último invierno, cuando los suministros de carbón se agotaron, los hornos finalmente se apagaron. Los prisioneros ya no tenían que soportar el hedor constante de los compañeros quemados. Muchos murieron por exposición, sin embargo, y los cuerpos fueron apilados desnudos en la nieve como leña, con un número grabado en cada uno con un marcador azul. Reger contará esas historias de terror si le preguntas. Pero él nunca se detiene allí. Continúa compartiendo su fe y cómo incluso en Dachau fue visitado por un Dios de amor.

“Nietzsche dijo que un hombre puede sufrir torturas si sabe el por qué de su vida”, me dijo Reger. “Pero aquí en Dachau, aprendí algo mucho más grande. Aprendí a conocer al Quién de mi vida. Él fue suficiente para sostenerme entonces, y es suficiente para sostenerme todavía”.

No siempre fue así. Después de su primer mes en Dachau, Reger, como Elie Wiesel, abandonó toda esperanza en un Dios amoroso. Desde la perspectiva de un prisionero de los nazis, las probabilidades en contra de la existencia de Dios parecían demasiado grandes. Luego, en julio de 1941, sucedió algo que desafió su duda.

A cada preso sólo se le permitía una carta al mes, y exactamente un mes después de la fecha de su encarcelamiento, Christian Reger recibió las

primeras noticias de su esposa. En los fragmentos de la carta, que había sido cuidadosamente recortada en pedazos por un censor, ella hablaba de la familia y le aseguraba su amor. Al final, la esposa de Reger imprimió una referencia bíblica: Hechos 4:26–29.

Reger, que había introducido una Biblia de contrabando, buscó los versículos que formaban parte de un discurso pronunciado por Pedro y Juan justo después de su liberación de la prisión. “Los reyes de la tierra toman su posición, y los gobernantes se juntan contra el Señor y contra su Ungido. En efecto, Herodes y Poncio Pilato se reunieron en esta ciudad con los gentiles y el pueblo de Israel para conspirar contra tu santo siervo Jesús, a quien tú ungiste. Hicieron lo que tu poder y tu voluntad habían decidido de antemano que debía suceder. Ahora, Señor, considera sus amenazas y permite que tus siervos hablen tu palabra con gran denuedo”.

Aquella tarde, Reger iba a ser interrogado, la experiencia más aterradora del campo. Se le pediría que nombrara a otros cristianos en la Iglesia de la Confesión en el exterior. Si sucumbía, esos cristianos serían capturados y posiblemente asesinados. Pero si se negaba a cooperar, era muy probable que lo golpearan con garrotes o lo torturaran con electricidad. Sabía de primera mano acerca de "los gobernantes que se reúnen contra el Señor", pero aparte de eso, los versículos significan poco para él. ¿Cómo podría Dios ayudarlo en un momento como este?

Reger se dirigió a la zona de espera fuera de la sala de interrogatorios. Estaba temblando. Se abrió la puerta y salió un compañero del ministerio al que Reger nunca había visto. Sin mirar a Reger ni cambiar la expresión de su rostro, se acercó a él, deslizó algo en el bolsillo del abrigo de Reger y se alejó. Segundos después aparecieron los guardias de las SS e hicieron pasar a Reger al interior de la habitación. Los interrogatorios fueron bien; eran sorprendentemente fáciles y no involucraban violencia.

Cuando Reger volvió al cuartel, estaba sudando a pesar del frío. Respiró profundamente durante varios minutos, tratando de calmarse, luego se metió en su litera, cubierta con paja. De repente recordó el extraño encuentro con el otro ministro. Metió la mano en su bolsillo y sacó una caja de fósforos. *Oh, pensó, qué gesto tan amable. Los fósforos son un bien invaluable en los cuarteles.* Sin embargo, no encontró fósforos adentro, solo un trozo de papel doblado. Reger desdobló el papel y el corazón le latía con

fuerza contra el pecho. Prolijamente impresa en el papel estaba esta referencia: Hechos 4:26–29.

Para Reger, fue un milagro, un mensaje directamente de Dios. Ese ministro no podía haber visto la carta de la esposa de Reger, el hombre era un extraño. ¿Había arreglado Dios el evento como una demostración de que aún estaba vivo, que aún podía fortalecer, que aún era digno de confianza?

Christian Reger se transformó a partir de ese momento. Fue un pequeño milagro, como sucede con los milagros, pero suficiente para anclar su fe en un cimiento que no podía ser sacudido, ni siquiera por las atrocidades que presenciaria durante los próximos cuatro años en Dachau.

“Dios no me rescató y alivió mi sufrimiento. Simplemente me aseguró que estaba vivo y sabía que yo estaba aquí. Los cristianos nos unimos. Formamos una iglesia aquí, entre otros pastores y sacerdotes convictos, un movimiento ecuménico forzado, lo llamamos. Encontramos nuestra identidad como una sola carne, como parte del cuerpo de Cristo.

“Solo puedo hablar por mí mismo. Otros se alejaron de Dios debido a Dachau. ¿Quién soy yo para juzgarlos? Simplemente sé que Dios me encontró. Para mí fue suficiente, incluso en Dachau”.

Mientras tenga salud, Christian Reger paseará rígidamente por los terrenos de Dachau, hablando a los turistas con su voz cálida y de fuerte acento. Él les dirá dónde estuvo Dios durante la larga noche en Dachau.

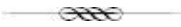
PARTE 4

¿CÓMO PODEMOS AFRONTAR EL DOLOR?



CAPÍTULO 13

FRONTERAS DE RECUPERACIÓN


*No le pregunto al herido cómo se siente,
yo mismo me convierto en el herido.*

WALT WHITMAN

Canción de mi mismo

Para aprender sobre el sufrimiento, he explorado las vidas de personas que están casi definidas por él: Brian Sternberg, Joni Eareckson Tada, sobrevivientes del Holocausto. Para la mayoría de nosotros, el sufrimiento llega por períodos más breves y con menos intensidad. Pero un hecho es válido para las aflicciones mayores y menores: las personas responden de manera diferente.

He conocido a personas con artritis reumatoide a las que les resulta difícil hablar de otra cosa, mientras que otras solo admiten su dolor después de mucho insistir y cuestionar. ¿Qué hace la diferencia? ¿Hay alguna forma de predecir la respuesta de una persona al dolor y al sufrimiento? ¿Podemos aprender a prepararnos para el dolor de tal manera que disminuyamos su impacto?

El dolor en sí mismo, que puede parecer un reflejo, no funciona como una simple respuesta de causa y efecto. Es cierto que las neuronas se activan cada vez que sienten una perturbación que representa un peligro, pero todos esos mensajes son filtrados e interpretados por el cerebro. La predisposición y la comprensión del dolor de una persona pueden alterar dramáticamente su experiencia. Responderás de manera muy diferente a un golpe repentino en la cara que un boxeador profesional, a quien se le paga una gran bolsa para someterse a quince rondas de palizas.

La comunidad médica ahora admite libremente que, en un sentido más amplio, la actitud de una persona es uno de los principales factores que determinan el efecto de todo sufrimiento. El Dr. Robert Ader, profesor de psiquiatría y psicología en la Escuela de Medicina de Rochester, reconoce que prácticamente todas las enfermedades tienen factores emocionales.

Concluye: "La teoría de los gérmenes simplemente no puede explicar por qué la gente se enferma, porque si pudiera, no sé qué tan grande es su oficina, pero si alguien contrae la gripe, entonces no entiendo por qué todo el mundo no". No lo entiendo. ¹

Albert Schweitzer solía decir que las enfermedades tendían a abandonarlo rápidamente porque encontraban muy poca hospitalidad en su cuerpo. O, como comentó un observador menos felizmente: "A veces es más importante saber qué tipo de fellah tiene un germen que qué tipo de el germen tiene un fellah". Los preparativos, lo que traemos por adelantado, pueden tener un impacto decisivo en nuestra experiencia de dolor y sufrimiento. Y conocerlos puede enseñarnos cómo ministrar a otros que sufren cuando nosotros mismos no sufrimos.

Este libro comenzó con la historia de Claudia Claxton, mi amiga que de repente se encontró luchando contra la enfermedad de Hodgkin. Le pregunté a Claudia y a su esposo John por qué esa crisis parecía unirlos, mientras que una crisis que pone en peligro la vida crea tensión y separa a la pareja con mayor frecuencia.

"Estaba trabajando como asistente de capellán en un hospital en ese momento", respondió John. "Había visto pacientes enfermos y moribundos. En las películas, las parejas que han luchado durante años de repente ante el peligro olvidan sus diferencias y se unen. Pero no funciona así en la vida real.

"Cuando una pareja enfrenta una crisis, magnifica lo que ya está presente en la relación. Dado que Claudia y yo nos amábamos profundamente y habíamos trabajado en una comunicación abierta, la crisis nos llevó el uno al otro. No surgieron sentimientos de culpa e ira mutuos. La crisis de su enfermedad simplemente hizo aflorar e intensificó sentimientos ya presentes".

Según John, la mejor manera de prepararse para el sufrimiento es trabajar en una vida fuerte y de apoyo cuando se está sano. No se pueden fabricar cimientos de fortaleza de repente; deben haber estado construyendo todo el tiempo.

La escuela del sufrimiento

Las únicas personas que pueden enseñarnos sobre el sufrimiento, tanto por nuestra propia preparación como por nuestros intentos de consolar a los

demás, son los mismos que sufren. Sin embargo, la enfermedad de otra persona, especialmente la enfermedad terminal, afrenta nuestra propia salud. Tiende a sacar lo peor de nosotros: miradas desviadas por miedo, contracciones nerviosas, promesas vacías ("Lláname si necesitas algo"), conversación reducida a parloteo. ¿Qué podemos *decir* ? ¿Vale la pena decir algo?

Confieso que no me resulta fácil estar rodeado de gente que sufre. No puedo imaginar un candidato menos probable para las visitas al hospital. Empiezo a callarme tan pronto como abro las puertas de vidrio extra anchas, debido al olor, creo. El olfato tiene una vía sensorial directa al cerebro, y esos olores antisépticos me provocan recuerdos profundos de una amigdalectomía infantil. Cuando una enfermera en el pasillo sonríe y asiente, veo a una enfermera fantasma gigante inclinada sobre mí con una bolsa de plástico para asfixiarme y quitarme el aliento.

Después de varios años de esquizofrenia profesional (escribiendo y hablando sobre el dolor mientras me sentía personalmente impotente), decidí que debía dejar de lado mi incomodidad y obligarme a estar cerca de personas que sufrían de manera regular. Por esa época, un amigo descubrió que tenía uno. de las formas de cáncer más raras y graves. En el historial médico, le dijeron los médicos a Jim, solo veintisiete personas habían sido tratadas con su condición específica. Los otros veintiséis habían muerto todos. Jim estaba explorando un nuevo territorio, solo.

Tenía treinta y tres años y sólo llevaba casado diez meses. A principios de ese año, él y su esposa habían pasado su luna de miel navegando en el Caribe. Jim se preocupaba principalmente por su carrera, su pasión por el esquí alpino y su joven matrimonio. De repente, se enfrentó a la posibilidad de morir y necesitaba ayuda.

Por invitación de Jim, comencé a acompañarlo a un grupo de terapia en un hospital cercano. Las personas se unen a los grupos de terapia por una variedad de razones: para mejorar la imagen de sí mismos, para aprender a relacionarse con los demás, para superar una adicción. Este grupo de terapia, llamado Make Today Count, estaba formado por personas que se estaban muriendo. Usaron el eufemismo "enfermedades que amenazan la vida" para sus conglomerados de cáncer, esclerosis múltiple, hepatitis, distrofia muscular y otras enfermedades similares. Cada miembro del grupo

sabía que su vida se reducía a dos cuestiones: sobrevivir y, en su defecto, prepararse para la muerte.

La primera reunión fue muy difícil para mí. Nos reunimos en una sala de espera abierta, sentados en sillas baratas de plástico moldeado de un color naranja chillón, sin duda elegidas para crear una atmósfera de alegría institucional. Enfermeros con aspecto aburrido hacían rodar camillas por los pasillos. Puertas del ascensor abiertas y cerradas. Traté de ignorar un altavoz cercano que periódicamente crujía con un anuncio o la página de un médico.

La mayoría de la gente estaba en la treintena. Ese grupo de edad, por lo general tan ajeno a la muerte, parecía tener la más profunda necesidad de hablar sobre su inesperada intrusión. La reunión comenzó con cada persona “registrándose”. Alguien había muerto en el mes desde la última reunión, y la trabajadora social proporcionó detalles de sus últimos días y el funeral. Jim me susurró que ese era el único aspecto deprimente del grupo: sus miembros siempre desaparecían.

Esperaba un tono sombrío en la reunión, pero encontré todo lo contrario. Las lágrimas fluían libremente, por supuesto, pero estas personas hablaban fácil y cómodamente sobre la enfermedad y la muerte. El grupo sirvió como el único lugar donde podían hablar con tanta libertad y aun así contar con una respuesta empática. Describieron la manera triste, casi extraña, en la que la mayoría de los amigos eludían lo que más importaba, el hecho de su enfermedad. Aquí en el grupo, podrían bajar todas las barreras protectoras.

Nancy presumió una peluca nueva que compró para cubrir su calvicie, un efecto secundario de los tratamientos de quimioterapia. Bromeó diciendo que siempre había querido tener el cabello lacio y ahora su tumor cerebral finalmente le había dado una excusa para tenerlo. Steve, un joven negro, admitió que estaba aterrorizado por lo que se avecinaba. Había luchado contra la enfermedad de Hodgkin cuando era adolescente y aparentemente había ganado, pero ahora, diez años después, los síntomas estaban regresando inesperadamente. No sabía cómo darle la noticia a su prometida. Lorraine, aquejada de tumores en la médula espinal, permaneció tendida en el suelo durante toda la reunión y rara vez habló. Había venido a llorar, dijo, no a hablar.

Lo que más me afectó fue la única persona mayor que había en la habitación, una hermosa mujer de pelo gris con el rostro ancho y huesudo

de un inmigrante de Europa del Este. Hablando en oraciones declarativas simples envueltas en un fuerte acento, expresó su soledad. El grupo le preguntó si tenía familia. Ella respondió que un hijo único estaba tratando de obtener una licencia de emergencia de la Fuerza Aérea en Alemania. ¿Y su esposo? Tragó saliva varias veces y luego dijo: “Vino a verme solo una vez. Estaba en el hospital. Me trajo mi bata de baño y algunas cosas. El médico se paró en el pasillo y le contó sobre mi leucemia”. Su voz comenzó a quebrarse y se secó los ojos antes de continuar. “Se fue a casa esa noche, empacó todas sus cosas y se fue. Nunca lo volví a ver”.

"¿Cuánto tiempo había estado casado?" Pregunté después de una pausa. El grupo jadeó en voz alta ante su respuesta: “Treinta y siete años”. (Más tarde me enteré de que algunos investigadores reportan una tasa de ruptura del setenta por ciento en los matrimonios en los que uno de los cónyuges tiene una enfermedad terminal. En este grupo de treinta personas, ningún matrimonio permaneció intacto por más de dos años, incluido el de mi amigo Jim).

Me reuní con ese grupo durante un año. Cada persona en él vivía con la peculiar intensidad que sólo la muerte puede traer. Ciertamente no puedo decir que “disfruté” de las reuniones; esa sería la palabra equivocada. Sin embargo, se convirtieron para mí en uno de los eventos más significativos de cada mes. A diferencia de una fiesta, donde los participantes intentan impresionar a los demás con signos de estatus, poder e ingenio, en este grupo nadie intentaba impresionar. Ropa, moda, muebles de apartamentos, títulos de trabajo, autos nuevos: ¿qué significan estas cosas para las personas que se preparan para morir?

Las reuniones de Make Today Count parecían confirmar el “valor de megáfono” del sufrimiento. Más que cualquier otra persona que hubiera conocido, se concentraron en cuestiones fundamentales. No podían negar la muerte, porque todos los días estaban, en palabras de Agustín, “ensordecidos por las cadenas resonantes de la mortalidad”. Me encontré deseando que algunos de mis amigos superficiales y hedonistas asistieran a una reunión.

Entre esta gente, yo, que tuve la osadía de escribir un libro sobre el tema, me sentí ignorante. Durante un año aprendí como siervo a los pies de los maestros en la escuela del sufrimiento. La mayor parte de lo que escribiré

en los próximos capítulos sobre la preparación para el sufrimiento y la ayuda a los demás, lo saqué de mis experiencias en ese grupo.

Lo que más ayuda

¿Qué podemos hacer para ayudar a los que sufren? ¿Y quién puede ayudarnos cuando sufrimos?

Comienzo con algunas buenas noticias desalentadoras. El aspecto desalentador es que no puedo darte una fórmula mágica. No hay mucho que puedas *decir* para ayudar a las personas que sufren. Algunas de las mentes más brillantes de la historia han explorado todos los ángulos del problema del dolor, preguntándose por qué la gente sufre, y aún así nos encontramos tartamudeando las mismas preguntas, sin alivio.

Como mencioné, ni siquiera Dios intentó una explicación de la causa o una justificación del sufrimiento en su respuesta a Job. El gran rey David, el hombre justo Job y, finalmente, incluso el Hijo de Dios reaccionaron al dolor de la misma manera que nosotros. Retrocedieron ante él, lo consideraron horrible, hicieron todo lo posible para aliviarlo y finalmente clamaron a Dios desesperados por ello. Personalmente, encuentro desalentador que no podamos encontrar una respuesta final y satisfactoria para las personas que sufren.

Y, sin embargo, visto de otra manera, la falta de respuesta es una noticia sorprendentemente buena. Cuando he preguntado a personas que sufren: "¿Quién te ayudó?" ninguna persona ha mencionado un Ph.D. de la Escuela de Divinidad de Yale o un filósofo famoso. El reino del sufrimiento es una democracia, y todos estamos en él o junto a él con nada más que nuestra humanidad desnuda. Todos tenemos la misma capacidad de ayudar, y eso es una buena noticia.

Nadie puede empaquetar o embotellar "la respuesta adecuada al sufrimiento". Y las palabras destinadas a todos casi siempre resultarán inútiles para una persona individual. Si acude a los propios enfermos y pide palabras de ayuda, es posible que encuentre discordia. Algunos recuerdan a un amigo que alegremente ayudó a distraerlos de la enfermedad, mientras que otros piensan que ese enfoque es insultante. Algunos quieren una confrontación honesta y directa; otros encuentran tal discusión insoportablemente deprimente.

En resumen, no existe una cura mágica para una persona con dolor. Principalmente, esa persona necesita amor, porque el amor instintivamente

detecta lo que se necesita. Jean Vanier, fundador del movimiento l'Arche, lo dice bien: “Las personas heridas que han sido rotas por el sufrimiento y la enfermedad piden una sola cosa: un corazón que los ame y se comprometa con ellos, un corazón lleno de esperanza para ellos”. 2

De hecho, la respuesta a la pregunta “¿Cómo ayudo a los que sufren?” es exactamente lo mismo que la respuesta a la pregunta “¿Cómo amo?” Si me pidiera un pasaje de la Biblia que le enseñe cómo ayudar a las personas que sufren, señalaría 1 Corintios 13 y su elocuente descripción del amor. Eso es lo que necesita una persona que sufre: amor, y no conocimiento y sabiduría. Como suele ser su modelo, Dios usa a personas muy comunes para lograr la curación.

Sin embargo, el amor mismo se descompone en actos concretos y prácticos. Nos encontramos con personas que sufren en cada escuela, en cada iglesia, en cada edificio público, así como en cada hospital. Todos nosotros algún día nos uniremos a ellos. Mientras escuchaba lo que tenían que decir, se me ocurrieron cuatro “fronteras” donde cada persona que sufre luchará: las fronteras del miedo, la impotencia, el significado y la esperanza. Nuestra respuesta al sufrimiento depende en gran medida del resultado de nuestra lucha en esas fronteras.

CAPÍTULO 14

TEMOR

*He visto parpadear el momento de mi grandeza,
Y he visto al eterno Lacayo agarrarme el abrigo,
y reírse
por lo bajo, Y en fin, tuve miedo.*

TS ELIOT

La canción de amor de J. Alfred Prufrock

El miedo es la respuesta primaria universal al sufrimiento. Y, sin embargo, sin duda, también es el mayor “enemigo de la recuperación”.

John Donne conocía bien el miedo. Escribió sus meditaciones en un día en que las olas de la peste bubónica, la Peste Negra, azotaban su ciudad de Londres. Solo la última epidemia mató a 40.000 personas. Miles más huyeron al campo, transformando barrios enteros en pueblos fantasma. Durante seis semanas, Donne estuvo al borde de la muerte, creyendo que había contraído la peste. Los tratamientos prescritos eran tan viles como la enfermedad: hemorragias, cataplasmas extraños, la aplicación de víboras y palomas para quitar los vapores malignos.

Después de notar signos de miedo en su médico tratante, Donne hizo esta descripción:

El miedo se insinúa en cada acción o pasión de la mente, y así como el gas en el cuerpo simulará cualquier enfermedad y parecerá la piedra y la gota, así el miedo simulará cualquier enfermedad de la mente. . . . Un hombre que no le teme a un león le teme a un gato; no tiene miedo de morir de hambre y, sin embargo, tiene miedo de algún trozo de carne en la mesa presentado para alimentarlo. . . . No sé qué es el miedo, ni sé qué es lo que temo ahora; No temo que mi muerte se acelere y, sin embargo, temo el aumento de la enfermedad; Creería a la naturaleza si negara que temía esto.

1

Uno pensaría que los avances en medicina desde la época de John Donne reducirían enormemente nuestros temores. No es así. Los hospitales

modernos colocan a los pacientes en habitaciones privadas en las que yacen todo el día con poco en lo que ocupar su mente, aparte de su estado de malestar. Máquinas sofisticadas zumban y zumban, algunas con tentáculos explorando el interior del propio cuerpo del paciente. En el pasillo exterior, médicos y enfermeras discuten un pronóstico en voz baja, repasando gráficos y figuras complejas. El paciente es pinchado y estudiado y sangrado y registrado, "por su propio bien", por supuesto. En definitiva, un caldo de cultivo perfecto para el miedo, que crece como una infección por estafilococos en los pasillos de los hospitales.

El aumentador de dolor

Hablamos del miedo como una emoción, pero en realidad opera más como una acción refleja, con efectos fisiológicos inmediatos. Los músculos se tensan y contraen involuntariamente, a menudo aumentando la presión sobre los nervios dañados y produciendo más dolor. La presión arterial también cambia y podemos palidecer o sonrojarnos. Una persona muy asustada puede incluso sufrir un colapso vascular y desmayarse. Todos los animales sienten miedo, incluso una ameba huye del calor y el dolor, pero los humanos parecen especialmente susceptibles. Un colon espástico, por ejemplo, un signo común de ansiedad humana, es prácticamente desconocido en otras especies.²

A medida que la emoción del miedo, basada en la mente, se filtra hacia los rincones más bajos del cuerpo, altera la percepción del dolor. Una persona con un miedo exagerado a las agujas hipodérmicas literalmente siente más dolor con una inyección que un diabético que ha aprendido a inyectarse todos los días. La fisiología es la misma en ambas personas; el miedo hace la diferencia.

Asenath Petrie, investigadora de la Universidad de Chicago, desarrolló un sistema para clasificar a las personas en tres categorías según sus respuestas al dolor (como se analiza en su libro, *La individualidad del dolor y el sufrimiento*). Los "aumentadores" tienen un umbral de dolor bajo y tienden a exagerar todo el dolor. Los "reductores", que demuestran un umbral de dolor más alto, pueden tolerar mucho más sin que se noten molestias. Los "moderados" se encuentran en el medio. Petrie encontró que el miedo es el único factor que mejor describe el enfoque de los aumentadores hacia el dolor.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Henry K. Beecher, de la Escuela de Medicina de Harvard, estudió a soldados en Italia que habían resultado heridos en batalla. Con asombro observó que solo uno de cada tres soldados con heridas graves pedía morfina. Muchos dijeron que no sentían dolor o que el dolor era menor. Este patrón contrastaba marcadamente con lo que Beecher había visto como anestesiólogo en la práctica privada: el ochenta por ciento de esos pacientes, que tenían heridas muy similares a las de los soldados, pedían morfina u otros analgésicos.

La morfina hace su magia principalmente al reducir los niveles de miedo y ansiedad del paciente. Evidentemente, los temores de los soldados habían sido reemplazados por un sentimiento de orgullo por el significado de la herida o, en algunos casos, por el alivio de estar lejos del campo de batalla. Beecher concluyó: “No existe una relación directa simple entre la herida per se y el dolor experimentado. El dolor está determinado en gran parte por otros factores”.³

Para la mayoría de nosotros, los miedos que acompañan al sufrimiento son fáciles de identificar. Tememos la experiencia del dolor y lo desconocido. También podemos temer a la muerte. ¿Soy una carga? ¿Qué me estoy perdiendo? ¿Tengo un futuro? ¿Volveré a estar saludable alguna vez? ¿Estoy siendo castigado?

Las personas que sufren, ya sea por dolor físico o psicológico, a menudo sienten una opresiva sensación de soledad. Se sienten abandonados, por Dios y también por los demás, porque deben soportar el dolor solos y nadie más los comprende del todo. La soledad aumenta el miedo, que a su vez aumenta el dolor, y la espiral desciende.

Una noche, un miembro del grupo Make Today Count trajo a la reunión un libro lleno de dibujos hechos por niños enfermos. Sus figuras de palitos y palabras sencillas expresaban vívidamente estos temores primarios. Un niño dibujó un tanque militar grande y feo, lleno de armas. Justo en frente del tanque, al final del cañón del arma, colocó una pequeña figura de palo, él mismo, sosteniendo una señal roja de alto.

Otro niño sacó una aguja hipodérmica de gran tamaño con un anzuelo con púas en el extremo. Una niña de ocho años se dibujó a sí misma acostada en una cama de hospital, con la leyenda: “Me siento sola. Ojalá estuviera en mi propia cama. No me gusta estar aquí. Huele raro. Unas

páginas más adelante, la misma niña tenía otro dibujo, esta vez en el escenario de un consultorio médico. La silla, la mesa de exploración y los archivadores se dibujaron a escala gigante. La niña se retrató muy pequeña, sentada en el borde de la mesa. Un globo que le salía de la boca contenía dos palabras: “Tengo miedo”.

Temor que desarma

En cierto sentido, toda la primera mitad de este libro representa mi propio intento de “desarmar” el miedo. El conocimiento sobre el dolor y la comprensión del papel que juega en la vida ayudan a disminuir mi miedo. Ahora veo el dolor no como un enemigo que debo vencer, sino más bien como una señal protectora con la que debo llegar a un acuerdo. Me maravillo del increíble diseño que entró en el sistema nervioso. Visualizo el dolor no como una mancha sucia que debo blanquear de alguna manera, sino como un ejemplo de mi cuerpo hablándome sobre un tema de vital importancia.

El dolor es, con mucho, la forma más efectiva para que mi cuerpo llame mi atención. Así empiezo por escuchar mi dolor. Ahora que entiendo su valor, el sufrimiento es mucho menos temible. También descubrí que junto con ese conocimiento viene la *gratitud*, una de mis armas emocionales más efectivas para combatir el miedo.

En otro nivel, el nivel espiritual, mi estudio de la Biblia me ha convencido de que el hecho de sufrir no significa que Dios esté en mi contra. Principalmente a través del ejemplo de Jesús, he aprendido a ver que Dios está de nuestro lado; Pablo lo llama, apropiadamente, “Padre misericordioso y Dios de toda consolación” (2 Corintios 1:3).

La Biblia es una guía para los cristianos, y creo que su sabiduría sobre el sufrimiento ofrece un gran antídoto contra el miedo. “El amor perfecto echa fuera el temor”: el conocimiento personal del Dios del amor perfecto puede conquistar el temor como la luz destruye las tinieblas. No necesito involucrarme en esfuerzos frenéticos para “reunir fe”. Dios ya está lleno de preocupación amorosa, y no necesito impresionarlo con calistenia espiritual.

El cristiano tiene muchos recursos disponibles para ayudar a evitar el miedo. Así como la emoción del miedo se filtra desde la mente para causar cambios fisiológicos directos, el acto de la oración puede contrarrestar esos mismos efectos al apartar mi atención de mi cuerpo hacia la conciencia del

alma y el espíritu. La oración corta la sobrecarga sensorial y me permite dirigirme a Dios. Mientras lo hago, mi cuerpo se aquieta y se calma. Los músculos viscerales tensos por el miedo comienzan a relajarse. Una paz interior reemplaza la tensión.

Estos mismos resultados pueden lograrse a través de ejercicios de meditación, por supuesto, pero la oración a Dios ofrece beneficios adicionales. Ayuda a combatir el aislamiento del dolor al alejar mi enfoque de mí mismo y de mis propias necesidades mientras me esfuerzo por considerar las necesidades de los demás. Recuerde cómo el tañido de la campana incitó a John Donne a pensar en su vecino que había muerto de peste.

Devociones de Donne, de hecho, ofrecen un modelo maravilloso de un cristiano que aprende a desarmar el miedo. Como muestra la cita al principio de este capítulo, Donne conocía bien el miedo. La mayor parte del tiempo luchaba solo contra esos miedos, porque en aquellos días las víctimas de enfermedades contagiosas estaban sujetas a cuarentena. Mientras yacía en su cama, se preguntó si Dios también estaba participando en la cuarentena. ¿Dónde estaba la presencia prometida de Dios?

El miedo real de Donne no era el clamor metálico de las células de dolor por todo su cuerpo; temía a Dios. Preguntó el "¿Por qué yo?" pregunta una y otra vez. El calvinismo todavía era nuevo entonces, y se preguntó si Dios estaba detrás de la plaga después de todo. La culpa de su pasado descubierto acechaba como un demonio cerca. Tal vez en verdad estaba sufriendo como resultado de algún pecado anterior.

Donne nunca resuelve realmente el "¿Por qué yo?" preguntas en su libro, pero *Devotions* registra, paso a paso, cómo llegó a resolver sus miedos. Obsesionado, repasa cada aparición bíblica de la palabra *miedo*. Mientras lo hace, se da cuenta de que la vida siempre incluirá circunstancias que incitan al miedo: si no enfermedad, dificultades financieras, si no pobreza, rechazo, si no soledad, fracaso. En un mundo así, Donne tiene una opción: temer a Dios o temer a todo lo demás.

En un pasaje que recuerda la letanía de Pablo en Romanos 8 ("Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios... podrán separarnos del amor de Dios..."), Donne marca sus miedos potenciales. ¿Grandes enemigos? No representan ninguna amenaza, porque Dios puede vencer a cualquier enemigo. ¿Hambruna? No, porque Dios

puede suplir. ¿Muerte? Incluso ese, el peor temor humano, no es una barrera permanente para los que temen a Dios.

Donne determina que lo mejor que puede hacer es cultivar un temor apropiado del Señor, porque ese temor puede suplantar a todos los demás. Finalmente reza, “. . . como me diste un arrepentimiento, de que no me arrepienta, así dame, oh Señor, un temor del cual no tenga miedo.” En el sentido más importante, no importaba si su enfermedad era un castigo o simplemente un accidente natural. En cualquier caso, confiaría en Dios, porque al final la *confianza* representa el temor apropiado del Señor.

En Devociones, Donne compara el proceso con su cambio de actitud hacia los médicos. Inicialmente, mientras exploraban su cuerpo en busca de nuevos síntomas y discutían sus hallazgos en voz baja fuera de su habitación, no pudo evitar sentir miedo. Pero con el tiempo, al ver su preocupación compasiva, se convenció de que merecían su confianza. El mismo patrón se aplica a Dios. A menudo no entendemos sus métodos o las razones detrás de ellos. Pero la cuestión de fondo es si es un “médico” digno de confianza. Donne decidió que sí.

¿Cuál es la forma correcta de acercarnos a un Dios al que tememos? En respuesta, Donne muestra una frase de la historia de Mateo sobre las mujeres que descubrieron la tumba vacía de Jesús: se alejaron rápidamente de la escena “con temor y, sin embargo, con gran alegría”. Donne ve en sus “dos piernas de miedo y alegría” un patrón para sí mismo.

Seguramente el miedo estaba en el aire en el momento de la Resurrección. ¿Cómo podrían no temer a un Dios de tan asombroso poder? Después de todo, las mujeres se habían encontrado con Jesús de pie al borde del jardín, vivo de nuevo. Sucedían cosas extrañas. Huyeron de la escena con piernas de miedo, sí, pero también con piernas de alegría, porque los extraños acontecimientos eran signos de la mejor noticia posible: Jesús había vencido incluso a la muerte. Y con esa misma esperanza, John Donne encontró por fin un miedo del que no debía temer.

Disponibilidad

Una situación diferente se presenta cuando no soy yo quien sufre, sino alguien más a quien quiero ayudar. ¿Qué puedo hacer para aliviar su miedo? He aprendido que la simple disponibilidad es la fuerza más poderosa que podemos aportar para ayudar a calmar los miedos de los demás.

Instintivamente, me alejo de las personas que sienten dolor. ¿Quién puede saber si quieren hablar sobre su situación o no? ¿Quieren ser consolados o animados? ¿Qué bien puede hacer mi presencia? Mi mente da vueltas a estas racionalizaciones y, como resultado, termino haciendo lo peor posible: me mantengo alejado.

Una y otra vez, las personas que sufren, especialmente mis amigos en Make Today Count, han enfatizado lo mucho que significa que las personas sanas estén disponibles. No son nuestras palabras o nuestras intuiciones lo que más quieren; es nuestra mera presencia. Al estar a su lado en un momento de necesidad transmitimos el mismo consuelo que un padre le da a un hijo confundido y herido: “Está bien, está bien”. *El mundo seguirá. Estoy contigo en este momento de miedo.*

Tony Campolo cuenta la historia de ir a una funeraria a presentar sus respetos a la familia de un conocido. Por error terminó en el salón equivocado. Contenía el cuerpo de un anciano, y su viuda era la única doliente presente. Parecía tan sola que Campolo decidió quedarse para el funeral. Incluso condujo con ella al cementerio.

Al final del servicio junto a la tumba, mientras él y la mujer se alejaban, Campolo finalmente confesó que no había conocido a su esposo. “Eso mismo pensé”, dijo la viuda. No te reconocí. Pero en realidad no importa”. Le apretó el brazo con tanta fuerza que le dolió. “Nunca, jamás, sabrás lo que esto significa para mí”.

He mencionado que nadie ofrece el nombre de un filósofo cuando hago la pregunta: “¿Quién te ayudó más?” La mayoría de las veces responden describiendo a una persona tranquila y sin pretensiones. Alguien que estaba ahí cuando se le necesitaba, que escuchaba más que hablaba, que no se quedaba mirando el reloj, que abrazaba, tocaba y lloraba. En resumen, alguien que estaba disponible y que vino en los términos de la víctima y no en los suyos propios.

Una mujer, paciente de cáncer en el grupo Make Today Count, mencionó a su abuela. Una dama bastante tímida, no tenía nada que ofrecer más que tiempo. Simplemente se sentó en una silla y tejió mientras su nieta dormía. Estaba disponible para hablar, ir a buscar un vaso de agua o hacer una llamada telefónica. “Ella era la única persona allí bajo mis términos”, dijo la nieta. “Cuando me despertaba asustado, me tranquilizaba solo verla allí”.

Menospreciamos con razón a los tres amigos de Job por su respuesta insensible a su sufrimiento. Pero lea de nuevo el relato: Cuando llegaron, se sentaron en silencio junto a Job durante siete días y siete noches antes de abrir la boca. Al final resultó que, esos fueron los momentos más elocuentes que pasaron con él.

Los judíos practican una costumbre llamada *shiva* después de una muerte en la comunidad. Durante ocho días amigos, vecinos y parientes prácticamente toman la casa del doliente, trayendo sus propias cajas de frutas para sentarse. Proporcionan comida, limpian, conversan y, en definitiva, imponen su presencia al doliente. La persona en duelo que desea tranquilidad o privacidad puede encontrar irritante la presencia de tantos invitados. Pero el mensaje llega con fuerza: *no los dejaremos solos. Llevaremos este dolor con ustedes*. El miedo, que prospera en la soledad, se marchita.

En una comida altamente simbólica, los visitantes alimentan al doliente como a un bebé, con sus propios tenedores y cucharas. La sabiduría de las épocas ha enseñado a su cultura este ritual de disponibilidad forzada, ya que el doliente necesita la presencia de los demás, ya sea él o ella. reconoce la necesidad.

Se cuenta una historia sobre el gran compositor Beethoven, un hombre no conocido por su gracia social. Su sordera hacía que la conversación fuera difícil y humillante para él. Cuando se enteró de la muerte del hijo de un amigo, Beethoven, abrumado por el dolor, se apresuró a ir a la casa del doliente. No tenía palabras de consuelo que ofrecer. Pero vio un piano en la habitación y fue hacia él. Durante la siguiente media hora tocó el piano, expresando sus emociones de la forma más expresiva que conocía. Después de que terminó de jugar, se fue. El amigo comentó más tarde que la visita de nadie más había significado tanto.

Agentes de Dios

Además de la presencia personal, ¿qué más podemos ofrecer? ¿Qué dice uno en un momento así? Constantemente he obtenido la misma respuesta de personas que sufren: importa poco lo que decimos, importa mucho más nuestra preocupación y disponibilidad. Si podemos ofrecer un oído atento, ese puede ser el regalo más apreciado de todos.

Betsy Burnham, en un libro escrito poco antes de su muerte por cáncer, contó una de las cartas más significativas que recibió durante su

enfermedad:

Estimada Betsy,

Tengo miedo y vergüenza. Con los problemas que estás enfrentando, ¿qué derecho tengo de decirte que tengo miedo? He encontrado una excusa tras otra para no venir a verte. Con todo mi corazón, quiero acercarme y ayudarte a ti y a tu familia. Quiero estar disponible y ser útil. Sobre todo, quiero decir las palabras que te harán bien. Pero el hecho es que tengo miedo. Nunca antes había escrito algo como esto. Espero que me entiendas y me perdones.

Amor,
Ana ⁴

Ana no pudo encontrar la fuerza personal necesaria para estar disponible para su amiga. Pero al menos compartió sus sentimientos honestos con Betsy y se hizo vulnerable. Eso también era una forma de disponibilidad.

Otra mujer, reflexionando sobre las cartas que ella y su esposo recibieron en medio de una tragedia familiar, me dijo que la misma torpeza de las cartas las hizo significativas para ella. Muchos escritores se disculparían por su ineptitud al no saber qué decir. Pero para ella, la angustiosa búsqueda de palabras a tientas era el punto central: su "pura confusión" expresaba mejor lo que ella y su familia también estaban sintiendo.

La persona que sufre probablemente esperará de ti el mismo tipo de amistad que tenías antes. Rara vez se desarrollan relaciones cercanas entre personas que sufren y extraños. En cambio, la crisis los obliga a volver a las relaciones que habían construido en la salud. Ofrece las mismas cualidades que compartiste en tiempos saludables. Si sueles contar chistes, hazlo. Si les resulta natural leer la Biblia y orar juntos, háganlo. Si su relación anterior consistía en una conversación ligera y un poco de chismes, comience en ese nivel hasta que se sienta cómodo para seguir adelante. Todo lo demás ha cambiado en el mundo de una persona enferma; él o ella necesita la seguridad de que la amistad no ha cambiado.

Las restricciones de tiempo nos ponen límites, por supuesto, y no todos tenemos la libertad de dejar de lado otras demandas y ofrecer grandes bloques de tiempo. Pero todos podemos orar, una forma poderosa de disponibilidad. Y podemos ofrecer muestras regulares y consistentes de nuestro cuidado. Las personas que sufren dicen que el miedo y la soledad

aparecen en momentos inesperados, y la regularidad suele ser más importante que la cantidad de tiempo que una persona puede dedicar. La regularidad se vuelve cada vez más importante con enfermedades que tienden a prolongarse durante largos períodos de tiempo, como la enfermedad de Parkinson.

Un hombre me dijo que la persona más útil durante su larga enfermedad fue un colega de la oficina que llamaba todos los días, solo para verificar. Sus visitas, normalmente dos veces por semana, nunca superaban los quince minutos, pero la constancia de sus llamadas y visitas se convirtió en un punto fijo, algo con lo que podía contar cuando todo lo demás en su vida parecía inestable.

Hay límites, por supuesto, en lo que la mera amistad puede lograr. Por autocompasión, las personas que sufren pueden erigir barreras contra ti. "Nunca entenderás; nunca has pasado por algo así", pueden decir. En tales casos, una persona que haya pasado por una experiencia similar puede estar mejor calificada para ayudar, especialmente con el problema del miedo.

Joni Eareckson Tada fue sacada de su autocompasión por la visita al hospital de un tetrapléjico alegre y radiante (ahora continúa la cadena al ministrar a los demás). El padre Damián no dio frutos en su trabajo entre los leprosos en Molokai, Hawái, hasta que él mismo contrajo la enfermedad y pudo relacionarse con ellos como un compañero de sufrimiento. Reconociendo este principio, los hospitales cooperan sabiamente con programas en los que una mujer que se enfrenta a una mastectomía, por ejemplo, puede recibir "consejería de amistad" de otra persona que ha vivido la experiencia.

Make Today Count en sí mismo representa un programa de este tipo. Su fundador, Orville Kelly, se dio cuenta de que nadie entendía completamente su miedo excepto otros pacientes con cáncer. Como resultado, organizó la primera red de apoyo mutuo para personas con enfermedades que amenazan la vida. Ahora, la Sociedad Estadounidense del Cáncer patrocina una línea telefónica abierta las veinticuatro horas del día para asesorar a los pacientes con cáncer.

Aún así, aquellos que están al lado sin ninguna habilidad especial no tienen por qué sentirse inútiles. Nada más, ningún programa aprendido de "cómo hacerlo", ningún obsequio costoso, vale más para la víctima que la cómoda seguridad de su presencia física. Déjenme decir esto con cuidado,

pero díganlo de todos modos. Creo que nosotros en el cuerpo de Cristo estamos llamados a mostrar amor *cuando Dios parece no hacerlo*.

Las personas que sufren a menudo tienen la sensación de que Dios las ha dejado. Nadie expresó esto mejor que CS Lewis en el conmovedor diario que escribió después de la muerte de su esposa (*A Grief Observed*). Lewis dijo que en el momento de su necesidad más profunda, Dios, que siempre había estado disponible para él, de repente parecía estar ausente. Lewis sintió miedo y abandono, y al final fue la comunidad de otros cristianos quienes ayudaron a restaurarlo.

Recuerde, también, los estudios bíblicos que vieron a Corrie ten Boom a través de los campos de concentración nazis, y el extraño que deslizó una simple palabra de aliento a Christian Reger. Dios les dio a conocer su presencia a través de sus agentes, otros seres humanos. Del mismo modo, los que estamos al lado debemos a veces expresar oraciones que la persona que sufre aún no puede orar. En momentos de sufrimiento o dolor extremos, muy a menudo el amor de Dios se percibe mejor a través de la carne de personas comunes como tú y como yo. De tal manera podemos funcionar como el cuerpo de Jesucristo.

CAPÍTULO 15

IMPOTENCIA

El médico dijo: Esto y aquello indica que esto-y-aquello está mal contigo, pero si un análisis de esto-y-aquello no confirma nuestro diagnóstico, debemos sospechar que tienes esto-y-aquello, entonces . . . y así. Solo había una pregunta que Ivan Ilich quería responder: ¿era peligrosa su condición o no? Pero el médico ignoró esa pregunta por irrelevante.

LEO TOLSTOY

La muerte de Iván Ilich

El Dr. Curt Richter, psicólogo de la Universidad Johns Hopkins, utilizó dos ratas salvajes en un experimento bastante perverso. Dejó caer Rat One, el animal de "control", en un tanque de agua tibia y cronometró la reacción. Dado que las ratas son buenas nadadoras, la criatura remó y se agitó durante sesenta horas antes de que finalmente sucumbiera al agotamiento y se ahogara.

Richter agregó un paso con Rat Two, sujetando al animal con fuerza en sus manos durante unos minutos hasta que dejó de forcejear. Cuando lo tiró al agua, reaccionó de manera muy diferente. Después de chapotear durante unos minutos, Rat Two se hundió pasivamente hasta el fondo del tanque y murió. Richter teoriza que simplemente "se rindió". La futilidad de la lucha en sus manos había convencido a la rata de que su destino era desesperado incluso antes de tocar el agua. En efecto, Rata Dos murió de impotencia resignada.¹

Otros experimentos demuestran que la sensación de impotencia, como el miedo, en realidad puede cambiar la fisiología. Dos grupos diferentes de ratas se someten a las mismas descargas eléctricas. Los animales del Grupo Uno, que tienen cierta medida de control, pronto aprenden a cortar la corriente manipulando una palanca. El grupo dos, sin embargo, no tiene palanca. Después de un tiempo, simplemente debido al estrés (el voltaje es inofensivo), el sistema inmunológico transportado por su sangre sufre

cambios radicales y las ratas del segundo grupo se vuelven mucho más vulnerables a las enfermedades.

Experimentos en humanos, no tan perversos, también muestran que el sentimiento de impotencia altera no sólo la actitud psicológica de una persona, sino también la percepción real del dolor mismo. El umbral del dolor puede elevarse hasta en un cuarenta y cinco por ciento mediante simples tácticas de distracción.

En una serie de experimentos, los investigadores trataron de desviar la atención del sujeto haciendo sonar campanas, tocando repetidamente su mano, leyendo una historia de aventuras en voz alta y haciendo que el sujeto leyera una columna de números. Cuando los científicos usaron tales tácticas durante una prueba de tolerancia al calor, tuvieron que aplicar un cuarenta y cinco por ciento más de calor para que el sujeto preocupado notara el dolor. Los investigadores se sorprendieron al ver que las ampollas se hinchaban en los brazos de los sujetos mientras estos se concentraban en contar de cincuenta a uno, hacia atrás. En cambio, si el sujeto no tenía más que hacer que pensar en su dolor (como ocurre en muchos hospitales y residencias de ancianos), mostraba una sensibilidad mucho mayor².

Perder el sentido del lugar

Las personas en mi grupo Make Today Count hablaron sobre un síndrome que denominaron "muerte pre-mortem", en efecto, un caso avanzado de impotencia. Se desarrolla cuando familiares y amigos bien intencionados intentan hacer más llevaderos los últimos meses del moribundo. El síndrome comienza con comentarios como estos: "¡Oh, no debes hacer eso! Sé que siempre has sacado la basura, pero la *verdad*, no en tu estado. Dejame hacerlo." "No se agobie con equilibrar la chequera. Solo crearía una preocupación innecesaria para ti. Me encargaré de eso de ahora en adelante." "Creo que será mejor que te quedes en casa. Tu resistencia es muy baja".

Gradualmente, inexorablemente, todo lo que le ha dado a una persona un sentido de lugar, un rol en la vida, es arrebatado. Una madre alienta a su hija soltera a vender su casa y regresar a casa. La hija lo hace, pero pronto descubre que en el proceso de ser ayudada también ha perdido su identidad independiente. Los sentimientos de valía y valor, precarios por la enfermedad, se alejan cada vez más. Como me dijo un hombre: "Toda mi vida he recibido retroalimentación: calificaciones en la escuela,

evaluaciones de desempeño en el trabajo, charlas de ánimo de entrenadores deportivos. De repente no tengo manera de medir mi desempeño en la vida. Si tengo una lista de cosas por hacer, soy el único al que le importa si se hace”.

Obviamente, una persona muy enferma a veces debe depender de otros para ayudar a manejar los asuntos prácticos de la vida. Pero como aprendí de los miembros del grupo, los espectadores podemos caer fácilmente en un patrón que, si no se controla, puede erradicar todo lo que da dignidad a una persona. El Dr. Eric Cassell, internista de la Universidad de Cornell, concluyó acerca de sus pacientes: “Si tuviera que elegir el aspecto de la enfermedad que es más destructivo para los enfermos, elegiría la pérdida de control”.³

Las personas que sufren ya tienen dudas sobre su lugar en el mundo. A menudo deben dejar de trabajar, y el cansancio provocado por la enfermedad o el tratamiento hace que cada acción sea más difícil y tediosa. Y, sin embargo, como todos nosotros, necesitan aferrarse a alguna seguridad de que tienen un lugar, que la vida no continuaría sin problemas si simplemente desaparecieran, que la chequera se desequilibraría si no fuera por su atención experta. Los compañeros sabios aprenden buscar el delicado equilibrio entre ofrecer ayuda y ofrecer demasiada ayuda.

La sociedad moderna complica en gran medida este problema de un sentido de lugar, ya que no tiene un "lugar" natural para las personas enfermas. Los ponemos fuera de la vista, detrás de las paredes institucionales de hospitales y hogares de ancianos. Los hacemos acostarse en camas, sin nada que los ocupe más que los dispositivos de control remoto que operan los televisores. Viven de acuerdo con los horarios de otras personas, no con los suyos propios: una enfermera los despierta, el hospital decide cuándo darles de comer, llegan visitas, una enfermera apaga la luz por la noche. (Por esta razón, muchos pacientes que reciben visitas prefieren que llamen primero antes de pasar; les da una mayor sensación de control sobre su horario).

He hecho una especie de estudio de los estantes de tarjetas, a veces visitando nuevas farmacias y tiendas de tarjetas solo para mirar. Las tarjetas para personas enfermas se dividen en distintas categorías: tarjetas sentimentales con imágenes de flores y poemas melosos, tarjetas picantes

con mensajes sobre todas las fiestas salvajes que se pierde el destinatario, tarjetas sinceras con una expresión solemne de simpatía, tarjetas inteligentes ilustradas por caricaturistas del *New Yorker* . . Todos tienen el mismo mensaje implícito, expresado en su título: “tarjetas de recuperación”.

Una tarjeta tiene en la portada, "Mejórate pronto", y luego adentro, "de lo contrario, alguien podría robarte el trabajo". Otro dice: “Todos esperan que te sientas mejor pronto, excepto yo”, y en su interior, “¡Espero que te sientas mejor ahora mismo!”. "Este no es momento para estar enfermo", dice uno de los hipopótamos de Boynton desde una cama de hospital, "se acerca el fin de semana". ¿Qué queja podría tener contra estas hábiles expresiones de simpatía? El mensaje subyacente sutil: *Estás fuera de servicio, inútil. No encajas , en el trabajo, en las fiestas. Te lo estas perdiendo. Tú no estás bien. Solo mejórate , y luego podrás reincorporarte a la vida.*

Mis amigos en el grupo Make Today Count, ninguno de los cuales probablemente mejorará, me inculcaron que algo tan inocuo como una tarjeta de felicitación puede profundizar la devastadora sensación de sentirse fuera de lugar, sin un papel válido en la vida.

A veces sueño con producir mi propia línea de tarjetas de recuperación. Ya tengo una idea para el primero. La portada tendría letras enormes, tal vez con fuegos artificiales en el fondo, deletreando ¡FELICITACIONES! En el interior, este mensaje: “. . . a los 98 billones de células en su cuerpo que todavía funcionan sin problemas y de manera eficiente”.

Buscaría formas de comunicar el mensaje de que una persona enferma no es una *persona enferma*, sino una persona valiosa que tiene algunas partes del cuerpo que no funcionan bien. Quizás el ejercicio de escribir una serie de cartas como esa me ayudaría a combatir mi propia tendencia de etiquetar mentalmente a los individuos como enfermos y discapacitados, complicando así su batalla contra la impotencia.

En un discurso a las diaconisas alemanas involucradas con personas discapacitadas, el teólogo Jürgen Moltmann atacó la distinción moderna que tiende a distanciar a las personas sanas de las discapacitadas o discapacitadas. En realidad, no existe tal cosa como una vida sin discapacidad, dijo; sólo el ideal de salud establecido por una sociedad de capaces condena a cierto grupo de personas a ser llamadas minusválidas. Nuestra sociedad define arbitrariamente la salud como la capacidad de

trabajo y la capacidad de disfrute, pero “la verdadera salud es algo muy diferente. La verdadera salud es la fuerza para vivir, la fuerza para sufrir y la fuerza para morir. La salud no es una condición de mi cuerpo; es el poder de mi alma para hacer frente a la condición variable de ese cuerpo”. En ese sentido, toda vida humana es limitada, vulnerable y débil. ⁴

Defiéndete

Norman Cousins, editor durante mucho tiempo de *Saturday Review*, emprendió una cruzada de un solo hombre contra los sistemas de atención médica modernos que fomentan la indefensión. Hospitalizado por una misteriosa condición de parálisis progresiva (diagnosticada como espondilitis anquilosante, una degeneración del tejido conectivo en la columna), Cousins descubrió que el hospital parecía perfectamente diseñado para inmovilizar no solo su cuerpo sino también su espíritu. “La voluntad de vivir no es una abstracción teórica, sino una realidad fisiológica con características terapéuticas”, escribió en *Anatomía de una enfermedad*. Pero el ambiente hospitalario tendía a sofocar esa voluntad de vivir.

La medicación empañaba su conciencia de la realidad. El confinamiento en cama lo inquietaba y lo deprimía. Enfermeras y médicos invadieron los orificios de su cuerpo y robaron fluidos. Incapaz de trabajar y aislado de sus relaciones más íntimas, sintió una pérdida paulatina de control sobre su destino.

Cousins trató de identificar los obstáculos que enfrentaba, como se muestra en esta lista parcial:

En primer lugar, estaba el sentimiento de impotencia, una enfermedad grave en sí misma.

Existía el miedo subconsciente de no poder volver a funcionar con normalidad nunca más. . . .

Existía la renuencia a ser considerado un quejoso.

Existía el deseo de no aumentar la ya grande carga de aprensión que siente la familia; esto sumado al aislamiento.

Estaba el conflicto entre el terror a la soledad y el deseo de estar solo.

Estaba la falta de autoestima, el sentimiento subconsciente tal vez de que nuestra enfermedad era una manifestación de nuestra insuficiencia.

Existía el temor de que se tomaran decisiones a nuestras espaldas, de que no se supiera todo lo que queríamos saber, pero temíamos saber.

Existía el miedo morboso a la tecnología intrusiva, el miedo a ser metabolizados por una base de datos, para no recuperar nunca más nuestros rostros.

Hubo resentimiento hacia los extraños que se acercaron a nosotros con agujas y viales, algunos de los cuales pusieron sustancias supuestamente mágicas en nuestras venas y otros que tomaron más sangre de la que pensábamos que podíamos permitirnos perder.

Estaba la angustia de ser conducido a través de pasillos blancos a laboratorios para todo tipo de extraños encuentros con máquinas compactas y luces parpadeantes y discos giratorios.

Y estaba el vacío absoluto creado por el anhelo —inerradicable, incesante, penetrante— por el calor del contacto humano.

Una cálida sonrisa y una mano tendida se valoraban incluso por encima de las ofertas de la ciencia moderna, pero estas últimas eran mucho más accesibles que las primeras.⁵

Norman Cousins sabía que los médicos no podían “curarlo”; en el mejor de los casos podrían aprovechar la vitalidad que existía en las células de su cuerpo. Pero sintió que esa vitalidad se desvanecía. En un intento por recuperar el control de su propio destino y revivir su voluntad de vivir, lanzó una campaña total contra la impotencia. Como registra su libro, empleó algunas tácticas poco ortodoxas.

Primero, Cousins colocó un letrero en su puerta que limitaba al personal del hospital a una muestra de sangre cada tres días, que tenían que compartir. Habían estado tomando hasta cuatro muestras de sangre en un día, simplemente porque era más conveniente para cada departamento del hospital obtener sus propias muestras. su propio cuerpo

Cousins también tomó prestado un proyector de películas y programó un horario todos los días para ver películas de los hermanos Marx y Charlie Chaplain. Pensó que dado que las emociones negativas producen cambios químicos en el cuerpo, tal vez las emociones positivas podrían contrarrestarlos. Hizo el “descubrimiento alegre de que diez minutos de verdadera carcajada me darían al menos dos horas de sueño sin dolor”.

Tan pronto como su salud se lo permitió, Cousins se mudó de su habitación del hospital a una habitación de hotel cercana. Le costó un tercio, proporcionó un ambiente más sereno (y más lujoso) y le permitió

programar comidas y llamadas de despertador a su conveniencia, nadie más.

Aunque Norman Cousins advierte contra hacer de su régimen un modelo para otras personas, sus resultados fueron realmente impresionantes. Al principio, su médico le había dado una posibilidad entre quinientas de recuperarse por completo; cierta parálisis parecía inevitable. Pero se recuperó por completo, prolongó su vida por varias décadas más felices y, mucho después de la edad en que la mayoría de la gente se jubila, emprendió una nueva carrera dando conferencias sobre asuntos de salud.

Indefenso No Más

Los cambios que sugiere Norman Cousins requerirían una revisión completa de los sistemas de atención médica modernos, algo que es poco probable que suceda pronto. Pero podemos dar pequeños pasos hacia su objetivo de "humanizar" la atención médica, ayudándonos a nosotros mismos como pacientes a sentirnos menos como un chip en una computadora y más como un socio en la recuperación.

Algunas soluciones son simples. En un estudio de 1984 publicado en *Science*, Roger S. Ulrich descubrió que los pacientes con vesícula biliar que miraban hacia un grupo de árboles en lugar de una pared de ladrillos tenían estadías postoperatorias más cortas y tomaban menos analgésicos moderados. Idealmente, concluyó, los hospitales deberían construirse junto a parques públicos o en un entorno pintoresco. Cada vez más arquitectos tienen en cuenta estos factores ambientales al diseñar instalaciones médicas.

En un intento de reclutar pacientes como socios en la batalla contra la impotencia, algunas clínicas del dolor negocian "contratos" con sus pacientes. Primero hacen que el paciente articule sus objetivos: aprender a caminar, levantar un brazo en alto sin dolor, conseguir un trabajo de medio tiempo. Luego dividen esos objetivos en etapas y asignan objetivos semanales: de pie durante cinco minutos, luego diez minutos; caminar por la habitación con un bastón y luego sin bastón. El personal médico registra el progreso semanal de cada paciente y elogia con entusiasmo cada nuevo nivel de logro.

¿Por qué debemos depender de profesionales pagados para tal estímulo? Los amigos y familiares pueden lograr exactamente lo mismo formando un "contrato" con la persona en recuperación y luego recompensando cualquier pequeña victoria sobre la impotencia.

También podemos asegurarnos de que el paciente en recuperación tenga diversiones significativas. Así como la percepción del dolor aumenta en intensidad cuando un sujeto de investigación no tiene otras diversiones, la sensación de impotencia aumenta cuando un paciente yace solo, sin nada que hacer o pensar excepto en el dolor. No puedo imaginar un lugar más desafiante para combatir el dolor que una habitación de hospital. Sin embargo, incluso en ese ambiente estéril se pueden encontrar fuentes de diversión.

En los hospitales pasan tan pocas cosas que hay que atender a los pequeños detalles. En lugar de tragar del vaso de papel, trague lentamente, consciente de los músculos de la glotis y de la textura y el sabor del agua en la boca. Mire fijamente los pétalos individuales de las flores en la habitación, buscando patrones sutiles de diseño. Pase las manos sobre las sábanas, la cama y las mantas para sentir las texturas.

Un espíritu humano resiliente puede encontrar formas extraordinarias de combatir el aislamiento y la privación. Benjamin Weir era un misionero presbiteriano en Beirut, Líbano, secuestrado por musulmanes chiítas. Durante dieciséis meses estuvo retenido en las circunstancias más deprimentes. No tenía vista de los árboles por la ventana; con los ojos vendados la mayor parte del tiempo, no tenía vista en absoluto. Con las manos esposadas, no tenía libertad para pasar los dedos por varias texturas.

Weir no tenía control sobre su horario, su comida o cualquier otra cosa en su rutina diaria. Y, sin embargo, incluso en esas circunstancias, pudo recurrir a suficientes reservas de espíritu para superar la sensación de indefensión que lo adormecía. No tenía a nadie a quien invocar sino a Dios mismo. Este es su informe sobre uno de los primeros días del cautiverio. Me desperté renovado por mi siesta. ¿Qué otros dones me mostraría Dios además del sueño, una manta y un espíritu de resistencia y supervivencia? Una vez más me levanté la venda de los ojos y comencé a examinar la habitación. ¿Qué había aquí que pudiera acercarme a la presencia sustentadora de Dios? Dejo que mi imaginación tenga total libertad.

Mirando hacia arriba, examiné un cable eléctrico que colgaba del techo. La bombilla y el portalámparas se habían quitado de modo que terminaba en un arco con tres cables expuestos. Para mí, esos cables parecían tres dedos. Pude ver una mano y un brazo extendiéndose hacia abajo, como la Capilla Sixtina en Roma, el fresco de Miguel Ángel de Dios extendiendo su

mano y dedo hacia Adán, creando el primer ser humano. Aquí Dios se acercaba a mí, recordándome, diciendo: “Estás vivo. Eres mío; Te he creado y te he llamado a existir para un propósito divino”.

¿Qué otra cosa? Empecé a contar los listones horizontales de las persianas fuera de las puertas francesas. Eran 120. ¿Qué podían representar esos pedazos de madera horizontales, tantos? ¡Eso es todo! ¡Muchos de ellos, una multitud! Una nube de testigos del pasado y del presente, que en tiempos de prueba han observado la fidelidad de Dios. . . . Este recital de los fundamentos de mi fe me provocó un escalofrío. ¡Qué mensaje! Lo necesitaba desesperadamente en mi entorno actual.

Entonces mis ojos se posaron en dos círculos blancos cerca del techo, uno en la pared de la derecha y el otro en la izquierda. Todo el mundo en el Líbano sabe lo que son, cubiertas de plástico para conexiones eléctricas. Sin embargo, ¿qué podrían ser para mí? ¿Qué viene en un par? ¡Orejas! Eran los oídos de Dios. El Señor escucha el gemido de los santos. *Así que escúchame, querido Dios; También me entrego a tu cuidado y voluntad.* ⁶

Al final del día, Weir estaba tarareando el himno, "Cuenta tus muchas bendiciones, nómbralas una por una". Contó: salud, vida, alimento, colchón, almohada, cobija, su esposa, su familia, fe, esperanza, oración, Jesús, Espíritu Santo, amor de Padre. Treinta y tres cosas en total. En el proceso de repasar estas bendiciones, descubrió que sus sentimientos de temor e impotencia se habían desvanecido. Cuando la luz a través de la contraventana se desvaneció, se relajó y comenzó a prepararse para la noche.

Llegar

En la frontera de la impotencia, Norman Cousins libró su batalla contra un establecimiento médico insensible. Benjamin Weir libró su batalla interna más solitaria contra el aislamiento y la desesperación. Para las personas que tienen discapacidades a largo plazo, una de las mejores cosas que podemos hacer es proporcionar herramientas que les permitan reanudar la actividad "normal".

Con dispositivos controlados por computadora, una persona totalmente paralizada ahora puede operar una silla de ruedas, escribir y encender un televisor o estéreo, todo mediante varias combinaciones de succión y

soplado en un tubo de aire. Dichos dispositivos pueden marcar la diferencia entre sentimientos de impotencia y esperanza, e incluso entre recuperación y derrota. El pasatiempo de radioaficionado de Brian Sternberg y la obra de arte de Joni Eareckson Tada probablemente contribuyan más a su bienestar mental que incluso el apoyo de amigos cariñosos.

Barbara Wolf escribió un libro, *Viviendo con Dolor*, sobre su larga lucha contra el dolor crónico. Descubrió que los únicos momentos del día en los que se olvidaba por completo del dolor eran las horas que pasaba enseñando inglés. Luego, la participación activa de su cerebro ahogó todas las demás sensaciones. Aprendió a canalizar esa misma concentración en otros momentos. Cuando un destello de dolor golpeaba en medio de la noche, organizaba su día siguiente, trabajaba en una conferencia o planeaba una cena completa, incluidas todas las recetas.

A veces, yendo en contra de su propia naturaleza, Wolf comenzó a obligarse a realizar actividades que requerían una concentración total. Descubrió que la distracción era su mejor arma contra el dolor. “La distracción es económica y no crea hábito; no requiere prescripción médica.”⁷ Además de enseñar inglés, se dedicó a pasatiempos que exigían toda su atención: fiestas, mascotas, deportes, política, escritura.

De las diversas vías de distracción abiertas para ella, Wolf descubrió que involucrarse con los demás era la más efectiva para calmar su dolor. A menudo, las personas que sufren encuentran un sentido de lugar más significativo cuando aprenden a tender la mano a otros que sufren. Joni Eareckson Tada afirma que las personas que más la ayudaron fueron otros tetrapléjicos que se dedicaron a ayudarla en los momentos más difíciles.

Un psicólogo de Atlanta me dijo que conoce a dos tipos de personas. Los enfermos van por la vida llorando: “Por favor, ámame, por favor, ámame”. El otro grupo consiste en personas lo suficientemente sanas como para dar, no solo recibir, amor. Él dice que la mejor cura para el primer grupo es ayudarlos a alcanzar un lugar de plenitud donde *puedan* ser amantes y ayudantes de los demás. Si es así, automáticamente llenarán las profundas necesidades de atención y amor que hay en su interior.

De manera similar, los consejeros entre los que sufren se esfuerzan por lograr que sus pacientes se vean a sí mismos como ayudantes y donantes, en lugar de ser siempre receptores. Joni Eareckson Tada me describió su

sorprende al enterarse de que muchas personas discapacitadas en su hogar de rehabilitación se quedaron allí voluntariamente. Parecía más fácil que arriesgarse al mundo “exterior” con todos sus prejuicios y peligros. Joni se convirtió en una líder para ellos, trabajando en sus ejercicios, inspirando esperanza y *deseando* ser liberada. El mismo proceso de invertir en sus necesidades resultó ser terapéutico. Se hizo más fuerte a medida que mejoraba su concepto de sí misma y dejó de pensar en sí misma como un objeto de lástima.

Los franceses tienen un dicho: “Sufrir pasa; haber sufrido nunca pasa.” Con demasiada frecuencia pensamos en un ministerio de ayuda como una calle de un solo sentido en la que yo, la persona sana, me acerco con compasión para ayudar a los heridos. Pero las personas que han sufrido son las mejor preparadas para ayudar, y una persona cruza la última barrera de la impotencia cuando aprende a utilizar la experiencia del sufrimiento como un medio para llegar a los demás.

El rabino Harold Kushner cita un antiguo cuento chino sobre una mujer abrumada por el dolor tras la muerte de su hijo. Cuando acude al hombre santo en busca de consejo, él le dice: "Tráeme una semilla de mostaza de un hogar que nunca haya conocido el dolor. La usaremos para sacar el dolor de tu vida". El cuento cuenta cómo la mujer va de casa en casa preguntando si el hogar ha conocido el dolor. Cada uno tiene, por supuesto, y la mujer se demora para consolar a sus anfitriones hasta que por fin el acto de ministrar a los demás aleja el dolor de su vida.

Conozco personalmente dos ministerios de pequeña escala, sin casas particulares, que ponen en práctica este principio. El primero surgió cuando una mujer en California descubrió que su hijo, la niña de sus ojos, era homosexual y se estaba muriendo de SIDA. Casi no encontró simpatía ni apoyo de su iglesia y comunidad. Se sintió tan sola y necesitada que decidió iniciar un boletín que ahora une a una red de padres de personas homosexuales. Ofrece poca ayuda profesional y no promete curas mágicas, pero he leído decenas de cartas de otros padres que ven a esta valiente mujer como un salvavidas. Habiendo pasado ella misma por el dolor y la pena, ahora busca estar disponible para otra persona.

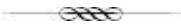
Otra mujer, en Wisconsin, perdió a su único hijo en un accidente de helicóptero del Cuerpo de Marines. Por primera vez, comenzó a notar la frecuencia con la que se informaba sobre los accidentes de helicópteros en

las noticias. Ahora, cada vez que se estrella un helicóptero militar, ella envía un paquete de cartas y materiales útiles a un oficial del Departamento de Defensa, quien envía el paquete a las familias afectadas. Aproximadamente la mitad de las familias entablan correspondencia regular, y en su jubilación esto Una mujer de Wisconsin lidera su propia “comunidad de sufrimiento”. La actividad no ha resuelto el dolor por su hijo, por supuesto, pero le ha dado un sentido de pertenencia y ya no se siente impotente frente a ese dolor.

Un sufridor sabio no mirará hacia adentro, sino hacia afuera. No hay sanador más eficaz que un sanador herido y, en el proceso, las propias cicatrices del sanador herido pueden desvanecerse.

CAPÍTULO 16

SIGNIFICADO


*No es tanto el sufrimiento
como la insensatez del mismo lo que es insoportable.*

FRIEDRICH NIETZSCHE

Merlin Olsen, ex jugador de fútbol profesional, tiene una filosofía del dolor bien definida:

El hombre es una criatura adaptable. Uno descubre lo que puede o no puede hacer. Es como entrar en un corral. Lo primero que hueles es estiércol. Quédate allí durante unos cinco minutos y ya no lo hueles. Lo mismo ocurre con una rodilla. Te lastimaste esa rodilla. Eres consciente de ello. Pero luego empiezas a jugar a un nivel diferente. Cambias un poco tu carrera. O conduces una pierna diferente. Tal vez cambies tu postura.

Después de la cirugía en mi rodilla, tuve que drenar el líquido semanalmente. Finalmente, la membrana se volvió tan gruesa que casi tuvieron que clavar la aguja con un martillo. Llegué al punto en que simplemente dije: "Maldita sea, mete la aguja allí y saca eso". ¹

Todos los participantes en un deporte como el fútbol están sujetos a los mismos chequeos corporales, lanzas en el casco y choques en cadena, y la sociedad los recompensa generosamente por soportar tal dolor. Por lo tanto, el dolor de algunas fuentes, no solo el fútbol, sino también el montañismo, una carrera de triatlón, el campo de entrenamiento del Cuerpo de Marines, la tortura de un interrogador enemigo, las personas están dispuestas a aceptar. En siglos anteriores, algunos incluso honraban el dolor autoinfligido como un signo de gran devoción: cuanto más tosca era la camisa de pelo y más dura la flagelación, más piadoso era el adorador.

Aún más notable, los seres humanos se infligen dolor deliberadamente por simple vanidad. Durante siglos, las mujeres chinas se vendaban los pies de forma perjudicial para parecer hermosas. Las mujeres modernas, además de usar zapatos demasiado estrechos, también se depilan las cejas, se exponen a los dañinos rayos ultravioleta y se someten a cirugías plásticas en

la cara, los senos y las nalgas, todo para cumplir con los estándares culturales de belleza. Estos dolores voluntarios, porque la sociedad les atribuye un cierto significado que hace que valga la pena perseguirlos.

Compare dos dolores intensos: la prueba de un parto de nalgas difícil y el dolor de los cálculos renales. Teniendo en cuenta el número de células nerviosas afectadas y la intensidad y duración del dolor, los dos probablemente estén bastante cerca. Para el parto, sin embargo, el significado viene implícito en el evento. “La mujer que da a luz tiene dolor porque ha llegado su hora; pero cuando nace su bebé se olvida de la angustia por el gozo de que un niño ha nacido en el mundo”, observó Jesús (Juan 16:21). El dolor de una madre produce algo con sentido, una nueva vida, y por eso hasta puede contemplar la posibilidad de repetir la experiencia. Pero para la persona con cálculos renales, ¿qué significado tiene?

Más que cualquier otra sociedad en la historia, la moderna lucha con el significado del sufrimiento. Ya no lo vemos como un juicio de los dioses, pero ¿qué es? Damos una medida de significado a los dolores menores, como los que asumimos voluntariamente, pero ¿qué significado tiene un niño con defectos de nacimiento? ¿O fibrosis quística? ¿O retraso mental? Para nosotros el sufrimiento es algo a tratar y superar; pero ¿qué pasa con el sufrimiento que nunca desaparece?

En general, vemos solo un significado negativo en el sufrimiento: interrumpe la salud y golpea un freno no deseado en nuestra búsqueda de la vida, la libertad y la felicidad. Como he mencionado, cualquier tienda de tarjetas da el mensaje inequívocamente. Todo lo que podemos desear para las personas que sufren es que “¡Se mejoren!” Sin embargo, como me dijo una mujer con cáncer terminal: “Ninguna de esas tarjetas se aplica a las personas de mi barrio. Ninguno de nosotros se pondrá bien. Todos vamos a morir aquí. Para el resto del mundo, eso nos convierte en inválidos. Piensa en esa palabra. No es válido.”

¿Cuál es el significado de cáncer terminal?

Recibí una carta de un pastor del Medio Oeste que registró lo que sucede cuando el significado comienza a desmoronarse. El sufrimiento de este hombre era más emocional que físico. Sus médicos lo llamaron un “ataque de nervios”, pero en realidad fue más un colapso de significado.*

La parte más dolorosa fue el aparente silencio de Dios. Recé, pensé, a una oscuridad silenciosa. He pensado mucho en esto. Solo *parecía* callado. El problema era en parte mi depresión y en parte la comunidad cristiana. Para la mayoría de los cristianos yo era una vergüenza. Nada de lo que dijeron se refería a lo que soporté. Un pastor oró por mí en generalidades y devociones que no tenían nada que ver con la situación. *No sentirían mi dolor.*

Otras personas simplemente me evitaban. Irónicamente, los amigos de Job probablemente fueron una ayuda psicológica para él. Al menos forzaron los sentimientos, incluso si eran de enojo. Sus pronunciamientos fueron inútiles, pero abordaron las preguntas y le dieron a Job la impresión de que tal vez Dios estaba en alguna parte. Nadie en la comunidad cristiana, excepto mi esposa, me ayudó ni siquiera en ese grado.

Honrando el dolor

Una de las cosas más importantes que podemos hacer por una persona que sufre es restaurar un sentido de sentido o significado a la experiencia.

En realidad, el problema es que ya transmitimos significado, aunque en una escala relativa. Cuando doy seminarios sobre el dolor, a veces lo ilustro pidiendo la participación de la audiencia. Pido la señal romana de "pulgar hacia arriba" o "pulgar hacia abajo": pulgar hacia arriba si el dolor que menciono es aceptable, una aflicción que atrae simpatía, y pulgar hacia abajo si el dolor es inaceptable y genera poca simpatía. respuestas:

Pierna rota por esquiar. Pulgares arriba hasta el final. Lo que comenzó como un tropiezo en la cuerda de remolque termina, después de muchas narraciones, como una caída libre de un doble salto mortal desde un acantilado. Los amigos firman el elenco con comentarios divertidos, y la víctima se convierte en un héroe virtual. La atención casi vale la pena.

Lepra. Pulgares abajo. En mi trabajo con el Dr. Paul Brand, he llegado a conocer pacientes con lepra. Presionan fuertemente por el nombre de "enfermedad de Hansen" por una simple razón: la forma en que la gente responde a la imagen de la lepra. Aunque la enfermedad difiere virtualmente en todos los aspectos de su estereotipo, una persona con lepra aún recibe juicio y no simpatía. La soledad es uno de los peores aspectos de la enfermedad.

Influenza. Respuesta mixta. Algunas personas mantienen el pulgar hacia abajo porque a nadie le *gustan las* fiebres, los vómitos y los dolores

corporales. Por otro lado, la gripe, al ser universal, atrae mucha simpatía. Todos sabemos cómo se siente. “Tómatelo con calma”, decimos. “Quédate en casa unos días más. Recupera tu fuerza.”

Paperas. La respuesta depende de la edad de la que estés hablando. Los niños con paperas reciben mucha simpatía. Son adulados y complacidos, tal vez se les otorga tiempo extra para ver televisión y helado. Todavía recuerdo la experiencia de las paperas de mi niñez con nostalgia. Pero un adulto con paperas es algo así como una broma, aunque para un adulto las paperas representan un peligro mucho peor.

La lista continua. *Hemorroides*: una condición muy dolorosa, pero socialmente un tema de risa. *SIDA*: ¿qué tipo de respuesta recibe una víctima del SIDA? Conozco algunas personas con SIDA, y escuchan un mensaje muy claro de la iglesia: “No recibes simpatía de mí. Mereces tu sufrimiento como castigo de Dios. Manténgase alejado.” No puedo pensar en una enfermedad más aterradora que el SIDA, o que provoque una respuesta menos compasiva.

Migraña, latigazo cervical, cáncer: cada uno de estos tiene una "imagen" diferente y, de manera sutil y, a veces, descarada, comunicamos a la víctima una evaluación del significado que puede facilitar o dificultar el afrontamiento.

He llegado a creer que la principal contribución que pueden hacer los cristianos es evitar que la gente sufra por razones equivocadas. Podemos “honrar” el dolor. En el sentido más importante, todo dolor es dolor; no importa si el dolor proviene de migrañas, faringitis estreptocócica o depresión aguda. El primer paso para ayudar a una persona que sufre (o para aceptar nuestro propio dolor) es reconocer que el dolor es válido y digno de una respuesta compasiva. De esta manera, podemos comenzar a atribuir significado al dolor.

En un nivel diferente, los cristianos aplican un conjunto adicional de valores al sufrimiento. Al igual que los visitantes al lado de la cama de Claudia Claxton, podemos amontonar brasas sobre el sufrimiento. Podemos agregar culpa: “¿No has orado? ¿No tienes fe en que Dios te sanará?” O confusión: “¿Está Satanás causando este dolor? ¿Solo providencia natural? ¿O Dios te ha seleccionado especialmente como un ejemplo para los demás?” He aprendido que el dolor es un productor infalible de culpa.

Todos hacemos cosas que no deberíamos, y cuando el dolor ataca, es fácil culparnos a nosotros mismos por lo que ha sucedido.

En un contexto de intenso sufrimiento, incluso los comentarios bien intencionados pueden producir un efecto nocivo. “Dios debe haber amado mucho a su hija para llevársela a casa tan pronto”, podemos sentirnos tentados a decir, dejando a los afligidos padres deseando que Dios hubiera amado menos a su hija. “Dios no os dará una carga más pesada de lo que podéis soportar”; la persona que sufre puede desear una fe más débil que podría merecer una carga más ligera.

He entrevistado a suficientes personas que sufren para saber que el dolor causado por este tipo de respuesta al lado de la cama puede exceder el dolor de la enfermedad misma. Una mujer muy conocida en los círculos cristianos describió conmovedoramente la agonía causada por la disfunción de la articulación temporomandibular (TMJ). El dolor domina toda su vida. Sin embargo, dice, duele mucho más cuando los cristianos le escriben con comentarios críticos basados en sus fórmulas favoritas de por qué Dios permite el sufrimiento. Quizás la principal contribución que un cristiano puede hacer es evitar que la gente sufra por las razones equivocadas. Podemos “honrar” su dolor.

Tesoro enterrado

Siguiendo el patrón bíblico, nuestra búsqueda de significado debe avanzar hacia el futuro, hacia los resultados del sufrimiento, en lugar de insistir en su causa.

Francamente, para mí mucho sufrimiento no tendría sentido si gastáramos todos nuestros esfuerzos en el incontestable “¿Por qué?” preguntas. ¿Por qué Solzhenitsyn tuvo que pasar ocho años en un campo de trabajos forzados solo por criticar casualmente a Stalin en una carta a un amigo? ¿Por qué millones de judíos tuvieron que morir para cumplir los caprichos de un dictador enloquecido? Tal sufrimiento no tiene sentido en sí mismo, y seguirá siéndolo a menos que el que sufre, como un minero que busca diamantes en una veta de carbón, encuentre en él un significado.

Viktor Frankl, quien pasó un tiempo en uno de los campos de Hitler, dijo: “La desesperación es sufrir sin sentido”. Frankl y Bruno Bettelheim extrajeron significado del sufrimiento sin sentido del Holocausto: observar el comportamiento de los seres humanos en las condiciones extremas de los campos les proporcionó conocimientos que formaron la base de todo su

trabajo posterior. Para Elie Wiesel y otros, “dar testimonio” se convirtió en el significado. Ahora se dedican a honrar a los que no sobrevivieron.

En prisión, Dostoyevski estudió minuciosamente el Nuevo Testamento y las vidas de los santos. La prisión se convirtió, para él y más tarde para su compatriota Solzhenitsyn, en un crisol de fe religiosa. Ambos describen un proceso en el que, primero, la cruda realidad de la maldad humana los convenció de la necesidad de la redención. Luego, a través del testimonio vivo de los creyentes en los campamentos, vieron la posibilidad de transformación. Como lo expresó elegantemente Solzhenitsyn en su clásico *Un día en la vida de Ivan Denisovich*, la fe en Dios puede no sacarlo del campamento, pero es suficiente para ayudarlo cada día.

Aunque mi propio sufrimiento parece trivial en comparación con estos pioneros, yo también me esfuerzo por extraerle significado. Comienzo con la promesa bíblica de que el sufrimiento puede producir algo valioso en mí. Repaso una lista como esa en Romanos 5, donde Pablo menciona la perseverancia, el carácter, la esperanza y la confianza. “¿Cómo logra esto el sufrimiento?” Me pregunto. Produce perseverancia, o firmeza, al ralentizarme y obligarme a volverme a Dios; produce carácter apelando a mis reservas de fuerza interior. Continúo con la lista, preguntando cómo Dios puede involucrarse para dar sentido al proceso de sufrimiento.

John Donne habló del sufrimiento como una especie de “tesoro en lingotes”. Debido a que no se acuña en moneda, los lingotes no siempre nos ayudan a sufragar los gastos aquí en la tierra. Pero a medida que nos acercamos más y más a nuestro hogar, el cielo, el tesoro “que puede estar en sus entrañas como el oro en una mina” adquiere un valor eterno, un peso de gloria.² Si nos volvemos a Dios con confianza, la aflicción misma puede ser redimido, ayudando a formar nuestro carácter a la imagen de Cristo.

Podríamos usar una analogía más contemporánea para expresar el mismo pensamiento. El sufrimiento puede ser lo que los economistas llaman un “activo congelado”. Puede que no parezca ni remotamente un activo en ese momento, pero gradualmente podemos encontrarle un significado, un significado duradero que ayudará a transformar el dolor.

Significado compartido

Anteriormente en este capítulo cité una carta de un pastor cuya depresión había provocado un colapso en el significado. No podía entender su sufrimiento y la comunidad cristiana no pudo ayudarlo en el proceso.

Eventualmente, ese pastor tuvo que internarse en una institución mental para recibir tratamiento. Sin embargo, su familia lo apoyó y, con su apoyo y ayuda profesional, finalmente volvió a subir a un lugar de salud.

Años más tarde, ese mismo pastor, con una salud mental renovada, enfrentó otra crisis. Un nieto de una semana murió, sumiendo a la familia extendida en la confusión y el dolor. Ahora se suponía que él era el fuerte para sus hijos, y no sabía si podría. El domingo después del funeral, predicando en su nueva iglesia, comenzó a leer el Salmo 145 desde el púlpito. Trató de concentrarse en las palabras que tenía delante, pero la concentración falló. Su lengua se puso espesa, su barbilla tembló, sus conductos lagrimales se abrieron de par en par. No podía seguir leyendo las serenas palabras sobre la bondad y la justicia de Dios.

El pastor dejó a un lado las notas del sermón y, con voz entrecortada, le contó a la silenciosa congregación sobre la muerte de su nieto. Incluso mientras hablaba, su mente retrocedió a su tiempo en la antigua iglesia, a sus sentimientos de impotencia y fracaso. El tenía miedo.

Pero esta vez era diferente. “Cuando la gente salía de la iglesia”, recuerda, “dijeron dos cosas importantes y útiles:

“1. Gracias por compartir tu dolor con nosotros.

“2. Me duelo contigo. Esta simple declaración fue lo más útil dicho. No me sentí solo. A diferencia del tiempo de mi depresión anterior, Dios y su pueblo no me abandonaron. Abrazaron mi dolor”.

Usando muy pocas palabras y sin sabiduría especial, esa segunda congregación le comunicó a su pastor un sentido de significado compartido. Que su dolor era importante para ellos lo demostraron tomándolo ellos mismos.

La búsqueda de sentido en el sufrimiento será siempre una búsqueda solitaria. Nadie más que yo puede discernir el significado de mi sufrimiento. Y, sin embargo, al abrazar el dolor y estar al lado de la persona que sufre, podemos ayudar en la búsqueda de sentido de otra persona.

La habilidad de ayudar a otra persona a encontrar el significado implica reconocer varias etapas a lo largo del camino hacia la curación. Sharon Fischer describe su propio proceso para lidiar con el cáncer de ovario: Necesitaba tiempo para digerir lo que estaba pasando en mi vida y absorber los cambios forzados en mi rutina diaria, mi estabilidad emocional y mis planes para el futuro. Quizás la mejor manera de darles tiempo a las

personas que sufren es ser pacientes con ellos, dándoles espacio para dudar, llorar, cuestionar y resolver emociones fuertes y, a menudo, extremas.

Descubrí que no todo en mi experiencia podía ser absorbido a la vez, y necesitaba sentirme libre para tomarme el tiempo que necesitaba para trabajar con los sentimientos. Elisabeth Kübler-Ross ha esbozado cinco etapas por las que suelen pasar las personas en duelo, ya sea al enfrentarse a su propia muerte o al afrontar la muerte de un ser querido. Estas etapas (negación, ira, negociación, depresión y aceptación) no siempre se experimentan en esa secuencia, y no todos pasan por todas ellas, pero ejemplifican el tiempo que puede llevar procesar una experiencia traumática. . . .

No soy por naturaleza alguien que comparte sentimientos fácilmente. Así que no siempre fue fácil para mí explicar, incluso a las personas más cercanas a mí, la complejidad de mis sentimientos y la profundidad de mi reacción a la experiencia. Pero necesitaba buenos oyentes, personas dispuestas a tomarse una o dos horas cuando estaba lista para hablar y simplemente escuchar.

Afortunadamente tenía amigos fieles, un vecino que es un consejero experto y familiares que estaban disponibles. No sé qué hubiera hecho sin gente que me escuchara.³

Fischer continúa diciendo que las personas menos serviciales fueron aquellas que vinieron con respuestas sugeridas para ella. Una mujer expresó la opinión de que la dieta (a Sharon le gustaban las hamburguesas y el helado con trocitos de chocolate) era la razón de la enfermedad de Sharon. Otros la instaron a depender menos del tratamiento médico y más de la oración para sanar.

No puedo enfatizar demasiado cuán destructivas pueden ser tales respuestas formuladas. “Gozaos con los que se gozan, y llorad con los que lloran”, aconsejaba el apóstol Pablo (Romanos 12:15), sabias palabras que se aplican especialmente en tiempos de crisis. El libro de Proverbios es más contundente acerca de las respuestas inapropiadas:

Como quien se quita la ropa en un día frío,
o como vinagre vertido en soda,
es quien canta canciones al corazón apesadumbrado. (25:20)

En el mismo momento en que estaba trabajando en este libro, recibí una llamada telefónica de un amigo en otra ciudad que acababa de ser diagnosticado con SIDA. Revolcándose en la culpa por los pecados sexuales del pasado, sintió remordimiento, indignidad, odio a sí mismo y rechazo por parte de él. Dios. Había perdido todas las ganas de vivir. Necesitaba ayuda desesperadamente.

Algunas personas ven el SIDA como un castigo directo de Dios, un mensaje de juicio específico y dirigido. No. Lo veo, más bien, como parte de un mensaje general, un principio de salud: Así como el abuso de alcohol y tabaco expone al cuerpo a ciertos riesgos, también lo hace la promiscuidad sexual. Pero, independientemente, *aunque* me equivoque y la enfermedad haya venido como un castigo directo, ¿cuál es mi responsabilidad como su amigo cristiano?

Mi responsabilidad es dispensar gracia, mostrarle cuán tiernamente Jesús trató a las personas con pecados sexuales, asegurarle el amor y el perdón de Dios. En resumen, mi papel es alejar su atención de la mirada hacia atrás y dirigirla hacia adelante. Incluso su culpa es una señal. Puede yacer en una cama de hospital todo el día y arrastrarse en sus pecados. O puede traer esa culpa a Dios, quien ha prometido dejar atrás el pecado confesado, “tan lejos como está el oriente del occidente”.

El significado compartido de la culpa no es el juicio, sino el perdón. El significado compartido del sufrimiento es la restauración y la unión con el que sufre.

Los signos de interrogación de Dios

A veces, el único significado que podemos ofrecer a una persona que sufre es la seguridad de que su sufrimiento, que aparentemente no tiene un significado para ella, tiene un significado para nosotros.

El delgado libro de Henri Nouwen con el maravilloso título *El sanador herido* plantea la cuestión de las personas solitarias y abandonadas. ¿Qué significado posible se le puede dar a su dolor? Él da el ejemplo de un joven ministro que no tiene ningún significado sugerido para ofrecerle a un anciano que se enfrenta a una cirugía, nada más que su propia preocupación amorosa. “Ningún hombre puede seguir con vida si nadie lo está esperando”, dice Nouwen. “Todo el que regresa de un viaje largo y difícil busca a alguien que lo espere en la estación o en el aeropuerto. Todo el

mundo quiere contar su historia y compartir sus momentos de dolor y euforia con alguien que se quedó en casa esperando su regreso”.⁴

Mi esposa trabaja con algunas de las personas más pobres de la ciudad de Chicago, dirigiendo un programa de LaSalle Street Church, que busca intencionalmente a ancianos solitarios y abandonados que nadie más se preocupa. Muchas veces la he visto volcarse en la vida de una persona mayor, tratando de convencer a la persona mayor de que *importa* si vive o muere. De esta manera, ella “gracia” su sufrimiento.

Un hombre con el que trabaja Janet, el Sr. Kruider, de noventa años, rechazó la cirugía de cataratas durante veinte años. A los setenta años había decidido que no valía la pena mirar mucho y, de todos modos, Dios debe haberlo querido ciego si lo hizo así. Tal vez fue el castigo de Dios por mirar a las niñas cuando era joven, dijo.

Le tomó a mi esposa dos años de halagos, discusiones, persistencia y amor para convencer al Sr. Kruider de que se sometiera a una cirugía de cataratas. Finalmente, Sr. Kruider estuvo de acuerdo, por una sola razón: Janet le inculcó que le importaba a ella, Janet, que recuperara la vista. El Sr. Kruider había renunciado a la vida; no tenía ningún significado para él. Pero Janet transfirió un significado. Hizo una diferencia para alguien que, incluso a los noventa y dos años, el Sr. Kruider no se dio por vencido. Por fin el anciano accedió a la cirugía.

En un sentido literal, Janet compartió el sufrimiento del Sr. Kruider. Al visitarlo con tanta frecuencia, lo convenció de que a alguien le importaba, y que importaba si vivía o moría, tenía vista o no. Ese principio de sufrimiento compartido es la tesis del libro de Nouwen sobre el sanador *herido*, y quizás la única contribución segura que podemos hacer al significado del sufrimiento. Al hacerlo, seguimos el patrón de Dios, porque él también asumió el dolor. Se unió a nosotros y vivió una vida de más sufrimiento y pobreza de lo que la mayoría de nosotros jamás conocerá. El sufrimiento nunca puede, en última instancia, carecer de sentido, porque Dios mismo lo ha compartido.

Sin embargo, a veces, a pesar de nuestros mejores esfuerzos para honrar el dolor de los demás, nos encontramos con un sufrimiento que parece completamente desprovisto de significado. Estoy pensando especialmente en un hombre con la enfermedad de Alzheimer; la hija trata de atender sus

necesidades, pero cada día su corazón se rompe por el triste caparazón del que fuera su padre. O pienso en un niño severamente discapacitado con un coeficiente intelectual en el rango de 30 a 40. El niño puede vivir una vida larga yaciendo inmóvil en una cuna, incapaz de hablar, incapaz de comprender, absorbiendo horas de atención profesional costosa.

¿Dónde hay significado en un adulto tan senil y en un niño así? He recibido gran ayuda sobre esta cuestión del trabajo compasivo de los cristianos en Alemania Oriental. Estas personas, que han crecido en una sociedad más familiarizada con el sufrimiento que la nuestra en Occidente, nos han dado un ejemplo a todos de llegar a los miembros menos “valiosos” o “útiles” de la sociedad moderna.

“¿Cuál es el sentido de sus vidas? ¿Sus vidas tienen algún significado?” preguntó el Dr. Jürgen Trogisch, un pediatra que trabaja entre los discapacitados mentales severos. Podía tratar los aspectos externos, pero ¿qué estaba pasando en el interior, dentro de cerebros tan dañados?

Durante muchos años, el Dr. Trogisch no pudo responder la pregunta del significado. Realizó sus tareas médicas de todos modos, pero no tenía respuesta. Luego realizó un curso introductorio para capacitar a nuevos ayudantes para el centro y, al final del período de capacitación de un año, les pidió a los jóvenes ayudantes que completaran una encuesta. Entre las preguntas estaba esta: “¿Qué cambios han ocurrido en su vida desde que se involucró totalmente con las personas discapacitadas?” He aquí una muestra de sus respuestas:

- Por primera vez en mi vida siento que estoy haciendo algo realmente significativo.
- Siento que ahora puedo hacer cosas de las que antes no me hubiera creído capaz.
- Durante mi tiempo aquí me he ganado el cariño de Sabine. Habiendo tenido la oportunidad de relacionarme con una persona discapacitada, ya no la considero discapacitada en absoluto.
- Ahora soy más sensible al sufrimiento humano y despierta en mí el deseo de ayudar.
- Me ha hecho cuestionar qué es realmente importante en la vida.
- El trabajo ha asumido un nuevo sentido y finalidad. Siento que ahora me necesitan.

- He aprendido a ser paciente ya apreciar hasta el más mínimo signo de progreso.
- Observando a los discapacitados me he descubierto a mí mismo.
- Me he vuelto más tolerante. Mis pequeños problemas ya no parecen tan importantes y he aprendido a aceptarme con todas mis insuficiencias. Sobre todo he aprendido a apreciar los pequeños placeres de la vida, y sobre todo doy gracias a Dios por haberme demostrado que el amor puede más que el odio o la fuerza.

Cuando el Dr. Trogisch leyó estas y otras respuestas, se dio cuenta con un sobresalto de la respuesta a su pregunta. El significado del sufrimiento de esos niños se estaba elaborando en la vida de otros, sus ayudantes, quienes estaban aprendiendo lecciones que ningún sistema educativo sofisticado podía enseñar. Pensó en dos pacientes con los que había trabajado durante años, en los que había visto poco progreso. “¿Será que Daniel y Monika han venido a este mundo solo por mí? ¿Son sus preguntas profundas e insistentes quizás las preguntas de Dios para mí? ¿Son estos dos niños gravemente discapacitados una respuesta, la respuesta de Dios para mí?”⁵

*El dolor emocional, como la depresión aguda, representa una gran área de sufrimiento que no puedo empezar a mencionar en este libro centrado en el dolor físico. Recomendando *A Season of Suffering*, de John H. Timmerman (Multnomah Press, 1987) como un relato sensible de la lucha de una familia contra la depresión.

CAPÍTULO 17

ESPERANZA

*Todo lo que pueden hacer los oprimidos es seguir esperando.
Después de cada desilusión deben encontrar nuevos motivos para la
esperanza.*

ALEXANDER SOLZHENITSYN

Los productos farmacéuticos de hoy en día se prueban mediante el método de "doble ciego", lo que significa que los médicos que los administran no saben cuál es el verdadero medicamento y cuál es el medicamento inerte de "control". Deben ser probados de esa manera por una simple razón: el poder de la esperanza humana. Antes de las pruebas doble ciego, prácticamente todos los medicamentos nuevos mostraban resultados espectaculares, independientemente de su contenido químico. Investigadores desconcertados finalmente encontraron que el comportamiento del médico era el factor clave en el éxito de los nuevos medicamentos: mediante la sonrisa, la voz y la actitud, el médico, sin saberlo, transmitía confianza y esperanza, convenciendo a los pacientes de la probabilidad de mejora.

Docenas de estudios han verificado el poder curativo de la esperanza, así como los peligros de su opuesto. La Facultad de Medicina de la Universidad de Rochester descubrió que los pacientes de cirugía a corazón abierto tenían muchas más probabilidades de morir después de la cirugía si mostraban signos de depresión. la muerte de sus esposas. Los viudos, la mayoría deprimidos, tenían una tasa de mortalidad cuarenta por ciento más alta que otros hombres de la misma edad.

Los relatos de prisioneros de guerra indican que algunos prisioneros de guerra pueden morir sin otra razón aparente que la pérdida de la esperanza. Considere la experiencia del mayor FJ Harold Kushner, un oficial médico del ejército retenido por el Vietcong durante cinco años y medio. Kushner conoció a un prisionero de guerra, un infante de marina joven y duro que ya había sobrevivido dos años de vida en un campo de prisioneros. El infante de marina era un prisionero de guerra modelo, se mantenía en

buen estado de salud y lideraba el grupo de reforma del pensamiento del campo, principalmente porque el comandante del campo había prometido liberar a quienes cooperaran. Sin embargo, con el paso del tiempo, el infante de marina percibió gradualmente que sus captores le habían mentido. Cuando se dio cuenta por completo de este hecho, se convirtió en un zombi, rechazando todo trabajo y rechazando todas las ofertas de comida y aliento. Simplemente se tumbó en su catre chupándose el pulgar. En cuestión de semanas estaba muerto.²

Escribiendo sobre el joven marino, Dr. Martin Seligman, de la Universidad de Pensilvania, dice que una explicación estrictamente médica de su declive no es adecuada. “La esperanza de liberación lo sostuvo”, dice Seligman. “Cuando perdió la esperanza, cuando creyó que todos sus esfuerzos habían fracasado y seguirían fracasando, murió”.

Como lo expresa el célebre fisiólogo Harold G. Wolf, "La esperanza, la fe y un propósito en la vida son medicinales. Esto no es simplemente una declaración de creencia, sino una conclusión probada por un experimento científico meticulosamente controlado".³

El regalo esquivo

En los centros de atención a largo plazo, los pacientes tienden a dividirse en dos categorías: los *optimistas*, que se esfuerzan por vencer su aflicción y reanudar la vida normal, y los *derrotistas*. En una visita a la Clínica Menninger, el pastor y autor Bruce Larson pidió al personal que identificara el ingrediente más importante en el tratamiento de los perturbados mentales. Fueron unánimes en señalar la esperanza como el factor más importante, pero confesaron que realmente no sabían cómo “dispensar” esperanza a un paciente. Es una cualidad del espíritu y, por lo tanto, un don escurridizo. Sin embargo, pudieron darse cuenta de inmediato cuando un paciente dio un giro en el tratamiento y por primera vez creyó que el futuro no tenía que ser igual al presente problemático.⁴

Como descubrió el personal de la Clínica Menninger, no se puede enseñar una esperanza tan valiente. Pero a veces se puede atrapar. Podemos buscar formas de despertar el coraje en las personas que sufren.

La organización Amnistía Internacional ofrece un buen ejemplo de esperanza contagiosa. El fundador, un preso político al borde de la desesperación, recibió una caja de fósforos con una sola palabra escrita en

ella: "¡Ánimo!" Ese pequeño gesto de humanidad compartida renovó su esperanza lo suficiente como para mantenerlo con vida. Cuando el hombre finalmente alcanzó la libertad, se dedicó a construir una organización basada en el principio más simple imaginable. La gente de los países libres escribe cartas a los presos que están detenidos y torturados por motivos políticos. Para miles de presos, el mero hecho de saber que alguien más se preocupa, incluso un escritor de cartas desconocido, ha encendido la llama de la esperanza.

A veces la esperanza parece irracional y sin sentido. Así debe haberles parecido a los presos en los campos de concentración. Sin embargo, como insiste Solzhenitsyn en la cita que encabeza este capítulo, las personas sin una esperanza razonable aún deben encontrar una fuente de esperanza; como el pan, sostiene la vida. Para Solzhenitsyn, la esperanza era una cuestión de elección, un mecanismo de supervivencia que alimentaba su voluntad de vivir. Más tarde, compiló las historias en *Archipiélago Gulag* tanto para honrar como para traer esperanza a sus compañeros de prisión. Para Dos-toyevski, la esperanza de liberación, la sensación de no estar “*no en casa*, sino de visita”, se convirtió en una parábola para toda la vida, y ayudó a convencerlo de una otra vida más allá de esta.⁵

En su libro *Experiencias de Dios*, el teólogo Jürgen Moltmann cuenta cómo la esperanza lo mantuvo vivo en un campamento. Capturado como prisionero de guerra alemán, fue trasladado a prisiones de Bélgica, Escocia e Inglaterra. Además de las dificultades normales de la vida en prisión (sin calefacción, poca comida, enfermedades constantes), también tuvo que lidiar con la desesperación de ver a su nación caer en la derrota y enterarse de las atrocidades que se habían cometido en nombre de Alemania. “Vi cómo otros hombres se derrumbaban interiormente, cómo perdían toda esperanza, enfermándose por la falta de ella, algunos de ellos muriendo. Casi me pasa lo mismo. Lo que me impidió fue un renacimiento a una nueva vida gracias a una esperanza de la que no había evidencia alguna.”⁶

Esa esperanza para Moltmann era una esperanza cristiana. Se había llevado dos libros a la guerra: los poemas de Goethe y las obras de Nietzsche. Ninguno de estos le dio ningún consuelo. Después de experimentar la muerte de todos los pilares que habían sostenido su vida hasta entonces, recurrió a un Nuevo Testamento que le había dado un

capellán del ejército bien intencionado. Los Salmos, impresos en la parte posterior en un apéndice, le abrieron los ojos a “el Dios que está con los 'que tienen el corazón quebrantado'”.

Después de su liberación en 1948, Moltmann abandonó su campo de la física y se convirtió en un destacado teólogo, mejor conocido por su innovador libro *La teología de la esperanza*.

El ejemplo inspirador de otras personas puede representar la única forma en que una persona puede salir de la desesperación sin esperanza. A lo largo de este libro he utilizado ilustraciones de personas que han “afrontado con éxito” el sufrimiento. Hay, por supuesto, muchos ejemplos contrarios, de personas destruidas por el dolor. Pero la esperanza es un ingrediente tan crucial para sobrellevar el dolor que me pregunto si las “historias de éxito” realistas alguna vez se pueden exagerar. Alguien desesperado necesita una persona o una idea, algo a lo que aferrarse que pueda proporcionar un salvavidas para salir de las corrientes de tristeza.

Las personas sanas pueden cansarse de las historias de “la persona discapacitada encuentra la felicidad y la utilidad” en *Reader's Digest* y *Guideposts*. Pero las personas discapacitadas con las que he hablado se toman esas historias mucho más en serio. Los sobrevivientes desafían sus tendencias de autocompasión. Y algunas de esas historias, John Merrick (*El hombre elefante*), Helen Keller, Christy Brown (*Mi pie izquierdo*), nos desafían a todos.

Esperanza significa simplemente la creencia de que algo bueno está por venir. No es lo mismo que el optimismo o las ilusiones, pues estos implican una negación de la realidad. A menudo, creo, los que estamos al lado de las personas que sufren tendemos a confundir la esperanza y el optimismo. Buscamos signos de aliento para administrar como panaceas. “Sí, es cierto que tu memoria se está desvaneciendo, Madre, pero después de todo, ¿qué importa la memoria?” “Tu vista está fallando, pero aún puedes oírme bien. Eso es bueno, ¿no?” “Sé que esta semana ha sido difícil para ti, pero tal vez el dolor desaparezca la próxima semana”.

El tiempo que pasé entre la gente del grupo Make Today Count me enseñó las limitaciones del optimismo. La mayoría de las declaraciones anteriores parecerían insultos a las personas moribundas, no motivo de esperanza. Necesitan algo más allá del optimismo de Pollyanna. Para ellos, la esperanza se parece más al coraje que a la alegría. Se trata de un salto,

muy parecido a la fe: “. . . la esperanza que se ve no es ninguna esperanza” dijo el apóstol Pablo. “¿Quién espera lo que ya tiene? Pero si esperamos lo que aún no tenemos, con paciencia lo aguardamos” (Romanos 8:24–25).

Sin embargo, la esperanza también nos salva del pesimismo, la creencia de que el universo es un caos sin sentido final. La verdadera esperanza es honesta. Le permite a una persona creer que incluso cuando se cae y ha sucedido lo peor, todavía no ha llegado al final del camino. Ella puede ponerse de pie y continuar.

La esperanza realista permite al moribundo enfrentarse a la realidad, pero al mismo tiempo le da fuerza para seguir viviendo. Orville Kelly, el fundador de Make Today Count, expresó bien esta cualidad de esperanza valiente: “No me considero muriendo de cáncer, pero viviendo a pesar de ello. No veo cada día como otro día más cercano a la muerte, sino como otro día de vida, para ser apreciado y disfrutado”.

Longanimidad

Las personas en mi grupo de terapia del hospital tenían enfermedades a largo plazo, del tipo que nunca desaparecen, y tales condiciones exigen un tipo especial de disponibilidad por parte del resto de nosotros. En los viejos tiempos, las oleadas de fiebre tifoidea, viruela o fiebre amarilla traían la muerte rápidamente; hoy en día es más probable que la enfermedad terminal persista. Las personas que luchan con el sufrimiento a largo plazo informan que se establece un factor de fatiga. Al principio, sin importar cuál sea la enfermedad, reciben una gran cantidad de atención de los simpatizantes y amigos. Las tarjetas llenan sus buzones y las flores luchan por el espacio en las encimeras. Pero con el tiempo, la atención se desvanece.

Muchas personas se sienten avergonzadas y preocupadas por problemas que no desaparecen. Una mujer cristiana me dijo que con cada reaparición sucesiva de su cáncer venían menos visitantes a verla. A medida que la enfermedad se prolongaba, se sentía aún más vulnerable y temerosa, y también se sentía más sola. Algunos cristianos parecían resentidos porque sus oraciones por sanidad no habían sido respondidas, actuando casi como si la culparan. Perdieron la fe y se mantuvieron alejados, dejándola con la culpa y el odio hacia sí misma que enfrentar además de su dolor.

Los padres de niños con defectos de nacimiento se hacen eco de la queja de esta mujer. Una ráfaga de respuesta simpática sigue al nacimiento, pero

pronto se desvanece. Así, a medida que aumentan las necesidades y las dificultades emocionales de los padres, las ofertas de ayuda tienden a disminuir. A diferencia de una persona que enfrenta una enfermedad terminal, los padres de un niño severamente discapacitado no tienen un final a la vista. Aceptan la tarea de cuidar de por vida y, para complicar las cosas, también deben preocuparse por cómo se las arreglará el niño después de su propia muerte.

En su lista de frutos del Espíritu, Pablo incluye uno que traducimos con la palabra arcaica “longanimidad”. Haríamos bien en revivir esa palabra y concepto en su forma más literal para aplicarlo al problema del dolor a largo plazo.

Algunos cristianos preferirían hablar de curación milagrosa que de longanimidad, y debo mencionar por qué he evitado en su mayoría este importante aspecto del problema del dolor. No he enfatizado la curación milagrosa en este libro por dos razones. Primero, hay muchos buenos libros disponibles sobre sanidad milagrosa, que van desde testimonios personales hasta tratados teológicos. Segundo, estoy escribiendo sobre personas que se sienten atrapadas en el dolor y que cuestionan a Dios. La curación es una forma de salir del dilema, pero en verdad debemos reconocer que no todos encuentran la curación milagrosa. Pregúntele a Brian Sternberg.

No quiero restar importancia a la curación física. Pero como ya he mencionado, todos los que han sido sanados (y también aquellos que han sido usados para sanar a otros) eventualmente mueren. De modo que la curación no elimina el problema del dolor; simplemente lo retrasa.

La posibilidad de una curación milagrosa ofrece una tremenda esperanza para el cristiano. Sin embargo, si la sanidad no llega, esa esperanza frustrada puede ser un gran impedimento para la fe y puede conducir a sentimientos de traición y desesperación. Barbara Sanderville, una joven escritora parapléjica de Minnesota, me describió este proceso en una carta: Alguien me dijo justo después de convertirme en cristiano que Dios me sanaría. Esto parecía demasiado bueno para ser verdad, y no sabía si me atrevía a creerlo. Pero al no ver nada en la Biblia que lo contradijera, comencé a tener esperanza y luego a creer. Pero mi fe era inestable, y cuando los cristianos llegaban y decían: “Dios no sana a todos” o “La aflicción es una cruz que debemos llevar”, mi fe flaqueaba. Luego, el otoño pasado, pareció morir. Dejé de creer que Dios me sanaría.

En ese momento de mi vida supe que no podía afrontar pasar el resto de mi vida en la silla de ruedas. Saber que Dios tenía el poder de sanarme pero no lo haría (o eso pensaba) me amargó mucho. Leería Isaías 53 y 1 Pedro 2:24, y acusaría a Dios de sostener la promesa de sanidad ante mí como un trozo de carne ante un perro hambriento. Me tentó mostrándome el potencial pero nunca permitiéndome alcanzarlo. Esto a su vez produjo profundos sentimientos de culpa porque por la Biblia yo sabía que Dios era un Dios amoroso y que no respondía ante ningún hombre. Tenía tal conflicto en mí que mi estado mental era precario y pensé muchas veces en el suicidio.

Empecé a tomar tranquilizantes solo para pasar el día mientras mi culpa y mi resentimiento construían un muro cada vez más alto entre Dios y yo. En ese momento comencé a tener dolores de cabeza y problemas en los ojos. Un oftalmólogo no pudo encontrar ninguna razón física.

Seguía orando porque sabía que Dios estaba vivo, pero por lo general terminaba llorando y despotricando contra Dios. Me temo que experimenté mucha autocompasión, lo cual fue muy destructivo. Y una y otra vez le pregunté a Dios por qué no me sanaría cuando tan claramente dice que la sanidad es parte del plan de redención.

Bárbara finalmente encontró una curación mental que eliminó la amargura. Ella todavía está esperando la curación física.

Debido a experiencias como la de Bárbara, creo que la esperanza de curación debe presentarse de manera realista. Es solo eso: una "esperanza", no una garantía. Si llega, ha ocurrido un gozoso milagro. Si no llega, Dios no te ha defraudado. Él puede usar incluso la enfermedad para producir el bien. Él promete eso, sin falta.

última esperanza

Al igual que con las otras fronteras de la recuperación—miedo, impotencia, sentido—el cristiano tiene ciertos recursos únicos disponibles en la lucha por la esperanza. La última sección de este libro se ocupará de las contribuciones específicas que puede hacer la fe cristiana. Pero sería negligente si no mencionara también en este capítulo la última esperanza de la resurrección, la esperanza de un mundo nuevo en el que el “problema del dolor” parecerá un recuerdo lejano.

El cristiano cree que, no importa cuán sombrías se vean las cosas en el presente, algo bueno realmente está por venir. Bruno Bettelheim,

sobreviviente de los campos de Hitler, reconoce que tal creencia se traduce en ayuda real: “Es un hecho bien conocido de los campos de concentración que quienes tenían fuertes convicciones religiosas y morales se las arreglaban mucho mejor que los demás. Sus creencias, incluida la creencia en una vida después de la muerte, les dieron una fuerza para resistir que estaba muy por encima de la de la mayoría de los demás”.⁷

Joni Eareckson Tada cuenta una vez que visitó un hogar para personas con retraso mental. Por lo general, cuando visita un centro de atención y relata la historia de su vida, hablando desde una silla de ruedas, mantiene a su público hechizado. Estos pacientes, sin embargo, de diferentes edades pero todos con mentes subdesarrolladas, tenían problemas con la capacidad de atención. Cuando Joni llegó a la parte de imaginar cómo sería el cielo, se dio cuenta de que había perdido el interés por completo.

Era un día cálido y Joni podía sentir el sudor rodando por su cuerpo mientras luchaba por continuar. Finalmente, desesperada, dijo esto: “Y el cielo será el lugar donde todos ustedes obtendrán nuevas mentes”. Tan pronto como salieron las palabras, se arrepintió. ¿Y si sonaban paternalistas o crueles? Pero instantáneamente la atmósfera en la habitación cambió. Espontáneamente, los pacientes comenzaron a vitorear, con fuertes aplausos.

Joni había aprovechado su esperanza más profunda. Ellos, más que nadie, sabían que sus mentes estaban incompletas, insatisfechas. Pero ella había ofrecido la promesa cristiana de un lugar donde tales debilidades no se mantendrían, un lugar de curación final. “Pero nuestra ciudadanía está en los cielos”, recordó Pablo a los filipenses (3:20–21). “Y esperamos ansiosamente de allí a un Salvador, el Señor Jesucristo, quien, por el poder que le permite poner todo bajo su control, transformará nuestros cuerpos humildes para que sean como su cuerpo glorioso”.

Creo que nosotros, los cristianos occidentales, en nuestra creciente sofisticación, nos hemos avergonzado un poco del énfasis de nuestra fe en la inmortalidad y las recompensas por venir. Escucho pocos sermones en estos días sobre la corona de vida o la corona de justicia. Nuestra cultura nos anuncia que el sufrimiento es la realidad y que una vida futura de inmortalidad es solo una quimera.

Pero, ¿tenemos alguna otra esperanza segura que ofrecer al tetrapléjico o a la madre de un bebé con daño cerebral? ¿Y es la esperanza de una vida después de la muerte y de la curación eterna una esperanza digna? Para responder a esa pregunta, debo contarles la historia de Martha, una de las integrantes del grupo Make Today Count. En cierto sentido, su historia resume todo lo que aprendí sobre el dolor en mi año con el grupo.

Martha me llamó la atención en la primera reunión. Otras personas allí mostraron síntomas evidentes de enfermedad: adelgazamiento del cabello, tez cetrina, falta de una extremidad, temblores incontrolables. Pero Martha no mostró tales signos. Tenía veintiséis años y era muy atractiva. Me pregunté si ella, como yo, estaría visitando a un amigo.

Cuando fue el turno de hablar de Martha, dijo que acababa de contraer ELA, o la enfermedad de Lou Gehrig. Su padre había muerto de la misma enfermedad un año antes, y dos años antes su tío había muerto de la misma. La ELA rara vez muestra conexiones hereditarias y muy rara vez ataca a mujeres jóvenes, pero de alguna manera ella había desafiado cruelmente las probabilidades.

ALS destruye los nervios. Primero ataca los movimientos voluntarios, como el control de brazos y piernas, luego las manos y los pies. Progresas a movimientos involuntarios y finalmente inhibe la respiración lo suficiente como para causar la muerte. A veces, el cuerpo de una persona sucumbe rápidamente, a veces no. Los parientes de Martha habían vivido dos años de degeneración antes de morir. Martha conocía el patrón de la enfermedad con un detalle insoportable.

Mi primera reunión con el grupo tuvo lugar en marzo. En abril, Martha llegó en silla de ruedas. Podía caminar con gran dificultad, y por eso acababa de ser despedida de su trabajo en una biblioteca universitaria.

Para mayo, Martha había perdido el uso de su brazo derecho y ya no podía usar muletas. Un fisioterapeuta le había enseñado a recoger cosas del piso usando un artilugio de palo de escoba y cinta adhesiva. Operaba la silla de ruedas manual con gran dificultad.

Para junio, había perdido el uso de ambos brazos y apenas podía mover los controles manuales de una nueva silla de ruedas eléctrica. Al necesitar atención las 24 horas, se mudó a un hospital de rehabilitación.

Empecé a visitar a Martha en su hospital de rehabilitación. La llevaba a dar paseos cortos en su silla de ruedas y, a veces, la recogía para las

reuniones del grupo. Me enteré de la indignidad de su sufrimiento. Aprendí a revisar los dedos de sus pies antes de ponerse los zapatos (si estaban doblados, se atascaban dolorosamente en el zapato) ya cerrar su mano y guiarla con cuidado dentro de la manga de su chaqueta. También tuve que observar sus brazos colgando antes de dejarla en el asiento del automóvil. No es fácil colocar un cuerpo de peso muerto de 125 libras dentro de un automóvil compacto.

Martha necesitaba ayuda con cada movimiento: vestirse, acomodar su cabeza en la almohada, limpiar su orinal. Cuando lloraba, alguien más tenía que secarle las lágrimas y ponerle un pañuelo en la nariz. Su cuerpo estaba en completa revuelta contra su voluntad. No obedecería ninguna de sus órdenes.

A veces hablábamos de la muerte y de la esperanza. Les confieso que las grandes esperanzas cristianas de la vida eterna, la sanidad definitiva y la resurrección sonaban huecas, frágiles y delgadas como el humo cuando se las presentaba a alguien como Martha. No quería alas de ángel, sino un brazo que no se cayera hacia un lado, una boca que no babeara y pulmones que no colapsaran. Confieso que la eternidad, incluso una eternidad sin dolor, parecía tener una extraña irrelevancia con el sufrimiento que sentía Martha.

Pensaba en Dios, por supuesto, pero difícilmente podía pensar en él con amor. Ella se opuso a cualquier conversión en el lecho de muerte, insistiendo en que, como ella dijo, solo se volvería a Dios por amor y no por miedo. ¿Y cómo podía amar a un Dios que le hizo esto?

Alrededor de octubre quedó claro que la ELA completaría rápidamente su horrible ciclo en Martha. Pronto tuvo que practicar la respiración con una máquina de plástico parecida a un juguete, soplando con todas sus fuerzas para hacer que pequeñas bolas azules se elevaran en las columnas de presión. Entre jadeos, habló de lo que prefería perder primero, su voz o su aliento. Finalmente, decidió que preferiría que sus pulmones dejaran de funcionar primero; prefirió morir a morir muda, incapaz de expresarse.

Debido a la reducción del suministro de oxígeno a su cerebro, Martha tendía a quedarse dormida en medio de las conversaciones. A veces, por la noche, se despertaba presa del pánico, con una sensación de asfixia y no podía pedir ayuda.

A pesar de las dificultades logísticas, Martha logró hacer un último viaje a una cabaña de verano favorita en Michigan ya la casa cercana de su madre. Estaba haciendo los preparativos finales, despidiéndose.

En ese proceso, Martha deseaba desesperadamente al menos dos semanas de regreso en su propio departamento en Chicago como tiempo para invitar a sus amigos, uno por uno, para despedirse y aceptar su muerte. Pero las dos semanas en su apartamento plantearon un gran problema. ¿Cómo podría quedarse en casa en vista de la necesidad de atención las 24 horas? Se podría encontrar alguna ayuda del gobierno para mantenerla en una habitación de hospital, pero no en casa, no con el servicio intensivo que necesitaba solo para mantenerse con vida.

Solo un grupo en todo Chicago ofreció el cuidado personal gratuito y amoroso que Martha necesitaba: Reba Place Fellowship, una comunidad cristiana en Evanston. Incluida entre los miembros de Reba Place estaba una parapléjica llamada Sara que conocía bien la agonía de vivir en un cuerpo que no funcionaba correctamente. En parte debido a la influencia de Sara, toda la comunidad adoptó a Martha como proyecto y ofreció todo lo necesario para cumplir sus últimos deseos.

Dieciséis mujeres reorganizaron sus vidas por ella. Se dividieron en equipos, ajustaron sus horarios, intercambiaron las tareas de cuidado de niños por sus propios hijos y se mudaron al departamento de ella, un par por turno. Otras diecisiete personas se inscribieron como equipo de apoyo para orar por Martha y los cuidadores. Oraron por su curación milagrosa, pero también oraron por aquellos que la ministrarían si la enfermedad continuaba con su curso mortal.

Las dieciséis mujeres se quedaron con Martha, escucharon sus desvaríos y quejas, la bañaron, la ayudaron a sentarse, la movieron, se sentaron a su lado toda la noche para escuchar su respiración, oraron por ella y la amaron. Estaban disponibles para calmar sus miedos. Le dieron un sentido de lugar para que ya no se sintiera impotente y le dieron sentido a su sufrimiento. Para Marta eran el cuerpo de Dios.

Las mujeres de Reba Place también explicaron a Martha la esperanza cristiana. Y finalmente Marta, al ver el amor de Dios encarnado en su cuerpo, en un momento en que Dios mismo le parecía despiadado, incluso cruel, se acercó a ese Dios en Cristo. Se presentó en confianza al que había muerto por ella. Ella no vino a Dios con miedo; ella había encontrado su

amor por fin. En un servicio muy conmovedor en Evanston, débilmente dio un testimonio y se bautizó.

El día antes del Día de Acción de Gracias de 1983, Martha murió. Su cuerpo, arrugado, deforme, atrofiado, era una patética imitación de su antigua belleza. Cuando finalmente dejó de funcionar, Martha lo abandonó. Pero hoy Marta vive, en un cuerpo nuevo, en plenitud y triunfo. Ella vive por la victoria que ganó Cristo y por su cuerpo en Reba Place, quien le dio a conocer esa victoria. Y si no lo creemos, y si nuestra esperanza cristiana, templada por la sofisticación, no nos permite ofrecer esa verdad a un mundo agonizante y convulso, entonces somos, como dijo el apóstol Pablo, los más miserables de todos los hombres.

PARTE 5

¿CÓMO AYUDA LA FE?



CAPÍTULO 18

VER POR SÍ MISMO

Dios llora con nosotros para que un día podamos reír con él.

JÜRGEN MOLTSMANN

Todas las religiones, ya sean budistas, hindúes, musulmanas o de la Nueva Era, deben abordar de alguna manera el problema del dolor. Gran parte de lo que he presentado hasta ahora (el valor del dolor para el cuerpo humano, cómo prepararse y ayudarse unos a otros durante el sufrimiento) se aplica a todas las personas, independientemente de sus creencias religiosas. Pero, ¿qué diferencia hace la fe cristiana, específicamente? ¿A qué recursos pueden recurrir los cristianos?

Al preguntar eso, en cierto sentido, regresamos a la pregunta inicial: "¿Dónde está Dios cuando duele?" Es una pregunta que hizo CS Lewis, al igual que Claudia Claxton, y la actriz de cine cuyo amante rodó desde un barco, y Joni Eareckson Tada y Brian Sternberg, y los sobrevivientes de los campos de concentración. Es una pregunta que toda persona que sufre eventualmente se hace. ¿Dónde está Dios? ¿Cómo se siente acerca de mi situación? ¿Le importa?

La alondra está en el ala

El caracol está en la espina

Dios está en su cielo

Todo está bien en el mundo.

Robert Browning escribió esas palabras a mediados del siglo XIX, una era de optimismo sin límites. Pero después de dos guerras mundiales y dos ataques con bombas atómicas, el Holocausto y numerosos genocidios y hambrunas masivas en todo el mundo, pocas personas se atreverían a decir: "Todo está bien en el mundo". Peor aún, Dios parece permanecer en su cielo a pesar de todo lo que está mal en el mundo. ¿Por qué no hace algo?

El grito de un peón

Escuche una queja moderna contra Dios de la boca de una madre trabajadora agrícola migrante (según lo registrado por el psiquiatra y autor

Robert Coles).

El año pasado fuimos a una pequeña iglesia en Nueva Jersey. . . . Teníamos a todos nuestros hijos allí, incluido el bebé. El Reverendo Jackson estaba allí, no puedo olvidar su nombre, y nos dijo que nos quedáramos callados, y nos dijo cuán contentos deberíamos estar de estar en este país, porque es cristiano, y no “impío”.

. . . Entonces mi esposo se fue y perdió los estribos; Algo le pasó a sus nervios, creo. Se levantó y comenzó a gritar, sí señor. Se acercó al reverendo señor Jackson y le dijo que se callara y no volviera a hablar nunca más, no a nosotros, los inmigrantes. estar de pie allí luciendo como si fuera amable al hacernos un favor.

Luego hizo lo peor que pudo hacer: tomó a la bebé, Annie, y la sostuvo frente a su cara, la del ministro, y gritó y gritó y le gritó, a ese ministro, como nunca he visto a nadie hacer. . No recuerdo lo que dijo, las palabras exactas, pero le dijo que aquí estaba nuestra pequeña Annie, que nunca había ido al médico y que la niña estaba enferma. . . y no tenemos dinero, ni para Annie ni para los demás ni para nosotros.

Luego levantó a Annie, de modo que estaba más alta que el reverendo, y dijo por qué no va y reza por Annie y reza para que los agricultores sean castigados por lo que nos están haciendo a todos los inmigrantes. . . . Y luego mi esposo comenzó a gritar acerca de Dios y que nos descuidaba mientras cuidaba tan bien de las demás personas en todas partes.

Entonces el reverendo respondió, y ese fue su error, sí lo fue. Dijo que debemos tener cuidado y no empezar a culpar a Dios y criticarlo y quejarnos con Él y cosas así, porque se suponía que Dios no debía cuidar la forma en que los agricultores se comportan y cómo vivimos aquí en esta tierra. “Dios se preocupa por tu futuro”; eso es lo que dijo, y les digo, mi esposo casi explota. Gritó unas diez veces al reverendo: “Futuro, futuro, futuro”. Luego tomó a Annie y casi la empujó en la cara del reverendo y Annie, ella comenzó a llorar, pobre niña, y le preguntó al reverendo sobre el “futuro” de Annie y le preguntó qué haría si tuviera que vivir como nosotros, y si tenía un “futuro” como el nuestro.

Luego le dijo al reverendo que él era como todos los demás, que ganaba dinero con nosotros, y sostuvo a nuestra Annie lo más alto que pudo, cerca de la cruz, y le dijo a Dios que sería mejor que dejara de tener ministros que hablaran por Él, y que Él debería venir. y vernos por Él mismo, y no tener a

los “predicadores”—siguió llamándolos los “predicadores”—hablando por Él.

. . . Se detuvo después de que terminó de hablar sobre los "predicadores" y volvió con nosotros, y no había ningún sonido en la iglesia, no señor, ninguno que pudiera escuchar, hasta que un par de hombres dijeron que tenía razón. , mi marido era . . . y todos aplaudieron y me sentí muy divertido.¹

Esta familia migrante resume tan bien como puede expresarse el problema del sufrimiento. ¿Por qué Dios permite un mundo de niños enfermos y sin dinero y sin esperanza? Su dilema no es abstracto ni filosófico, sino intensamente personal: su hija Annie sufre y no ven ninguna solución. ¿A Dios siquiera le importa?

Nada de lo que pueda decir en este o cualquier otro libro resolvería los problemas de esta familia campesina. Piden a gritos una respuesta de amor compasivo, no una solución teórica. Pero en su celo, el granjero enojado, sin saberlo, señaló la principal contribución del cristianismo al problema del dolor. Sosteniendo a su hijo frente al rostro del reverendo, cerca de la cruz, exigió que Dios bajara y viera por sí mismo cómo es este mundo. No es suficiente, dijo, que Dios siga haciendo que los predicadores hablen por él.

El hecho es que Dios vino. Entró en este mundo en carne humana, y vio y sintió por sí mismo cómo es este mundo. Aparte de la Encarnación, nuestra fe tendría poco que decir al peón.

Mantener sus propias reglas

Personajes del Antiguo Testamento como Job y Jeremías a veces se preguntaban en voz alta si Dios se había “tapado los oídos” a sus gritos de dolor. Jesús puso fin abrupto y decisivo a tal especulación. Dios no solo no le tapó los oídos, sino que de repente tomó oídos, literalmente, oídos humanos de tímpano, huesecillos y cóclea. En las llanuras agrietadas y polvorientas de Palestina, el Hijo de Dios escuchó de primera mano las vibraciones moleculares de los gemidos humanos: de los enfermos y necesitados, y de otros que gemían más por la culpa que por el dolor.

Despeja tu mente y reflexiona por un momento sobre la vida de Jesús. Fue la única persona en la historia capaz de planificar su propio nacimiento. Sin embargo, se humilló a sí mismo, cambiando un cuerpo celestial perfecto por un cuerpo frágil de sangre, tendones, cartílagos y células nerviosas. La

Biblia dice que no hay tentación conocida por el hombre que Jesús no haya experimentado. Estaba solo, cansado, hambriento, atacado personalmente por Satanás, asediado por admiradores sanguijuelas, perseguido por enemigos poderosos.

En cuanto a la apariencia física, solo hay una descripción de Jesús en la Biblia, una escrita con cientos de años de anticipación por el profeta Isaías: “No tenía hermosura ni majestad para atraernos hacia él, nada en su apariencia para que lo deseáramos. Fue despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, y familiarizado con el sufrimiento. como aquel de quien los hombres esconden sus rostros. . .” (Isaías 53:2–3).

Cuando Jesús comenzó su ministerio por primera vez, la gente gritaba: "¿Puede salir algo bueno de Nazaret?" Un antiguo chiste étnico: Jesús, el pueblerino, el pueblerino de Nazaret. De acuerdo con esa reputación, parecía gravitar hacia otros rechazados: los que estaban en cuarentena con lepra, prostitutas, recaudadores de impuestos, paralíticos, pecadores notorios.

Una vez, los vecinos de Jesús lo echaron de la ciudad y trataron de matarlo. Su propia familia cuestionó su cordura. Los líderes de la época informaron con orgullo que ninguna autoridad o líder religioso creía en él. Sus seguidores eran un variopinto grupo de pescadores y campesinos, entre los cuales el peón migrante se habría sentido cómodamente en casa. Pero al final, incluso estos lo abandonaron cuando los compatriotas de Jesús cambiaron su vida por la de un terrorista.

Ninguna otra religión, ni el judaísmo, ni el hinduismo, ni el budismo ni el Islam, ofrece esta contribución única de un Dios todopoderoso que voluntariamente asume las limitaciones y el sufrimiento de su creación. Como escribió Dorothy Sayers,

Sea cual sea la razón por la que Dios eligió hacer al hombre tal como es, limitado y sufriente y sujeto a dolores y muerte, tuvo la honestidad y el coraje de tomar su propia medicina. Sea cual sea el juego que está jugando con Su creación, Él ha guardado Sus propias reglas y ha jugado limpio. Él no puede exigir nada del hombre que no se haya exigido a sí mismo. Él mismo ha pasado por toda la experiencia humana, desde las irritaciones triviales de la vida familiar y las restricciones agobiantes del trabajo duro y la falta de dinero hasta los peores horrores del dolor y la humillación, la derrota, la desesperación y la muerte. Cuando era hombre , Él jugó el

hombre. Nació en la pobreza y murió en desgracia y pensó que valía la pena.²

El hecho de que Jesús haya venido a la tierra donde sufrió y murió no quita el dolor de nuestra vida. Pero sí muestra que Dios no se quedó de brazos cruzados y nos vio sufrir en aislamiento. Se convirtió en uno de nosotros. Así, en Jesús, Dios nos ofrece una mirada cercana y personal a su respuesta al sufrimiento humano. Todas nuestras preguntas sobre Dios y el sufrimiento deberían, de hecho, filtrarse a través de lo que sabemos sobre Jesús.

¿Cómo respondió Dios en la tierra al dolor? Cuando se encontraba con una persona que sufría, se sentía profundamente conmovido por la compasión (de las palabras latinas *pati* y *cum*, "sufrir con"). Ni una sola vez dijo: "¡Soporta tu hambre! ¡Trágate tu pena!" Cuando Lázaro, el amigo de Jesús, murió, lloró. Muy a menudo, cada vez que se lo pedían directamente, curaba el dolor. A veces rompía costumbres muy arraigadas para hacerlo, como cuando tocaba a una mujer con una hemorragia de sangre, o cuando tocaba a los marginados, ignorando sus gritos de "¡Inmundo!"

El patrón de la respuesta de Jesús debería convencernos de que Dios no es un Dios que disfruta viéndonos sufrir. Dudo que los discípulos de Jesús se atormentaran con preguntas como "¿Le importa a Dios?" Tenían evidencia visible de su preocupación todos los días: simplemente miraban el rostro de Jesús.

Y cuando Jesús mismo enfrentó el sufrimiento, reaccionó como lo haría cualquiera de nosotros. Retrocedió, preguntando tres veces si había alguna otra manera. No había otra manera, y entonces Jesús experimentó, quizás por primera vez, ese sentimiento de abandono tan humano: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". En los relatos evangélicos de la última noche de Jesús en la tierra, detecto una lucha feroz con el miedo, la impotencia y la esperanza, las mismas fronteras que todos enfrentamos en nuestro sufrimiento.

El registro de la vida de Jesús en la tierra debe responder para siempre a la pregunta: ¿Cómo se siente Dios acerca de nuestro dolor? En respuesta, Dios no nos dio palabras ni teorías sobre el problema del dolor. Él mismo nos dio. Una filosofía puede explicar cosas difíciles, pero no tiene poder para cambiarlas. El evangelio, la historia de la vida de Jesús, promete cambios.

La ejecución

El amor es tan duro como las uñas

El amor son *las uñas*:

Contundente, grueso, martillado

Los nervios mediales de Uno

Quien, habiéndonos hecho, supo

Lo que había hecho,

Ver (con todo lo que es)

Nuestra cruz y la suya.

(CS Lewis, "El amor es tan cálido como las lágrimas")

Hay un símbolo central por el cual recordamos a Jesús. Hoy esa imagen está recubierta de oro y se usa alrededor del cuello de atletas y mujeres hermosas, un ejemplo de cómo podemos pasar por alto la cruda realidad de la historia. La cruz era, por supuesto, un modo de ejecución. No sería más extraño si hiciéramos joyas en forma de diminutas sillas eléctricas, cámaras de gas y agujas hipodérmicas, los modos de ejecución modernos preferidos.

La cruz, la imagen más universal de la religión cristiana, ofrece una prueba de que Dios se preocupa por nuestro sufrimiento y dolor. Murió de eso. Ese símbolo es único entre todas las religiones del mundo. Muchos de ellos tienen dioses, pero solo uno tiene un Dios que se preocupó lo suficiente como para convertirse en hombre y morir.

La escena, con las palizas y los pinchos afilados y el lento tormento de la asfixia, ha sido contada tantas veces que nosotros, que retrocedemos ante una noticia sobre la muerte de un caballo de carreras o de crías de foca, no nos inmutamos en absoluto ante su repetición. . A diferencia de las ejecuciones rápidas y estériles que conocemos hoy, esta se prolongó durante horas frente a una multitud abucheada.

Las promesas que hizo Jesús deben haber parecido especialmente vacías a la gente de su época. ¿Este hombre un rey? Un rey fingido si alguna vez hubo uno, con su corona de zarzas. Alguien le había echado una fina túnica púrpura sobre él, pero la sangre de los golpes de Pilato se había coagulado en la tela.

Más improbable: ¿este hombre Dios? Incluso para sus discípulos, que lo habían perseguido durante tres años, era demasiado para creer. Se quedaron atrás en la multitud, temerosos de ser identificados con el rey ficticio. Sus

sueños de un gobernante poderoso que pudiera desterrar todo sufrimiento se convirtieron en pesadillas.

La muerte de Jesús es la piedra angular de la fe cristiana, el hecho más importante de su venida. Los Evangelios rebosan de detalles. Trazó un rastro de pistas y predicciones escuetas a lo largo de su ministerio, predicciones que solo se entendían después de que se había hecho la cosa. ¿Qué posible contribución al problema del dolor podría venir de una religión basada en un evento como la cruz, donde Dios mismo sucumbió al dolor?

El apóstol Pablo llamó a la cruz una “piedra de tropiezo” para creer, y la historia lo ha probado. Los rabinos judíos cuestionan cómo un Dios que no podía soportar la muerte del hijo de Abraham permitiría que su propio Hijo muriera. El Corán enseña que Dios, demasiado gentil para permitir que Jesús fuera a la cruz, sustituyó a un malhechor en su lugar. Incluso hoy, la personalidad de la televisión estadounidense Phil Donahue explica su principal objeción al cristianismo: “¿Cómo podría un Dios que todo lo sabe y todo lo ama permitir que su Hijo sea asesinado en una cruz para redimir mis pecados? Si Dios el Padre es tan 'amoroso', ¿por qué no bajó y fue al Calvario?

Todos estos objetores han perdido el punto principal del evangelio, que de alguna manera misteriosa *fue* Dios mismo quien vino a la tierra y murió. Dios no estaba “allá arriba” viendo los trágicos eventos conspirar “aquí abajo”. Dios estaba *en Cristo*, reconciliando al mundo consigo mismo. En la frase de Lutero, la cruz mostraba a “Dios luchando con Dios”. Si Jesús fuera un mero hombre, su muerte probaría la crueldad de Dios; el hecho de que él fuera el Hijo de Dios prueba, en cambio, que Dios se identifica plenamente con la humanidad que sufre. En la cruz, Dios mismo absorbió el terrible dolor de este mundo.

Para algunos, la imagen de un cuerpo pálido que brilla tenuemente en una noche oscura susurra derrota. ¿De qué sirve un Dios que no controla el sufrimiento de su Hijo? Pero se escucha otro sonido: el grito de un Dios que clama a los seres humanos: “TE AMO”. El amor se comprimió para toda la historia en esa figura solitaria en la cruz, quien dijo que podía llamar a los ángeles en cualquier momento en una misión de rescate, pero decidió no hacerlo, gracias a nosotros. En el Calvario, Dios aceptó sus propios términos inquebrantables de justicia.

Y así la cruz, piedra de tropiezo para algunos, se convirtió en la piedra angular de la fe cristiana. Cualquier discusión sobre cómo el dolor y el sufrimiento encajan en el esquema de Dios, en última instancia, conduce de nuevo a la cruz.

Al final del libro de Job, Dios respondió a las preguntas sobre el sufrimiento con una espléndida conferencia sobre su poder. Después del Calvario, el énfasis cambia del poder al amor:

Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. (Juan 3:16)

Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Romanos 8:31–32)

Por qué importa

Una vez hablé con un sacerdote que acababa de realizar el funeral de una niña de ocho años. Su parroquia había orado y llorado y compartido la agonía de la familia durante más de un año mientras la niña luchaba en vano contra el cáncer. El funeral había puesto a prueba las emociones, la energía e incluso la fe del sacerdote. “¿Qué puedo decirle a su familia?” confió en mí. “No tengo ninguna solución que ofrecerles. ¿Qué puedo decir?” Hizo una pausa por un momento y agregó esto: “No tengo solución para su dolor; Solo tengo una respuesta. Y Jesucristo es esa respuesta”.

La muerte y resurrección de Jesucristo brindan más que una respuesta teológica abstracta al problema del dolor. También nos ofrecen ayuda real y práctica en nuestras propias luchas con el sufrimiento. He identificado al menos cuatro formas en que esos eventos, que ahora tienen dos milenios, tienen un impacto directo en mi propio sufrimiento.

Aprendo a juzgar el presente por el futuro.

Un hombre sabio llamado Joe Bayly dijo una vez: “No olvides en la oscuridad lo que has aprendido en la luz”. Sin embargo, a veces la oscuridad desciende tan densamente que apenas podemos recordar la luz. Seguramente así les pareció a los discípulos de Jesús.

En su encuentro más íntimo con ellos, durante la comida conocida como la Última Cena, Jesús hizo la declaración resonante: “En este mundo tendréis aflicción. ¡Pero ánimate! Yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). Puedo imaginar el escalofrío en la espalda de los once hombres que

escucharon esa afirmación de los labios de Dios en la carne. En ese momento, once de los doce gustosamente habrían dado su vida por él; más tarde esa noche, Simón Pedro sacó una espada en defensa de Jesús.

Sin embargo, al día siguiente los once habían perdido la fe. Aquellas palabras triunfantes de la noche anterior debieron de perseguirlos con crueldad mientras lo observaban —a salvo, a la distancia— angustiado en la cruz. Parecía como si el mundo hubiera vencido a Dios. Todos ellos se escabulleron en la oscuridad. Peter juró con juramento que nunca había conocido al hombre.

El problema de los discípulos, por supuesto, era una cuestión de perspectiva. Sí, el recuerdo de la luz del pasado se había extinguido, pero unos días después esos mismos hombres se encontrarían con la deslumbrante luz de la Pascua. Ese día aprendieron que ninguna oscuridad es demasiado grande para Dios. Aprendieron lo que significa juzgar el presente por el futuro. Iluminados por la esperanza pascual, aquellos antiguos cobardes salieron y cambiaron el mundo.

Hoy medio mundo celebra las fiestas consecutivas Viernes Santo y Semana Santa. Ese viernes más oscuro ahora se llama Bueno por lo que sucedió el Domingo de Resurrección; y debido a que sucedió, los cristianos tienen la esperanza de que Dios algún día restaurará este planeta a su lugar apropiado bajo su reinado. El milagro de la Pascua se agrandará a escala cósmica.

Es bueno recordar, cuando nos encontramos con tiempos oscuros e inquietantes, que vivimos nuestros días el Sábado de Pascua. Como lo expresó el apóstol Pablo, “considero que nuestros sufrimientos presentes no son dignos de comparar con la gloria que será revelada en nosotros” (Romanos 8:18). No fue casualidad, creo, que Jesús pronunciara sus palabras triunfantes, YO HE VENCIDO AL MUNDO, incluso cuando los soldados romanos se cerraban las armas para arrestarlo. Sabía juzgar el presente por el futuro.

Aprendo el patrón del dolor transformado.

El cristianismo contiene paradojas que tendrían poco sentido aparte de la vida y muerte de Jesús. Considere una paradoja a la que ya he aludido en este libro: aunque la pobreza y el sufrimiento son "cosas malas" contra las que paso mi vida luchando, sin embargo, al mismo tiempo pueden llamarse "bienaventurados". Este patrón del mal transmutado en bien encuentra su

máxima expresión en Jesús. Al asumirlo, Jesús dignificó el dolor, mostrándonos cómo se puede transformar. Él nos dio un patrón que quiere reproducir en nosotros.

Jesucristo ofrece el ejemplo perfecto de todas las lecciones bíblicas sobre el sufrimiento. Por Jesús, nunca puedo decir de una persona: “Ella debe estar sufriendo por algún pecado que cometió”; Jesús, que no pecó, también sintió dolor. Dios nunca ha prometido que los tornados pasarán por alto nuestras casas en el camino a las de nuestros vecinos paganos y que los microbios huirán de los cuerpos cristianos. No estamos exentos de las tragedias de este mundo, así como Dios mismo no lo estuvo. Recuerde, Pedro se ganó la reprensión más fuerte de Jesús cuando protestó contra la necesidad de que Cristo sufriera (Mateo 16:23–25).

Sentimos el dolor como un ultraje; Jesús también lo hizo, por lo que realizó milagros de curación. En Getsemaní, no oró: “Gracias por esta oportunidad de sufrir”, sino que suplicó desesperadamente un escape. Y, sin embargo, estaba dispuesto a soportar el sufrimiento al servicio de una meta superior. Al final dejó las preguntas difíciles (“si hay otra manera...”) a la voluntad del Padre, y confió en que Dios podría usar para bien incluso el ultraje de su muerte.

Como ha dicho Cornelius Plantinga, Jr., “No nos referimos unos a otros a la cruz de Cristo para explicar el mal. No es como si meditando en el Calvario comprendiésemos por fin el cáncer de garganta. Más bien levantamos los ojos a la cruz, de donde viene nuestra ayuda, para ver que Dios comparte nuestra suerte y por lo tanto se puede *confiar*. ”³ En la última alquimia de toda la historia, Dios tomó lo peor que podía suceder — la terrible ejecución de su Hijo inocente— y lo convirtió en la victoria final sobre el mal y la muerte. Fue un acto de astucia sin precedentes, convertir el diseño del mal al servicio del bien, un acto que contiene una promesa para todos nosotros. El sufrimiento inimaginable de la cruz fue totalmente redimido: es por sus *heridas* que somos curados (Isaías 53:5), por su debilidad que somos hechos fuertes.

¿Cómo sería diferente el mundo si Jesús hubiera venido como una figura de Superman, inmune a todo dolor? ¿Y si no hubiera muerto, sino simplemente ascendido al cielo durante su juicio ante Pilato? Al no quedar exento, sino al asumir deliberadamente lo peor que el mundo tiene para ofrecer, nos da la esperanza de que Dios también puede transformar el

sufrimiento que cada uno de nosotros debe enfrentar. Debido a su muerte y resurrección, podemos asumir con confianza que ninguna prueba (enfermedad, divorcio, desempleo, bancarrota, dolor) se extiende más allá del alcance de su poder transformador.

Los cuatro evangelios registran solo un caso en el que los discípulos de Jesús se dirigen directamente a él como Dios. Viene al final de Juan, después de la muerte y resurrección de Jesús. Todos los discípulos ahora creen en el Cristo resucitado excepto uno, el incrédulo Tomás. Como empirista, Tomás insiste en que no se convencerá a menos que pueda poner sus dedos sobre las cicatrices en las manos y el costado de Jesús. Al poco tiempo aparece Jesús, a pesar de las puertas cerradas, y ofrece precisamente esa oportunidad. “¡Señor mío y Dios mío!”, Grita Tomás. Las heridas eran prueba de un milagro más allá de los milagros.

Aprendo un nuevo nivel de significado para el sufrimiento.

En el Antiguo Testamento, los creyentes fieles parecían sorprendidos cuando el sufrimiento se les presentaba. Esperaban que Dios recompensara su fidelidad con prosperidad y comodidad. Pero el Nuevo Testamento muestra un cambio notable: sus autores esperan exactamente lo contrario. Como Pedro aconsejó a los cristianos que sufren: “Este sufrimiento es parte del trabajo que Dios te ha dado. Cristo, que sufrió por vosotros, es vuestro ejemplo. seguid sus pasos” (1 Pedro 2:21 LB).

Otros pasajes van más allá, usando frases que no intentaré explicar. Pablo habla de “participar en sus [Cristo] sufrimientos” y dice que espera “llenar en mi carne lo que todavía falta en cuanto a las aflicciones de Cristo”. En contexto, todos estos pasajes muestran que el sufrimiento puede cobrar sentido si lo consideramos como parte de la “cruz” que asumimos en el seguimiento de Jesús.

Aunque Cristo no siempre quita nuestros dolores, los llena de significado absorbiéndolos en su propio sufrimiento. Estamos ayudando a cumplir los propósitos redentores de Dios en el mundo como copartícipes con él en la batalla para expulsar el mal de este planeta.

Harry Boer, quien sirvió cuatro años como capellán durante la Segunda Guerra Mundial, pasó los últimos días de esa guerra entre infantes de marina en el Pacific Theatre. “La Segunda División vio mucha acción, con grandes pérdidas”, escribe. “Sin embargo, nunca conocí a un soldado u oficial que dudara por un momento del resultado de la guerra. Tampoco

conocí a un infante de marina que preguntara por qué, si la victoria era tan segura, no podíamos tenerla de inmediato. Solo era cuestión de avanzar hasta que el enemigo se rindiera”.⁴

Veo una situación paralela en las palabras veladas sobre la participación en los sufrimientos de Cristo. Se está librando una guerra mucho mayor en este planeta, que determinará el destino de toda la creación. Y esa guerra implicará ciertas bajas.

Según Pablo, en la cruz Cristo triunfó sobre los poderes cósmicos, derrotándolos no con poder sino con amor abnegado. La cruz de Cristo puede haber asegurado el resultado final, pero nos quedan batallas por pelear. Significativamente, Pablo oró “para conocer a Cristo y el poder de su resurrección y la comunión de compartir sus padecimientos”, abrazando tanto la agonía como el éxtasis de la vida de Cristo en la tierra (Filipenses 3:10).

Sin embargo, ayuda darse cuenta de que las bajas que sufrimos son heridas de honor que algún día serán recompensadas. Nunca sabremos, en esta vida, el significado completo de nuestras acciones aquí, porque muchas cosas suceden de manera invisible para nosotros. La cruz de Cristo también ofrece un patrón para eso: lo que parecía muy ordinario, una hazaña más de la "justicia" colonial en un puesto de avanzada romano, hizo posible la salvación del mundo entero.

Cuando un pastor en Sudáfrica va a prisión por su protesta pacífica, cuando un trabajador social se muda a un gueto urbano, cuando una pareja se niega a renunciar a un matrimonio difícil, cuando un padre espera con esperanza eterna y perdón el regreso de un niño distanciado, cuando un joven profesional resiste crecientes tentaciones hacia la riqueza y el éxito—en todos estos sufrimientos, grandes y pequeños, existe la seguridad de un nivel más profundo de significado, de una participación en la victoria redentora de Cristo. “La creación aguarda con ansia la manifestación de los hijos de Dios” (Romanos 8:19).

Gano la confianza de que Dios verdaderamente entiende mi dolor.

Gracias a Jesús, nunca necesito gritar en el abismo: “Oye, tú allá arriba, ¿te importa?” La presencia del sufrimiento no significa que Dios me haya abandonado. Por el contrario, al unirse a nosotros en la tierra, Dios dio una prueba histórica sólida de que escucha nuestros gemidos, e incluso los gime

con nosotros. Cuando sufrimos pruebas, él está a nuestro lado, como el cuarto hombre en el horno de fuego.

¿Por qué Jesús tuvo que sufrir y morir? La pregunta merece un libro entero y ha dado lugar a muchos libros, pero entre las respuestas que da la Biblia está esta respuesta tan misteriosa: el sufrimiento sirvió como una especie de "experiencia de aprendizaje" para Dios. Tales palabras pueden parecer levemente heréticas, pero simplemente estoy siguiendo la fraseología del libro de Hebreos.

Hebreos fue escrito para una audiencia judía saturada en el Antiguo Testamento. El autor se esfuerza por mostrar que Jesús es “mejor”, una palabra clave a lo largo del libro. ¿Cómo es él mejor que el sistema religioso al que estaban acostumbrados? ¿Mas poderoso? ¿Más impresionante? No, Hebreos enfatiza que Jesús es mejor porque ha salvado el abismo entre Dios y nosotros. “Aunque era hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (5:8). En otro lugar, ese libro nos dice que el autor de nuestra salvación fue perfeccionado por medio del sufrimiento (2:10).

Estas palabras, llenas de un misterio insondable, seguramente significan al menos esto: la Encarnación tuvo un significado tanto para Dios como para nosotros. La historia humana gira en torno no a nuestra experiencia de Dios, sino a su experiencia de nosotros. En un nivel, por supuesto, Dios entendió el dolor físico, porque diseñó el maravilloso sistema nervioso que advierte contra el daño. Pero, ¿él, un Espíritu, había sentido alguna vez dolor físico? No hasta la Encarnación, la arruga en el tiempo cuando Dios mismo experimentó lo que es ser un ser humano.

En treinta y tres años en la tierra, Jesús aprendió acerca de las dificultades, el rechazo y la traición. Y también aprendió sobre el dolor: lo que se siente cuando un acusador te deja la huella roja de sus dedos en la cara, cuando te clavan un látigo de metal en la espalda, cuando te atraviesan un músculo, un tendón, una púa de hierro crudo. y hueso En la tierra, el Hijo de Dios aprendió todo eso.

De alguna manera incomprensible, gracias a Jesús, Dios escucha nuestro clamor de otra manera. El autor de Hebreos se maravilla de que todo lo que estamos pasando, Dios mismo lo haya pasado. “Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (4:15).

Tenemos un sumo sacerdote que, graduado en la escuela del sufrimiento, “es capaz de tratar con bondad a los ignorantes y descarriados, estando él mismo sujeto a la debilidad” (5,2). Gracias a Jesús, Dios comprende, comprende de verdad, nuestro dolor. Nuestras lágrimas se convierten en sus lágrimas. No somos abandonados. El peón con el niño enfermo, el niño de ocho años hinchado con leucemia, los familiares afligidos en Yuba City, los pacientes de lepra en Luisiana, ninguno tiene que sufrir solo.

TS Eliot escribió en uno de sus *Cuatro Cuartetos* :

El cirujano herido maneja el acero

Que cuestiona la parte destemplada;

Debajo de las manos sangrantes sentimos

La aguda compasión del arte del curandero

Resolviendo el enigma del cuadro de la fiebre. ⁵

La cirugía de la vida duele. Sin embargo, me ayuda saber que el propio cirujano, el cirujano herido, ha sentido cada punzada de dolor y cada pena.

CAPÍTULO 19

EL RESTO DEL CUERPO

Aquellos que han conocido profundamente el dolor son los más recelosos de pronunciar los clichés sobre el sufrimiento. La experiencia con el misterio lleva más allá del ámbito de las ideas y produce finalmente un mutismo o al menos una reticencia a expresar con palabras el consuelo que sólo puede expresarse mediante una actitud de unión con el que sufre.

JOHN HOWARD GRIFFIN

Durante tres años de ministerio público, el Hijo de Dios mostró públicamente sus emociones. Cualquiera podía acudir a Jesús con problemas de sufrimiento. Cualquiera podría seguirlo y, al observar sus reacciones hacia las personas enfermas y necesitadas, irse con una respuesta clara a la pregunta: “¿Cómo se siente Dios acerca de mi dolor?”

Pero, por supuesto, Jesús no se quedó en la tierra, y durante casi dos mil años la iglesia ha estado sin la presencia visible de Cristo. Ahora no podemos volar a Jerusalén, alquilar un automóvil y programar una cita personal con él en el Hotel King David. ¿Qué pasa con los que vivimos hoy? ¿Cómo podemos sentir el amor de Dios?

Los autores del Nuevo Testamento, aún adaptándose al hecho de la partida de Jesús, abordaron este tema con cierta urgencia. Dan dos sugerencias principales.

Romanos 8 contiene uno: “El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. No sabemos qué debemos pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indescriptibles”. Los Evangelios revelan *al Dios al lado*, un Dios que se hizo carne y escuchó los gemidos de la humanidad con oídos humanos; las Epístolas revelan *al Dios interior*, un Espíritu invisible que vive dentro de nosotros y da expresión a nuestro dolor sin palabras.

Debido a que escribo sobre el dolor y la desilusión, recibo cartas de personas que expresan sus gemidos privados. Conozco bien el sentimiento de impotencia de no saber lo que debo orar, como imagino que a veces lo hace todo cristiano. ¿Cómo orar por un matrimonio sin salida que parece

representar solo atrofia, no crecimiento? ¿O para un padre de un niño diagnosticado con cáncer terminal? ¿O para una cristiana en Nepal encarcelada por su fe? ¿Qué podemos pedir? ¿Cómo podemos orar?

Romanos 8 anuncia las buenas noticias de que no necesitamos averiguar cómo orar. Solo necesitamos gemir. Mientras leo las palabras de Paul, me viene a la mente la imagen de una madre sintonizada con el llanto sin palabras de su hijo. Conozco madres que, a través de años de experiencia, han aprendido a distinguir un llanto por comida de un llanto por atención, un llanto de dolor de oídos de un llanto de dolor de estómago. Para mí los sonidos son idénticos, pero no para la madre, que instintivamente discierne el significado del llanto del niño indefenso.

El Espíritu de Dios tiene recursos de sensibilidad más allá de los de incluso la madre más sabia. Pablo dice que el Espíritu vive dentro de nosotros, detectando necesidades que no podemos articular y expresándolas en un lenguaje que no podemos comprender. Cuando no sabemos qué orar, él llena los espacios en blanco. Evidentemente, es en nuestra misma impotencia en lo que Dios también se deleita. Nuestra debilidad le da oportunidad a su fuerza.

Por esta razón, la nueva intimidad de un Dios compasivo que vive dentro, Jesús informó a sus discípulos que en realidad era bueno que se fuera. “Si no me voy”, dijo, “el Consolador no vendrá a vosotros” (Juan 16:7). Ahora el Espíritu Santo vive dentro de nosotros como un sello personal de la presencia de Dios. En otros lugares, se le llama un "depósito", una garantía de mejores tiempos por venir.

Pero el Espíritu Santo es solo eso: un espíritu: invisible, veloz como el viento, inaccesible al tacto humano. Y el cielo se encuentra en el futuro en alguna parte. ¿Qué pasa ahora mismo? ¿Qué nos puede asegurar física y visiblemente del amor de Dios aquí en la tierra?

La segunda respuesta del Nuevo Testamento se centra en “el cuerpo de Cristo”, una frase misteriosa usada más de treinta veces. Pablo, especialmente, se decidió por esa frase como una imagen resumida de la iglesia. Cuando Jesús se fue, entregó su misión a hombres y mujeres imperfectos y torpes. Asumió el papel de cabeza de la iglesia, dejando las tareas de brazos, piernas, oídos, ojos y voz a los erráticos discípulos, ya ti ya mí. El poeta francés Paul Claudel expresó el cambio de esta manera: “Desde la Encarnación, Jesús tiene un solo deseo: recomenzar la vida

humana que vivió. Por eso quiere naturalezas humanas adicionales, gente que le permita empezar de nuevo”.¹

Una lectura cuidadosa de los cuatro evangelios muestra que este nuevo arreglo era lo que Jesús tenía en mente todo el tiempo. Sabía que su tiempo en la tierra era corto y proclamó una misión que iba más allá incluso de su muerte y resurrección. “Edificaré mi iglesia”, declaró, “y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18 RV).

La decisión de Jesús de operar como la cabeza invisible de un gran cuerpo con muchos miembros afecta nuestra visión del sufrimiento. Significa que a menudo confía en nosotros para ayudarnos mutuamente a sobrellevar la situación. La frase “el cuerpo de Cristo”, expresa bien lo que estamos llamados a hacer: representar en la carne cómo es Cristo, especialmente a los necesitados.

El apóstol Pablo debe haber tenido algo parecido a ese proceso en mente cuando escribió estas palabras: “[Dios] nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos consolar a los que están en cualquier tribulación con el consuelo que nosotros mismos hemos recibido de Dios. Porque así como los sufrimientos de Cristo abundan en nuestra vida, así también a través de Cristo abunda nuestro consuelo” (2 Corintios 1:4–5). Y a lo largo de su ministerio, Pablo puso en práctica ese principio, haciendo colectas para las víctimas del hambre, enviando asistentes a las zonas conflictivas, reconociendo los dones de los creyentes como dones de Dios mismo.

Unidos por el dolor

Nada une las partes individuales de un cuerpo como la red del dolor. Una uña del pie infectada me anuncia que el dedo del pie es importante, es mío, necesita atención. Si me pisas el dedo del pie, puedo gritar “¡Ese soy yo!” Sé que soy yo, porque tu pie está en ese momento apoyado en sensores de dolor. El dolor me define, me da fronteras.

Se sabe que los lobos se roen una de sus patas traseras una vez que se ha entumecido por el frío invernal. El entumecimiento interrumpe la unidad del cuerpo; evidentemente ya no perciben la pierna como algo suyo.

¿Recuerdas al bebé que se mordió el dedo? Incapaz de sentir dolor, no tenía la sensación aguda de que el dedo era suyo y necesitaba protección. Los alcohólicos y las personas con lepra, diabetes y otros problemas de

insensibilidad enfrentan una batalla constante para mantenerse en contacto con sus extremidades.

En mi trabajo con el Dr. Brand, especialmente, me he dado cuenta de la necesidad vital del cuerpo de sentir el dolor. En el cuerpo humano, las células sanguíneas y las células linfáticas se precipitan en desorden ante cualquier invasión. El cuerpo cierra todas las actividades no esenciales y se ocupa de la lesión. Y el dolor físico se encuentra en el corazón de esta respuesta unificada.

El dolor es el mecanismo mismo que me obliga a dejar de hacer lo que estoy haciendo y prestar atención al miembro herido. Me obliga a dejar de jugar al baloncesto si me torzco un tobillo, a cambiarme los zapatos si me quedan demasiado apretados, a ir al médico si me sigue doliendo el estómago. En resumen, el cuerpo más sano es el que siente el dolor de sus partes más débiles.

Del mismo modo, los miembros del cuerpo de Cristo debemos aprender a atender los dolores del resto del cuerpo. Al hacerlo, nos convertimos en una encarnación del cuerpo resucitado de Cristo.

Dr. Paul Brand ha desarrollado esta idea como una parte clave de su filosofía personal.

Las células individuales tuvieron que renunciar a su autonomía y aprender a sufrir unas con otras antes de poder producir y sobrevivir organismos multicelulares efectivos. El mismo diseñador pasó a crear la raza humana con un propósito nuevo y superior en mente. No solo las células dentro de un individuo cooperarían entre sí, sino que los individuos dentro de la raza pasarían ahora a un nuevo nivel de responsabilidad comunitaria, a un nuevo tipo de relación entre sí y con Dios.

Al igual que en el cuerpo, en este nuevo tipo de relación la clave del éxito reside en la sensación de dolor. Todos nosotros nos regocijamos por el trabajo armonioso del cuerpo humano. Sin embargo, no podemos más que afligirnos por las relaciones entre hombres y mujeres. En la sociedad humana *sufrimos porque no sufrimos lo suficiente*.

Gran parte del dolor en el mundo se debe al egoísmo de un organismo vivo que simplemente no se preocupa cuando sufre el siguiente. En el cuerpo, si una célula o grupo de células crece y prospera a expensas del resto, lo llamamos cáncer y sabemos que si se permite que se propague, el cuerpo está condenado. Y, sin embargo, la única alternativa al cáncer es la

lealtad absoluta de cada célula al cuerpo, a la cabeza. Dios nos llama hoy a aprender de la creación inferior y pasar a un nivel superior de evolución ya participar en esta comunidad que Él está preparando para la salvación del mundo.²

Gritos y susurros

Sería mucho más fácil para nosotros evitar a las personas necesitadas. Sin embargo, ministrar a los necesitados no es una opción para el cristiano, sino un mandato. Nosotros, tú, yo, somos parte de la respuesta de Dios al sufrimiento masivo en este mundo. Como cuerpo de Cristo en la tierra, estamos obligados a movernos, como lo hizo él, hacia los que sufren. Ese ha sido el movimiento constante de Dios en toda la historia.

El Medio Oriente, Sudáfrica, Irlanda del Norte: estos son fuertes gritos de dolor del cuerpo de Cristo. Los escándalos de algunos líderes cristianos. La pobreza del Tercer Mundo. ¿Los escuchamos, los oímos, respondemos? ¿O nos adormecemos e ignoramos las señales de dolor, sacrificando de hecho un miembro del cuerpo de Cristo? No todos los gritos de dolor son tan lejanos: hay algunos en cada iglesia y oficina. Desempleados, divorciados, viudos, postrados en cama, sin hogar, ancianos, ¿los estamos atendiendo?

La iglesia cristiana, según todos los informes, ha realizado un trabajo mixto al actuar como el cuerpo de Cristo a través de las edades. A veces ha parecido devorarse a sí mismo (la Inquisición, las guerras religiosas). Sin embargo, en su compromiso con la libertad humana, Cristo todavía confía en nosotros para comunicar su amor al mundo. Y a pesar de sus fracasos, la iglesia ciertamente ha respondido en parte. En cada ciudad importante de los EE. UU., puede encontrar hospitales con nombres como Lutheran General, Christ Hospital, St. Mary's, Good Samaritan, Baptist Hospital. Estas instituciones, aunque a menudo funcionan como negocios seculares, tuvieron su origen en un grupo de creyentes que creían que la sanidad era parte de su llamado como el cuerpo de Cristo.

En una nación como la India, menos del tres por ciento de la población se llama cristiana, pero los cristianos son responsables de más del dieciocho por ciento de la atención médica. Si le dices la palabra “cristiano” a un campesino indio, que tal vez nunca haya oído hablar de Jesucristo, la primera imagen que le venga a la mente bien puede ser la de un hospital o la de un camión médico que pasa por su aldea una vez a la semana. mes

para brindar atención personal gratuita en el nombre de Cristo. Ciertamente no es todo el evangelio, pero no es un mal lugar para comenzar.

En los países occidentales, gran parte de la atención sanitaria ha sido absorbida por otros sectores, pero ha surgido un nuevo problema en las grandes ciudades, el de la falta de vivienda. ¿Responderá nuestra sociedad a los gritos de dolor de millones de personas sin hogar que pasan la noche en los parques de las ciudades, debajo de los puentes de las autopistas, sobre rejillas de calefacción? Una vez más, las iglesias han estado entre las primeras en responder, organizando albergues y comedores populares.

Recibí una copia de una carta de una mujer en Grand Rapids que experimentó el toque sanador del cuerpo de Cristo en una escala más pequeña, uno a uno. Durante siete años ministró a su esposo, un conocido músico de iglesia que padecía ELA, o enfermedad de Lou Gehrig. Murió, y en el primer aniversario de su muerte, la viuda envió una carta de agradecimiento a sus muchos amigos en la iglesia. Decía, en parte:

Desde que aparecieron los primeros síntomas de la ELA hace más de ocho años, nos habéis rodeado de amor y apoyo. Nos ha animado con innumerables notas, cartas y tarjetas, algunas divertidas, algunas profundas, algunas simplemente cálidas y afectuosas, pero todas muy valiosas.

Visitaste y llamaste, a menudo desde lugares lejanos. . . . Muchos de ustedes prepararon y trajeron alimentos maravillosos que nutrieron nuestros espíritus y cuerpos. Comprabas y hacías mandados para nosotros y reparabas nuestras cosas rotas y fuera de servicio mientras las tuyas esperaban. Barrías y limpiabas nuestros caminos, traías nuestro correo, tirabas nuestra basura. Fue posible para nosotros ser parte de los servicios de nuestra iglesia porque los grabó. Y trajiste regalos de amor, demasiados para contar, para alegrar nuestras horas.

Usted "doctorado". . . e incluso reparó un diente aquí mismo en nuestra casa. Hiciste cosas ingeniosas que nos hicieron la vida más fácil a ambos, como la "chaqueta para toser" y el interruptor de señal que Norm pudo usar hasta los últimos días de su vida. Compartieron versículos de las Escrituras con nosotros y algunos de ustedes hicieron de su ministerio orar por aquellos que venían a nuestra casa con regularidad para dar tratamientos respiratorios. Le hiciste sentir que todavía era una parte vital de la industria de la música y del ministerio de música de la iglesia.

Y como oraste!!! ¡Día tras día, mes tras mes, incluso año tras año! Esas oraciones nos animaron, nos elevaron a través de lugares particularmente difíciles, nos dieron una fuerza que hubiera sido humanamente imposible de tener y nos ayudaron a buscar por nuestra cuenta los recursos de Dios. Algún día entenderemos por qué la curación perfecta de Norm no tuvo lugar aquí. Pero sí sabemos que estuvo con nosotros mucho más tiempo y en mejores condiciones de lo normal para una víctima de ELA. ¡El amor no es una palabra lo suficientemente fuerte como para decirte lo que sentimos por ti!

Podría volver a la Parte 4 (“¿Cómo podemos lidiar con el dolor?”) y mostrar cómo los miembros de la iglesia de esta viuda, por instinto, habían hecho todo lo recomendado en este libro. Se convirtieron en la presencia de Dios para ella. Debido a su preocupación amorosa, no la atormentaron las dudas sobre si Dios la amaba. Podía sentir su amor en el toque humano del cuerpo de Cristo, su iglesia local.

Llevando cargas

Escucha a quien entiende la lealtad al cuerpo: “¿Quién se equivoca y no siento su tristeza? ¿Quién cae sin mi anhelo de ayudarlo? ¿Quién es herido espiritualmente sin que mi furor se levante contra el que le hirió?” (2 Corintios 11:29 LB). O también: “Piensa también en todos los que sufren como si compartieras su dolor” (Hebreos 13:3 PHILLIPS).

O aún otra voz, la de John Donne:

La iglesia es católica, universal, así lo son todas sus acciones; todo lo que ella hace es de todos. Cuando ella bautiza a un niño, esa acción me preocupa; porque ese niño está así conectado a ese cuerpo que es mi cabeza también, e injertado en ese cuerpo del cual yo soy un miembro. Y cuando ella entierra a un hombre, esa acción me preocupa: toda la humanidad es de un autor, y es un volumen. . . .

Ningún hombre es una isla, completo en sí mismo; cada hombre es un pedazo del continente, una parte del principal. Si un terrón es arrastrado por el mar, Europa es menos, tanto como si fuera un promontorio, como si fuera un señorío de tu amigo o tuyo; la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy involucrado en la humanidad, y por lo tanto nunca puedo mandar a saber por quién doblan las campanas; dobla por ti.³

Sobrellevad las cargas los unos de los otros, dice la Biblia. Es una lección sobre el dolor en la que todos podemos estar de acuerdo. Algunos de

nosotros no veremos el dolor como un regalo; algunos siempre acusarán a Dios de ser injusto por permitirlo. Pero, el hecho es que el dolor y el sufrimiento están aquí entre nosotros, y necesitamos responder de alguna manera. La respuesta que dio Jesús fue llevar las cargas de aquellos a quienes tocaba. Para vivir en el mundo como su cuerpo, su encarnación emocional, debemos seguir su ejemplo.

La imagen del cuerpo retrata con precisión cómo Dios está obrando en el mundo. A veces sí entra, en ocasiones realizando milagros y, a menudo, dando fuerza sobrenatural a los necesitados. Pero principalmente confía en nosotros, sus agentes, para hacer su obra en el mundo. Se nos pide que *vivamos* la vida de Cristo en el mundo, no solo para referirnos a ella o describirla. Anunciamos su mensaje, trabajemos para justicia, ruega por misericordia. . . y sufrir con los que sufren.

Alan Paton, autor sudafricano de *Cry the Beloved Country*, presenta a San Francisco de Asís como un modelo cristiano de respuesta humana. Uno de los momentos transformadores de la vida de Francisco Bernardone ocurrió cuando, siendo un joven noble, montaba a caballo y se encontró con una persona con lepra. Francis estaba amargado con Dios en ese momento y sintió cierta repugnancia por el hombre enfermo. Pero algo dentro de él superó ambas reacciones. Desmontó de su caballo, se acercó y abrazó al mendigo, besándolo en los labios.

San Francisco podría haber maldecido a Dios o al leproso, dice Paton. Él tampoco. En lugar de gastar su energía en acusar a Dios por permitir la herida de la creación, optó por hacer de su vida un instrumento de la paz de Dios. Ese acto transformó tanto al dador como al receptor: “Lo que me parecía amargo se transformó en dulzura de cuerpo y alma”, dijo San Francisco.⁴

La respuesta de San Francisco fue la misma respuesta que Aliosha le dio a su hermano Iván en *Los hermanos Karamazov*. No pudo resolver las preguntas de Iván o las suyas propias sobre el problema del dolor. Pero eligió ponerse al lado de los que sufrían y abrazarlos. Y, deliberadamente, Dostoyevski retrató a Jesús dando la misma respuesta a su enemigo, el Gran Inquisidor.

Si la iglesia siguiera el patrón consistentemente, y respondiera a las preguntas sobre el sufrimiento no con argumentos sino con amor, tal vez esas preguntas no se harían con tanta inquietud. La fuerza unida del cuerpo

de Cristo puede ser una fuerza poderosa a favor de los solitarios. sufrimiento y privaciones. Puede ser como el árbol del evangelio que crece tanto que los pájaros comienzan a anidar en sus ramas.

En mis visitas a los hospitales, me ha impresionado la gran diferencia entre la medida de consuelo que pueden ofrecer los creyentes ("Estamos orando por usted") y los no creyentes ("La mejor de las suertes, mantendremos los dedos cruzados "). Hoy, si tuviera que responder a la pregunta "¿Dónde está Dios cuando duele?" en una sola oración, convertiría esa oración en otra pregunta: "¿Dónde está la iglesia cuando duele?" Formamos la primera línea de la respuesta de Dios al mundo que sufre.

"En esto conocemos lo que es el amor: Jesucristo dio su vida por nosotros. Y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos. Si alguien tiene bienes materiales y ve a su hermano en necesidad, pero no tiene piedad de él, ¿cómo puede estar el amor de Dios en él? Queridos hijos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad" (1 Juan 3:16–18).

CAPÍTULO 20

TODO UN MUNDO NUEVO ALLÁ AFUERA

La pena se derrite como la nieve en mayo, como si no existiera ese frío.

JORGE HERBERTO

La flor

Para la persona que sufre, el cristianismo ofrece una última contribución, la contribución más importante de todas. Como hemos visto, toda la Biblia, representando 3000 años de historia y cultura y drama humano, se enfoca como una lupa en la ejecución en el Calvario. Es el quid de la historia, la piedra angular. Pero la muerte definitivamente no es el final de la historia.

Después de tres días en una tumba oscura, se informó que Jesús estaba vivo nuevamente. ¡Vivo! ¿Podría ser? La noticia era demasiado buena para ser verdad. Ni siquiera los discípulos se atrevieron a creer los rumores hasta que él se acercó a ellos y les permitió tocar su nuevo cuerpo con sus propios dedos. Más aún, prometió que un día cada uno de ellos también recibiría un cuerpo resucitado.

La resurrección y su victoria sobre la muerte introdujeron una palabra nueva y decisiva en el vocabulario del dolor y el sufrimiento: temporal. Jesucristo ofrece la sorprendente promesa de una vida después de la muerte sin dolor. Cualquier angustia que sintamos ahora no durará.

La esperanza final del cristiano, entonces, es la esperanza en un futuro sin dolor, con Dios. Sin embargo, hoy en día, sorprendentemente, la gente casi se avergüenza de hablar de la creencia en una vida después de la muerte. La idea parece pintoresca, cobarde, un escape de los problemas de este mundo.

Los musulmanes negros tienen una costumbre funeraria que expresa simbólicamente la visión moderna. Cuando se coloca el cuerpo, los amigos cercanos y la familia rodean el ataúd y se paran en silencio, mirando al difunto. No hay lágrimas, ni flores, ni cánticos. Las hermanas musulmanas pasan pequeñas bandejas de las que todos toman un dulce de menta redondo y delgado. A una señal dada, los espectadores se meten los dulces en la

boca y, mientras los dulces se derriten lentamente, los asistentes al funeral reflexionan sobre la dulzura de la vida que están conmemorando. Cuando el caramelo se acaba, eso también tiene significado, ya que simboliza el final de la vida. Cuando simplemente se disuelve, no hay más.

En realidad, la mayoría de los modernos se enfrentan a la muerte evitándola por completo. Escondemos sus recordatorios contundentes — mortuorios, salas de cuidados intensivos, cementerios— detrás de altos muros. Pero cuando no se puede evitar la muerte, la respuesta moderna difiere poco de la de los musulmanes negros. Un paganismo progresivo nos invita a ver la muerte como la última fase del ciclo de la vida en la tierra, no como una transición violenta hacia una vida continua. Elisabeth Kübler-Ross definió cinco etapas en la preparación para la muerte, con la clara implicación de que la etapa final de “aceptación” es la más apropiada. Desde entonces, los trabajadores de la salud han ayudado a los pacientes a luchar por ese ideal.

Recuerdo una noche en mi grupo Make Today Count cuando una mujer llamada Donna, que estaba en las etapas finales de la leucemia, mencionó cuánto esperaba el cielo. El comentario provocó una respuesta incómoda del grupo: un largo silencio, un carraspeo, algunos ojos en blanco. Luego, la trabajadora social dirigió la discusión hacia cómo Donna podría superar sus miedos y progresar hacia la etapa de aceptación.

Salí de esa reunión con el corazón apesadumbrado. Nuestra cultura materialista y antidogmática pedía a sus miembros que desafiaran sus sentimientos más profundos. Donna, por puro instinto primario, había dado con la piedra fundamental de la teología cristiana. La muerte es un enemigo, un enemigo doloroso, el último enemigo en ser destruido. ¿Cómo podrían los miembros de un grupo que cada mes veían los cuerpos deteriorarse ante sus ojos desear un espíritu de aceptación insulsa? Solo podía pensar en una respuesta apropiada a la muerte inminente de Donna: “¡Maldita seas, muerte!”

No mucho después me encontré con una cita de Blaise Pascal, quien vivió durante una era en la que los pensadores comenzaron a despreciar las creencias “primitivas” en un alma y el más allá. Pascal dijo de tales personas: “¿Profesan habernos deleitado diciéndonos que consideran que nuestra alma es solo un poco de viento y humo, especialmente diciéndonos esto en un tono de voz altivo y satisfecho de sí mismo? ¿Es esto algo para

decir alegremente? ¿No es, por el contrario, una cosa para decir con tristeza, como la cosa más triste del mundo? ¹

¿Qué inversión de valores nos ha llevado a elogiar la creencia en la aniquilación como valiente y descartar la esperanza de una eternidad dichosa como cobarde? ¿Cómo puede ser noble estar de acuerdo con los musulmanes negros, materialistas y marxistas en que este mundo, maligno por el mal y el sufrimiento, es el fin diseñado para el hombre? Tal noción solo apareció después de 7000 años de historia registrada. Todas las sociedades primitivas conocidas y todas las culturas antiguas incluían creencias elaboradas en el más allá. (Aparte de tales creencias, los arqueólogos tendrían una tarea muy difícil, ya que los antiguos enterraban sus pistas culturales, convenientemente, en tumbas selladas).

En gran contraste, la Biblia se refiere a la otra vida con un espíritu de alegría y anticipación, no de vergüenza. Este es un planeta que gime, y los cristianos esperan con expectación un mundo donde cada lágrima será enjugada.

Fe pascual

Sólo tenemos nociones sombrías de ese estado futuro, anhelos de que la alegría tranquila que nos elude ahora nos llene algún día. Estamos encerrados en una habitación oscura, como el escenario de la obra *No salida de Sartre*. Pero los resquicios de luz se filtran: virtud, gloria, belleza, compasión, toques de verdad y justicia, lo que sugiere que más allá de esos muros existe otro mundo, un mundo que vale la pena soportar.

La fe cristiana no nos ofrece una vía pacífica para afrontar la muerte. No, ofrece en cambio una forma de superar la muerte. Cristo representa la Vida, y su resurrección debería dar prueba fehaciente de que Dios no se contenta con ningún “ciclo de vida” que termine en muerte. Hará todo lo posible, lo *hizo* todo, para romper ese ciclo.

En octubre de 1988, uno de mis mejores amigos murió en un accidente de buceo en el lago Michigan. La misma tarde en que Bob estaba haciendo su última inmersión, yo estaba sentado, sin darme cuenta, en una cafetería de la universidad leyendo *Mi búsqueda por la belleza*, un libro del famoso terapeuta y autor Rollo May. El libro habla de la búsqueda de la belleza de Rollo May durante toda su vida, y entre las experiencias que relata se

encuentra una visita al Monte Athos, una península de Grecia habitada exclusivamente por monjes.

Rollo May comenzaba a recuperarse de un ataque de nervios cuando visitó el Monte Athos. Llegó justo cuando los monjes celebraban la Pascua ortodoxa griega, una ceremonia cargada de simbolismo, cargada de belleza. Los iconos estaban por todas partes. El incienso flotaba en el aire. Y en el momento culminante de ese servicio el sacerdote entregó a todos los presentes tres huevos de Pascua, maravillosamente decorados y envueltos en un velo. ¡Christos Anesti! dijo: "¡Cristo ha resucitado!" Todos los presentes, incluido Rollo May, respondieron según la costumbre: "¡Ciertamente ha resucitado!"

Rollo May no era creyente. Pero él escribe en su libro: "Me sobrecogió entonces un momento de realidad espiritual: ¿qué significaría para nuestro mundo si Él realmente hubiera resucitado?"² Regresé a casa poco después de leer ese capítulo, y mi esposa me recibió en la puerta y me dio la noticia de la muerte de Bob. La pregunta de Rollo May volvió a mí muchas veces en los días siguientes. ¿Qué significa para el mundo si Cristo realmente ha resucitado?

Hablé en el funeral de mi amigo y allí le hice la pregunta a Rollo May de otra manera, en el contexto del dolor que nos oprimía por todos lados. ¿Qué significaría para nosotros si Bob resucitara? Nos sentamos en una capilla, entumecidos por tres días de tristeza. Imaginé en voz alta cómo sería salir al estacionamiento y allí, para nuestro total asombro, encontrar a Bob. ¡Beto! Con su andar saltando, su gran sonrisa y ojos gris claro.

Esa imagen conjurada me dio una idea de lo que sintieron los discípulos de Jesús el Domingo de Resurrección. Ellos también se habían afligido durante tres días. Pero el domingo vislumbraron algo más, un atisbo del futuro.

Aparte de la Pascua, aparte de una vida que continúa más allá de esta, aparte de un nuevo comienzo, una tierra recreada, aparte de todo eso, ciertamente podríamos juzgar a Dios menos que poderoso o menos que amoroso o incluso cruel. La Biblia apuesta la reputación de Dios por su habilidad para restaurar la creación a su estado original de perfección.

Confieso que a mí también me avergonzaba hablar del cielo y del más allá. Parecía una evasión, una muleta. Deberíamos abrirnos camino en el

mundo como si eso fuera todo lo que hay, pensé. Pero he cambiado con los años, principalmente porque he visto morir a la gente. ¿Qué clase de Dios estaría satisfecho para siempre con un mundo como este, cargado de sufrimiento y muerte? Si tuviera que quedarme quieto y ver cómo vidas como la de Bob se cortan, se desvanecen repentinamente, se evaporan, sin esperanza de futuro, dudo que crea en Dios.

Un pasaje del Nuevo Testamento, 1 Corintios 15, expresa prácticamente el mismo pensamiento. Paul primero repasa su vida, una vida difícil que incluyó encarcelamientos, palizas, naufragios y concursos al estilo de los gladiadores con las fieras. Luego dice, en pocas palabras, estaría loco por pasar por todo esto si terminara con mi muerte. “Si tan sólo en esta vida esperamos en Cristo, somos más dignos de lástima que todos los hombres”. Junto con Pablo, apuesto mi esperanza en la resurrección, un tiempo en el que Cristo “transformará nuestros cuerpos humildes para que sean como su cuerpo glorioso” (Filipenses 3:21).

Más allá del hogar

El autor y teólogo escocés George MacDonald escribió una vez una carta de consuelo a su madrastra después de la muerte de su buen amigo. “Dios no permitiría que [la muerte] fuera la ley de Su Universo si fuera lo que nos parece a nosotros”, dijo.³ Depende de nosotros, los creyentes, decirle al mundo cómo se ve la muerte desde la perspectiva de Aquel que la enfrentó, con temor y pavor, pero luego volvió a la vida.

La ayuda tangible que esta creencia puede brindar a una persona moribunda se describe claramente en el documental *Dying* que se muestra en Public Broadcasting System. El productor y director Michael Roemer obtuvo permiso para seguir a varios pacientes con cáncer terminal durante sus últimos meses. “La gente muere en la forma en que ha vivido. La muerte se convierte en la expresión de todo lo que eres, y solo puedes traerle lo que has traído a tu vida”, dijo Roemer después de la filmación. Dos familias de Boston, especialmente, muestran los extremos de la desesperación y la esperanza.

Se ve a Harriet y Bill, de treinta y tres años, luchando contra una falta de nervios. En una escena, Harriet, ansiosa por su propio futuro como viuda con dos hijos, arremete contra su esposo moribundo. “Cuanto más se alargue esto, peor será para todos nosotros”, le dice ella.

“¿Qué pasó con la dulce chica con la que me casé?” Bill pregunta en respuesta. Harriet se vuelve hacia el entrevistador: “La dulce niña está siendo torturada por su cáncer. ¿Quién va a querer una viuda e hijos de ocho y diez años? No le deseo la muerte, pero si tiene que irse, ¿por qué no se va ahora?”

En las últimas semanas de su vida en común, esta familia se desmorona, incapaz de hacer frente a sus miedos. Se quejan y gritan, atacándose unos a otros, destrozando todo el amor y la confianza restantes. El espectro de la muerte se cierne demasiado grande.

La respuesta del reverendo Bryant, de cincuenta y seis años, pastor moribundo de una iglesia bautista negra, ofrece un contraste sorprendente. “En este momento estoy viviendo algunos de mis mejores momentos”, dice. “No creo que Rockefeller pueda ser feliz como yo”.

El equipo de cámara graba al reverendo Bryant mientras predica sobre la muerte a su congregación, lee la Biblia a sus nietos y viaja al sur para visitar su lugar de nacimiento. Muestra una serenidad tranquila y la confianza de que simplemente se dirige a casa, a un lugar sin dolor.

En su funeral, el coro bautista canta “Él está dormido”. Y mientras los dolientes desfilan frente al féretro, algunos se inclinan para agarrar su mano o palmean su pecho. Están perdiendo a un querido amigo, pero solo por un tiempo. Creen que el reverendo Bryant se enfrenta a un principio, no a un final.

Los fragmentos de la película de la iglesia del reverendo Bryant me parecen auténticos debido a la experiencia de mi esposa entre las personas mayores en Chicago. Aproximadamente la mitad son blancos y la otra mitad son negros. Todos ellos, entre los setenta y los ochenta, viven en constante conciencia de la muerte. Sin embargo, Janet ha notado una notable diferencia en la forma en que los blancos en general y los negros en general enfrentan la muerte.

Muchos de sus clientes blancos se vuelven cada vez más temerosos y tensos. Se quejan de sus vidas, de sus familias y de su frágil salud. Los negros, en cambio, mantienen un buen humor y un espíritu triunfador, aunque la mayoría de ellos tienen motivos más aparentes para la amargura y la desesperación. (La mayoría vivía en el sur solo una generación después de la esclavitud y sufrió toda una vida de opresión económica e injusticia.

Muchos eran personas de la tercera edad antes de que se aprobaran los primeros proyectos de ley de derechos civiles).

¿Qué causa la diferencia en las perspectivas? Janet ha llegado a la conclusión de que la respuesta es la esperanza, una esperanza que se remonta directamente a la creencia fundamental de los negros en el cielo. “Este mundo no es mi hogar, solo estoy de paso”, dicen. Estas palabras y otras parecidas (“Balancéate, dulce carruaje, viene para llevarme a casa”) surgieron de un período trágico de la historia, cuando todo en este mundo parecía sombrío. Pero de alguna manera las iglesias negras lograron inculcar una vívida creencia en un hogar más allá de este.

Si desea escuchar imágenes actualizadas del cielo, asista a algunos funerales negros. Los predicadores pintan cuadros de palabras de una vida tan serena y sensual que todos en la congregación comienzan a moverse inquietos para ir allí. Los dolientes sienten el duelo, naturalmente, pero en el lugar que le corresponde: como una interrupción, un retroceso temporal en una batalla cuyo final ya está determinado.

Por supuesto, es incorrecto usar el cielo como una excusa para evitar aliviar la pobreza y la miseria aquí en la tierra. Pero, ¿no es igualmente erróneo negar una auténtica esperanza en el cielo a alguien cuya vida se está acabando?

Un pie en el aire

La creencia en un futuro hogar más allá de este debería afectar más que la forma en que morimos. También debería afectar la forma en que vivimos.

J. Robertson McQuilkin, expresidente del Colegio Bíblico de Columbia, fue abordado una vez por una anciana que enfrentaba las pruebas de la vejez. Su cuerpo estaba en declive, su belleza fue reemplazada por el adelgazamiento del cabello, las arrugas y la decoloración de la piel. Ya no podía hacer las cosas que antes podía y se sentía una carga para los demás. “Robertson, ¿por qué Dios nos permite envejecer y debilitarnos? ¿Por qué debo doler tanto? ella preguntó.

Después de pensar unos momentos, McQuilkin respondió: “Creo que Dios ha planeado que la fuerza y la belleza de la juventud sean físicas. Pero la fuerza y la belleza de la edad son espirituales. Perdemos gradualmente la fuerza y la belleza que son temporales, así que nos aseguraremos de concentrarnos en la fuerza y la belleza que son para siempre. Nos hace más ansiosos por dejar atrás la parte temporal y deteriorada de nosotros y sentir

verdadera nostalgia por nuestro hogar eterno. Si nos mantuviéramos jóvenes, fuertes y hermosos, ¡tal vez nunca querríamos irnos!”.

Si hay un secreto para manejar el sufrimiento, el más citado por los que entrevisté fue el de esta línea. Para sobrevivir, el espíritu debe ser alimentado para que pueda liberarse más allá de las limitaciones del cuerpo. La fe cristiana no siempre ofrece recursos al cuerpo. Ni Brian Sternberg ni Joni Eareckson Tada han sido sanados, a pesar de miles de oraciones. Sin embargo, Dios promete nutrir el espíritu que un día se reunirá con un cuerpo perfecto. Brian volverá a saltar, como un ternero liberado del pesebre, dice Malachi; Joni estará de pie bailando.

“No tengas miedo de aquellos que solo pueden matar tu cuerpo; ellos no pueden matar tu alma,” dijo Jesús mientras enviaba a sus seguidores. Debido a que la muerte física no es el final, no debemos temerla desmesuradamente. Pero como es el enemigo de la Vida, tampoco debemos darle la bienvenida.

En resumen, debido a nuestra creencia en un hogar en el más allá, los cristianos pueden ser realistas acerca de la muerte sin perder la esperanza. La muerte es un enemigo, pero un enemigo derrotado. Como dijo Martín Lutero a sus seguidores: “Incluso con la mejor salud, debemos tener la muerte siempre ante nuestros ojos [para que] no esperemos permanecer en esta tierra para siempre, sino que tengamos un pie en el aire, por así decirlo.”

Tener ese pie en el aire le da a uno una nueva perspectiva sobre los problemas del dolor y el sufrimiento. Cualquier discusión sobre el sufrimiento está incompleta sin esta visión desde el punto de vista de la eternidad.

Un polemista habilidoso podría defender el dolor como algo bueno, mejor que cualquiera de las alternativas que Dios podría haber permitido. Quizás. Pero en realidad el dolor y el sufrimiento son mucho menos que la mitad del cuadro.

¿Cómo imaginar la eternidad? Es mucho más larga que nuestra breve vida aquí que es difícil incluso de visualizar. Puedes ir a una pizarra de diez pies y dibujar una línea de un lado a otro. Luego, haga un punto de una pulgada en esa línea. Ese punto, para una célula germinal microscópica ondulada en el medio, parecería enorme. La célula podría pasar su vida explorando el punto. Pero si usted, un ser humano, da un paso atrás para ver

toda la pizarra, se sorprenderá de la inmensidad de esa línea de diez pies en comparación con el pequeño punto que la célula germinal llama hogar.

La eternidad se compara a esta vida de la misma manera. Setenta años es mucho tiempo, suficiente para que inventemos muchas teorías sobre Dios y por qué a veces parece indiferente al sufrimiento humano. Pero, ¿es justo juzgar a Dios y su plan para el universo por el tiempo que pasamos en la tierra? No es más justo que esa célula germinal juzgue una pizarra completa por la diminuta mancha de tiza en la que pasa su vida.

¿Nos estamos perdiendo la perspectiva del universo y de la atemporalidad? ¿Nos quejaríamos de la vida en la tierra si Dios permitiera una mera hora de sufrimiento en toda una vida de setenta años de comodidad? Ahora, nuestra vida incluye sufrimiento, pero esa vida representa una mera hora de la eternidad. Como lo expresaba audazmente Santa Teresa de Ávila, desde el cielo la más miserable vida terrena parecerá una mala noche en un hotel inoportuno.⁴

En el esquema cristiano de las cosas, este mundo y el tiempo que se pasa aquí no son todo lo que hay. La tierra es un campo de pruebas, un punto en la eternidad, aunque un punto importante, porque Jesús dijo que nuestro destino depende de nuestra obediencia aquí. La próxima vez que quieras clamar a Dios con angustiada desesperación, culpándolo por un mundo miserable, recuerda: se ha presentado menos de una millonésima parte de la realidad, y esa millonésima parte se está viviendo bajo una bandera rebelde.

Para ver correctamente el papel del dolor y el sufrimiento, uno debe esperar la historia completa. Abundan sus promesas en la Biblia: “Y el Dios de toda gracia, que os llamó a su gloria eterna en Cristo, después de haber padecido un poco de tiempo, él mismo os restaurará y os hará fuertes, firmes y constantes” (1 Pedro 5:10). “Estos problemas y sufrimientos nuestros son, después de todo, bastante pequeños y no durarán mucho. ¡Sin embargo, este corto tiempo de angustia resultará en la más rica bendición de Dios sobre nosotros por siempre y para siempre! Así que no miramos lo que podemos ver en este momento, los problemas que nos rodean, sino que esperamos los gozos en el cielo que aún no hemos visto. Las tribulaciones pronto pasarán, pero los gozos venideros serán para siempre” (2 Corintios 4:17–18 LB).

Siempre he sentido curiosidad por un detalle que a menudo se pasa por alto al final de Job, esa gran historia del sufrimiento humano. El autor se esfuerza en señalar que al final Job recibió el doble de lo que había perdido en su tiempo de pruebas: 14.000 ovejas para reemplazar las 7.000; 6000 camellos para reemplazar 3000; mil bueyes y asnos para reemplazar 500. Hay una excepción: anteriormente Job tenía siete hijos y tres hijas, y en la restauración volvió a tener siete hijos y tres hijas, el mismo número, no el doble. ¿Podría el autor haber estado insinuando en silencio la perspectiva eterna? Desde ese punto de vista, Job ciertamente recibió el doble, diez nuevos hijos aquí para ir con los diez que algún día se reuniría.

Muerte y nacimiento

Una ironía: la muerte, el único evento que causa el mayor dolor emocional, en realidad abre una puerta a la gran alegría de la eternidad. Hablando de su propia muerte, Jesús usó la analogía de una mujer en el parto: ella sufre dolores de parto hasta el momento del parto, cuando de repente el éxtasis reemplaza a la angustia (Juan 16:21).

La muerte como el nacimiento: la analogía es profunda. Imagine el nacimiento desde la perspectiva del feto.

Tu mundo es oscuro, seguro, protegido. Estás bañado en un líquido tibio y amortiguador. No haces nada por ti mismo. Te alimentan automáticamente y un latido murmurante te asegura que alguien más grande que tú está satisfaciendo todas tus necesidades. La vida consiste en una simple espera: no está seguro de qué esperar, pero cualquier cambio parece lejano y aterrador. No encuentras objetos afilados, ni dolor, ni peligros. Una existencia fina y serena.

Un día sientes un tirón. Las paredes parecen presionar hacia adentro. Esas suaves paredes acolchadas ahora están latiendo salvajemente, aplastándote hacia abajo. Tu cuerpo está doblado en dos, tus extremidades torcidas y torcidas. Estás cayendo boca abajo. Por primera vez en tu vida, sientes dolor. Estás en un mar de materia turbulenta. Hay más presión, casi demasiado intensa para soportarla. Tu cabeza está aplastada y te empujan más y más hacia un túnel oscuro. Ay, el dolor. Ruido. Más presión.

Te duele todo. Oyes un gemido y te invade un miedo espantoso y repentino. Está sucediendo: su mundo se está derrumbando. Estás seguro de que es el final. Ves una luz penetrante y cegadora. Manos frías y ásperas te

agarran, te sacan del túnel y te sostienen boca abajo. Una bofetada dolorosa. ¡Waaaahhhh!

Enhorabuena, acabas de nacer.

La muerte es así. En este extremo del canal del parto, parece un túnel oscuro y aterrador hacia el que estamos siendo succionados por una fuerza irresistible. Ninguno de nosotros lo espera con ansias. Tenemos miedo. Está lleno de presión, dolor, oscuridad. . . el desconocido.

Pero más allá de la oscuridad y el dolor se encuentra un mundo completamente nuevo afuera. Cuando nos despertemos después de la muerte en ese mundo nuevo y brillante, nuestras lágrimas y heridas serán meros recuerdos.⁵

¿Piensas a veces que Dios no escucha? ¿Que tus gritos de dolor se desvanecen en la nada? Dios no es sordo. Él está tan afligido por el trauma del mundo como tú. Después de todo, su único Hijo murió aquí.

Que termine la historia. Deja que la sinfonía rasgue su última nota triste de discordia antes de que estalle en la canción. Como dijo Pablo: “En mi opinión, cualquier cosa por la que tengamos que pasar ahora es menos que nada en comparación con el magnífico futuro que Dios ha planeado para nosotros. Toda la creación está de puntillas para ver el maravilloso espectáculo de los hijos de Dios viniendo a sí mismos. . . .

“Es evidente para cualquiera que tenga ojos para ver que en la actualidad toda la vida creada gime en una especie de aflicción universal. Y es claro, también, que nosotros, que tenemos un anticipo del Espíritu, estamos en un estado de dolorosa tensión, mientras esperamos la redención de nuestros cuerpos que significará que por fin hemos realizado nuestra plena filiación en él” (Romanos 8:18–19, 22–23 PHILLIPS).

Al mirar hacia atrás en la mota de eternidad que fue la historia de este planeta, nos impresionará no su importancia, sino su pequeñez. Desde el punto de vista de la galaxia de Andrómeda, la destrucción holocáustica de todo nuestro sistema solar sería apenas visible, una cerilla brillando débilmente en la distancia y luego implosionando en una oscuridad permanente. Sin embargo, por este fósforo quemado, Dios se sacrificó a sí mismo.

El dolor puede ser visto, como dice Berkouwer, como el gran “todavía no” de la eternidad. Nos recuerda lo que somos ahora y aviva en nosotros la

sed de lo que algún día seremos. Puedo creer con confianza que un día cada hematoma y cada célula de leucemia, cada vergüenza y cada dolor se arreglarán, y todos esos momentos sombríos de esperar contra toda esperanza encontrarán su recompensa por fin.

En el apogeo de su sufrimiento, Job habló:

Como quisiera que alguien grabara lo que estoy diciendo

O talla con un cincel mis palabras en piedra,

y escríbelas para que duren para siempre.

Pero sé que hay alguien en el cielo

que vendrá por fin en mi defensa.

Lo veré con mis propios ojos,

y no será un extraño.

(Job 19:23ss. TRABAJO PARA EL HOMBRE MODERNO)

¿Dónde está Dios cuando duele?

Durante una buena parte de mi vida, compartí la perspectiva de aquellos que critican a Dios por permitir el dolor. El sufrimiento presionaba demasiado cerca. No pude encontrar la forma de racionalizar un mundo tan tóxico como este.

Sin embargo, cuando visité a personas cuyo dolor superaba con creces el mío, me sorprendieron sus efectos. El sufrimiento parecía reforzar la fe tanto como sembrar el agnosticismo. Y cuando visité a las personas con lepra en particular, me di cuenta del valor subyacente del dolor.

El problema del dolor no tendrá solución definitiva hasta que Dios recree la tierra. Me sostiene la fe en esa gran esperanza. Si no creyera verdaderamente que Dios es un Médico y no un Sádico, y que Él, en frase de George MacDonald, “siente en Sí mismo la presencia torturada de cada nervio que carece de reposo”, abandonaría todo intento de sondear los misterios. de sufrimiento

Mi ira por el dolor se ha derretido principalmente por una razón: he llegado a conocer a Dios. Él me ha dado alegría, amor, felicidad y bondad. Han venido en destellos inesperados, en medio de mi mundo confuso e imperfecto, pero han sido suficientes para convencerme de que mi Dios es digno de confianza. Conocerlo vale la pena todo lo soportable.

¿Dónde me deja eso cuando estoy junto a una cama de hospital la próxima vez que un amigo cercano tenga la enfermedad de Hodgkin? Después de todo, esta búsqueda comenzó al lado de una cama. Me deja con

la fe en una Persona, una fe tan sólida que ningún sufrimiento puede erosionarla.

¿Dónde está Dios cuando duele?

Ha estado allí desde el principio, diseñando un sistema de dolor que, incluso en medio de un mundo caído, todavía lleva el sello de su genio y nos equipa para la vida en este planeta.

Él transforma el dolor, usándolo para enseñarnos y fortalecernos, si permitimos que nos vuelva hacia él.

Con gran moderación, observa vivir a este planeta rebelde, permitiendo con misericordia que el proyecto humano continúe en su camino autodirigido.

Nos deja clamar, como Job, en fuertes ataques de ira contra él, culpándolo por un mundo que arruinamos.

Se alía con los pobres y los que sufren, fundando un reino inclinado a su favor. Se inclina para conquistar.

Él promete ayuda sobrenatural para nutrir el espíritu, incluso si nuestro sufrimiento físico no se alivia.

Él se ha unido a nosotros. Ha herido y sangrado y llorado y sufrido. Ha dignificado para siempre a los que sufren, compartiendo su dolor.

Él está con nosotros ahora, ministrándonos por medio de su Espíritu y por medio de los miembros de su cuerpo que están comisionados para sostenernos y aliviar nuestro sufrimiento por el bien de la cabeza.

Él está esperando, reuniendo los ejércitos del bien. Un día los desatará, y el mundo verá un último momento aterrador de sufrimiento antes de que llegue la victoria total. Entonces, Dios creará para nosotros un mundo nuevo e increíble. Y el dolor no será más.

Escuchen, les digo un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta. Porque sonará la trompeta, los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque lo corruptible debe revestirse de lo imperecedero, y lo mortal de inmortalidad. Cuando lo corruptible se haya vestido de incorruptible, y lo mortal de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.

“¿Dónde, oh muerte, está tu victoria?

¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?

(1 Corintios 15:51–55)

GUÍA DE DISCUSIÓN

Un tema como el dolor se estudia mejor en grupo. Si tratamos de soportarlo solos, puede volvernó hacia adentro, hacia una introspección enfermiza. Tengo la esperanza de que esta breve guía de discusión aliente las reuniones de grupo sobre los temas del dolor y el sufrimiento. Dios quiere que seamos honestos con él, que seamos personas buscadoras, intensas.

También espero que esta guía facilite el estudio de mi libro. Puede usarla de varias maneras:

1. Solo. Notarás que en la guía asumo que estarás en un ambiente de grupo y por lo tanto pido discusiones y actividades grupales. Sin embargo, si quieres estudiar solo, las preguntas deberían ayudarte a dirigir tu propia reflexión.
2. Con un cónyuge o un amigo. Agregar solo una persona a su estudio puede ampliar su propio pensamiento.
3. En un grupo pequeño. Idealmente, un grupo pequeño no debe exceder los doce miembros. Algo más grande, y el grupo probablemente volverá a un formato de maestro/alumno.

Hay algunos principios que me gustaría sugerir como importantes para asegurar un estudio exitoso de este libro en grupos pequeños.

A. *Deberías prepararte.* Esta guía de estudio asume que ha leído los capítulos a los que se refiere la sesión; el material fluye directamente del contenido del libro. Ciertó, las personas pueden discutir los temas sin que todos hayan leído el material, pero una gran minoría del grupo necesitará leer los capítulos cada semana para que la discusión funcione. Incluso puede asignar diez o quince minutos al comienzo de cada reunión para que los miembros lean el texto.

B. *No te sientas acorralado por mi estructura.* He dividido el estudio en una sesión para cada capítulo. Pero si su grupo se interesa en una pregunta, por ningún motivo interrumpa la discusión y trate servilmente de terminar la sesión. Siga el flujo de interés del grupo. Por otro lado, si su grupo se atasca, siga adelante hasta que encuentre algo que parezca generar interés. Un estudio en grupo pequeño no debe ser como una tarea escolar en la que debe terminar todo el material; debe ser un estímulo

para el crecimiento de los propios participantes. Deje que sus propios instintos anulen la guía de discusión.

C. *Elige un líder.* Los grupos de estudio funcionan mejor con un líder designado que mantiene la discusión en movimiento. Es posible que desee rotar a los líderes, tomando turnos. Cuanto más dispuesto esté el líder a abrirse y compartir su vida, más dispuesto estará el grupo, así que si usted es el líder, tómese el papel con seriedad. Piense y ore por el grupo a lo largo de la semana antes de cada reunión.

DIRIGIR UNA DISCUSIÓN

Si es nuevo en liderar un grupo y se pregunta cómo proceder, puede apreciar la siguiente guía adaptada de la serie Concern Book de Silver-Burdette Co.:

Cuando sospeche que el orador no tiene pruebas, pregunte: "¿Por qué cree eso?" "¿Qué has observado que te hace pensar eso?"

Cuando te sientes molesto y no sabes por qué. . . "¿Alguien más está inquieto por todo esto?" "¿Alguien se siente perturbado o confundido?"

Cuando no puedes creer lo que estás escuchando. . . "¿Entiendo lo que dices? Corrígeme si no es así" y luego repite cuidadosamente lo que crees que dijo la persona.

Cuando un punto interesante se ha perdido en la confusión. . . "¿Podríamos volver a algo que se dijo antes?" "¿Podríamos profundizar un poco más en esto?"

Cuando un orador está dando muchos ejemplos, pero sospechas una conclusión lejana. . . "Estoy de acuerdo con tus hechos, pero ¿hacia dónde te diriges?"

Cuando todo el mundo está obsesionado con un detalle. . . "Creo que he perdido la pista. ¿Cómo llegamos a este punto?"

Otra buena técnica es aprovechar los comentarios de los demás haciendo preguntas ("¿Cuándo empezaste a sentirte así por primera vez?"); siendo solidario ("Yo también me he sentido así, así que creo que puedo simpatizar contigo"); aclarando ("¿Quiere decir que Dios realmente causa dolor, o quiere decir que lo permite?"); reflejando lo que el orador dice o siente ("Realmente te sientes muy convencido de esto, ¿no es así?").

CAPÍTULO 1

UN PROBLEMA QUE NO DESAPARECE

1. Claudia Claxton describe algunas de las diversas respuestas que los cristianos dan al problema del dolor. ¿Te has encontrado con alguna de estas “filosofías del dolor” antes? ¿Qué visitante tuvo más sentido para usted: el diácono? ¿la viuda? el televidente? el alabador? ¿el pastor?
2. Es fácil encontrar fallas en las respuestas de otras personas. Pero, ¿has visitado a alguien como Claudia en el hospital? ¿O trató de consolar a una pareja joven cuyo bebé acaba de morir? ¿Qué dijiste? Dedique al menos quince minutos a discutir situaciones de la vida real similares a las de Claudia, pero que usted conozca personalmente. O bien, puede que desee dramatizar esta escena. Una persona puede ser Claudia en el hospital; otros pueden ofrecer consejos sobre “por qué Dios permite el dolor”, respaldando sus nociones con argumentos de las Escrituras.
3. Aunque Claudia era una cristiana comprometida, pasó por una amplia gama de reacciones emocionales a la enfermedad. Sintió ira contra Dios y resentimiento contra sus visitantes. Se sintió desleal e incrédula cuando sus oraciones no surtieron efecto. Se sintió injustamente molestada. Y sintió dudas.
¿Crees que las reacciones de Claudia fueron incorrectas? ¿Alguna vez has experimentado algo similar? ¿Cómo ve Dios tales respuestas emocionales?
4. Lea la cita al comienzo del capítulo, tomada de *A Grief Observed* de CS Lewis. ¿Alguna vez te has sentido así? En tiempos de problemas, ¿es más probable que sientas la presencia de Dios o, como describe Lewis, la ausencia de Dios?
5. ¿Qué piensa del comentario de Thielićke de que los estadounidenses “tienen una visión inadecuada del sufrimiento”? ¿Estás de acuerdo? ¿Son los estadounidenses peores que otras personas en este sentido?

CAPITULO 2

EL DON QUE NADIE QUIERE

1. Todos estamos familiarizados con la explicación simplista de por qué existe el dolor: “Es para evitar que toques un fósforo o un cuchillo afilado”. Pero, ¿realmente le hemos dado crédito al increíble sistema de protección diseñado específicamente para nuestras actividades? ¿Algo de lo que aprendiste en este capítulo cambió tu actitud hacia el dolor?
2. Piense en su trabajo y sus pasatiempos: cocinar, tenis, esquiar, etc. ¿Cómo permite la red de dolor del cuerpo para esas actividades? (Por ejemplo, no podrías soportar el dolor de jugar al tenis si las yemas de tus dedos fueran tan sensibles al dolor como lo son al tacto; simplemente apretar la raqueta sería insoportable). ¿Crees que es apropiado agradecer a Dios por el red de dolor?
3. Este capítulo dice que la red del dolor revela el diseño intencionado de un Creador sabio. ¿Estás de acuerdo? Si es así, eso presenta algunas preguntas teológicas. ¿No ha oído siempre que el dolor vino como resultado directo de la Caída de Adán? Pero, ¿qué pasó en la caída? ¿Se rediseñó radicalmente el cuerpo, con la adición de millones de sensores de dolor? ¿Puedes encontrar algún pasaje de la Biblia que indique que el dolor no existía antes de la rebelión descrita en Génesis 3? ¿Y el dolor de la soledad? ¿Estaba presente?
4. Dos quejas comunes que escuchas sobre el dolor son: (1) Es demasiado desagradable y (2) No se puede apagar. Por ejemplo, Joseph Heller incluyó este diálogo en su novela *Catch 22* :

“¿Cuánta reverencia puedes tener por un Ser Supremo que considera necesario incluir la caries dental en Su divino sistema de creación? ¿Por qué en el mundo Él alguna vez creó el dolor?”

"¿Dolor?" La esposa del teniente Shieskopf se abalanzó sobre la palabra victoriosamente. “El dolor es un síntoma útil. El dolor es una advertencia para nosotros de los peligros corporales”.

“¿Y quién creó los peligros?” Preguntó Yosarian. “¿Por qué no pudo haber usado un timbre para avisarnos, o uno de Sus coros celestiales? ¿O un sistema de tubos de neón azul y rojo justo en el medio de la frente de cada persona?”

Los descubrimientos del Dr. Brand insinúan algunas razones subyacentes por las que la red del dolor funciona de la forma en que lo hace. ¿Qué

piensa de sus conclusiones?

5. Por lo que sabe de la red del dolor, especialmente como se analiza en este capítulo, ¿la habría diseñado de manera diferente? ¿Qué hubieras cambiado?

CAPÍTULO 3

INFIERNO SIN DOLOR

1. ¿Fueron nuevos para usted los hechos acerca de la lepra (que simplemente destruye las células del dolor y que el daño al cuerpo proviene del abuso de sí mismo como resultado de la insensibilidad)? ¿Esto aumentó su apreciación por el papel del dolor?
2. Lou, José y Héctor dan ejemplos escalofriantes de cómo las actividades cotidianas (tocar un Autoharp, usar zapatos nuevos, trapear el piso) pueden ser terriblemente destructivas para un cuerpo con una red de dolor que no funciona correctamente. Repase con el grupo algunas actividades que hizo hoy que podrían causar lesiones si no tuviera un sistema de protección contra el dolor.
3. ¿Cree que la conciencia del valor fisiológico del dolor puede ayudar a una persona que sufre? ¿Qué aspectos del problema del dolor deja todavía sin resolver esta explicación?
4. Los pacientes de lepra y las personas nacidas con “indiferencia al dolor” señalan una importante distinción entre *dolor* y *sufrimiento*. Los pacientes de lepra sienten poco dolor, pero sufren intensamente. A menudo, el peor tipo de sufrimiento puede ser emocional, sin involucrar las células nerviosas. Discuta su propia "historia de dolor" con el grupo: ¿proviene la mayor parte de su sufrimiento de fuentes físicas o emocionales?
5. ¿Qué pasa con algunos de los paralelos psicológicos con el dolor físico? Estoy pensando especialmente en las emociones de "advertencia", como la culpa y el miedo. ¿Pueden éstos desempeñar un papel positivo en la salud de una persona de la misma manera que lo hace el dolor físico?

CAPÍTULO 4

AGONÍA Y GOZO

1. El dolor no es una simple acción refleja de causa y efecto. Se *percibe*, y esa percepción depende mucho de las expectativas de la persona. Como cultura, los EE. UU. parecen mal diseñados para equipar a las personas para hacer frente al dolor. Tenemos poco contacto diario con el dolor de los animales y silenciamos rápidamente el dolor con pastillas. Desde la infancia, los bebés se envuelven en mantas suaves y se protegen de los bordes duros. La calefacción central y el aire acondicionado atemperan los extremos del clima. Incluso andar descalzo no está permitido en la mayoría de los hogares.
¿Crees que este patrón no es saludable? ¿Deberían los padres preocuparse menos por proteger a sus hijos del dolor y la lucha? Discuta cómo sus propios padres manejaron este problema en su crianza.
2. El capítulo 4 da ejemplos de lucha que resulta gratificante, cuando el dolor trabaja de cerca con el placer. Tómense un tiempo para compartir experiencias cumbre de sus vidas. ¿Algunos de estos incluyen dolor? ¿Alguna vez has experimentado un crecimiento real aparte del dolor?
3. Dolor, culpa, miedo, soledad: el capítulo menciona estos “enemigos” que tratamos de evitar pero que pueden resultar valiosos para nosotros.
¿Cuáles han sido enemigos para usted? ¿Has aprendido a “hacerte amigo” de ellos?
4. “La verdadera realización viene, no a través de la cómoda realización del ego, sino a través del servicio a los demás”. Discuta algunos ejemplos de servicio cristiano que haya experimentado u observado. ¿Cómo puedes equilibrar este principio con la necesidad de una persona de obtener caricias de ego y encontrar una imagen positiva de sí misma?
5. Describo dos grupos de personas, "estrellas" y "siervos". ¿Ha conocido a personas que podrían encajar en uno de esos grupos? ¿Estarías de acuerdo con mis conclusiones?

CAPÍTULO 5

EL PLANETA QUE GIME

1. Según su conocimiento de la Biblia, ¿cómo diría que este planeta difiere del plan ideal de Dios? ¿Te preguntas a veces si hubiera sido mejor que Dios hubiera dado a los seres humanos un poco menos de libertad? ¿Por qué no lo hizo?
2. Discuta cuál es el propósito central de Dios para nosotros en este mundo. No parece ser placer, porque muchas veces requiere de nosotros cosas muy difíciles. ¿Qué quiere lograr en ti aquí en la tierra? ¿Es probable que el dolor haga que ese objetivo sea más fácil o más difícil de alcanzar?
3. ¿Estás de acuerdo con el concepto que CS Lewis resume en la frase “dolor, el megáfono de Dios”? ¿Qué tan específico crees que es ese megáfono? En otras palabras, ¿el sufrimiento es solo un mensaje general para toda la humanidad, o Dios usa el dolor para susurrarte al oído que algo anda mal *contigo* ?
4. Lea la sección titulada “Escuchar los ecos”. ¿Alguna vez has tenido una experiencia como esta? Cuando usted (o tal vez un pariente o un amigo cercano) ha sufrido, ¿lo ha hecho consciente de un conjunto diferente de valores en la vida?
5. Keith Miller dijo una vez: “El dolor es como el fertilizante. Apesta cuando estás cerca de él, y lo odias. Pero después de un tiempo te das cuenta de que esas cosas despreciables proporcionaron los nutrientes para tu crecimiento”. ¿Estás de acuerdo?

CAPÍTULO 6

¿QUÉ ES LO QUE TRATA DE DECIRNOS DIOS?

1. En la mayoría de los años ocurre al menos un gran desastre aéreo, matando a decenas de personas y suscitando muchas historias de "Dios me impidió tomar ese avión". En un accidente en Detroit, solo sobrevivió un pasajero de 155. Los periódicos rápidamente llamaron a la

sobreviviente, una niña de cuatro años, la “niña milagrosa”. ¿Dios la salvó a ella, pero no a los otros 154 pasajeros, de la muerte? Por coincidencia, un vendedor de Zondervan Publishing House había perdido ese mismo vuelo. ¿Dios la incitó a ella, pero solo a ella, a evitar la desafortunada aerolínea?

¿Qué nos dice un accidente de avión acerca de la actividad de Dios en el mundo?

un. Dios tenía un plan específico para cada persona en el avión, y era su tiempo señalado para morir. De alguna manera se aseguró de que la lista de pasajeros estuviera exactamente de acuerdo con su plan.

B. Dios hizo que el avión se estrellara.

C. Dios tenía un plan solo para los cristianos que estaban a bordo del avión. Se aseguró de que algunos posibles pasajeros no llegaran al avión.

D. El accidente fue causado por la ley natural, tal vez un mal funcionamiento del equipo o un error humano o incluso un acto de terrorismo. Dios no estaba causalmente involucrado.

mi. Dios a veces interviene para prevenir choques, pero a veces los permite. Los periódicos a menudo informan sobre "casi accidentes" en los que los aviones apenas evitan el desastre.

¿Con cuál de estas posiciones estás de acuerdo? De estudiar el capítulo 6, ¿qué crees que creo?

2. “¿Dios se agacha, gira ligeramente las ruedas de los autobuses escolares y los ve correr a través de las barandillas? ¿Dibuja una línea de lápiz rojo a través de un mapa de Indiana para trazar la ruta exacta de un tornado?

Allí, golpea esa casa, mata a ese niño de seis años, pero sáltate la siguiente casa”. Discuta estas preguntas del capítulo, y también la pregunta planteada por un cristiano que reflexiona sobre un terremoto en América del Sur. ¿Cree que Dios protege a sus hijos de los desastres naturales más de lo que protege a la persona promedio?

3. Pida a los miembros de su grupo que busquen los pasajes del Nuevo Testamento que se enumeran a continuación. Asigne a alguien para que los lea en voz alta y luego pregunte quién está causando el sufrimiento.

un. Lucas 13:10–16

B. Lucas 13:1–5

C. Juan 9:1–3

D. 1 Corintios 11:29–30

mi. Hechos 5:1–11

F. 2 Corintios 12:7–10

4. ¿Jesús habría tenido un ministerio más “eficaz”, con multitudes más grandes y más conversiones, si hubiera difundido más ampliamente las noticias sobre sus poderes curativos sobrenaturales? ¿Por qué no lo hizo?
5. El siguiente capítulo se titula “¿Por qué estamos aquí?” En otras palabras, ¿cuál es el propósito principal que se supone que deben cumplir los seres humanos en la tierra? En preparación, haga que cada miembro del grupo sugiera una respuesta de una oración a esa pregunta.

CAPÍTULO 7

¿POR QUÉ ESTAMOS ACÁ?

1. El SIDA es una plaga moderna que algunas personas ven como un castigo de Dios. ¿Qué piensas? ¿Es un mensaje general? ¿Específico? ¿No es un mensaje de Dios en absoluto?
2. “Podría aceptar el sufrimiento si fuera más justo, si supiera que estoy sufriendo porque hice algo malo, por ejemplo. Es la injusticia lo que me molesta”. ¿Alguna vez has tenido esos pensamientos? El capítulo da algunas sugerencias de cómo podría ser un mundo “perfectamente justo”. ¿Realmente preferirías un mundo así al que tenemos?
3. ¿Por qué Dios le da un valor tan alto al amor dado gratuitamente? Si hay padres en su grupo, pídales que compartan experiencias que hayan tenido cuando recibieron “amor gratuito” de sus hijos.
4. Lea y discuta el pasaje de John Hick. ¿Crees que expone su caso con demasiada fuerza? ¿Puedes estar de acuerdo en que este mundo está, de hecho, bien diseñado para los propósitos que Dios pretendía?
5. El capítulo menciona “dos grandes errores” en los que puede caer la iglesia. ¿Cuál es el mayor peligro en su comunidad?

CAPÍTULO 8

BRAZOS MUY CORTOS PARA BOXEAR CON DIOS

1. Muestra algunos pasajes del discurso de Dios a Job que se encuentran en Job 38–41. ¿Cómo responderías si escucharas este discurso en circunstancias como las de Job? ¿Te satisfaría? Pida a varias personas que resuman en una oración o dos el mensaje que Dios quería transmitir.
2. ¿Por qué crees que tanta gente encontró consuelo en el libro *Cuando a la gente buena le pasan cosas malas*? ¿Está de acuerdo con mi evaluación de las conclusiones del rabino Kushner?
3. Este capítulo menciona los aspectos *productivos del sufrimiento*. Aunque no es algo bueno en sí mismo, el sufrimiento puede usarse en nosotros para producir el bien. ¿Alguna vez has tenido esa experiencia? Discutan juntos los pasajes de la Biblia y también cualquier experiencia personal en la que hayan observado este principio en acción.
4. Piense en las personas que están en medio del sufrimiento: personas en su cuadra, en su iglesia o en su trabajo. Sin nombrarlos ni identificarlos, describa al grupo cómo han respondido al sufrimiento. Discuta algunos que lo están manejando destructivamente y algunos que lo están haciendo constructivamente. ¿Qué marca la diferencia?
5. En sus propias palabras, explique cómo alguien podría “regocijarse” en su sufrimiento.

CAPÍTULO 9

DESPUES DE LA CAÍDA

1. Si visitaras a Brian Sternberg en su casa de Seattle y te pidiera consejo sobre su situación, ¿cómo lo aconsejarías hoy?
2. Basándose en este capítulo y en el anterior, elija una palabra que pueda describir mejor la respuesta que Dios quiere de nosotros cuando sufrimos. ¿Fe? ¿Amor? ¿Alegría? ¿Honestidad? ¿Esperar? ¿Confianza?
3. Los Sternberg creen que el sufrimiento siempre va en contra de la voluntad de Dios y que solo la sanidad física es la voluntad de Dios para

- Brian. Otros cristianos—CS Lewis, por uno, Joni Eareckson Tada, por otro—no están de acuerdo. ¿Estás de acuerdo o en desacuerdo?
4. ¿Está mal presentar la sanidad como una esperanza para los cristianos que sufren? ¿Crees que esta filosofía ha fomentado o atrofiado el crecimiento de Brian?
 5. Los Sternberg se enfrentan al “largo dolor” de una lesión permanente, pero también hay otros “largos dolores”: recuerdos de la infancia sin sanar, antecedentes de abuso, un hijo o una hija pródigos, una adicción incontrolable. Discuta algunos de estos. ¿Crees que la Sra. Sternberg tiene razón cuando dice que Dios quiere sanar todo ejemplo de “enfermedad”?
 6. ¿Cómo haces para discernir la “voluntad de Dios” para tu vida?

CAPÍTULO 10

BAILANDO CON MIS PIES

1. Al escribir este libro, yuxtapuse deliberadamente las experiencias de estos dos jóvenes porque, aunque sus heridas eran similares, sus respuestas y conclusiones eran bastante diferentes. (Tenga en cuenta que el dolor *físico de Brian* ha sido mucho más intenso que el de Joni). En una oración o dos, ¿cuál cree que es la diferencia clave entre las conclusiones de Brian y Joni sobre el sufrimiento? ¿Con quién te identificaste más emocionalmente, Brian o Joni? ¿Y teológicamente?
2. Joni describe algunas de las diferentes formas en que las personas intentan ayudar a quienes sufren o están discapacitados. ¿Qué aprendiste acerca de cómo quiere que la traten?
3. Joni se pregunta: “Tal vez el regalo de Dios para mí es mi dependencia de él. Nunca llegaré a un lugar de autosuficiencia que desplace a Dios”. ¿Alguna vez has pasado por situaciones que te han obligado a depender de Dios? Discuta esto con el grupo.
4. ¿Crees que has experimentado “la vida en toda su plenitud”? Si no, ¿qué falta?

5. ¿Qué opinas de los comentarios de Joni sobre “un retraso de cuarenta o cincuenta años”? ¿Ese concepto de sanación definitiva te afecta de alguna manera práctica?

Joni dice: “Ahora sé el significado de ser 'glorificado'. Es el momento, después de mi muerte aquí, cuando estaré de pie bailando”. ¿Cómo completarías esa frase sobre tu propia vida: “Es el momento, después de mi muerte aquí, cuando _____”.

CAPÍTULO 11

OTROS TESTIGOS

1. Como descubrió Paul Tournier, y personas como el Sr. Buckley lo demuestran, el sufrimiento puede brindar una oportunidad de crecimiento que agregará capas adicionales de profundidad a la vida. ¿Alguna vez el dolor o el sufrimiento han logrado algo similar en ti?
2. CS Lewis concluyó que el sufrimiento “parece que, en general, está haciendo su trabajo”. Piense en las personas que conoce que deben soportar el dolor crónico. ¿Podrías estar de acuerdo con la afirmación de Lewis?
3. Si es cierto que el sufrimiento cumple una función de “hacer alma”, ¿por qué trabajamos tan duro para protegernos a nosotros ya nuestros hijos del dolor? ¿Cómo podemos lograr un equilibrio?
4. Lea el Sermón del Monte con su grupo (especialmente Mateo 5:1–10 y Lucas 6:20–38). ¿De qué manera el mundo está “inclinado” hacia los pobres y los que sufren?
5. Lee la lista de las “ventajas” del sufrimiento, adaptada de Monica Hellwig. En su grupo, repase cada uno de los diez puntos, discutiendo si ha aprendido esa lección en particular.

CAPÍTULO 12

CASOS EXTREMOS

1. En este capítulo, confieso una veta dentro de mí que me empuja hacia la desesperación. ¿Alguna vez has sentido algo similar a esta tentación? Entonces, como te enfrentaste a el?
2. Algunos líderes de la iglesia luterana alemana dijeron: “Después de Auschwitz, el verso del himno ‘... quien sobre todas las cosas tan maravillosamente reina, no puede ser cantado.’” ¿Por qué Dios no intervino para detener el Holocausto? La Biblia está llena de sus intervenciones milagrosas, ¿por qué no esta vez? ¿Puedes pensar en alguna razón?
3. ¿Puedes decir con confianza, con Corrie ten Boom: “Por profundo que sea el pozo, el amor de Dios es aún más profundo”? ¿De qué manera experimentas el amor de Dios?
4. En este libro, tomo el enfoque de que la Providencia es una doctrina que mira hacia adelante, no hacia atrás. En respuesta a un evento como el Calvario, o como el Holocausto, se nos pide que no nos enfoquemos en el retrospectivo “¿Por qué?” preguntas, sino más bien en la pregunta prospectiva “¿Con qué fin?”

Afortunadamente, no todos tendremos que vivir las circunstancias extremas descritas en este capítulo. Para que los temas no se vuelvan demasiado abstractos e impersonales, permítanme proponerles una ilustración más cotidiana para que la discutan.

Un hombre llamado Jack se enfrenta a la decisión de casarse con Michelle o Susan. Reza al respecto y habla con amigos cristianos.

El pastor de Jack le advierte que ha llegado a una bifurcación en el camino de su vida con grandes consecuencias para su futuro. Finalmente, Jack decide que es la voluntad de Dios que se case con Michelle. Incluso su pastor está de acuerdo en que ha tomado la decisión correcta.

Pero tres años después, Michelle se escapa abruptamente con otro hombre, dejando a Jack con un hijo de seis meses. Jack está aplastado. Piensa en la conversación con su pastor. ¿Tomó la bifurcación equivocada en el camino? ¿Está ahora atrapado con “lo segundo mejor de Dios” para su vida, como sugieren algunas personas?

Discuta este escenario con su grupo. (Solo puedo sugerir visualizar la voluntad de Dios como un mapa de carreteras en desarrollo en el que el

camino detrás de ti se *borra a medida que das cada vuelta*. La providencia no permite la introspección morbosa: "Si tan solo hubiera hecho algo diferente". sucede, a pesar de que no se puede deshacer y puede tener consecuencias duraderas, Dios puede redimirlo. Todas las cosas pueden trabajar juntas para su bien final. A eso me refiero cuando digo que la Providencia mira hacia adelante, no hacia atrás).

5. Discuta la afirmación: "Fe significa creer de antemano lo que solo tendrá sentido al revés". ¿Qué crees que esto significa?

CAPÍTULO 13

FRONTERAS DE RECUPERACIÓN

1. John Claxton dijo: "Cuando una pareja enfrenta una crisis, magnifica lo que ya está presente en la relación"? Habla sobre algunas personas que conoces que han pasado por una crisis. ¿Cómo afectó sus relaciones con familiares y amigos?
2. ¿Tú también te sientes incómodo con las personas que sufren? ¿Sueles evitarlos? He mencionado algunas barreras que tuve que superar. ¿Cuáles son tus barreras?
3. ¿Cómo cambiaría su vida si usted, como los miembros del grupo Make Today Count, supiera que solo le quedan unos pocos meses de vida?
4. Junto con el grupo, lea 1 Corintios 13 y trate de aplicar su mensaje de manera específica y práctica a las personas que sufren.
5. Mencione cuatro "fronteras de recuperación" que formarán la base de los próximos cuatro capítulos. ¿Puedes agregar a esa lista?

CAPÍTULO 14

TEMOR

1. Pida a cada persona del grupo que mencione al menos tres cosas que les causan miedo.
2. A juzgar por su propia respuesta al dolor, ¿sería probablemente un aumentador, un reductor o un moderado en la escala de Asenath Petrie?
3. ¿Qué ha aprendido en las últimas semanas que podría ayudarlo a comprender el propósito del dolor y, por lo tanto, reducir su nivel de miedo?
4. Encuentre a alguien, ya sea en su grupo o conocido por su grupo, que haya pasado por un período de sufrimiento o duelo. Si es posible, invite a esa persona a reunirse con usted. Pregunte quién fue más útil y por qué. ¿Qué consejo piensa esa persona que es apropiado dar a las personas que sufren? ¿O es mejor mostrar preocupación de manera tranquila y no verbal?
5. ¿Alguna vez te has sentido abandonado por Dios? ¿Qué ayudó?

CAPÍTULO 15

IMPOTENCIA

1. Todos nos sentimos impotentes a veces; no tienes que estar enfermo para sentirte así. ¿Qué tiende a hacerte sentir impotente?
2. Discuta “el delicado equilibrio entre ofrecer ayuda y ofrecer demasiada ayuda”. ¿Alguna vez ha estado en el extremo receptor de alguien que intenta ser demasiado útil?
3. Dedique unos minutos a hacer una lluvia de ideas sobre qué tipo de mensajes *deberían* incluir las tarjetas de recuperación. ¿Qué queremos comunicar realmente a las personas que sufren?
4. Si alguien en su grupo ha estado en un hospital, hable sobre esa experiencia a la luz de la de Norman Cousins. ¿Cómo se administraría un hospital ideal?
5. El psicólogo de Atlanta da un principio que Joni Eareckson Tada demuestra bien: un paso importante en la rehabilitación es encontrar la

manera de que el mismo paciente se convierta en ministro. ¿Su iglesia o grupo cristiano hace un buen trabajo al utilizar a las personas de esta manera? Piense en personas divorciadas o personas con dolor crónico o enfermedad. ¿De qué maneras específicas y prácticas podrían convertirse en donantes dentro de su grupo, en lugar de solo receptores?

CAPÍTULO 16

SIGNIFICADO

1. De los comentarios del pastor del Medio Oeste, ¿qué hizo mal la comunidad cristiana al relacionarse con él durante el tiempo de su “crisis nerviosa”? ¿Qué quería y necesitaba de ellos?
2. Este capítulo explica cómo atribuimos diferentes significados a diferentes tipos de sufrimiento. Discute con tu grupo cómo la gente podría responder a una persona con las siguientes aflicciones: a. epilepsia; B. un moretón de un partido de hockey; C. varicela a los veinticuatro años; D. parto; mi. Brackets dentales; F. una lesión por latigazo cervical por un accidente automovilístico; g. migrañas; H. cirugía de rodilla. Siéntase libre de contribuir con los suyos propios para la discusión.
3. Hable sobre un momento difícil por el que haya pasado, ya sea sufrimiento físico o emocional. ¿Qué “tesoro escondido” encuentre a través de la experiencia?
4. Sharon Fischer menciona las cinco etapas del duelo, tal como las define Elisabeth Kübler-Ross. ¿Pases por estas etapas u otras similares cuando estás de duelo? ¿Qué pasa cuando sufres dolor físico?
5. Discuta la conclusión del Dr. Trogisch acerca de por qué Dios permite que los niños nazcan con discapacidades mentales graves. ¿Puedes estar de acuerdo con él?

CAPÍTULO 17

ESPERANZA

1. Cuando te enfermas, ¿por naturaleza es más probable que seas un “esperanzador” o un “derrotista”? ¿Qué ha hecho la gente por ti que hace que tu sufrimiento sea más fácil de soportar?
2. En tus propias palabras, ¿cuál es la diferencia entre esperanza y optimismo?
3. Piensa en alguien de tu comunidad o iglesia que esté pasando por un dolor prolongado. ¿Parecen receptivos a la ayuda o resistentes? ¿Te sientes incómodo con ellos?
4. Lea la reacción de Barbara Sanderville a las personas que la exhortaron a tratar de curarse como un escape de su sufrimiento. ¿Está mal alentar a las personas que sufren a orar por sanación? ¿Qué le dirías a Bárbara si te pidiera directamente una explicación de por qué no se ha curado?
5. Discuta la historia de Martha con su grupo. ¿Cómo respondería su iglesia a alguien como Martha?

CAPÍTULO 18

VER POR SÍ MISMO

1. Dios podría haber visitado nuestro mundo con una gran demostración de fuerza. En cambio, vino en debilidad, convirtiéndose en un ser humano y sometándose al sufrimiento. ¿Por qué? ¿Por qué no llegó al poder y eliminó todo dolor?
2. “Al asumirlo, Jesús dignificó el dolor”. ¿Estás de acuerdo con esa frase? ¿De qué maneras dignificó Jesús el dolor? ¿Crees que esto es de alguna ayuda práctica y realista para una persona que está sufriendo?
3. ¿El resumen de la vida de Jesús en este capítulo está en conflicto con el que le enseñaron cuando era niño? ¿Piensas que la iglesia “glamoriza” a Jesús?
4. Es posible que te hayas topado con este poema atribuido a un soldado confederado, que expresa el concepto de “dolor transformado”:
Pedí la fuerza que podría lograr;

Me hizo débil para que pudiera obedecer.
 Pedí salud para poder hacer cosas más grandes;
 Se me dio gracia para que pudiera hacer cosas mejores.
 Pedí riquezas para ser feliz;
 Se me dio pobreza para que pudiera ser sabio.
 Pedí poder para tener la alabanza de los hombres;
 Se me dio debilidad para que pudiera sentir la necesidad de Dios.
 Pedí todas las cosas para poder disfrutar de la vida;
 Se me dio la vida para que pudiera disfrutar de todas las cosas.
 No recibí nada de lo que pedí, todo lo que esperaba.
 Mi oración fue respondida.
 ¿Estás de acuerdo con la filosofía del sufrimiento expresada en este poema? ¿Qué has “pedido”? ¿Qué te han dado?
 5. Repasen juntos las cuatro aplicaciones prácticas que hago del ejemplo de Jesús. ¿Has experimentado algo similar en tu vida?

CAPÍTULO 19

EL RESTO DEL CUERPO

1. Lean juntos Romanos 8. ¿De qué maneras prácticas el Espíritu Santo hace una diferencia en la vida del apóstol Pablo?
2. “En la sociedad humana sufrimos porque no sufrimos lo suficiente”.
 ¿Qué crees que significa esta afirmación? ¿Cómo podemos desarrollar una mayor sensibilidad hacia las personas que sufren a nuestro alrededor? ¿Cómo podemos evitar volvernos adormecidos con algunas personas, como aquellas con dolor crónico constante (incluido el dolor emocional) o aquellas que tienden a imitar a cualquiera que les preste atención?
3. Hable sobre las personas a su alrededor que están sufriendo. ¿Cómo puede ayudarlos sin ser condescendiente o paternalista?
4. Piense en las personas que actualmente están sufriendo en su iglesia.
 Enumere los dolores de los que tiene conocimiento: enfermedad, duelo

- por una muerte, abuso sexual, divorcio, alcoholismo. Como grupo, dedique algún tiempo a orar por las personas específicas de su lista.
5. ¿Cómo puede mantener una preocupación y un ministerio para cada una de estas personas a largo plazo? ¿Es posible que usted lleve sus cargas sin que usted mismo se sienta agobiado?

CAPÍTULO 20

TODO UN MUNDO NUEVO ALLÁ AFUERA

1. ¿Su iglesia se enfoca mucho en la otra vida? Algunas personas dicen que la doctrina ha sido mal utilizada, que la iglesia ha prometido “Pastel en el cielo poco a poco” como una forma de evitar problemas humanitarios aquí en la tierra. Sin embargo, la Biblia ciertamente enfatiza la importancia de la otra vida. ¿Cómo podemos mantener un equilibrio adecuado? ¿Cómo hizo Jesús?
2. La película *Morir* demuestra dos respuestas diferentes a la muerte inminente, una de las cuales involucró a una familia cristiana. Piensa en los procesos de duelo de las personas que has conocido. ¿Hubo alguna diferencia entre las respuestas de los cristianos y las de los no cristianos?
3. Analice la ilustración de la pizarra que compara la brevedad de esta vida con la eternidad. “¿Nos quejaríamos de la vida en la tierra si Dios permitiera una mera hora de sufrimiento en toda una vida de setenta años de comodidad? Ahora, nuestra vida incluye sufrimiento, pero esa vida representa una mera hora de la eternidad”. ¿Ese enfoque suena insensible e insensible? ¿Debería afectar su perspectiva sobre el sufrimiento?
4. Lee la analogía que compara el nacimiento y la muerte. ¿Crees que la analogía es adecuada? ¿Qué efecto práctico debería tener el darse cuenta de que la muerte es solo un túnel oscuro en el camino hacia la luz?
5. Al final de este capítulo, resumo mi propio peregrinaje a medida que mi búsqueda del problema del dolor llega a su fin (al menos en términos de terminar el libro, ¡no ha terminado!). Repaso algunos de los puntos centrales del libro. Lea cada uno de ellos, uno por uno, y discuta si está de acuerdo o si lo hubiera dicho de esa manera.

Si estuvieras escribiendo un capítulo final sobre lo que *has* aprendido sobre el dolor, ¿cuál sería? En una hoja de papel, enumere los principios en los que ha llegado a creer con más fuerza como resultado de este estudio grupal.

6. Las discusiones sobre el dolor pueden volverse complejas y distantes y, de hecho, alejarlo del dolor de lastimar a las personas. No dejes que esto suceda. Comprométase individualmente y como grupo a Cristo y su punto de vista. El Cirujano Herido siente nuestro dolor y anhela atenderlo. Él ha elegido hacerlo principalmente a través de su cuerpo, que tiene forma, bueno, como tú y como yo. Si el mundo quiere ver a Cristo y su camino, debe verlo a través de nosotros. Discuta y planifique cómo puede tener la actitud de Cristo hacia el sufrimiento. Y pídele a Dios que te haga para siempre sensible al dolor. Es lo único que unirá su cuerpo.

FUENTES

CAPÍTULO 1: UN PROBLEMA QUE NO DESAPARECE

1. CEM Joad, *God and Evil* (Nueva York: Harper & Brothers, 1943), 28.

C APÍTULO 2: EL DON QUE NADIE QUIERE

1. RJ Christman, *Experiencia sensorial* (Scranton, Pensilvania: Intext Educational Publishers, 1971), 359.

2. *Ibíd.*, 361.

3. Maurice Burton, *El sexto sentido de los animales* (Nueva York: Taplinger Publishing Company, 1972), 9.

4. Thomas Lewis, *Pain* (Nueva York: The Macmillan Company, 1942).

C APÍTULO 3: INFIERNO SIN DOLOR

1. Ronald Melzack, *The Puzzle of Pain* (Nueva York: Basic Books, Inc., 1973), capítulo 1.

C APÍTULO 4: AGONÍA Y GOZO

1. Agustín de Hipona, *Las Confesiones de San Agustín*, traducido por John K. Ryan (Garden City, NY: Image Books, 1960), 186.

C APÍTULO 5: EL PLANETA QUE GIME

1. GK Chesterton, *Ortodoxia* (Garden City, NY: Doubleday and Company, 1959), 144.

2. *Ibíd.*, 78.

3. CS Lewis, *El problema del dolor* (Nueva York: The Macmillan Company, 1962), 93.

4. Blaise Pascal, *Pensées* (Nueva York: EP Dutton & Co., 1958), 55–56.

5. Chesterton, 80.

6. John Donne, *Devotions* (Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press, 1959), 108.

7. *Ibíd.*, 141.

CAPÍTULO 6: ¿QUÉ ES TRATA DE DECIRNOS DIOS?

1. “Una ciudad sin suerte entierra a sus muertos”, *Time* (7 de junio de 1976).

2. Klaus Kloch, “¿Existe una doctrina de retribución en el Antiguo Testamento?” en *Teodicea en el Antiguo Testamento*, James L. Crenshaw, ed. (Filadelfia: Fortress Press, 1983), *passim*.

C APÍTULO 7: ¿POR QUÉ ESTAMOS ACÁ?

1. CG Jung, *Respuesta a Job* (Princeton, NJ: Princeton Publishing/Bollingen Series, 1973), 15ff.
2. CS Lewis, 39–42.
3. John Hick, *Philosophy of Religion* (Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1963), capítulo 3.
4. Bernard Seeman, *Hombre contra el dolor* (Nueva York: Chilton Books, 1962), 96.
5. Albert Camus, *The Plague* (Nueva York: Vintage Books, 1972), 203.
6. Daniel Defoe, *Journal of a Plague Year* (Nueva York: Penguin Books, 1966), 33.
7. “En tornados, algunos confían en Dios”, *Psychology Today* (agosto de 1974, pág. 36).
8. Anita y Peter Deyneka, Jr., “A Salvation of Suffering: The Church in the Soviet Union,” *Christianity Today* (16 de julio de 1982): 20.
9. David Watson, *Fear No Evil* (Wheaton, Illinois: Harold Shaw Publishers, 1984), pág. 7.

C APÍTULO 8: BRAZOS MUY CORTOS PARA BOXEAR CON DIOS

1. Harold Kushner, *When Bad Things Happen to Good People* (Nueva York: Schocken Books, 1981), 43–44.
2. Frederick Buechner, *Wishful Thinking* (San Francisco: Harper & Row, 1973), 46.
3. Citado en William James, *The Varieties of Religious Experience* (Nueva York: The Modern Library, 1936), 281.

C APÍTULO 9: DESPUÉS DE LA CAÍDA

1. Brian Sternberg con John Poppy, “My Search for Faith”, *Look* (10 de marzo de 1964): 79–80.
2. *Ibíd.*

C APÍTULO 11: OTROS TESTIGOS

1. Paul Tournier, *Creative Suffering* (San Francisco: Harper & Row, 1982), 2.
2. *Ibíd.*, 29, 37.
3. Citado en David J. Garrow, *Bearing the Cross* (Nueva York: William Morrow and Co., 1986), 532.
4. CS Lewis, 108.

5. Monica Hellwig, “Buenas noticias para los pobres: ¿lo entienden mejor?” en *Rastreando el Espíritu*, James E. Hug, ed. (Mahwah, Nueva Jersey: Paulist Press), 145.

C APÍTULO 12: CASOS EXTREMOS

1. Terrence Des Pres, *The Survivor* (Nueva York: Oxford University Press, 1976), 162–63.

2. Bruno Bettelheim, *Surviving and Other Essays* (Nueva York: Alfred A Knopf, 1979), 313–14.

3. George Mangakis, “Letter in a Bottle”, *Atlantic Monthly* (octubre de 1971): 253.

4. Viktor Frankl, *El hombre en busca de sentido* (Nueva York: Washington Square Press, 1959), 103–5.

5. Reeve Robert Brenner, *The Faith and Doubt of Holocaust Survivors* (Nueva York: The Free Press, 1980), 94–95, 103–4.

6. Elie Wiesel, *Night* (Nueva York: Avon Books, 1969), 44.

7. *Ibíd.*, 8–9.

8. *Ibíd.*, 79.

9. *Ibíd.*, 75–76.

C APÍTULO 13: FRONTERAS DE RECUPERACIÓN

1. Citado en Douglas Colligan, “That Helpless Feeling: The Dangers of Stress”, *Nueva York* (14 de julio de 1975): 32.

2. Jean Vanier, “Hearts Awakened by the Poor”, *Sojourners* (enero de 1982): 17.

C APÍTULO 14: TEMOR

1. Donne, 36.

2. Steven Brena, *Pain and Religion* (Springfield, Illinois: Charles C. Thomas, 1972), 78–81.

3. Melzack, 29–30.

4. Betsy Burnham, *Cuando tu amigo se está muriendo* (Grand Rapids: Chosen Books/Zondervan, 1982), 71–72.

C APÍTULO 15: IMPOTENCIA

1. Colligan, 28.

2. James D. Hardy y Harold G. Wolff y Helen Goodell, *Pain Sensations and Reactions* (Nueva York: Haffner Publishing Co., 1967), 117.

3. Eric J. Cassell, MD, *El arte del sanador: un nuevo enfoque de la relación médico-paciente* (Nueva York: Harper & Row, 1976), 44.

4. Jürgen Moltmann, *El poder de los impotentes* (San Francisco: Harper & Row), 142.

5. Norman Cousins, *Anatomy of an Illness* (Nueva York: WW Norton, 1979), 153–54.

6. Benjamin M. y Carol Weir, con Dennis Benson, *Hostage Bound, Hostage Free* (Westminster/John Knox Press, 1987), extracto de *Leadership* (invierno de 1989): 54.

7. Barbara Wolf, *Living with Pain* (Nueva York: Seabury Press, 1977), 107.

C APÍTULO 16: SIGNIFICADO

1. Citado en Mark Krum, “The Face of Pain”, *Sports Illustrated* (8 de marzo de 1976): 62.

2. Donne, 109.

3. Sharon Fischer, “Qué hacer cuando no sabes qué hacer”, *Worldwide Challenge* (junio de 1983): 20.

4. Henri Nouwen, *The Wounded Healer* (Garden City, NY: Doubleday & Company/Image Books, 1979), 66.

5. Jürgen Trogisch, “Congenital Subnormality”, en *God and the Handicapped Child* (Londres: Christian Medical Fellowship Publications, 1982), 41–45.

CAPÍTULO 17: ESPERANZA

1. Armand Mayo Nicholi II, “¿Por qué no puedo lidiar con la depresión?”, *Cristianismo Hoy* (11 de noviembre de 1983): 41.

2. Colligan, 30.

3. Citado en Nicholi, 40.

4. Bruce Larson, *Hay mucho más en la salud que no estar enfermo* (Waco, Tex.: Word Books, 1981), 90.

5. Citado en Joseph Frank, *Dostoyevsky: The Years of Ordeal* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1983), 157.

6. Moltmann, *Experiencias de Dios* (Filadelfia: Fortress Press, 1980), 7.

7. Bettelheim, 296.

C APÍTULO 18: VER POR SÍ MISMO

1. Robert Coles, *Hijos de la crisis, vol. 2: Migrantes, montañeros y aparceros* (Boston: Atlantic Monthly Press, 1967–71), 612–13.

2. Dorothy L. Sayers, *Christian Letters to a Post-Christian World* (Grand Rapids, Mich.: William B. Eerdmans Publishing Company, 1969), pág. 14.

3. Cornelius Plantinga, Jr., "A Love So Fierce", *The Reformed Journal* (noviembre de 1986): 6.

4. Harry R. Boer, "Y una espada. . . ." *The Reformed Journal* (diciembre de 1984), 3.

5. TS Eliot, *Collected Poems 1904–1962* (Nueva York: Harcourt, Brace & World), 187.

C APÍTULO 19: EL RESTO DEL CUERPO

1. Citado en Brennan Manning, *Lion and Lamb: The Relentless Tenderness of Jesus* (Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell/Chosen Books, 1986), 77.

2. Dorothy Clarke Wilson, *Ten Fingers for God* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1989), 145ff.

3. Donne, 107–9.

4. Alan Paton, et al., *Creative Suffering, The Ripple of Hope* (Kansas City, Mo.: National Catholic Reporter Publishing Company, 1970), 17.

C APÍTULO 20: TODO UN MUNDO NUEVO ALLÁ AFUERA

1. Pascual, 57.

2. Rollo May, *Mi búsqueda de la belleza* (Dallas: Saybrook Publishing Company, 1985), 60.

3. William Raeper, *George MacDonald* (Londres: Lion Publishing, 1987), 133.

4. Peter Kreeft, *Dar sentido al sufrimiento* (Ann Arbor, Michigan: Servant Books, 1986), 139.

5. Joseph Bayly fue la fuente esencial de esta analogía.

SOBRE EL EDITOR

Fundada en 1931, Zondervan, con sede en Grand Rapids, Michigan, una división de HarperCollins *Publishers*, es la principal compañía internacional de comunicaciones cristianas, que produce biblias, libros, productos de nuevos medios de mayor venta, una línea creciente de productos de regalo y productos para niños galardonados. . La editorial bíblica más grande del mundo, Zondervan (www.zondervan.com) posee los derechos de publicación exclusivos de la *Nueva Versión Internacional de la Biblia* y ha distribuido más de 150 millones de copias en todo el mundo. También es una de las principales editoriales cristianas del mundo y vende sus libros premiados a través de minoristas cristianos, librerías del mercado general, comerciantes masivos, minoristas especializados e Internet. Zondervan ha recibido un total de 68 premios Gold Medallion por sus libros, más que cualquier otra editorial.



COMPARTE TUS PENSAMIENTOS

Con el autor: sus comentarios se reenviarán al autor cuando los envíe a zauthor@zondervan.com.

Con Zondervan: Envíe su reseña de este libro escribiendo a zreview@zondervan.com.

Recursos gratuitos en línea en
www.zondervan.com/hola



Zondervan AuthorTracker: Reciba notificaciones cada vez que sus autores favoritos publiquen nuevos libros, salgan de gira o publiquen una actualización sobre lo que está sucediendo en sus vidas.



Versículos bíblicos y devocionales diarios: Enriquezca su vida con versículos bíblicos o devocionales diarios que lo ayuden a comenzar cada mañana enfocado en Dios.



Publicaciones gratuitas por correo electrónico: Regístrese para recibir boletines informativos sobre ficción, vida cristiana, ministerio de la iglesia, crianza de los hijos y más.



Zondervan Bible Search: Encuentre y compare pasajes de la Biblia en una variedad de traducciones en www.zondervanbiblesearch.com.



Otros beneficios: regístrese para recibir beneficios en línea como cupones y ofertas especiales, o para participar en investigaciones.

